

A dramatic sunset over a body of water with a castle on a cliff in the foreground. The sky is filled with colorful clouds in shades of blue, orange, and red. The sun is low on the horizon, casting a golden glow over the water. In the foreground, a large, grey, rocky cliffside features a stone castle with multiple towers and spires. The castle is built on the edge of the cliff, overlooking the water. The overall scene is serene and majestic.

UNA
CARGA
DE
VALOR

LIBRO #6
DE EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE

UNA CARGA DE VALOR

(Libro #6 de El Anillo del Hechicero - The Sorcerer's Ring)

Morgan Rice

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice es la escritora del bestseller # 1, DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS), una saga que comprende once libros (y siguen llegando); la saga del bestseller #1 TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY), thriller pos apocalíptico que comprende dos libros (y siguen llegando); y la saga de la fantasía épica, el bestseller #1, EL ANILLO DEL HECHICERO, (THE SORCERER'S RING) que comprende trece libros (y contando).

Los libros de Morgan están disponibles en audio y edición impresa y las traducciones de los libros están disponibles en alemán, francés, italiano, español, portugués, japonés, chino, sueco, holandés, turco, húngaro, checo y eslovaco (próximamente en otros idiomas).

[TRANSFORMACIÓN](#) - (Libro #1 de Diario de un Vampiro) y [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) - (Libro #1 del Anillo del Hechicero) están disponibles para ser descargados en Amazon!

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite www.morganricebooks.com para unirse a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar una aplicación gratuita, obtener las últimas noticias exclusivas, conectarse a Facebook y Twitter y mantenerse en contacto.

Algunas Opiniones Acerca de Morgan Rice

"EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SOURCERER'S RING) tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: tramas, conspiraciones, misterio, caballeros aguerridos y relaciones florecientes repletas de corazones rotos, decepciones y traiciones. Lo mantendrá entretenido durante horas y satisfará a las personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del genero de fantasía".

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

"Rice hace un gran trabajo para captar su atención desde el principio, al utilizar una gran calidad descriptiva que va más allá de la simple descripción de la ambientación... Está bien escrito y es sumamente rápido de leer".

--Reseña de Black Lagoon (Con respecto a *Transformación – [Turned]*).

"Es una historia ideal para lectores jóvenes. Morgan Rice hizo un buen trabajo, dando un giro interesante... Es innovador y singular. La serie se centra alrededor de una chica... ¡una chica extraordinaria! Es fácil de leer, pero con un ritmo extremadamente rápido... Clasificada PG (Guía Paternal)".

--Reseña de The Romance Reviews (referente a *Transformación – [Turned]*).

"Me llamó la atención desde el principio y no dejé de leerlo... Esta historia es una aventura increíble, de ritmo rápido y llena de acción desde su inicio. No hay un momento aburrido".

--Reseña de El Gremio de Romance Paranormal (Paranormal Romance Guild) - [referente a *Transformación – (Turned)*].

"Lleno de acción, romance, aventura y suspenso. Ponga sus manos en él y vuelva a enamorarse".

--vampirebooksite.com (con respecto a *Transformación – Turned*).

"Tiene una trama estupenda, y éste es el tipo de libro que cuesta trabajo dejar de leer en la noche. El final en suspenso es tan espectacular, que inmediatamente querrá comprar el siguiente libro, solamente para ver qué sigue".

--The Dallas Examiner (respecto a *Amores – Loved*).

"Es un libro equiparable a TWILIGHT y DIARIO DE UN VAMPIRO (VAMPIRE DIARIES) y hará que quiera seguir leyendo hasta la última página. Si le gusta la aventura, el amor y los vampiros, ¡este libro es para usted!".

--vampirebooksite.com (con respecto a *Transformación – [Turned]*).

"Morgan Rice se demuestra a sí misma una vez más, ser una narradora de gran talento... Esto le encantará a una gran audiencia, incluyendo a los aficionados más jóvenes del género de

los vampiros y de la fantasía. Termina con un suspenso inesperado, que le dejará impactado".

--The Romance Reviews (referente a *Amores – Loved*).

Libros de Morgan Rice

EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING)

- LA SENDA DE LOS HÉROES (A QUEST OF HEROES) [Libro # 1]
- LA MARCHA DE LOS REYES (A MARCH OF KINGS) [Libro #2]
- EL DESTINO DE LOS DRAGONES (A FATE OF DRAGONS) [Libro #3]
- UN GRITO DE HONOR (A CRY OF HONOR) [Libro #4]
- UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) [Libro #5]
- UNA CARGA DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) [Libro # 6]
- UN RITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS) [Libro #7]
- UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (A GRANT OF ARMS) [Libro #8]
- UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS) [Libro #9]
- UN MAR DE ESCUDOS (A SEA OF SHIELDS) [Libro #10]
- UN REINADO DE HIERRO (A REIGN OF STEEL) [Libro #11]
- UNA TIERRA DE FUEGO (A LAND OF FIRE) [Libro #12]
- EL DECRETO DE LAS REINAS (A RULE OF QUEENS) [Libro #13]

LA TRILOGIA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY)

- ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS - (SLAVERUNNERS) - [Libro #1]
- ARENADOS (ARENA TWO) - [Libro #2]

DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS)

- TRANSFORMACIÓN (TURNED) - [Libro #1]
- AMORES (LOVED) [Libro #2]
- TRAICIÓN (BETRAYED) [Libro #3]
- DESTINADO (DESTINED) [Libro #4]
- DESEO (DESIRED) [Libro #5]
- PROMETIDO (BETROTHED) [Libro #6]
- PROMESA (VOWED) [Libro #7]
- ENCUENTRO (FOUND) [Libro #8]
- RESURRECCIÓN (RESURRECTED) [Libro #9]
- ANSIAS (CRAVED) [Libro #10]
- DESTINO (FATED) [Libro #11]

¡Descargue los libros de Morgan Rice ahora!

THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





[¡Escuche](#) la saga de EL LIBRO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING) ¡en formato de audio libro!

Ya disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Derechos Reservados © 2013 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada beneficiario. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el trabajo de esta autora.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es solo coincidencia.

Imagen de la cubierta: Derechos Reservados, Sergii Votit, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

ÍNDICE

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

"Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte;
Los valientes nunca prueban el sabor de la muerte mas que una vez".

—William Shakespeare
Julio César

CAPÍTULO UNO

Gwendolyn estaba acostada boca abajo en el pasto, sintiendo la fría brisa del invierno corriendo sobre su piel desnuda, y mientras sus ojos parpadeaban para abrirse, lentamente, a lo lejos, el mundo volvía a verse con claridad. Había estado en algún lugar lejano, en un campo radiante con la luz del sol, flores, Thor y su padre a su lado, todos ellos riendo y felices. Todo había estado perfecto en el mundo.

Pero ahora, mientras ella abría los ojos, el mundo ante ella no podía haber sido más diferente. El suelo estaba duro, frío, y, parado sobre ella, levantándose lentamente, no estaba ni su padre ni Thor — sino un monstruo: McCloud. Habiendo abusado de ella, lentamente se levantó, abrochó su pantalón y miró hacia abajo con satisfacción.

Rápidamente, ella recordó todo. Su rendición ante Andrónico. La traición de él. Haber sido violada por McCloud. Sus mejillas enrojecieron al darse cuenta de lo ingenua que había sido.

Estaba allí acostada, todo su cuerpo le dolía, tenía el corazón destrozado, y más que nunca en su vida, quería morir.

Gwendolyn abrió más los ojos y vio al ejército de Andrónico, docenas de soldados, todos observando la escena, y se sintió más avergonzada. Ella nunca debió haberse rendido ante esta criatura; en cambio, ella deseaba haber muerto peleando. Ella debería haber escuchado a Kendrick y a los demás. Andrónico había jugado con sus instintos de sacrificio y ella había caído. Ella deseaba haberlo conocido en la batalla: aunque hubiera muerto, al menos habría caído con dignidad, con su honor intacto.

Gwendolyn sabía con certeza, por primera vez en su vida, que estaba a punto de morir. Pero de alguna manera, eso ya no le preocupaba. Ya no le importaba morir — sólo le importaba morir a *su* manera — y aún no estaba lista para hacerlo.

Mientras estaba allí acostada, boca abajo, Gwendolyn estiró la mano furtivamente y agarró un montón de tierra con una mano.

"Ya puedes levantarte, mujer", ordenó McCloud ásperamente. "Ya terminé contigo. Es momento para que otros tengan su turno".

Gwen agarró la tierra con tanta fuerza, que sus nudillos se pusieron blancos y rezó para que esto funcionara.

Con un movimiento rápido, giró y lanzó el montón de tierra a los ojos de

McCloud.

No se lo esperaba y gritó y tropezó, levantando sus manos para tratar de quitar la tierra de sus ojos.

Gwen aprovechó el momento. Habiendo vivido en el Castillo del Rey, había sido educada por los guerreros del rey, y siempre le habían enseñado a atacar una segunda vez, antes de que el enemigo tuviera la oportunidad de recuperarse. También le habían enseñado una lección que nunca había olvidado: llevara un arma o no, siempre estaba armada. Siempre podía usar el arma del enemigo.

Gwen extrajo la daga del cinturón de McCloud, lo levantó por lo alto y lo hundió entre sus piernas.

McCloud gritó aún más fuerte, quitó las manos de sus ojos y agarró su ingle. Brotó sangre de entre sus piernas mientras se agachaba y se sacó la daga, jadeando.

Ella estaba emocionada por haber dado el golpe, por conseguir, por lo menos, esta pequeña venganza. Pero para su sorpresa, la herida, que habría derribado a cualquiera, no le hizo nada. Este monstruo era imparable. Ella le había herido gravemente, justo donde se lo merecía, pero no lo había matado. Ni siquiera había logrado ponerlo de rodillas.

En cambio, McCloud extrajo la daga, chorreando sangre y la vio con desprecio, con una mirada de muerte. Comenzó a descender hacia ella, sosteniendo la daga con la mano temblorosa, y Gwendolyn sabía que había llegado su hora. Por lo menos moriría con alguna pequeña satisfacción.

"Ahora voy a sacar tu corazón y haré que te lo comas", dijo él. "Prepárate para aprender lo que significa el verdadero dolor".

Gwendolyn se preparó para que le clavara la daga, se preparó para afrontar una muerte dolorosa.

Se escuchó un grito, y después de un momento de conmoción, Gwendolyn se sorprendió al darse cuenta de que el grito no provenía de ella. Era de McCloud; estaba chillando de dolor.

Gwen bajó las manos y miró hacia arriba, confundida. McCloud había dejado caer la daga. Ella parpadeó varias veces, tratando de entender lo que veía delante de ella.

McCloud estaba allí parado, con una flecha alojada en su ojo. Él clamó, la sangre brotaba de la cuenca del ojo, mientras levantaba una mano y agarraba la flecha. Ella no podía entender. Le habían disparado a él. Pero, ¿cómo? ¿Quién?

Gwen se dio vuelta en la dirección en la que la flecha había navegado, y su corazón se emocionó al ver a Steffen, allí de pie, sosteniendo un arco, escondido en medio de un enorme grupo de soldados. Antes de que los demás se dieran cuenta de lo que estaba pasando, Steffen disparó seis flechas más y uno a uno, los seis soldados que estaban de pie al lado de McCloud cayeron, las flechas perforaron sus gargantas.

Steffen puso la mano hacia atrás para tratar de disparar más, pero finalmente fue descubierto por un grupo de soldados que se abalanzaron hacia él y lo sometieron en el piso.

McCloud, aún gritando, se dio vuelta y corrió hacia la multitud. Sorprendentemente, todavía no estaba muerto. Ella esperaba que se desangrara hasta morir.

El corazón de Gwen se inundó de gratitud hacia Steffen, más de lo que él podía imaginar. Ella sabía que moriría aquí hoy, en manos de otra persona, pero al menos por ahora no sería por McCloud.

El campamento de soldados se calmó cuando Andrónico se levantó y marchó lentamente hacia Gwendolyn. Ella estaba allí tirada y lo vio acercarse, era increíblemente alto, como una montaña yendo hacia ella. Los soldados se quedaron atrás cuando él se acercó más, en el campo de batalla había un silencio sepulcral, el único sonido que había era el del azote del viento.

Andrónico se detuvo a unos metros de distancia, amenazante, mirando hacia abajo, inexpresivo. Él estiró la mano y lentamente tocó las cabezas reducidas de su collar, y salió un extraño sonido que provenía de las entrañas de su pecho y garganta, como un ronroneo. Parecía estar tanto enojado como intrigado, al mismo tiempo.

"Has desafiado al gran Andrónico", dijo lentamente; el campo entero escuchaba cada palabra que decía, antigua y grave. Su voz se elevó con autoridad y resonó a través de las llanuras. "Habría sido más fácil si te hubieras sometido a tu castigo. Ahora tendrás que aprender lo que significa el verdadero dolor".

Andrónico bajó la mano y sacó la espada más larga que había visto Gwen alguna vez. Debe haber tenido unos dos metros y medio de largo, y su sonido especial resonó en el campo de batalla. La levantó por lo alto, volviéndola hacia la luz, el reflejo era tan fuerte que la cegó. Él se observó a sí mismo cuando la torció en sus manos, como si las viera por primera vez.

"Eres una mujer de origen noble", dijo. "Te viene de perlas morir por una espada noble".

Andrónico dio dos pasos adelante, agarró la empuñadura con ambas manos y levantó la espada a lo alto.

Gwendolyn cerró los ojos. Oyó el silbido del viento, el movimiento de cada brizna de hierba y apareció un destello por su mente, de recuerdos aleatorios de su vida. Ella sintió que su vida finalizaba, sintió todo lo que había hecho, a todos lo que había amado. En sus reflexiones finales, Gwen pensó en Thor. Ella puso la mano en su cuello y apretó el amuleto que le habían dado, y lo sostuvo firmemente en su puño. Podía sentir la cálida energía irradiando a través de él, esa antigua piedra roja, y recordó las palabras de Thor cuando se lo regaló: este amuleto puede salvar tu vida. Una vez.

Sujetó el amuleto con más fuerza, palpitando en su mano, y le pidió a Dios con cada fibra de su ser.

Por favor Dios, deja que este amuleto funcione. Por favor, sálvame, sólo por esta vez. Déjame volver a ver a Thor.

Gwendolyn abrió los ojos, esperando ver la espada de Andrónico bajando hacia ella — pero lo que vio, la sorprendió. Andrónico se quedó allí, paralizado, mirando por encima de su hombro, como si viera que alguien se acercaba. Parecía estar sorprendido; incluso confundido, y no era una expresión que ella hubiera esperado ver en él alguna vez.

"Ahora bajarás tu arma", se escuchó una voz detrás de Gwendolyn.

Gwendolyn se sintió electrificada al escuchar esa voz. Era una voz que conocía. Ella giró, y quedó sorprendida al ver allí parado a una persona que conocía tan bien como su propio padre.

A Argon.

Allí estaba, con su túnica blanca y capucha, sus ojos brillando con una intensidad como nunca había visto en su vida, mirando a Andrónico. Ella y Steffen estaban en el suelo, entre estos dos Titanes. Eran dos criaturas de una fuerza increíble, uno de las tinieblas y el otro de la luz, de pie uno contra el otro. Ella casi podía sentir la salvaje guerra espiritual por encima de su cabeza.

"¿Lo haré?". Andrónico se burló, sonriendo.

Pero en la sonrisa de Andrónico, Gwen pudo ver que sus labios temblaban, pudo ver, por primera vez, algo así como un miedo en los ojos de Andrónico. Nunca pensó que vería eso. Andrónico debe haber sabido de Argon. Y lo que supiera, era suficiente para hacer que el hombre más poderoso del mundo tuviera miedo.

"Ya no dañarás más a la chica", dijo Argon con calma. "Aceptarás su rendición", dijo él, dando un paso más cerca, con sus ojos brillando, hipnotizantes. "Le permitirás regresar con su gente. Y permitirás que su pueblo se rinda, si así lo desean ellos. Sólo te diré esto una vez. Serás prudente en aceptarlo".

Andrónico miró a Argon y parpadeó varias veces, como si estuviera indeciso.

Finalmente, reclinó su cabeza y rió a carcajadas. Fue la risa más ruidosa y más siniestra que Gwen había oído, llenando todo el campo, pareciendo llegar hasta el cielo.

"Tus trucos de hechicero no funcionan conmigo, viejo", dijo Andrónico. "He oído hablar del Gran Argon. Hubo un tiempo en que fuiste poderoso. Más poderoso que el hombre, que los dragones, que el mismo cielo, o al menos eso dicen. Pero tu tiempo acabó. Ahora es una nueva época. Ahora es el momento del Gran Andrónico. Ahora eres una reliquia, un remanente de otra época, cuando gobernaban los MacGil, cuando la magia era fuerte. Cuando el Anillo era indefendible. Pero tu destino está ligado al Anillo. Y ahora el Anillo es débil. Como tú.

"Eres un tonto por enfrentarte a mí, anciano. Ahora vas a sufrir. Ahora conocerás la fuerza del Gran Andrónico".

Andrónico se mofó y levantó su espada hacia Gwendolyn, esta vez mirando a Argon.

"Voy a matar a la chica lentamente, ante tus ojos", dijo Andrónico. "Después voy a matar al jorobado. A continuación, voy a mutilarte, pero te dejaré vivo, como un símbolo del poder de mi grandeza".

Gwendolyn se preparó y se estremeció mientras Andrónico bajaba la espada hacia su cabeza.

De repente, algo ocurrió. Escuchó un ruido en el aire, como de mil fuegos, seguidos por los gritos de Andrónico.

Abrió los ojos en total incredulidad al ver el rostro de Andrónico, retorcido de dolor, dejando caer su espada y arrodillándose en el suelo. Ella vio a Argon dar un paso adelante, y luego otro, con una sola mano extendida, que irradiaba una bola de luz violeta. La bola se hizo más y más grande, envolviendo a Andrónico, mientras Argon continuaba caminando hacia adelante, inexpresivo, acercándose más y más a Andrónico, mientras mantenía extendida su mano.

Andrónico se acurrucó en ovillo, en el suelo, mientras la luz lo envolvía.

Un jadeo surgió de este hombre, pero ninguno se atrevía a acercarse. O tenían miedo, o Argon había hecho alguna especie de hechizo para hacerlos impotentes.

"¡BASTA YA!", gritó Andrónico, subiendo las manos y tocando sus orejas. "¡TE LO RUEGO!".

"No le harás ningún daño adicional a la chica", dijo Argon lentamente.

"¡Ya no le haré más daño a la chica!", repitió Andrónico, como si estuviera en trance.

"Vas a liberarla ahora y permitirás que regrese con su gente".

"¡La liberaré ahora y le permitiré regresar a su pueblo!".

"Le darás a su gente una oportunidad para rendirse".

"¡Le daré a su gente una oportunidad para rendirse!", agregó Andrónico. "¡Por favor! ¡Haré lo que sea!".

Argon respiró profundamente, y finalmente se detuvo. La luz desapareció de su mano mientras bajaba lentamente el brazo.

Gwen lo miró asombrada; nunca había visto a Argon en acción, y no podía comprender su poder. Era como ver que los cielos se abrían.

"Si nos volvemos a ver, Gran Andrónico", dijo Argon lentamente, mirando hacia abajo mientras Andrónico yacía en el suelo, gimiendo, "será en tu camino hacia los reinos más oscuros de la muerte".

CAPÍTULO DOS

Thor luchaba, sujetado firmemente en su lugar por los soldados del Imperio, vio con impotencia cómo Durs, un hombre al que alguna vez había considerado su hermano, levantaba una espada para matarlo.

Thor cerró los ojos y se preparó, sabiendo que había llegado su hora. Se pateaba a sí mismo por ser tan estúpido, tan confiado. Le habían tendido una trampa todo ese tiempo, era un cordero llevado al matadero. Peor aún, como líder, los demás chicos buscaban a Thor para orientación. No sólo se había decepcionado a sí mismo, había quedado mal con los demás. Su ingenuidad, su naturaleza confiada, lo habían puesto en peligro.

Mientras Thorgrin luchaba, trataba con todas sus fuerzas de convocar su poder, de llamarlo desde algún lugar profundo dentro de sí mismo, quería sólo la suficiente energía para liberarse de sus ataduras, para luchar.

Sin embargo, aunque lo intentara, no llegaba. Su propia fuerza no era suficiente para liberarse de todos los soldados que lo estaban sujetando.

Thor sentía el viento acariciar su rostro, mientras Durs bajaba la espada y se preparó para el inminente impacto del acero. No estaba preparado para morir. En su mente vio a Gwendolyn, en el Anillo, esperándolo. Sintió que él le había defraudado también.

Thor oyó un ruido repentino de carne contra carne y abrió los ojos y se sorprendió al ver que estaba vivo todavía. El brazo de Durs se paralizó en el aire, su muñeca fue sujetada por un enorme soldado del Imperio que se elevaba sobre Durs — no era tarea fácil, teniendo en cuenta el tamaño de Durs. Sujetó la muñeca de Durs, a solo centímetros de empalar a Thor.

Durs se volvió hacia el soldado del Imperio, con la sorpresa en su rostro.

"Nuestro líder no los quiere muertos", murmuró el soldado sombríamente hacia Durs. "Los quiere vivos. Como prisioneros".

"Nadie nos dijo eso", protestó Durs.

"¡El trato era que íbamos a matarlos!", añadió Dross.

"Los términos del acuerdo han cambiado", respondió el soldado.

"¡No puedes hacerlo!", dijo Drake.

"¿Que no podemos?", respondió sombríamente, volviéndose hacia él. "Podemos hacer lo que queramos. De hecho, ahora son nuestros prisioneros, también". El soldado sonrió. "Mientras más Legión tengamos para pedir rescate, mejor".

Durs miró al soldado, con su cara llena de indignación, y un momento después, el caos estalló, mientras docenas de soldados del Imperio se abalanzaban contra los tres hermanos, quienes los derribaron y les ataron las muñecas.

Thor aprovechó la ventaja del caos y se volvió y buscó a Krohn, a quien vio a pocos metros de distancia, acechando en las sombras, fielmente a su lado.

"¡Krohn, ayúdame!", gritó Thor. "¡AHORA!".

Krohn entró en acción con un gruñido, volando por el aire, aterrizando sobre sus colmillos en el cuello del soldado del Imperio, que sostenía la muñeca de Thor. Thor se liberó y Krohn saltó de un soldado a otro, mordiendo y arañándolos hasta que Thor pudo liberarse y agarrar su espada. Después, Thor se dio vuelta y de un solo golpe, cortó tres de las cabezas.

Thor corrió hacia Reece, que estaba más cerca de él y apuñaló a su captor en el corazón, liberándolo y permitiéndole sacar su espada y unirse a la lucha. Los dos se apresuraron hacia sus hermanos de La Legión, atacando a sus captores y liberando a Elden, a O'Connor, a Conval y a Conven.

Los otros soldados estaban distraídos sujetando a Drake, Durs y Dross, y cuando se dieron vuelta para ver qué es lo que estaba pasando, ya era demasiado tarde. Thor, Reece, O'Connor, Elden, Conval y Conven eran libres, todos con armas en la mano. Todavía los superaban en número por mucho, y Thor sabía que la lucha no sería fácil. Pero al menos tenían una oportunidad de pelear. Sin inmutarse, fueron hacia el enemigo, con desenfreno.

Los cien soldados del Imperio atacaron y Thor oyó un chillido a lo alto y vio a Estopheles. Su halcón bajó en picado y arañó los ojos del líder de los soldados del Imperio, quien cayó al suelo, agitándose. Estopheles entonces arañó a varios otros, derribándolos uno por uno.

Cuando iban a atacar, Thor colocó una piedra en su honda y la lanzó, golpeando a uno de los soldados en la sien y derribándolo antes de que él pudiera alcanzarlos; O'Connor logró disparar dos flechas, ambas aterrizaron con mortal precisión y Elden arrojó una lanza, empalando a dos soldados, cayendo a sus pies. Fue un buen comienzo— pero quedaban otros cien soldados para matar.

Se reunieron en el centro con un gran grito de guerra. Como le habían enseñado, Thor se centró en un soldado en particular, eligiendo al más grande y más malo que pudo encontrar, y levantando su espada por lo alto. Hubo un gran sonido de metal, mientras la espada de Thor bloqueaba el escudo del

hombre, y el hombre inmediatamente bajó un martillo hacia la cabeza de Thor.

Thor se hizo a un lado, y mientras el martillo caía en la tierra, Thor sacó la daga de su cinturón y lo apuñaló; se desplomó, muerto.

Thor levantó su escudo a tiempo para bloquear los golpes de espada de dos atacantes, y luego los detuvo con el suyo, matando a uno de ellos. Estaba a punto de golpear al otro, cuando alcanzó a vislumbrar una espada yendo hacia él, desde atrás; tuvo que girar y bloquearlo con su escudo.

Thor estaba siendo atacado por todos lados, era superado en número por mucho, y era lo único que podía hacer para evitar que le llovieran golpes de todos lados. No tenía tiempo ni energía para atacar — sólo para defenderse. Y más y más soldados seguían yendo hacia él.

Thor vio a sus hermanos de La Legión en la misma situación: cada uno de ellos lograba matar a uno o dos soldados — pero eran muchísimos; pagaban un precio, recibiendo heridas leves por todos lados. Thor podría decir que ellos estaban perdiendo terreno — incluso con Krohn saltando y atacando, e incluso con Indra ayudando, recogiendo piedras y lanzándolas al grupo de soldados. Sólo sería cuestión de tiempo hasta que fueran rodeados y acabados.

"¡Libérennos!", dijo una voz.

Thor se volvió y vio a Drake, atado con sogas con sus hermanos, a pocos metros de distancia.

"¡Libéranos!", repitió Drake, "¡y les ayudaremos a luchar contra ellos! ¡Luchamos por la misma causa!".

Mientras Thor levantaba un escudo para bloquear otro gran golpe, esta vez de un hacha de combate, se dio cuenta de que tener tres manos más ayudaría enormemente. Sin ellos, era obvio que no tenían ninguna posibilidad de derrotar a todos estos soldados. Thor sentía que ya no podía confiar en los tres hermanos, pero en este momento sintió que no tenía nada que perder por intentarlo. Después de todo, los tres hermanos tenían motivos para luchar también.

Thor bloqueó todavía otro golpe de espada, luego cayó de rodillas y rodó, a través de la multitud, varios centímetros, hasta que llegó a los tres hermanos. Se levantó de un salto y cortó sus sogas una a la vez, protegiéndolos de los golpes, mientras cada uno sacaba sus espadas y saltaba al combate.

Drake, Dross y Durs fueron a la carga hacia la densa multitud de soldados del Imperio y atacaron, acuchillando, empujando, golpeando. Cada uno de ellos era grande y hábil, y atraparon a los soldados del Imperio desprevenidos, matando a varios de ellos inmediatamente, ayudando a las

probabilidades. Thor tenía sentimientos encontrados acerca de liberarlos, después de lo que habían hecho — pero dadas las circunstancias, parecía ser la opción más inteligente. Es mejor que la muerte.

Ahora eran nueve contra los restantes ochenta y tantos soldados. Las probabilidades seguían siendo todavía terribles, pero al menos eran mejor que antes.

Los hermanos de la Legión siguieron sus habilidades del entrenamiento, sus ejercicios aprendidos durante Los Cien, las incontables veces que habían sido entrenados para luchar, mientras eran cercados y superados en número; hicieron lo que Kolk y Brom les habían enseñado a hacer: se replegaron y formaron un círculo apretado, de espaldas unos con otros, y lucharon contra la invasión de los soldados del Imperio como una sola unidad. Ellos se sintieron envalentonados por la llegada de los tres combatientes adicionales, y cada uno tomó un segundo aire y se defendió más vigorosamente que antes.

Conval extrajo su mayal y le dio vueltas y golpeó al enemigo una y otra vez, logrando sacar tres soldados del Imperio antes de que la cadena se alejara de él. Su hermano Conven utilizó un mazo normal, apuntó hacia abajo y cortó las piernas de los soldados con la bola de metal. O'Connor no podía usar su arco a tan corta distancia, pero logró extraer dos dagas de su cintura y las arrojó a la multitud, matando a dos soldados. Elden esgrimió su martillo de guerra a dos manos ferozmente, lanzando grandes golpes a su alrededor. Thor y Reece los bloquean y detuvieron con sus espadas de manera experta. Por un momento, Thor se sentía optimista.

Entonces, por el rabillo del ojo de Thor, vio algo que le inquietó. Vio a uno de los tres hermanos girando y yendo a la carga hacia el círculo de la Legión; Thor se volvió y vio a Durs. Él estaba yendo al ataque, no hacia un soldado del Imperio, sino hacia él. Hacia Thor. Por la espalda.

Todo pasó demasiado rápido, y Thor, luchando contra dos soldados del Imperio ante él, no pudo voltear a tiempo.

Thor sabía que iba a morir. A punto de ser apuñalado por la espalda, por un muchacho que una vez había pensado que era su hermano, un muchacho en quien, ingenuamente, había confiado dos veces.

Conval apareció de repente frente a Thor, para protegerlo.

Y cuando Durs bajó su espada hacia la espalda de Thor, encontró en cambio el pecho de Conval.

Thor se volvió y gritó: "¡CONVAL!".

Conval se quedó allí, congelado, con los ojos con una mirada de muerte,

mientras veía la espada sumirse en su corazón, la sangre chorreaba por su torso.

Durs se quedó allí parado, mirando hacia atrás, igualmente sorprendido.

Conval cayó de rodillas, brotaba sangre de su pecho. Thor observó, en cámara lenta, cómo Conval, un hermano cercano de La Legión, un muchacho que había amado como a un hermano, caía de bruces al suelo, muerto. Todo para salvar la vida de Thor.

Durs se quedó parado encima de él, mirando hacia abajo, pareciendo conmocionado por lo que había hecho.

Thor se lanzó hacia delante para matar a Durs — pero Conven le ganó. El gemelo de Conval se abalanzó y giró ampliamente su espada, decapitando a Durs, cuyo cuerpo inerte cayó a tierra.

Thor se quedó allí y se sintió hueco por dentro, aplastado por la culpa. Había cometido demasiados errores de juicio. Si él no hubiera liberado a Durs, Conval podría estar vivo ahora.

Estando de espaldas hacia el Imperio, les daba a los soldados una oportunidad. Todos se apresuraron a través del círculo abierto, y Thor sintió que un martillo le pegaba en la parte posterior del omóplato; la fuerza del golpe lo envió al suelo, boca abajo.

Antes de que pudiera levantarse, varios soldados se abalanzaron sobre él; sintió sus pies en la espalda, después un soldado bajó la mano, lo sujetó del cabello y se inclinó sobre él con un puñal.

"Despídete, jovencito", dijo el soldado.

Thor cerró los ojos, y al hacerlo, se sintió transportado a otro mundo.

Por favor Dios, dijo Thor para sí mismo. Permíteme vivir este día. Dame la fuerza para matar a estos soldados. Déjame morir otro día, en otro lugar, con honor. Vivir lo suficiente para vengar esas muertes. Para ver a Gwendolyn una última vez.

Mientras Thor estaba allí tumbado, viendo la daga bajar, sintió que el tiempo se detenía. Sintió un repentino torrente de calor subir por sus piernas y torso y brazos, hasta la palma de sus manos, hacia la punta de sus dedos, un cosquilleo tan intenso que no podía cerrar sus dedos. La increíble ola de calor y energía estaba lista para estallar a través de él.

Thor giró, sintiéndose cargado con una nueva fuerza y dirigió su mano hacia su atacante. Una esfera de luz blanca emanaba de la palma de su mano y envió a su atacante a volar por el campo de batalla, derribando a otros soldados junto con él.

Thor se quedó parado, desbordante de energía y dirigió las palmas de sus manos por todo el campo de batalla. Al hacerlo, las bolas blancas de luz fueron hacia todas partes, creando olas de destrucción, tan rápida e intensamente, que en pocos minutos, todos los soldados del Imperio se encontraban apilados en un gran montón, muertos.

Cuando se calmó el calor del momento, Thor hizo un recuento. Él, Reece, O'Connor, Elden y Conval estaban vivos. Cerca estaban Krohn e Indra, también vivos, Krohn jadeando. Todos los soldados del Imperio estaban muertos. Y a sus pies Conval, muerto.

Dross estaba muerto también, una espada de Imperio le atravesó el corazón.

El único sobreviviente era Drake. Estaba allí tirado, gimiendo en el suelo, con la herida de una daga del Imperio, en el estómago. Thor se acercó a él, mientras Reece, O'Connor y Elden lo arrastraban con fuerza de sus pies, quejándose de dolor.

Drake, gimiendo de dolor, se mofó insolentemente, semiconsciente.

"Debiste habernos matado desde el principio", dijo Drake, brotando sangre de su boca, irrumpiendo en una larga tos. "Siempre fuiste demasiado ingenuo. Demasiado estúpido".

Thor sintió que sus mejillas enrojecían, y estaba aún más furioso consigo mismo por creerles. Estaba furioso, sobre todo, porque su ingenuidad resultó en la muerte de Conval.

"Sólo voy a preguntarte esto una vez", gruñó Thor. "Dime la verdad, y te dejaremos vivir. Miéntenos y seguirás el camino de tus dos hermanos. Tú decides".

Drake tosió varias veces.

"¿Dónde está la Espada?", preguntó Thor exigiendo. "Di la verdad esta vez".

Drake tosió repetidas veces, y luego levantó la cabeza. Miró hacia arriba y se encontró con los ojos de Thor, y su mirada estaba llena de odio.

"Neversink", dijo Drake finalmente.

Thor miró a los demás, quienes a su vez lo miraron, confundidos.

"¿Neversink?", preguntó Thor.

"Es un lago sin fondo", Indra intervino, avanzando. "Al otro extremo del Gran Desierto. Es un lago de lo más profundo".

Thor frunció el ceño hacia Drake.

"¿Por qué?", le preguntó.

Drake tosió, sintiéndose cada vez más débil.

"Fueron órdenes de Gareth", dijo Drake. "Quería arrojarte a un lugar del que nunca volvieras".

"Pero, ¿por qué?", dijo Thor presionando, confundido. "¿Por qué destruir la Espada?".

Drake miró hacia arriba y se encontró con sus ojos.

"Si él no podía blandirla", dijo Drake. "Entonces nadie podría".

Thor lo miró largamente y con severidad, y finalmente, se sintió satisfecho de que estaba diciendo la verdad.

"Entonces nuestro tiempo es corto", dijo Thor, preparándose para irse.

Drake movió la cabeza.

"Nunca llegarás allá a tiempo", dijo Drake. "Son muchos días por delante. La Espada ya está perdida para siempre. Renuncia y regresa al Anillo, y no se dañen a ustedes mismos".

Thor meneó la cabeza.

"No pensamos como ustedes", contestó. "No vivimos para salvar nuestras vidas. Vivimos para el valor, para nuestro código de conducta. Y vamos a ir hacia donde eso nos lleve".

"¿Ves a dónde te ha llevado tu valor hasta ahora?", dijo Drake. "Incluso con tu valor, eres un tonto, al igual que el resto de ellos. El valor es no sirve de nada".

Thor lo miró mofándose de él. No podía creer que había sido criado en una casa, que había pasado toda su infancia, con este sujeto.

Los nudillos de Thor se pusieron blancos mientras apretaba la empuñadura de su espada, queriendo más que nunca matar a ese muchacho. Los ojos de Drake siguieron sus manos.

"Hazlo", dijo Drake. "Mátame. Hazlo de una vez por todas".

Thor lo miró larga y duramente, con ganas de hacerlo. Pero Drake había dado su palabra de que si decía la verdad, no lo mataría. Y Thor siempre cumplía su palabra.

"No lo haré", dijo finalmente Thor. "Aunque te lo merezcas. No vas a morir por mi mano, porque eso me haría rebajarme a tu nivel".

Thor comenzó a dar vuelta para alejarse, Conven corrió hacia adelante y gritó:

"¡Por mi hermano!".

Antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, Conven levantó su espada y la empujó hacia el corazón de Drake. Los ojos de Conven estaban iluminados por la locura, por el dolor, mientras sostenía a Drake en el abrazo

de la muerte, y lo veía caer inerte en el suelo, muerto.

Thor miró hacia abajo y sabía que la muerte era poco consuelo por la pérdida de Conven. Por la pérdida de todos. Pero, al menos, era algo.

Thor miraba hacia el vasto tramo del desierto ante ellos y sabía que la Espada estaba en algún lugar más allá de sus fronteras. Parecía que estaba a un planeta de distancia. Cuando pensó que su viaje había terminado, se dio cuenta de que todavía no había siquiera comenzado.

CAPÍTULO TRES

Erec estaba sentado entre las decenas de caballeros en el Salón de Armas del Duque dentro de su castillo, seguro detrás de las puertas de Savaria, todos ellos magullados y maltratados por su encuentro con esos monstruos. A su lado estaba sentado su amigo Brandt, quien se agarraba la cabeza con las manos, como muchos de los demás. El ambiente en la cámara era sombrío.

Erec lo sintió también. Todos los músculos de su cuerpo le dolían, de la batalla con los hombres del Lord y con los monstruos. Había sido uno de los días más duros de batalla que podía recordar, y el Duque había perdido a demasiados hombres. Mientras Erec reflexionaba, se dio cuenta de que si no hubiera sido por Alistair, él y Brandt y los demás estarían muertos ahora.

Erec estaba abrumado de gratitud hacia ella — y aún más, con un amor renovado. Él también estaba intrigado por ella, más de lo que había estado en su vida. Siempre había percibido que ella era especial, que incluso era poderosa. Pero los acontecimientos de este día, se lo habían demostrado. Tenía un ardiente deseo de saber más acerca de quién era, sobre el secreto de su linaje. Pero él había jurado no entrometerme — y siempre cumplía su palabra.

Erec no podía esperar a que terminara esta reunión para que él pudiera verla otra vez.

Los caballeros del Duque habían estado sentados allí durante horas, recuperándose, tratando de averiguar qué había pasado, discutiendo acerca de qué hacer a continuación. El Escudo estaba desactivado, y Erec todavía estaba tratando de ver las consecuencias. Significaba que Savaria ahora estaba propensa a un ataque; peor aún, los mensajeros habían llegado con las noticias de la invasión de Andrónico, de lo que había sucedido en la Corte del Rey, en Silesia. Erec se sintió descorazonado. Su corazón le pedía estar con sus hermanos de Los Plateados, defender las ciudades. Pero allí estaba, en Savaria, donde el destino lo había puesto. También lo necesitaban aquí: la ciudad del Duque y la gente era, después de todo, una parte estratégica del Imperio MacGil, y también tenían que defenderla.

Pero con los nuevos y numerosos informes acerca de las inundaciones de batallones de Andrónico enviados a Savaria, Erec sabía que su ejército de un millón de hombres, pronto se extendería a todos los rincones del Anillo. Cuando terminara, Andrónico no dejaría nada. Erec había escuchado las

historias de conquistas de Andrónico toda su vida, y él sabía que era un hombre cruel sin igual. Por la simple ley de los números, los pocos cientos de hombres del Duque serían incapaces de enfrentarlos. Savaria era una ciudad condenada.

"Digo que nos rindamos", dijo el asesor del Duque, un viejo guerrero curtido, que estaba sentado en una larga y rectangular mesa de madera, perdido en un jarra de cerveza, golpeando su guantelete metálico en la madera. Todos los otros soldados se calmaron y lo miraron.

"¿Qué otra opción tenemos?", agregó él. "Somos unos pocos cientos en contra de un millón de ellos".

"Tal vez podamos defendernos, por lo menos conservar la ciudad", dijo otro soldado.

"¿Pero por cuánto tiempo?" preguntó otro.

"El suficiente para que MacGil envíe refuerzos, si podemos aguantar el tiempo suficiente".

"MacGil está muerto", respondió otro guerrero. "Nadie vendrá a ayudarnos".

"Pero su hija vive", respondió otro. "Así como sus hombres. ¡No nos abandonarían aquí!".

"¡Apenas puedan defenderse!", protestó otro.

Los hombres estallaron en agitados murmullos, todos discutiendo entre ellos, hablando unos con otros, dando vueltas y vueltas en círculos.

Erec estaba allí sentado, viendo todo, y sintiéndose vacío. Había llegado un mensajero hacía varias horas y había entregado la terrible noticia de la invasión de Andrónico — y también, para Erec, aún peores noticias, acababan de decirle que MacGil había sido asesinado. Erec había estado tan lejos de la Corte del Rey durante tanto tiempo, que era la primera vez que había recibido las noticias — y cuando eso ocurrió, sintió como si una daga hubiera sido sumida en su corazón. Había amado a MacGil como padre, y la pérdida le hizo sentir más vacío que nunca.

La habitación estaba en silencio mientras el Duque aclaraba su garganta y todas las miradas se volvieron hacia él.

"No podemos defender nuestra ciudad contra un ataque", dijo el Duque, lentamente. "Con nuestras habilidades y la fuerza de estos muros, podemos atacar contra un ejército hasta cinco veces más grande que el nuestro — incluso un ejército diez veces mayor que el nuestro. Y tenemos suficientes provisiones para retener un asedio durante semanas. Contra cualquier ejército

normal, ganaríamos".

Él suspiró.

"Pero el Imperio no cuenta con un ejército normal", añadió. "No podemos defendernos contra un millón de hombres. Sería inútil".

Hizo una pausa.

"Pero así nos rendiríamos. Todos sabemos lo que Andrónico hace a sus captores. A mí me parece que todos moriríamos de una u otra forma. La pregunta es si moriremos de pie o moriremos de espaldas. ¡Yo digo que muramos de pie!".

La sala estalló en una ovación de aprobación. Erec no podía estar más de acuerdo.

"Entonces no nos queda otro curso de acción", continuó diciendo el Duque. "Defenderemos a Savaria. Nunca nos rendiremos. Podríamos morir, pero todos moriremos juntos".

La habitación quedó en un pesado silencio mientras los demás asintieron con la cabeza. Parecía como si todos estuvieran buscando otra respuesta.

"Hay otro camino", dijo Erec finalmente, hablando en voz alta.

Podía sentir que todos lo miraban.

El Duque asintió con la cabeza, para que pudiera hablar.

"Podemos atacar", dijo Erec.

"¿Atacar?", dijeron los soldados, sorprendidos. "¿Los pocos cientos que somos nosotros, atacando a un millón de hombres? Erec, sé que eres valiente. Pero, ¿estás loco?"

Erec meneó la cabeza, muy en serio.

"Lo que no están tomando en cuenta es que los hombres de Andrónico nunca se esperarían un ataque. Tendríamos el elemento sorpresa. Como ustedes dicen, estando aquí sentados, defendiendo, moriremos. Si atacamos, podemos matar a mucho más de ellos; y lo más importante aún, es que si atacamos en la forma correcta, y en el lugar correcto, podríamos hacer más que retenerlos — podríamos ganar".

"¿Ganar?", gritaron todos, mirando a Erec, totalmente desconcertados.

"¿Qué quieres decir?", preguntó el Duque.

"Andrónico esperará que estemos aquí, sentados y defendamos nuestra ciudad", explicó Erec. "Sus hombres nunca esperarán que tengamos un punto de paso forzoso, fuera de las puertas de nuestra ciudad. Aquí en la ciudad, tenemos la ventaja de los muros fuertes — pero allá afuera, en el campo, tenemos la ventaja de la sorpresa. Y la sorpresa siempre es mejor que la

fuerza. Si podemos mantener un punto de paso forzoso natural, podemos canalizarlos a todos a un mismo lugar, y desde allí podemos atacar. Hablo del Barranco Oriental".

"¿El Barranco Oriental?", preguntó un soldado.

Erec asintió con la cabeza.

"Es una grieta escarpada entre dos acantilados, el único paso en las Montañas de Kavonia, que está a un día de viaje de aquí. Si los hombres de Andrónico vienen hacia nosotros, la manera más directa será a través del barranco. De lo contrario, tendrán que escalar las montañas. El camino del norte es demasiado estrecho y demasiado fangoso en esta época del año — él perdería semanas. Y desde el sur, tendría que cruzar el Río Fiordo".

El Duque vio a Erec con admiración, frotando su barba, pensando.

"Puede que tengas razón. Andrónico podría llevar a sus hombres por el barranco. Para cualquier otro ejército, sería un acto de suprema arrogancia. Pero para él, con su millón de hombres, podría hacerlo".

Erec asintió con la cabeza.

"Si podemos llegar allí, si podemos ganarles, podemos sorprenderlos, tenderles una emboscada. Con una posición como esa, unos cuantos podrían contener a miles".

Todos los otros soldados miraron a Erec con algo parecido a una esperanza y temor, mientras la habitación se cubría con un espeso silencio.

"Es un plan audaz, amigo mío", dijo el Duque. "Pero de nuevo, eres un guerrero audaz. Siempre lo has sido", el Duque hizo una señal a un ayudante. "¡Tráeme un mapa!".

Un muchacho salió corriendo de la habitación y regresó por otra puerta, sosteniendo un gran rollo de pergamino. Lo desenrolló en la mesa, y los soldados se reunieron alrededor, analizándolo.

Erec estiró la mano y encontró a Savaria en el mapa y trazó una línea con el dedo, hacia el Este, deteniéndose en el Barranco Oriental. Había una grieta estrecha, rodeada por montañas hasta donde alcanzaba la vista.

"Es perfecto", dijo un soldado.

Los demás asintieron con la cabeza, frotando sus barbas.

"He oído historias de unas pocas docenas de hombres manteniendo a raya a miles, en el barranco", dijo un soldado.

"Eso es un cuento de viejas", dijo otro soldado, cínicamente. "Sí, tendremos el elemento sorpresa. Pero ¿qué más? No tendremos la protección de nuestras paredes".

"Tendremos la protección de las paredes de la naturaleza", respondió otro soldado. "Esas montañas, cientos de metros de acantilado sólido".

"Nada es seguro", añadió Erec. "Como dijo el Duque, o morimos aquí, o morimos allá. Digo que muramos allá. La victoria favorece a los audaces".

El Duque, después de mucho tiempo de frotar su barba, finalmente asintió con la cabeza, se reclinó y enrolló el mapa.

"¡Preparen sus armas!", gritó. "¡Saldremos esta noche!".

*

Erec, otra vez con su armadura, su espada colgando en su cintura, marchó por el pasillo del castillo del Duque, yendo en dirección opuesta a todos los hombres. Él tenía una tarea importante que hacer antes de irse a lo que podría ser su última batalla.

Tenía que ver a Alistair.

Desde que habían regresado de la batalla del día, Alistair había estado en el castillo, al final del pasillo, en su propia habitación, esperando que Erec fuera con ella. Estaba esperando un encuentro feliz, y él se sintió descorazonado cuando se dio cuenta de que tendría que compartirle las malas noticias de que tendría que irse de nuevo. Él tuvo una sensación de paz sabiendo que al menos ella estaría aquí, a salvo, en los muros del castillo, y se sintió más decidido que nunca a mantenerla a salvo, a proteger al Imperio. Su corazón le dolía al pensar en dejarla — no habría querido nada más que pasar tiempo con ella desde su promesa de casarse. Pero simplemente no parecía ser posible.

Cuando Erec dio vuelta a la esquina, sus espuelas tintinearón, sus botas resonaron en los pasillos vacíos del castillo; se preparó para el adiós, que sabía que sería doloroso. Finalmente llegó a una antigua puerta arqueada de madera y golpeó suavemente con su guantelete.

Se escuchó el sonido de pasos cruzando la habitación, y un momento después, la puerta se abrió. El corazón de Erec se aceleró, como lo hacía cada vez que veía a Alistair. Allí estaba ella de pie, en la puerta, con su largo pelo rubio y sus grandes ojos cristalinos, mirándolo como si fuera una aparición. Ella estaba más hermosa cada vez que la veía.

Erec entró y la abrazó, y ella lo abrazó también. Lo abrazó con fuerza, durante mucho tiempo, no queriendo dejarlo ir. Él tampoco quería soltarla. Deseaba más que nada poder cerrar la puerta detrás de él y quedarse con ella,

todo el tiempo que pudiera. Pero el destino no lo quería así.

La calidez de ella y su cercanía hacía que todo estuviera bien en el mundo, y él se negaba a soltarla. Finalmente, ella se alejó un poco y lo miró a los ojos, que brillaban. Miró su armadura, sus armas, y su rostro cambió al darse cuenta de que no iba a quedarse.

"¿Te vas a marchar otra vez, mi Lord?" preguntó.

Erec bajó la cabeza.

"No es mi deseo, mi señora", respondió. "El Imperio se está acercando. Si me quedo aquí, todos moriremos".

"¿Y si te vas?", preguntó ella.

"Probablemente moriré de cualquier manera", reconoció él. "Pero eso al menos nos dará una oportunidad. Una pequeña posibilidad, pero es una oportunidad".

Alistair se dio vuelta y caminó hacia la ventana, mirando el patio del Duque, con la puesta del sol; su rostro se iluminó con la luz tenue. Erec podía ver la tristeza grabada en su rostro, y se acercó a ella y le retiró el cabello de su cuello, acariciándola.

"No estés triste, mi señora", dijo. "Si sobrevivo a esto, volveré a tu lado Y entonces estaremos juntos para siempre, libres de todos los peligros y amenazas. Libres finalmente para vivir juntos".

Ella meneó la cabeza, con tristeza.

"Tengo miedo", dijo.

"¿De los ejércitos que se aproximan?", preguntó él.

"No", dijo ella, volviéndose hacia él. "De ti".

Erec la miró, perplejo.

"Temo que ahora pensarás de mí de manera diferente", dijo ella, "desde que viste lo que pasó en el campo de batalla.

Erec movió la cabeza.

"No pienso en ti de manera distinta en absoluto", dijo. "Me salvaste la vida, y por eso estoy agradecido".

Ella meneó la cabeza.

"Pero también viste un lado diferente de mí", dijo. "Viste que no soy normal. "No soy como todos los demás". Yo tengo un poder dentro de mí, que no entiendo. Y ahora temo que pensarás que soy una especie de monstruo. Como una mujer que ya no quieres que sea tu esposa".

A Erec se le rompió el corazón al escuchar sus palabras, y dio un paso adelante, puso con fervor las manos en las suyas, y la miró a los ojos con toda

la seriedad que pudo reunir.

"Alistair", dijo. "Te amo con todas mis fuerzas. Nunca ha habido una mujer a la que haya amado más. Y nunca la habrá. Me encanta todo lo que eres. No veo nada diferente en ti de los demás. Los poderes que tienes, sin importar quién seas — aunque no los entiendas, los acepto todos. Estoy agradecido por ello. Juré no entrometerme y mantendré esa promesa. Nunca te lo preguntaré. Sin importar lo que seas, te acepto".

Ella lo miró por un largo tiempo, luego sonrió lentamente, y sus ojos parpadearon, con lágrimas de alivio y alegría. Ella se volvió y le abrazó, con fuerza, con todo su amor.

Le susurró al oído: "¡Regresa a mi lado!".

CAPÍTULO CUATRO

Gareth estaba parado al borde de la cueva, viendo ponerse el sol, y esperó. Lamió sus labios secos e intentó concentrarse, los efectos del opio finalmente iban desapareciendo. Estaba mareado y no había bebido ni comido en varios días. Gareth pensó en su audaz fuga del castillo, escabulléndose a través del pasadizo secreto detrás de la chimenea, justo antes de que Lord Kultin hubiera intentado emboscarlo, y sonrió. Kultin había sido inteligente en su golpe de estado — pero Gareth había sido más listo. Como todos los demás, él había subestimado a Gareth; no se había dado cuenta de que los espías de Gareth estaban por todas partes, y que se habría enterado de su plan casi instantáneamente.

Gareth había escapado a tiempo, justo antes de que Kultin lo hubiera emboscado y antes de que Andrónico hubiera invadido la Corte del Rey y hubiera arrasado con él. Lord Kultin le había hecho un favor.

Gareth había utilizado los antiguos pasadizos secretos del castillo, serpenteando bajo la tierra, que finalmente lo llevó a la campiña, saliendo en una aldea alejada de la Corte del Rey. Había salido cerca de una cueva y se había derrumbado al llegar, durmiendo durante todo el día, acurrucado y temblando por el implacable aire de invierno. Deseaba haber traído más capas de ropa.

Despierto, Gareth se agachó y espió, a lo lejos, una pequeña aldea de labranza; había un puñado de cabañas, salía humo de sus chimeneas y a lo largo de ella estaban los soldados de Andrónico marchando por la aldea y el campo. Gareth había esperado pacientemente hasta que se dispersaron. Le dolía el estómago de hambre, y él sabía que necesitaba llegar a una de esas casas. Podía oler que cocinaban comida desde aquí.

Gareth salió corriendo de la cueva, mirando a todos lados, respirando con dificultad, frenético de miedo. No había corrido en años, y resolló por el esfuerzo; le hizo darse cuenta de lo delgado y enfermizo que se había vuelto. La herida en la cabeza, donde su madre le había golpeado con la escultura, palpitaba. Si sobrevivía a todo esto, juró matarla él mismo.

Gareth corrió hacia la ciudad, escapando, afortunadamente, de ser detectado por los pocos soldados del Imperio que estaban de espaldas a él. Corrió a la primera cabaña que vio, una vivienda sencilla, de una habitación, como las demás, un cálido resplandor venía desde dentro. Vio a una

adolescente, tal vez de su edad, caminando por la puerta abierta con un montón de carne, sonriente, acompañada de una chica más joven, tal vez era su hermana, como de unos diez años — y decidió que ése era el lugar.

Gareth atravesó por la puerta con ellas, siguiéndolas, cerrando la puerta de golpe detrás de ellas y agarrando a la chica más joven por atrás, poniendo su brazo alrededor de la garganta. La chica gritó, y la chica mayor tiró su plato de comida, mientras Gareth sacaba un cuchillo de su cintura y lo sostuvo en la garganta de la joven.

Ella gritaba y lloraba.

"¡PAPÁ!".

Gareth se dio vuelta y miró la acogedora casa, llena de la luz de las velas y el olor de la comida, y vio, además de la adolescente, a una madre y un padre, parados sobre una mesa, mirándolo, con los ojos bien abiertos con miedo y rabia.

"¡Aléjense y no la mataré!". Gareth gritó, desesperado, alejándose de ellos, resguardando a la joven.

"¿Quién es usted?", preguntó la adolescente. "Yo me llamo Sarka. El nombre de mi hermana es Larka. Somos una familia pacífica. ¿Qué quiere con mi hermana? ¡Déjela!".

"Sé quién es usted", el padre entrecerró los ojos hacia él, en señal de desaprobación. "Usted era el rey anterior. El hijo de MacGil".

"Sigo siendo rey", gritó Gareth. "Y ustedes son mis súbditos. ¡Harán lo que yo diga!".

El padre frunció el ceño.

"Si usted es el rey, ¿dónde está su ejército?", preguntó. "Y si usted es el rey, ¿por qué está tomando como rehén a una chica inocente, con un puñal de la realeza? ¿Tal vez sea el mismo puñal que usó para matar a su propio padre?". El hombre se mofó. "He oído rumores".

"Tienes una lengua impertinente", dijo Gareth. "Sigue hablando y mataré a tu hija".

El padre tragó saliva, sus ojos se abrieron con temor, y se quedó callado.

"¿Qué quiere de nosotros?", gritó la madre.

"Comida", dijo Gareth. "Y refugio. Alerten a los soldados de mi presencia, y les prometo que voy a matarla. Sin trucos, ¿entienden? Déjenme en paz, y ella vivirá. Quiero pasar la noche aquí. Sarka, tráeme ese plato de carne. Y tú, mujer, aviva el fuego y tráeme un manto para poner sobre mis hombros. ¡Háganlo lentamente!", advirtió.

Gareth observaba mientras el padre asentía con la cabeza, a la madre. Sarka puso la carne en su plato, mientras que la madre se acercaba con un grueso manto y lo ponía sobre los hombros de él. Gareth, aún temblando, se acercó lentamente hacia la chimenea, el fuego rugiente calentó su espalda, mientras se sentaba en el suelo, a su lado, sosteniendo con firmeza a Larka, que todavía estaba llorando. Sarka se acercó con el plato.

"¡Ponlo en el suelo junto a mí!", ordenó Gareth. "Lentamente".

Conmocionada, Sarka lo hizo, mirando con preocupación a su hermana, y lo azotó en el suelo, junto a él.

Gareth estaba abrumado por el olor. Él se agachó y tomó un trozo de carne con su mano libre, sosteniendo la daga en la garganta de Larka con la otra; masticó y masticó, cerrando los ojos, saboreando cada bocado. Masticaba más rápido de lo que podía tragar, la comida colgaba de su boca.

"¡Vino!", gritó.

La madre le llevó una bota de cuero para vino, y Gareth la apretó en su boca, bebiéndolo. Respiró profundamente, masticando y bebiendo, empezando a sentirse bien de nuevo.

"¡Ahora, suéltela!", dijo el padre.

"De ninguna manera", respondió Gareth. "Pasaré la noche aquí, así, con ella en mis brazos. Ella estará a salvo, mientras yo lo esté. ¿Quieres ser un héroe? ¿O quieres que tu hija viva?".

Los familiares se miraron unos a otros, sin hablar, vacilantes.

"¿Puedo hacerle una pregunta?", preguntó Sarka. "Si usted es un buen rey, ¿por qué trata así a sus súbditos?".

Gareth la miró, desconcertado, y finalmente se reclinó y estalló en risas.

"¿Quién dijo que yo era un buen rey?".

CAPÍTULO CINCO

Gwendolyn abrió los ojos, sintiendo que el mundo se movía a su alrededor y luchó por averiguar dónde estaba. Vio, pasando junto a ella, las enormes puertas arqueadas de piedras rojas de Silesia, vio a miles de soldados del Imperio observándola, asombrados. Vio a Steffen, caminando junto a ella, y miró al cielo, rebotando hacia arriba y hacia abajo. Se dio cuenta de que la llevaban cargando. Que estaba en brazos de alguien.

Ella estiró el cuello y vio los ojos brillantes, intensos de Argon. Se dio cuenta de que estaba siendo llevada por Argon, con Steffen a su lado; los tres caminando abiertamente a través de las puertas de Silesia, pasando entre miles de soldados del Imperio, que se apartaban de ellos y se quedó allí, mirando. Estaban rodeados de un resplandor blanco y Gwendolyn podía sentirse inmersa en una especie de escudo protector en los brazos de Argon. Se dio cuenta de que estaba haciendo una especie de hechizo para mantener a raya a todos los soldados.

Gwen se sentía reconfortada, protegida, en los brazos de Argon. Le dolían todos los músculos de su cuerpo, estaba agotada, y no sabía si podía caminar si lo intentaba. Parpadeaba, al ir avanzando, y vio al mundo pasar por ella en fragmentos. Vio un pedazo de pared desmoronada; un parapeto colapsado; una vivienda quemada; una pila de escombros; los vio pasar a través del patio, llegar a las puertas más lejanas, en el borde del Cañón; los vio pasar a través de ellos, también, los soldados haciéndose a un lado.

Llegaron al borde del Cañón, la plataforma cubierta de púas de metal, y mientras Argon estaba allí parado, la plataforma bajó, llevándolos de regreso a las profundidades de la Baja Silesia.

Al entrar a la ciudad de la parte baja, Gwendolyn vio a docenas de rostros, los rostros preocupados y amables de los ciudadanos de Silesia, viéndola pasar, como si fuera un espectáculo. Todos miraban con asombro y preocupación, mientras ella seguía descendiendo hacia la plaza principal de la ciudad.

Al llegar, cientos de personas los rodearon. Ella vio caras conocidas — a Kendrick, a Srog, a Godfrey, a Brom, a Kolk, a Atme, a docenas de Los Plateados y de La Legión, que reconoció... Se reunieron a su alrededor, con la angustia en sus rostros, en el sol temprano de la mañana, mientras la niebla se arremolinaba en el Cañón y sintió una brisa fría punzándola. Cerró los ojos,

tratando de que todo eso desapareciera. Se sintió como una cosa en exhibición y aplastada en las profundidades. Se sintió humillada. Y sintió que había decepcionado a todos.

Continuaron, más allá de todas las personas, a través de las callejuelas de la parte baja de la ciudad, a través de otra entrada arqueada, y finalmente al pequeño palacio de la parte baja de Silesia. Gwen entraba y salía de la conciencia, mientras entraban a un magnífico castillo rojo, subiendo un conjunto de escaleras, por un largo pasillo y hacia otra alta puerta arqueada. Finalmente, se abrió una pequeña puerta y entraron en una habitación.

La habitación tenía una luz tenue. Parecía ser un amplio dormitorio, con una cama antigua con dosel en su centro, con el fuego rugiente de una antigua chimenea de mármol, no muy lejos de allí. Varias asistentes estaban paradas en la habitación, y Gwendolyn sintió que Argon la llevaba a la cama, la colocaba suavemente sobre ella. Al hacerlo, docenas de personas se reunieron, mirándola con preocupación.

Argon se retiró, dio varios pasos hacia atrás y desapareció en medio de la multitud. Ella lo buscó, parpadeando varias veces, pero ya no lo pudo encontrar. Se había ido. Sintió la ausencia de su energía protectora, que la había estado envolviendo como un escudo. Se sentía más fría, menos protegida, sin él.

Gwen lamió sus labios agrietados y un momento después sintió que su cabeza era apuntalada por detrás, le colocaban una almohada y un jarro de agua en sus labios. Ella bebió y bebió, y se dio cuenta de cuánta sed tenía. Miró hacia arriba y vio a una mujer que reconoció.

A Illepra, la curandera real. Illepra la miró, con sus ojos color avellana, llenos de preocupación, le dio agua, pasando un paño caliente sobre su frente, quitando el cabello de su cara. Puso una mano sobre su frente y Gwen sentía una energía curativa que pasaba a través de ella. Sentía los ojos pesados, y pronto los cerró contra su voluntad.

*

Gwendolyn no sabía cuánto tiempo había pasado cuando abrió los ojos otra vez. Todavía se sentía exhausta, desorientada. En sus sueños había oído una voz, y ahora la escuchaba otra vez.

"Gwendolyn", dijo la voz. Lo oyó resonar en su mente, y se preguntó cuántas veces él había llamado su nombre.

Miró hacia arriba y reconoció a Kendrick, quien la observaba. Junto a él estaba su hermano Godfrey, junto con Srog, Brom, Kolk y varios otros. Del otro lado, estaba parado Steffen. Odiaba las expresiones en sus rostros. La veían como si fuera causa de lástima, como si hubiera regresado de entre los muertos.

"Hermana mía", dijo Kendrick, sonriendo. Podía oír la preocupación en su voz. "Dinos lo que pasó".

Gwen meneó la cabeza, demasiado cansada para recordar todo.

"Andrónico", dijo ella, con voz ronca, que parecía más como un susurro. Ella aclaró su garganta. "Intenté... rendirme... a cambio de la ciudad... Confíe en él. Fue una estupidez..."

Ella meneó la cabeza una y otra vez, una lágrima rodaba por su mejilla.

"No; tú eres *noble*", corrigió Kendrick, estrechando su mano. "Eres la más valiente de todos nosotros".

"Hiciste lo que hubiera hecho cualquier gran líder", dijo Godfrey, avanzando.

Gwen meneó la cabeza.

"Él nos engañó...", dijo Gwendolyn. "Y me atacó. Hizo que McCloud me atacara".

Gwen no pudo evitarlo: comenzó a llorar, mientras decía esas palabras, incapaz de evitarlo. Ella sabía que un líder-no haría eso, pero no podía evitarlo.

Kendrick apretó su mano más fuerte.

"Iban a matarme...", dijo, "...pero Steffen me salvó... "

Todos los hombres vieron a Steffen con un nuevo respeto, quien estaba parado fielmente a su lado, inclinando la cabeza.

"Lo que hice fue demasiado poco y demasiado tarde", respondió humildemente. "Era un hombre solo contra muchos".

"Aun así, salvaste a nuestra hermana y por eso siempre estaremos en deuda contigo", dijo Kendrick.

Steffen meneó la cabeza.

"Tengo una deuda mucho mayor con ella", respondió él.

Gwen lloró.

"Argon nos salvó a los dos", terminó diciendo ella.

El rostro de Kendrick se volvió sombrío.

"Te vengaremos", dijo él.

"No solo me preocupo por mí misma", dijo ella. "Sino por la ciudad... por

nuestro pueblo... por Silesia. Andrónico... atacará..."

Godfrey le dio palmaditas en su mano.

"No te preocupes por eso ahora", dijo, avanzando. "Descansa. Hablaremos de estas cosas. Ahora estás a salvo aquí".

Gwen sentía que los ojos se le cerraban. No sabía si estaba despierta o soñando.

"Ella necesita dormir", dijo Illepra, avanzando, protectora.

Gwendolyn débilmente oyó todo eso, mientras se sentía más y más pesada, entrando y saliendo de la conciencia. En su mente aparecían imágenes de Thor y luego, de su padre. Le estaba costando trabajo discernir entre lo que era real y lo que era un sueño, y oyó sólo fragmentos de la conversación, en su mente.

"¿Qué tan graves son las heridas?", dijo una voz, tal vez la de Kendrick.

Ella sentía que Illepra pasaba su mano sobre la frente. Y entonces, las últimas palabras que escuchó, antes de que sus ojos se cerraran, fueron las de Illepra:

"Las heridas en el cuerpo son ligeras, mi Lord. Las heridas en su espíritu, son las más profundas".

*

Cuando Gwen despertó otra vez, escuchó el crepitar del fuego. No podía saber cuánto tiempo había pasado. Parpadeó varias veces, mientras miraba alrededor de la habitación oscurecida y vio que la multitud se había dispersado. Las únicas personas que se quedaron fueron Steffen, sentado en una silla junto a su cama, Illepra, que estaba parada junto a ella, aplicando un ungüento en su muñeca, y sólo una persona más. Era un anciano amable, que la miraba con preocupación. Ella casi lo reconoció, pero fue difícil ubicarlo. Se sentía cansada, muy cansada, como si no hubiera dormido en años.

"¿Mi señora?", dijo el anciano, inclinándose. Tenía algo grande en ambas manos, y ella miró hacia abajo y se dio cuenta de que era un libro encuadernado en cuero.

"Soy Aberthol", dijo. "Su maestro. ¿Me oye?".

Gwen tragó saliva y asintió lentamente con la cabeza, abriendo un poco los ojos.

"He estado esperando horas para verla", dijo. "La vi agitada".

Gwen asintió lentamente, recordando, agradecida por su presencia.

Aberthol se inclinó y abrió su gran libro, y ella podía sentir el peso de él en

su regazo. Escuchó el crujido de sus pesadas páginas, mientras él les daba vuelta.

"Es uno de los pocos libros que salvé", dijo él, "antes de que quemaran la Casa de los Eruditos. Es la cuarta historia de los MacGil. La ha leído. Adentro están escondidas las historias de conquista y triunfos y derrotas, por supuesto — sin embargo, también hay otras historias. Historias de los grandes líderes heridos. De heridas en el cuerpo y heridas del espíritu. Todo tipo de lesiones imaginables, mi señora. Y esto es lo que he venido a decirle: incluso los mejores hombres y mujeres han sufrido tratos inimaginables, lesiones y torturas. No está sola. Es un rayo en la rueda del tiempo. Hay muchos otros que han sufrido peores cosas que usted — y muchos que sobrevivieron y que llegaron a convertirse en grandes líderes.

"No se sienta avergonzada", dijo, agarrando su muñeca. "Eso es lo que quiero decirle. *Nunca* se avergüence. No debe haber ninguna vergüenza en usted — sólo honor y coraje por lo que ha hecho. Es la mejor gobernante que ha tenido el Anillo. Y esto no la disminuye en modo alguno.

Gwen, conmovida por sus palabras, sintió que una lágrima rodaba por su mejilla. Sus palabras eran justo lo que necesitaba escuchar, y se sintió muy agradecida por ellas. Lógicamente, sabía y entendía que él tenía razón.

Pero emocionalmente, todavía tenía problemas para sentirlo. Una parte de ella no podía evitar sentirse como si de alguna manera hubiera sido dañada para siempre. Ella sabía que no era cierto, pero eso es lo que sentía.

Aberthol sonrió, mientras sostenía un libro más pequeño.

"¿Recuerda éste?", preguntó, dando vuelta a su cubierta encuadernado en cuero rojo. "Era su favorito durante la infancia. Las leyendas de nuestros padres. Allí hay una historia en particular, que pensé en leerle, para ayudarla a pasar el tiempo".

Gwen estaba conmovida por el gesto, pero no podía aguantar más. Ella meneó la cabeza, con tristeza.

"Gracias", dijo, con su voz ronca, mientras otra lágrima rodaba por su mejilla. "Pero no puedo escucharla ahora".

En el rostro de él se reflejó la decepción, luego asintió, comprendiendo.

"En otra ocasión", dijo ella, sintiéndose abatida. "Necesito estar sola. Si no te molesta, déjame sola, por favor. Déjenme todos ustedes", dijo ella, girando y mirando a Steffen y a Illepra.

Todos ellos se levantaron e inclinaron sus cabezas, luego se volvieron y salieron apresuradamente de la habitación.

Gwen se sentía culpable, pero no podía evitarlo, quería hacerse bolita y morir. Ella escuchó cruzar sus pasos por la habitación, oyó que la puerta se cerraba detrás de ellos y levantó la vista para asegurarse de que la habitación estuviera vacía.

Pero se sorprendió al ver que no lo estaba: había una figura solitaria, parada en la puerta, erguida, con su postura perfecta, como siempre. Ella caminaba lenta y señorialmente hacia Gwen, deteniéndose a pocos metros de su cama, mirándola, inexpresiva.

Era su madre.

Gwen se sorprendió al verla allí parada, la ex reina, tan señorial y orgullosa como siempre, la miraba con una expresión más fría que nunca. No había ninguna compasión detrás de sus ojos, como había detrás de los ojos de los otros visitantes.

"¿Por qué estás aquí?", preguntó Gwen.

"He venido a verte".

"Pero yo no quiero verte", dijo Gwen. "No quiero ver a nadie".

"No me importa lo que quieras", dijo su madre, fría y segura. "Yo soy tu madre, y tengo derecho a verte cuando quiera".

Gwen sintió surgir su vieja ira hacia su madre; ella era a la última persona que quería ver en este momento. Pero conocía bien a su madre y sabía que no se iría hasta decir lo que tenía en mente.

"Entonces, habla", dijo Gwendolyn. "Habla y vete y acaba conmigo".

Su madre suspiró.

"No sabes esto", dijo su madre. "Pero cuando era joven, de tu edad, fui atacada de la misma manera que tú".

Gwen la miró, sorprendida; no tenía idea de eso.

"Tu padre lo sabía", continuó diciendo su madre. "Y no le importó. De todos modos se casó conmigo. En ese entonces, sentí que mi mundo había terminado. "Pero no fue así".

Gwen cerró los ojos, sintiendo que otra lágrima rodaba por sus mejillas, tratando de bloquear el asunto. Ella no quería escuchar la historia de su madre. Era demasiado tarde para que su madre sintiera verdadera compasión. ¿Creía que podría entrar aquí, después de tantos años de malos tratos y contarle una historia solidaria y esperar a cambio que eso reparara todo?

"¿Ya terminaste?", preguntó Gwendolyn.

Su madre dio un paso adelante. "No, no he terminado", dijo con firmeza. "Ahora eres la Reina — es hora de actuar como tal", dijo su madre, con su voz

tan dura como el acero. Gwen escuchó una fuerza en ella, que nunca había oído antes. "Sientes lástima por ti misma. Pero las mujeres, todos los días, en todas partes, sufren peores destinos que tú. Lo que te ha pasado no es nada en la maquinación de la vida. ¿Entiendes? No es *nada*".

Su madre suspiró.

"Si quieres sobrevivir y sentirte bien en este mundo, tienes que ser fuerte. Más fuerte que los hombres. Los hombres te afectarán, de una forma o de otra. No es lo que te sucede — es cómo lo *percibes*. Cómo *reaccionas* ante eso. Eso es sobre lo que tienes control. Puedes agonizar y morir. O puedes ser fuerte. Eso es lo que diferencia a las niñas de las mujeres".

Gwen sabía que su madre estaba tratando de ayudar, pero le molestaba la falta de compasión en su enfoque. Y odiaba ser aleccionada.

"Te odio", le dijo Gwendolyn. "Siempre te he odiado".

"Lo sé", dijo su madre. "Y yo también te odio. Pero eso no significa que no podamos entendernos mutuamente. No quiero tu amor — lo que quiero es que seas fuerte. Este mundo no está gobernado por personas débiles y temerosas — está gobernado por aquellos que sacuden la cabeza ante la adversidad, como si no significara nada. Puedes colapsar y morir, si lo deseas. Hay un montón de tiempo para eso. Pero eso es aburrido. Sé fuerte y vive. *Vive de verdad*. Sé un ejemplo para otros. Porque un día, te lo aseguro, vas a morir de todos modos. Y mientras estés viva, más te vale vivir".

"¡Déjame en paz!". Gwendolyn gritó, incapaz de oír una palabra más.

Su madre la miraba fríamente, después, finalmente, tras un silencio interminable, se dio vuelta y salió pavoneándose de la habitación y azotó la puerta detrás de ella.

En el silencio vacío, Gwen comenzó a llorar, y lloró y lloró. Más que nunca, deseaba que todo eso desapareciera.

CAPÍTULO SEIS

Kendrick estaba parado en el amplio rellano en el borde del Cañón, viendo a la bruma. Mientras miraba, su corazón se estaba rompiendo por dentro. Le hacía sentir destrozado ver a su hermana como estaba, y se sentía culpable, como si él mismo hubiera sido la víctima. Podía ver en los rostros de todos los silesios que consideraban a Gwen más que una gobernante — todos ellos la consideraban como familia. También estaban desanimados. Era como si Andrónico les hubiera hecho daño a todos.

Kendrick sentía como si él fuera el culpable. Él debería haber sabido que su hermana menor haría algo así, sabiendo lo valiente, lo orgullosa que era. Él debió haber anticipado que trataría de entregarse a sí misma, antes de que cualquiera de ellos hubiera tenido la oportunidad de detenerla, y debería haber encontrado una manera de impedirselo. Él conocía su naturaleza, sabía lo confiada que era, conocía su buen corazón — y también, como un guerrero, sabía, mejor que ella, la brutalidad de algunos dirigentes. Él era mayor y más sabio que ella, y sintió que la había defraudado.

Kendrick también se sentía culpable porque todo, esta grave situación, era demasiado para estar en la cabeza de una sola persona, de una gobernante recién coronada, una chica de 16 años de edad. Ella no debió haber soportado la peor parte sola. Una decisión tan pesada habría sido difícil para su propia mente — incluso para su padre. Gwendolyn hizo lo mejor que pudo hacer en las circunstancias, y tal vez lo hizo mejor que cualquiera de ellos hubiera hecho. Kendrick no habría sabido cómo tratar con Andrónico. Ninguno de ellos habría sabido.

Kendrick pensó en Andrónico, y su rostro enrojeció de ira. Él era un líder sin moral, sin principios, sin humanidad. Estaba claro para Kendrick que si todos ellos se rendían ahora, tendrían la misma suerte: Andrónico mataría o haría esclavos a todos y cada uno de ellos.

Algo había cambiado en el aire. Kendrick podía verlo a los ojos de todos los hombres, y él mismo lo sentía. Los silesios ya no estaban decididos a sobrevivir, a defenderse solamente. Ahora querían venganza.

"¡SILESIOS!", rugió una voz.

La multitud se calmó y miró hacia arriba. En la ciudad superior, en el borde del Cañón, mirando hacia abajo, estaba parado Andrónico, rodeado de sus secuaces.

"¡Les doy una opción!", gritó. "¡Entréguenme a Gwendolyn y los dejaré vivir! Si no, va a llover fuego sobre ustedes, a partir de la puesta del sol, un fuego tan intenso que ninguno de ustedes vivirá".

Se detuvo, sonriente.

"Es una oferta muy generosa. No lo piensen mucho".

Con eso, Andrónico se dio vuelta y se marchó furioso.

Los silesios, poco a poco se volvieron y se miraron unos a otros.

Srog dio un paso adelante.

"¡Compañeros silesios!", dijo Srog, a una enorme y creciente multitud de guerreros, más serios de lo que Kendrick había visto en él. "Andrónico ha atacado a nuestra muy apreciada y mejor gobernante. La hija de nuestro amado rey MacGil y una gran reina, por su propio derecho. Él ha atacado a todos y cada uno de nosotros. Ha tratado de poner una mancha en nuestro honor — ¡pero él sólo se ha manchado a sí mismo!".

"¡SÍ!", gritó la multitud, los hombres agitándose, cada uno sujetando las empuñaduras de sus espadas, con fuego en sus ojos.

"Kendrick", dijo Srog, volviéndose hacia él. "¿Qué propones?".

Kendrick lentamente miró a los ojos de todos los hombres delante de ellos.

"¡ATAQUEMOS!". Kendrick gritó, con fuego en sus venas.

La multitud gritó en aprobación, una multitud cada vez más y más grande, con valentía en sus ojos. Todas y cada una de estas personas, se dio cuenta él, estaban dispuestos a luchar hasta la muerte.

"¡MORIREMOS COMO HOMBRES Y NO COMO PERROS!", gritó Kendrick, otra vez.

¡SÍ!", gritaba la multitud.

"¡LUCHAREMOS POR GWENDOLYN! ¡POR TODAS NUESTRAS MADRES Y HERMANAS Y ESPOSAS!".

"¡SÍ!".

"¡POR GWENDOLYN!", gritó Kendrick.

"¡POR GWENDOLYN!", gritó la multitud.

La multitud rugía en éxtasis, aumentando cada vez más con cada momento que pasaba.

Con un grito final, siguieron a Kendrick y a Srog que iban al mando hacia el estrecho rellano, más y más arriba, hacia la parte alta de Silesia. Había llegado el momento de mostrar a Andrónico de qué estaban hechos Los Plateados.

CAPÍTULO SIETE

Thor estaba parado con Reece, O'Connor, Elden, Conven, Indra y Krohn en la desembocadura del río, todos ellos mirando hacia abajo, al cadáver de Conval. El ambiente en el aire era sombrío. Thor, también lo sentía, el peso de ello en su pecho, tirando de él hacia abajo, mientras miraba a su hermano de la Legión. Conval. Muerto. No parecía posible. Eran seis los que iban en este viaje, hasta donde Thor podía recordar. Nunca había imaginado que terminarían siendo cinco. Le hizo sentir su mortalidad.

Thor pensó en todas las veces que Conval había estado allí para él, recordaba cómo siempre había estado allí, en cada paso de su viaje, desde el primer día en que Thor se había unido a la Legión. Era como un hermano para él. Conval siempre había defendido a Thor, siempre había tenido un buen consejo para él; a diferencia de algunos de los otros, él había aceptado a Thor como amigo desde el principio. Verlo allí muerto — y sobre todo como resultado de los errores de Thor — hizo que Thor sintiera náuseas. Si él nunca hubiera confiado en esos tres hermanos, tal vez Conval estaría vivo ahora.

Thor no podría pensar en Conval sin Conven, dos gemelos idénticos, inseparables, siempre completándose mutuamente los pensamientos. No se imaginaba el dolor que estaba sintiendo Conven. Conven parecía como si ya no estuviera en sus cabales; el feliz y despreocupado Conven, que había conocido una vez, parecía haberse ido de un solo golpe.

Todos estaban parados en el borde del campo de batalla donde había ocurrido, los cadáveres de los soldados del Imperio estaban amontonados alrededor de ellos. Estaban allí parados, arraigados, mirando a Conval, ninguno de ellos dispuesto a seguir adelante, hasta darle un entierro apropiado. Habían encontrado algunas pieles en algunos de los oficiales del Imperio, les habían desnudado y habían envuelto el cadáver de Conval con ellas. Le habían colocado en un pequeño bote, el que habían utilizado para llegar aquí, y su cadáver estaba allí, largo, tieso, mirando al cielo. El entierro de un guerrero. Conval ya se veía congelado, su cuerpo rígido y amoratado, como si nunca hubiese vivido.

Thor no sabía cuánto tiempo habían estado parados allí, cada uno de ellos perdido en sus propias penas, ninguno quería ver que se fuera su cuerpo. Indra puso su mano encima de la cabeza de Conval en pequeños círculos, cantando algo en un idioma que no entendía Thor, con los ojos cerrados. Él se daba

cuenta de lo mucho que a ella le importaba él, mientras llevaba a cabo el funeral solemne, y Thor sintió paz con el sonido. Ninguno de los muchachos sabía qué decir, y todos estaban allí sombríamente, silenciosos, dejando a Indra el servicio.

Finalmente, Indra terminó y dio un paso atrás. Conven dio un paso adelante, las lágrimas corrían por sus mejillas y se arrodilló al lado de su hermano. Él extendió la mano y la puso en la de él, inclinando la cabeza.

Conven extendió la mano y dio un empujón a la embarcación. Se balanceaba hacia las aguas del río, y luego, como si entendieran las mareas, la corriente de repente creció, alejando el barco, lenta y suavemente. Se alejó más y más del grupo; Krohn lloriqueando mientras se iba. De la nada, surgió una niebla, y consumió el barco. Desapareció.

Thor sentía como si también su cuerpo hubiera sido absorbido en el mundo terrenal.

Lentamente, los chicos se miraron unos a otros, y vieron más allá del campo de batalla y a las tierras lejanas detrás de él. Detrás de ellos estaba el submundo del cual vinieron; a un lado estaba una vasta planicie de pasto; y al otro lado había un terreno baldío, un desierto endurecido. Estaban en una encrucijada.

Thor se dirigió a Indra.

"¿Para llegar a Neversink debemos cruzar ese desierto?", preguntó Thor.

Ella asintió.

"¿No hay otra manera?", preguntó él.

Ella meneó la cabeza.

"Hay otras maneras, pero menos directas. Perderían semanas. Si esperan vencer a los ladrones, es la única manera".

Los demás lo miraron largo y tendido, los soles quemando, formando ondas.

"Parece despiadado", dijo Reece, yendo al lado de Thor.

"No conozco a nadie que lo haya cruzado y siga vivo", dijo Indra. "Es enorme, lleno de criaturas hostiles".

"No tenemos suficientes provisiones", dijo O'Connor. "No lo lograríamos".

"Pero es el camino hacia la Espada", dijo Thor.

"Asumiendo que la Espada todavía exista", dijo Elden.

"Si los ladrones han llegado a Neversink", dijo Indra, "entonces su preciosa Espada está perdida para siempre. Arriesgarían su vida por un sueño. Lo mejor que pueden hacer ahora es regresar al Anillo".

"Nosotros no volveremos", dijo Thor, decidido.

"Sobre todo ahora", agregó Conven, avanzando hacia adelante, con sus ojos encendidos de ardor y dolor.

"Encontraremos esa Espada o moriremos en el intento", dijo Reece.

Indra meneó la cabeza y suspiró.

"No esperaba otra respuesta de ustedes, muchachos", dijo ella. "Insensatos hasta el final".

*

Thor caminaba junto a los demás a través del desierto, entrecerrando los ojos hacia el fuerte sol, jadeando por el calor implacable. Pensó que estaría encantado de librarse del inframundo, de su melancolía siempre presente, de ser incapaz de ver los soles. Pero se había ido de un extremo al otro. Aquí, en este desierto, no había nada más que sol: sol amarillo y cielo amarillo, brillando sobre él y ningún lugar a dónde ir. Le dolía la cabeza, y se sentía mareado. Estaba arrastrando los pies y sentía como si hubiera estado caminando una vida; al voltear, vio que los otros estaban igual.

Ellos habían estado caminando medio día, y no sabía cómo podrían continuar con esto. Miró a Indra, sosteniendo su capucha sobre la cabeza y se preguntó si ella había tenido razón. Tal vez habían sido temerarios al intentar esto. Pero él había prometido encontrar la Espada — y ¿qué otra opción tenían?

Al avanzar, sus pies agitaban nubes de polvo, arremolinándose en todas partes, haciendo aún más difícil respirar. En el horizonte no había nada más que lodo secado al sol, todo era plano hasta donde alcanzaba la vista. No había el menor atisbo de estructura o camino o montaña — ni nada. Nada sino el desierto. Thor sentía como si hubieran llegado hasta el final del mundo.

Al avanzar, Thor se consoló con una cosa: por lo menos ahora, por primera vez, sabía a dónde iban. Ya no estaba a merced de escuchar a esos tres hermanos y su estúpido mapa; ahora escuchaban a Indra y él confiaba más en ella, de lo que alguna vez había confiado en ellos. Se sentía seguro de que iban en la dirección correcta — pero no estaba seguro de que sobrevivirían al viaje.

Thor comenzó a oír un ruido silbante sutil, y cuando miró hacia abajo, vio que la arena alrededor de él giraba en círculos. Los demás también lo vieron, y Thor se sintió confundido mientras la arena se reunía lentamente, los círculos

eran más intensos en sus pies, luego se levantaban hasta el cielo. Pronto surgió una nube de polvo, levantándose del suelo del desierto, subiendo más y más alto.

Thor sintió que todo su cuerpo se secaba de repente. Sentía como si cada gota de agua fuera jalada de su cuerpo, y él ansiaba tener agua; nunca había tenido tanta sed en su vida.

Extendió la mano con miedo, buscando a tientas su bota de agua y la levantó y la dirigió hacia su boca. Pero al hacerlo, el agua se dio vuelta y se fue hacia arriba, hacia el cielo, nunca llegó a sus labios.

"¿Qué está pasando?" Thor gritó a Indra, jadeando.

Ella miraba al cielo con temor, retirando su capucha.

"¡Es una lluvia inversa!", gritó.

"¿Qué es eso?" Elden gritó, jadeando mientras agarraba su garganta.

"¡Llueve hacia arriba!", gritó ella. "¡Toda la humedad está siendo absorbida hacia el cielo!".

Thor observaba cómo el resto de su agua se disparaba hacia arriba de la bota, y entonces vio cómo la bota crujía y se secaba, cayendo al suelo como papa seca.

Thor cayó de rodillas, agarrando su garganta, apenas podía respirar. Alrededor de él, los otros hicieron lo mismo.

"¡Agua!". Elden suplicó, junto a él.

Hubo un gran estruendo, como el sonido de mil truenos y Thor miró hacia arriba para ver cómo el cielo se oscurecía. Una sola nube de tormenta apareció, corriendo hacia ellos, a una velocidad increíble.

"¡AL SUELO!", gritó Indra. "¡El cielo se está invirtiendo!".

Ella apenas hubo terminado de hablar cuando el cielo se abrió y una pared de agua chorreó hacia abajo, derribando a Thor y a los demás con la fuerza de un maremoto.

Thor se fue rodando una y otra vez en la onda de agua, dando tumbos no supo cuánto tiempo. Finalmente, apareció en el suelo del desierto, la ola rodando delante de ellos. Esto fue seguido por las hojas de la lluvia, y Thor echó la cabeza hacia atrás y bebió y bebió, igual que los demás, hasta que finalmente se sintieron hidratados otra vez.

Poco a poco, cada uno de ellos se puso de pie, jadeando, pareciendo vencidos. Se miraron unos a otros. Habían sobrevivido. Cuando su asombro y miedo desapareció, lentamente estallaron en risas.

"¡Estamos vivos!", gritó O'Connor.

"¿Eso es lo peor que nos puede pasar en este desierto?", preguntó Reece, feliz de estar vivo.

Indra meneó la cabeza, sombríamente.

"Celebras prematuramente", dijo ella, pareciendo muy preocupada. "Después de las lluvias, los animales del desierto salen a beber".

Surgió un ruido espantoso, y Thor miró hacia abajo y vio con horror cómo un ejército de pequeñas criaturas salía de la arena y se apresuraba a ir hacia ellos. Thor comprobó sobre su hombro y vio el lago de agua que las lluvias habían dejado, y se dio cuenta de que estaban en el camino de las criaturas sedientas.

Docenas de criaturas que Thor jamás había visto antes, corrieron hacia ellos. Eran animales enormes, de color amarillo, parecidos a un búfalo, pero el doble de tamaño, con cuatro brazos y cuatro cuernos, corriendo sobre dos patas hacia ellos. Caminaban de forma divertida, de vez en cuando se abalanzaban en cuatro patas, y después saltaban otra vez. Rugían mientras iban hacia ellos; sus vibraciones hacían temblar el suelo.

Thor sacó su espada, como hicieron los demás, dispuestos a defenderse. Cuando el primer animal se acercó, Thor rodó a un lado, quitándose del camino, sin golpearlo, con la esperanza de que sólo pasara corriendo delante de ellos y fuera a buscar el agua.

La criatura bajó su cabeza para sacar a Thor, y falló cuando Thor rodó. Para temor de Thor, no estaba contento — dio la vuelta en círculo, y con rabia, fue directo hacia Thor. Parecía que lo quería muerto, más que querer el agua.

Al volver al ataque, bajando sus cuernos, Thor saltó alto en el aire y giró su espada, cortando uno de sus cuernos conforme corría. El animal chilló, saltando sobre dos patas, y dio la vuelta, cortando a Thor y tirándolo al suelo.

La criatura levantó sus patas e intentó patear a Thor, pero Thor rodó fuera del camino, mientras sus pies dejaban una gran huella en la arena y agitó una nube de polvo. La criatura levantó sus patas de nuevo, y esta vez Thor levantó su espada y la hundió en el pecho de la criatura.

La bestia chilló otra vez, la espada se sumió hasta la empuñadura, y Thor giró por debajo, antes de que se desplomara en el suelo, muerto. Tuvo suerte de hacerlo: el peso lo habría aplastado en la tierra.

Mientras Thor se levantaba, otra bestia fue a atacarlo y él saltó fuera del camino, pero no antes de que su cuerno rozara su brazo, cortándolo, haciéndole gritar de dolor y soltar su espada. Sin espada, Thor extrajo su honda, colocó una piedra y la lanzó a la bestia.

La bestia se tambaleó y gritó, mientras la piedra empalaba su ojo — pero aún así, fue a la carga.

Thor corrió a la izquierda y a la derecha, tratando de quitarse del camino haciendo zigzag — pero la criatura era demasiado rápida. No quedaba otro lugar a dónde correr, y él sabía en cuestión de segundos, sería embestido. Mientras corría, miró a sus hermanos de La Legión y vio que no les estaba yendo mejor, cada uno huía de una bestia.

La bestia se acercaba, estaba a sólo unos centímetros, con su horrible jadeo y olor en las orejas de Thor, y bajó sus cuernos. Thor se preparó para el impacto.

De repente la bestia gritó, y Thor se volvió para verlo elevarse por lo alto en el aire. Thor miró, desconcertado, sin entender lo que estaba pasando — cuando vio detrás de él, un enorme monstruo verde limón, del tamaño de un dinosaurio, de un centenar de metros de alto, con hileras de afilados dientes. Sostuvo a la bestia en su mandíbula, como si no fuera nada, y se reclinó y se lo metió en el hocico. Lo mantuvo allí, retorciéndose, luego lo masticó y lo tragó en tres enormes mordidas, deglutiendo y lamiendo sus labios.

Alrededor de Thor las criaturas amarillas dieron vuelta y huyeron de la bestia. La bestia salió detrás de ellos, resbalando y azotando su enorme cola mientras avanzaba; la cola atrapó a Thor por detrás e hizo que él y los demás aterrizaran con fuerza sobre el terreno. Pero la bestia continuó yendo a la carga delante de ellos, más interesado en las criaturas amarillas que en ellos.

Thor se volvió y miró a los demás, que estaban allí sentados, anonadados y ellos también lo miraron.

Indra se quedó allí, sacudiendo su cabeza.

"No se preocupen", dijo ella, "se pone mucho peor".

CAPÍTULO OCHO

Kendrick caminó lentamente a través del patio quemado de la parte superior de Silesia; a su lado estaban Srog, Brom, Kolk, Atme, Godfrey y una docena de Los Plateados. Todos marchaban lentamente, deliberadamente, con las manos cruzadas detrás de sus cabezas en señal de rendición.

El pequeño grupo pasó ante los miles de soldados del Imperio que vigilaban, hacia Andrónico que estaba en la puerta de la ciudad. Kendrick sentía todas las miradas sobre ellos al ir pasando; había tensión en el aire. El patio, a pesar de estar ocupado por miles de soldados, estaba lo suficientemente callado para oír caer un alfiler.

Una hora antes, Kendrick había gritado su rendición a Andrónico, y este grupo había ascendido juntos mostrando que no portaban armas, mientras marchaban entre la multitud de soldados del Imperio, en su camino a arrodillarse formalmente ante Andrónico. El corazón de Kendrick latía aceleradamente mientras caminaban, tenía la garganta seca al ver cuántos miles de enemigos hostiles les rodeaban.

Kendrick y los otros habían ensayado un plan, y al acercarse a Andrónico, Kendrick vio de primera mano lo enorme y salvaje que se veía; Kendrick rezó para que su plan funcionara. Si no funcionaba, morirían.

Caminaron, con las espuelas sonando, hasta que finalmente uno de los generales de Andrónico dio un paso adelante; una imponente criatura con el ceño fruncido, y extendió una mano áspera, golpeando a Kendrick en el pecho. Los detuvieron a unos seis metros de distancia de Andrónico, presumiblemente por precaución. Sus soldados eran más sabios de lo que Kendrick había predicho; él había esperado acercarse a Andrónico, pero claramente era algo que no permitirían. El corazón de Kendrick latió más rápido, mientras esperaba que la distancia no pusiera en peligro su plan.

Mientras todos estaban allí parados, en silencio, uno frente al otro, Kendrick aclaró su garganta.

"Hemos venido a rendirnos ante el Gran Andrónico", anunció Kendrick, con su voz estruendosa, tratando de usar su tono más convincente, mientras estaba parado con los otros, sin moverse, mirando hacia arriba, a los ojos de Andrónico.

Andrónico se acercó y tocó las cabezas reducidas de su collar, mirando hacia abajo con algo como un gruñido, o tal vez una sonrisa.

"Aceptamos sus términos", continuó diciendo Kendrick. "Admitimos la derrota".

Andrónico se inclinó hacia adelante, sólo ligeramente, sentado en un enorme banco de piedra y los miró con algo parecido a una sonrisa.

"Yo sé que lo harán", dijo, con su voz estruendosa escuchándose en todo el patio. "¿Dónde está la chica?".

Kendrick estaba preparado para eso.

"Hemos venido como el contingente de oficiales más altos y condecorados", respondió Kendrick. "Vinimos primero, para profesar nuestra rendición ante usted. Cuando hayamos terminado, los otros seguirán, con su permiso".

Kendrick creía que agregar: "con su permiso", era un buen toque, que ayudaría a parecer más plausible. Hace mucho tiempo, había aprendido una gran lección de uno de sus asesores militares: cuando se trata con un comandante narcisista, siempre apelar a su ego. No había límite a los errores que un comandante podría cometer cuando los halagas, cuando has apostado por su grandeza.

Andrónico se reclinó sólo un poco, apenas respondiendo.

"Claro que lo harán", dijo Andrónico. "De lo contrario, ustedes serían muy tontos en aparecer aquí".

Andrónico se quedó allí sentado, mirándolos, como tratando de decidir. Parecía como si presintiera que algo andaba mal. El corazón de Kendrick latió con fuerza.

Finalmente, tras una larga espera, Andrónico pareció tomar una decisión.

"Den un paso adelante y arrodíllense", dijo. "¡Todos ustedes!".

Todos los demás miraron a Kendrick y éste asintió con la cabeza.

Todos dieron un paso hacia adelante y se arrodillaron ante Andrónico.

"Repitan después de mí", dijo el comandante. "Nosotros, representantes de Silesia..."

"Nosotros, representantes de Silesia..."

"Nos rendimos ante el Gran Andrónico..."

"Nos rendimos ante el Gran Andrónico..."

"Y juramos lealtad hacia él, por el resto de nuestros días y más..."

"Y juramos lealtad hacia él, por el resto de nuestros días y más..."

"Y servir como esclavos de él, por el resto de nuestros días".

Para Kendrick era difícil pronunciar las últimas palabras, y tragó saliva, hasta que finalmente repitió palabra por palabra:

"Y servir como esclavos de él, por el resto de nuestros días".

Lo hizo sintiendo náuseas, y su corazón palpitaba en sus oídos. Finalmente, terminó el dolor.

Siguió un silencio tenso, y Andrónico finalmente sonrió.

"Los MacGil son más débiles de lo que pensé", gruñó. "Me dará mucho gusto que sean mis esclavos, y hacer que aprendan las formas del Imperio. Ahora ve por la chica, antes de que cambie de opinión y los mate a todos en el acto".

Kendrick se arrodilló allí, vio su vida pasar ante sus ojos. Sabía que era uno de esos momentos decisivos en su vida. Si todo salía como esperaba, viviría para contar la historia de este día a sus nietos; si no, él estaría, en momentos, tirado aquí como cadáver. Él sabía que las posibilidades estaban en su contra, pero era una oportunidad que tenía que tomar. En nombre de sí mismo; en nombre de los MacGil; y en nombre de Gwendolyn. Era ahora o nunca.

Con un movimiento rápido, Kendrick sacó de su espalda una espada corta oculta bajo su camisa; se detuvo y gritó mientras la lanzaba con todas sus fuerzas.

"¡SILESIOS, ATAQUEN!".

La espada de Kendrick dio giros y fue directamente hacia el pecho de Andrónico. Fue un tiro poderoso, con un tino verdadero, un tiro lo suficientemente audaz para matar a cualquier otro guerrero.

Pero Andrónico no era cualquier guerrero. Kendrick estaba un poco lejos y Andrónico fue demasiado rápido; Andrónico logró agacharse justo antes de caer. Aún así gritó de dolor, mientras la hoja rozaba su brazo, brotando sangre. Luego siguió volando a través del aire y asesinó al general que estaba junto a él, cayendo en su estómago.

Al grito de Kendrick, el caos estalló. Alrededor de él los demás estiraron la mano hacia atrás y sacaron sus espadas ocultas y decapitaron a los soldados de pie en medio de ellos. Brom sacó un puñal de su cinturón, caminó a un lado y lo clavó en la garganta de un soldado que se encontraba cerca. Kolk sacó una honda corta de su cintura, colocó una piedra y la lanzó, golpeando a un soldado que estaba lejos, sosteniendo un arco en la cabeza, justo antes de que pudiera disparar. Godfrey tiró un puñal; su tino no era tan acertado como el de los demás, y la daga falló su objetivo, cayendo en la pierna de un joven soldado.

Alrededor de ellos, estallaron los gritos de los soldados heridos del

Imperio; ninguno de ellos esperaba el ataque sorpresa.

Al llamado, en el mismo momento, en todos los lados del patio, los soldados Silesianos emergieron repentinamente del suelo, de las paredes. Llegaron con un gran grito de batalla, apuntando flechas, oscureciendo el aire con ellas. Miles de flechas cruzaron el patio, derribando a los soldados del Imperio por todos lados. Fueron atacados por muchos lados, los soldados no sabían hacia dónde girar; muchos de ellos, en su pánico, terminaron atacándose mutuamente.

Kendrick estaba emocionado de ver que su plan estaba funcionando perfectamente. Srog le había informado de los túneles ocultos conectando la Baja Silesia con la ciudad superior, construidos en el caso de un asedio como último recurso: el elemento sorpresa. Todos los soldados habían esperado pacientemente, en su lugar, esperando la señal de Kendrick.

Miles de ellos surgieron, disparando con tal velocidad y tino, que no dio a los soldados del Imperio tiempo para reaccionar. Kendrick avanzó y entró al combate, arrebatando una espada de un soldado muerto del Imperio, y atacando a los soldados más cercanos a él, acompañado por su amigo Atme y los demás. Los soldados del Imperio, tuvieron pánico en el caos, se dieron vuelta y corrieron en todas direcciones, sin siquiera saber qué camino tomar.

Los silesios fueron ganando la ventaja. Kendrick derribó a una docena de hombres antes de que levantaran un escudo para defenderse. Atme luchó espalda contra espalda con él, como siempre lo había hecho, ocasionando un daño igual. Con cada golpe pensaba en Gwendolyn, pensaba en la venganza.

Los miles de soldados del Imperio estaban tan desconcertados que todos salieron corriendo hacia el conjunto de puertas al patio exterior. La turba se abalanzó contra Andrónico y sus hombres, en estampida, quienes trataron de mantenerse firmes, pero fueron obligados a retroceder, por los muchos soldados. Como si fueran ganado, fueron empujados hacia la puerta lejana, todos tratando desesperadamente de escapar de las flechas, que continuaron cayendo en todas direcciones. Cuando los soldados silesios se quedaron sin flechas, sacaron sus espadas y fueron a la carga, al lado de sus hermanos.

El número de soldados del Imperio era enorme, sin embargo, no eran guerreros bien entrenados — la mayoría de ellos eran sólo cuerpos, pueblos esclavizados al servicio de Andrónico. Por otro lado, los silesios eran pocos en número, sin embargo, todos y cada uno de ellos era un guerrero con clase, endurecido, bien entrenado; cada uno valía el peso de diez hombres del Imperio. También tenían el elemento sorpresa — y sobre todo, tenían fuego en

las venas. Sus espaldas contra la pared. Ganas de vivir. La urgencia de proteger a sus seres queridos. Furia por lo de Gwendolyn. Después de todo, ésta era *su* ciudad. Y ellos sabían que si no ganaban, sería su muerte.

Docenas de silesios sonaban los cuernos, el ruido era aterrador, sonaba como un ejército sin límite, y cada vez más de ellos emergían de los túneles. Todos iban a la carga como si sus vidas dependieran de ello, miles de ellos enfrentando a los miles de soldados del Imperio.

La lucha fue feroz, la sangre cubría el patio, mientras chocaba espada contra espada y daga contra daga, mientras los hombres luchaban y se miraban unos a otros, combatiendo mano a mano y matándose frente a frente. Rápidamente, la marea giró en dirección a los silesios.

Otro cuerno sonó, y de las puertas inferiores salieron los soldados de La Legión, cientos de ellos fuertes, con un feroz grito de batalla. Levantaron las hondas y flechas y lanzas y espadas y fueron a la carga hacia el combate, matando a los soldados del Imperio que quedaban, a diestra y siniestra ayudando a cambiar el rumbo. Los guerreros de La Legión ya estaban endurecidos, incluso a una edad temprana, y mientras corrían, todos gritaban por Gwendolyn y Thor.

La Legión hizo tanto daño como los demás al unir sus fuerzas a la perfección, empujando al Imperio más y más lejos para ir hacia la puerta exterior. Pronto el curso de la batalla giró a su favor, mientras los cadáveres del Imperio caían en todas direcciones, y los que quedaban entraban en pánico y huían. Un millón de soldados del Imperio esperaba más allá de las puertas — pero había un cuello de botella de soldados huyendo, y los otros no podían entrar.

Andrónico se puso furioso, uniéndose al combate, luchando contra los soldados que iban hacia él, atacando a su propio pueblo, agarrando a los soldados con sus manos y golpeando sus cabezas juntas, torciéndoles el cuello, matándolos en el acto.

"¡NO NOS RETIRAMOS!", gritó.

Tomó las espadas de las manos de los soldados y apuñaló sus corazones, con sus propias armas. Era un hombre causando destrucción, irónicamente, ayudando a los silesios.

Algunos otros de sus generales más cercanos luchaban también, con tanta saña como él.

Pero no había nada que pudieron hacer contra la estampida, la interminable ola de soldados corriendo hacia ellos. A pesar de sus esfuerzos, los obligaron

a ir hacia atrás, fueron empujados hasta la puerta exterior.

Pronto, no quedó un solo soldado del Imperio dentro del patio interior. La Legión corrió a la puerta, luchando valientemente, y al llegar a ella, tiraron de las pesadas sogas con todas sus fuerzas. Más de un miembro de la Legión murió al jalar las sogas, expuestos, pero no retrocedieron. Por último, la gran puerta de hierro fue bajada y cerrada, sellando a la ciudad del ejército del Imperio.

Aterrizó con un golpe seco, y después de ese golpe, hubo un silencio momentáneo. Era un silencio de asombro. Un silencio de victoria. Los silesios habían recuperado su ciudad.

Todos estallaron en un grito de triunfo. Kendrick abrazó a los otros, que estaban extasiados, sin poder creerlo. Habían ganado la batalla. Realmente habían ganado.

*

Cuando la puerta de hierro se cerró de golpe, Kendrick se dirigió a los demás; nunca había visto a estos valientes guerreros, con quienes había luchado a través de tantas conquistas y batallas, tan eufóricos como lo estaban en este día. Ahora todos podían respirar un suspiro colectivo de alivio. Contra todo pronóstico, habían hecho retroceder a los hombres de Andrónico. Su arriesgado plan había funcionado.

Por primera vez desde que Kendrick recordaba, realmente se sentía optimista. Pensó que tal vez podrían mantener esta ciudad después de todo; tal vez podrían realmente resistirse contra Andrónico. Aquí estaban, en la última franja libre restante del Imperio. Por ahora, era suya. Y pasara lo que pasara en el futuro, en este día, Andrónico nunca podría anular la victoria que habían logrado.

Mientras los hombres se dispersaban a través del patio, relajando su guardia, recogían a sus heridos, celebraban y se abrazaban, mientras más y más ciudadanos de la Baja Silesia ascendían para ver por ellos mismos la victoria que habían logrado — de repente, algo pasó. Su mundo fue sacudido por un choque tremendo, lo suficientemente fuerte para hacer retumbar el suelo debajo de ellos. Era el sonido de metal contra metal, seguido de gritos enfurecidos de un animal.

Kendrick se dio vuelta y estaba horrorizado al ver que el Imperio no había perdido tiempo en reagruparse; esta vez con un enorme ariete de hierro. Lo

estaban golpeando en las puertas, la única barrera que quedaba para defender a la ciudad de las masas. La puerta se dobló por la mitad y el ariete lo dobló una y otra vez, y ante sus ojos, cedió.

El Imperio ovacionó.

Pero no avanzaron. En cambio, aún más inquietante, se hicieron a un lado. Abrieron paso, y se escuchó otro grito animal.

Kendrick estaba asombrado al ver a un elefante yendo hacia las puertas. Levantó su enorme pie y pisoteó a los silesios a su paso, sacudiendo la tierra.

Sus hombres, asombrados, rápidamente se reagruparon e hicieron todo lo posible para luchar; dispararon flechas y lanzas. Pero todo rebotaba de la piel del animal, sin poder hacer nada.. Los silesios morían de un lado al otro.

Tras los talones del elefante iban los soldados del Imperio, corriendo a través de las puertas abiertas.

"¡ATAQUEN!". Kendrick gritó a sus hombres, tratando de reanimarlos para enfrentar a los hombres del Imperio, antes de que llegaran muy adentro del patio, mientras esquivaban al elefante que corría.

Fue un esfuerzo inútil. Esta vez, los hombres de Andrónico entraron rápidamente y con furia, y los hombres de Kendrick estaban demasiado ocupados esquivando al animal. En pocos momentos, los soldados del Imperio se dispersaron cruzando el patio, matando silesios en todas direcciones.

Todavía continuaron llegando más soldados, de manera interminable, imparable.

Kendrick levantó su espada mientras un soldado del Imperio la dirigía hacia su cara, bloqueándola y dando vueltas y acuchillando al soldado en el estómago. Él dio un paso adelante y bloqueó dos golpes más — pero luego sintió que lo pateaban con fuerza en la parte baja de la espalda. Cayó de bruces.

Kendrick giró para ver a un soldado elevando su bota para bajarla en su cara. Al ir a mitad de camino, su amigo Atme llegó y clavó una lanza en el estómago del soldado, impidiéndole aplastar la cara de Kendrick con su bota.

Kendrick se puso de pie, agarró su espada y dio la vuelta y se enfrentó con dos soldados más. Pero antes de que él pudiera girar, fue derribado por detrás por un tercero. Y después, por un cuarto soldado.

Los hombres del Imperio llegaban de todas partes, bajando como un enjambre de langostas. Superados en número, era poco lo que Kendrick y los demás podían hacer. Junto a él, Atme, también cayó. Todos estaban a su alrededor, y él vio cómo sus hombres compartían destinos similares.

Kendrick no cayó fácilmente: combatió con saña, matando a dos de los cuatro hombres que lo sujetaban. Pero otro más levantó su guantelete y golpeó la cara de Kendrick, contiguo a su sien. Hubo un gran sonido de metal en la oreja de Kendrick, mientras caía en el suelo, su cabeza le punzaba. El soldado bajó para darle otro golpe, pero Kendrick agarró una maza del suelo y se dio vuelta y logró pegarle al soldado en la cabeza, derribándolo.

Pero no había terminado de dar este golpe cuando sintió un golpe duro en sus costillas y cayó de bruces otra vez. Miró hacia arriba y vio que un soldado lo sujetaba, que parecía diferente a los demás, era uno de los de élite de Andrónico.

El hombre caminó sobre sus costillas, casi aplastándolo, y sostuvo una punta corta metálica en la parte posterior de su cuello. Kendrick estiró la mano y logró sujetar la daga y levantarla lo suficiente como para apuñalar a su atacante en el pie. El hombre gritó de dolor, dejando de pisarlo.

Pero tan pronto como lo hizo, vio por el rabillo del ojo cómo otro soldado iba hacia él con un martillo. Kendrick fue demasiado lento para esquivarlo, y golpeó el casco de Kendrick, derribándolo con un sonido metálico, resonando en sus oídos.

Su cabeza se golpeó en el suelo, y esta vez sabía que era para siempre.

CAPÍTULO NUEVE

Thor, en las últimas, alucinaba con los demás en lo más profundo del desierto, cada paso que daba parecía que pesaba mil libras. Cubierto de sudor, jadeaba buscando aire, el calor de ambos soles irradiaba en él con más fuerza de lo que creía posible. A su alrededor oyó que su compañero de La Legión jadeaba buscando aire, el ruido de sus pies, ya que era más difícil levantarlos del suelo. No pudo evitar sentir como si todos estuvieran yendo cada vez más profundo hacia la nada, más profundo hacia la muerte.

Incluso Indra, la nativa, luchaba con cada paso que daba, y Krohn, junto a él, finalmente dejó de quejarse; él también estaba exhausto para hacer eso ahora. Él simplemente jadeaba, con su hocico abierto, con su lengua colgando por lo bajo, entrecerrando los ojos, con la cabeza baja. No era un buen augurio para ninguno de ellos.

Thor observó el horizonte, levantando la barbilla con un último esfuerzo, entrecerrando los ojos al vacío, a la luz cegadora, esperando por enésima vez, poder detectar algo — lo que fuera — en cualquier dirección. Pero no había nada más que un vacío. El suelo del desierto se estaba volviendo cada vez más duro, agrietado, caliente, y la advertencia de Indra resonó en su cabeza. Ella había tenido razón todo el tiempo. No había forma de cruzar el desierto. Habían sido tontos al intentarlo. Él los guiaba hacia sus muertes.

Thor se sentía más débil que nunca, sediento, y levantó su bolsa de agua vacía, abrió su boca y la apretó por enésima vez. Por supuesto, no salió nada. Hacía mucho tiempo que se había secado. No sabía por qué seguía intentándolo; una parte de su cerebro todavía esperaba que tal vez quedara una gota.

La única que tenía agua en ese momento, era Indra. A pesar de sí mismo, Thor no pudo evitar girar y mirarla, permitiendo que sus ojos vieran la piel de agua colgando en su cintura. Lamió sus labios secos, luego se obligó a girar y alejar la mirada inmediatamente. Era de ella. La había racionado mejor que el resto de ellos y siendo más bajita y ligera, no necesitaba tanta. También conocía estas tierras mejor. Se preguntó si ella sería la única sobreviviente del grupo.

De repente, hubo un sonido fuerte, como si cayera un tronco, y Thor vio con los demás cómo caía Elden. El mayor de ellos, cayó al suelo con fuerza, aterrizando sobre su hombro, revolviendo el polvo. A continuación, sólo

permaneció allí, de espaldas, inmóvil.

Aletargados, los demás se reunieron alrededor de él y miraron hacia abajo, como si se miraran a ellos mismos. No había sorpresa en sus ojos. Thor sólo se sorprendió de que uno de ellos no se hubiera derrumbado antes.

"Elden", le dijo Indra, arrodillada junto a él. Ella siempre era tan dura, tan discreta, tan cuidadosa de hacer saber a los demás que no le importaba. Entonces Thor se sorprendió al ver la inquietud y preocupación en su rostro.

Ella se agachó y limpió el sudor de su frente, acariciando su pelo. Los ojos de Elden estaban medio cerrados, y lamió sus labios resecaos una y otra vez. Indra quitó la bolsa de agua de su cintura y en un acto de suprema generosidad, levantó la cabeza de Elden y le dio toda su agua restante. La bebió con avidez, lamiendo sus labios, el agua corría por sus mejillas, mientras bebía y bebía. En pocos momentos, la bolsa estaba vacía.

Ella bajó la cabeza y Elden se reclinó, tosiendo y jadeando.

Thor vio por primera vez cuánto se preocupaba ella por él; también pudo ver cuánto la había subestimado. La habían tomado por una esclava más, por una ladrona — pero resultó que ella había sido la más habilidosa y generosa de todos ellos. Sin ella, seguramente Elden hubiera muerto.

"Eres la honra de tu raza", le dijo Thor.

Ella meneó la cabeza humildemente, mirando hacia abajo, a Elden.

"No es un honor", dijo ella. "Pronto, todos seguiremos el camino de la carne. Lo que hice será intrascendente en la rueda del tiempo".

Indra se estiró para levantar a Elden, y los demás se agacharon para ayudarla. Reece y ella lo levantaron de los pies, después Thor se acercó y ayudó, poniendo los brazos de Elden sobre sus hombros.

Thor y Reece caminaron, arrastrándolo, continuando a través del desierto, el peso inmenso de Elden los hacía inclinarse hacia abajo. Elden estaba medio inconsciente, apenas caminando, arrastrando los pies. Aunque había sido difícil caminar anteriormente, ahora, con Elden, era insoportable. Thor no sabía cómo podría salir adelante.

Pero todos ellos siguieron marchando juntos, dando paso por paso, más y más profundamente en la nada. Con cada paso que daban, el sol parecía ser más fuerte.

Finalmente, las piernas de Reece se rindieron. Tambaleó hacia abajo, arrastrando con él a Elden y a Thor. Las piernas de Thor eran demasiado débiles para resistir. Se quedó allí, indefenso. Miró alrededor para ver si los demás irían a su rescate.

Pero Thor se sorprendió al darse cuenta de que los otros ya habían colapsado hacía algún tiempo, todos estaban tirados en el piso del desierto en varias posiciones, lejos. Había estado demasiado agotado y delirante para saber que había sido el último en quedar de pie cuando finalmente cayó.

Ahora todos ellos yacían inmóviles en el suelo del desierto, bajo los soles de un cielo hostil, esperando la nada, excepto morir.

*

Thor se encontró solo, de pie en un pequeño bote, a la deriva, en el mar, en medio de un océano inmenso y vacío. A lo lejos estaban los acantilados, y encima de uno, en el límite, había un castillo. Parecía un castillo mágico, un lugar fantástico, posado en el borde del mundo, en las nubes. Parecía un sitio protegido de todos los peligros del mundo, un lugar en el que todo era posible. Thor podía sentir la enorme energía que irradiaba de él, incluso desde esta gran distancia, y nunca había deseado algo en su vida, que estar allí adentro.

Sobre todo, Thor intuyó que allí arriba, en ese lugar mágico en el acantilado, era donde su madre vivía. Él sabía que se estaba acercando a la Tierra de los Druidas.

El barco de Thor de repente fue jalado por una fuerte corriente, llevándolo hacia la orilla rocosa en la base del acantilado, forrado con rocas negras irregulares. El barco lo había dejado allí y tambaleó, cayendo de bruces en las rocas, demasiado cansado para levantar la cabeza. Él sabía que en algún lugar, en lo alto de los acantilados, estaba su madre. Pero él no tenía la energía para llegar allí.

"Mi Thorgrin", se escuchó una voz.

Era una voz de mujer, la voz más dulce y tranquilizadora que jamás había escuchado en su vida.

Thor sabía que era la voz de su madre. Sabía que ella estaba ahora parada cerca de él, y podía sentir la luz intensa y la energía radiante de ella. Él sabía que sólo tenía que levantar la cabeza para verla. Pero estaba demasiado cansado para hacerlo.

"Madre", dijo él jadeante, como un susurro.

"Hijo mío", añadió ella. "Te he estado observando. Te he estado esperando. Es hora de que vengas a casa. Es el momento de reunirnos".

"Yo quiero eso", dijo él. "Pero no puedo alcanzarte. No puedo cruzar el desierto. Debemos encontrar la Espada".

"Puedes hacerlo", dijo ella, su voz resonaba con seguridad. "Y lo *harás*. Todavía no es hora de que mueras, valiente guerrero. La muerte llegará pronto. Pero ahora no. Ahora tienes que vivir. Levántate y cumple con tu destino".

Thor sintió una mano, el tacto suave de su vida, bajo la barbilla, sintió que lentamente levantaba su cara, para que pudiera mirar hacia arriba, más y más arriba, hacia su madre. Quería desesperadamente ver su cara, pero la suave luz azul que irradiaba de ella, era tan intensa que lo cegaba. Era como mirar un sol.

"Estoy contigo, Thorgrin", dijo ella. "Levántate y hazme sentir orgullosa".

Thor de repente abrió los ojos y se encontró mirando al suelo del desierto. Parpadeó y se volvió y buscó a los demás. Pero no había nadie a la vista. Estaba allí acostado, solo, confundido.

Thor sintió un nuevo curso de energía dentro de él, y poco a poco, se levantó con sus manos y rodillas. Sintió la presencia de alguien encima de él, bloqueando los soles, y levantó la vista y se sorprendió al ver a Argon. Se quedó allí, sosteniendo su vara, mirándolo con una intensidad que incluso superaba a los soles.

Thor se levantó, sintiéndose renovado, y miró hacia atrás, preguntándose dónde estaba todo el mundo.

"Has pasado muchas pruebas", dijo Argon, lentamente. "Pero todavía hay más pruebas. La más grande misión requiere el mayor esfuerzo. Y detrás de cada misión, para el guerrero, siempre le espera otra más".

"¿Dónde están mis amigos?", preguntó Thor.

Argon meneó la cabeza.

"Ellos están en algún lugar entre la tierra de la vida y la muerte. Es es la tierra en la que estás ahora. Tú no has muerto. Pero no estás vivo. Habrías muerto en este día, si no fuera por la gracia de tu madre. Tienes seres poderosos vigilándote y se te han otorgado muchas oportunidades en la vida".

Argon se volvió y miró fijamente hacia el desierto.

"Antes de que puedas volver con los demás", dijo Argon, "debes tener más entrenamiento. No puedes ir más lejos en esta misión, a menos que tu formación sea mayor. El desierto es vasto y profundo y sólo un hábil guerrero espiritual puede cruzarlo. ¿Estás listo para pasar al siguiente nivel?".

Thor asintió con seriedad.

"Nada me gustaría más. Dime lo que debo hacer".

"Camina conmigo", dijo Argon.

Thor caminó al lado de Argon, en lo más profundo del desierto,

preguntándose a dónde iban. Sintió una intensa energía que irradiaba a través de él con cada paso que daba, sentía como si lentamente volviera a ser él mismo. También se sentía más poderoso que nunca.

Mientras caminaban, Thor miró hacia abajo y se detuvo de repente, sorprendido por lo que vio. La tierra cayó cuesta abajo, y se encontró de pie en el borde del Cañón.

Miró hacia abajo, abrumado por su profundidad y dimensión. Parecía extenderse eternamente. Su extraña niebla se arremolinaba alrededor de él, y Thor vio a Argon, de pie junto a él, mirando, también.

"¿Cómo llegamos aquí?", preguntó Thor. "¿Cómo regresamos al Anillo?".

"Estamos en todas partes y en ninguna", respondió Argon. "Viajamos a través de la grieta entre los reinos. Verás, el lugar y el tiempo no son más que una ilusión. Ahora trascendemos estas ilusiones. Quiero que veas al Cañón, a la niebla. ¿Qué ves?".

Thor entrecerró los ojos en el paraje, pero solo vio la niebla arremolinándose, iluminada con todos los colores.

"No veo nada", respondió Thor.

"Eso es porque ves con tus ojos y no con la mente", respondió Argon. "Ahora cierra los ojos", dijo con firmeza, "y mira".

¿Cierro los ojos y miro? Thor se preguntó a sí mismo. No entendía.

Pero hizo lo que se le dijo, cerró los ojos, mirando hacia el Cañón, sintiendo el golpe del remolino de la niebla en la cara. La humedad se sentía bien en el calor.

"Míralo con los ojos de tu mente", dijo Argon. "Permite que venga hacia ti".

Thor respiró profundamente y se enfocó en sí mismo, tratando de entender. Y mientras estaba allí parado, quién sabe cuánto tiempo, poco a poco, comenzó a verlo.

Debajo de él, Thor vio una ciudad roja, construida en el borde del Cañón. Su piedra brillaba en color rojo, y estaba dividida en dos ciudades, una inferior y una superior.

"Veo una ciudad roja", dijo Thor.

"Bien. ¿Qué más?".

El corazón de Thor empezó a latir rápidamente, mientras veía un fuego arrasador en ella. Destrucción. Derramamiento de sangre. Gente muriendo.

"Veo a un ejército", dijo Thor, "tan rápido como un rayo, cubriendo el Anillo. Entrando en la ciudad. Destruyéndola".

"Sí. ¿Qué más?"

Thor luchó. Al principio estaba oscurecida, pero luego se enfocó.

Se sintió descorazonado cuando vio una última cosa. Era horrible, y quería apartar la mirada. Pero no podía. Vio a Gwendolyn, acostada en un lecho de enfermo. Cerca de la muerte. La vio rodeada de varios ángeles negros de la muerte, esperando pacientemente, como si estuvieran listos para llevársela.

Thor abrió los ojos y giró y enfrentó a Argon.

"¿Es cierto?", preguntó. ¿Gwendolyn? ¿Está muerta?"

"Hay muchas formas de muerte", dijo Argon.

"Ella me necesita. Debo volver a su lado".

"No", dijo Argon, con firmeza. "Su destino le pertenece".

"¡Tengo que volver a su lado!", insistió Thor.

"El tiempo no es el actual", dijo Argon. "Debes completar tu misión. Debes completar tu entrenamiento. Si ahora regresas a su lado, ella morirá, y tú también".

"¿Qué debo hacer?", preguntó Thor, desesperado.

"Hasta ahora, has luchado principalmente con las manos, a veces con tu corazón y a veces con tu espíritu. Pero eres inconsistente. Eso es porque sigues estando en la naturaleza humana. Sigues aferrándote a este mundo, a todas las cosas físicas que te rodean, como si fueran reales. Por un lado, son reales. Pero por otro, no lo son. Son sólo formas de energía. Hasta que entiendas eso, tus poderes nunca estarán completos".

Argon se dio vuelta.

"Allí", movió la cabeza, "¿lo ves?"

Thor oyó un silbido y giró y se encontró a sí mismo, de pie, en el desierto. Corriendo hacia él había una enorme serpiente, con tres cabezas, sacando sus lenguas. Se deslizó hacia él.

"¡Detenla!", dijo Argon.

Thor buscó la empuñadura de su espada.

"¡No!", ordenó Argon. "¡Con tu espada, no! Utiliza tu mente. Saca tu fuerza interior".

El corazón de Thor latía aceleradamente cuando la bestia se acercó, muy rápidamente; una parte de él quería confiar en su lado humano, tomar su espada y cortarla a la mitad. Necesitó toda su voluntad para obligarse a soltar la empuñadura, a quedarse allí parado, con las manos en un costado, y extendió una mano, dirigiéndola hacia la serpiente.

Thor trató de dirigir la energía hacia ella — pero no pasó nada. La

serpiente se fue acercando.

"¡Argon!". Thor gritó, asustado.

"Deja de intentar dirigir tu fuerza", dijo Argon, con calma. "Debes entender que la fuerza para detener a esta criatura no viene de dentro de ti; viene de dentro de la misma criatura. Suéltate. Sé uno con la criatura. Siente sus músculos, sus tres cabezas, su cola, su lengua, su veneno. Siente cómo se mueve en el suelo. Siente cuánto quiere matarte. Siente su odio. Valora su odio".

Thor cerró los ojos y bajó la mano y trató de hacer todo lo que Argon le dijo. Al centrarse, mientras el siseo se oía más fuerte y el animal se acercaba más, Thor comenzó a sentir algo; primero fue lento, pero luego se sintió más fuertemente. Era la energía de esta bestia. Rápida y astuta, llena de odio y veneno. Estaba decidida a destruir a Thor. Thor la sintió claramente, como si fuera la propia bestia.

"Muy bien", dijo Argon. "Ahora tú también eres la serpiente. Cambia tu naturaleza. Cambia la naturaleza de la serpiente".

En su mente, Thor le ordenó a la serpiente detenerse.

Thor abrió los ojos y miró hacia abajo para ver a la serpiente, de seis metros de largo, se detuvo delante de él, con sus tres cabezas silbando, pero incapaz de llegar a él, como si estuviera paralizada. Cada una de las tres cabezas fue rápidamente hacia Thor.

"Has detenido a la bestia", dijo Argon. "Pero no has cambiado su naturaleza".

Thor podía sentir la energía del animal corriendo hacia él, y aunque intentó dar la vuelta, no lo logró. La estaba deteniendo, pero nada más, y le estaba costando un esfuerzo tremendo. Su cuerpo entero tembló, y no sintió que podía alejarla mucho más tiempo.

De repente, una de los tres cabezas de la bestia se extendió y hundió sus colmillos en el brazo de Thor.

Thor gritó de dolor, mientras el veneno pasaba a través de él; sus dos largos colmillos permanecieron alojados en su antebrazo, quemándolo, y fue lo más doloroso que jamás había experimentado. Sentía como si su brazo estuviera en llamas.

"Tu poder es vacilante", dijo Argon.

"¡Ayúdame!". Thor jadeó, en agonía.

"No, hasta que alejes a la bestia", dijo Argon. "Deja de oponerte a ella. Sigues oponiéndote a ella, incluso mientras te está mordiendo".

Thor cerró los ojos, con un dolor extremo, cubierto de sudor e hizo todo lo posible para centrarse en las palabras de Argon. Intentó centrarse en sí mismo, calmarse, aun en medio de tanto dolor, incluso a punto de ser atacado.

Finalmente, algo dentro de él cambió; dejó de resistirse a la criatura. Le permitió ser lo que era. Y entonces hizo que la bestia levantara sus colmillos de su piel.

La bestia escuchó, y al hacerlo, Thor sintió el dolor terrible de los colmillos, dejando su piel, luego la liberación del ardor. Y entonces, de repente, la bestia se volvió y se alejó, a través del suelo del desierto, mientras Thor se derrumbaba.

De repente, Thor comprendió. Él había estado resistiendo a la bestia. Resistiendo todas las fuerzas a su alrededor. Había fallado en ver que todos eran uno. Una enorme fuerza de vida. Solamente había estado viendo la separación entre ellos; y fue la separación lo que lo hacía débil.

"Excelente", dijo Argon.

Thor abrió los ojos y vio de pie a Argon junto a él, tomando su vara, y poniendo el extremo dorado en la herida de Thor. Un momento después, la herida cicatrizó, volviendo la carne a la normalidad, como si nunca hubiera sido mordido.

"Aprendes rápido", dijo Argon. "Igual que tu padre".

"¿Mi padre?", preguntó Thor. "¿Lo conoces? ¿Quién es él?".

"Claro que lo sé", dijo Argon. "Lo entrené".

"¿Lo entrenaste?", preguntó Thor. "Dime", le rogó, "¿quién es?".

Argon meneó la cabeza.

"Todo será revelado cuando sea el momento. La pregunta que debes hacerte ahora es si quieres vivir. ¿Eliges cumplir con esta misión? ¿Salvar a Gwendolyn?".

"¡Sí!". Thor volvió a gritar, con entusiasmo.

"Tu destino es grande", dijo Argon, "pero también es sombrío. Con cualquier cosa grande viene la luz y la oscuridad. Debes estar preparado para aceptar ambas cosas".

"¡Lo estoy!", Thor gritó.

Argon lo miró durante un largo tiempo, como analizándolo; luego, finalmente, asintió en aprobación.

"Levántate, valiente guerrero", dijo Argon. "Es hora de vivir".

Thor parpadeó varias veces, abrió los ojos para encontrarse a sí mismo acostado boca abajo en el suelo del desierto. Alrededor de él estaban sus

hermanos de La Legión, acostados cerca de él, tal como los había dejado. Todos ellos yacían allí, mientras el segundo sol crecía más, el calor del día empezaba a enfriar, igual que ellos.

Thor se levantó lentamente sobre sus manos y rodillas, sintiendo una nueva energía, una nueva fuerza, corriendo a través de él. Se sentía diferente, en cada fibra de su ser. Se frotó la cabeza y se preguntó. ¿Todo había sido un sueño? ¿Cuánto de eso había sido real? ¿Su madre? ¿Argon?

¿Y quién era su padre?

Thor se puso de pie sobre sus manos y rodillas y se dio cuenta de que era el único despierto. Todos los demás estaban inconscientes o muertos, él no estaba seguro de quiénes.

Thor oyó movimiento de pies, y miró hacia arriba y vio a una persona que estaba parada cerca de él. Vestía una túnica marrón y amarilla, con una faja blanca grande, y miraba a Thor con ojos curiosos y gentiles. Este hombre era de una raza que Thor no había conocido antes: tenía la piel verde, una nariz muy estrecha, labios grandes y ojos enormes, desproporcionadamente grandes para su cara.

Él retiró su capucha y miró a Thor, como si examinara algo extraño. Detrás de él, aparecieron varios más, iguales a él. Eran bajitos, y cada uno tenía un bastón largo de rubí.

"Ayúdenlos", dijo el dirigente.

Cada hombre corrió hacia uno de La Legión y hacia Indra y Krohn, y los levantaron. Thor sentía sus brazos siendo llevado sobre dos de sus hombros, y les permitió ser arrastrado.

"¿Quién eres tú?", preguntó Thor.

"Habitantes del desierto", respondió el hombre. Thor sintió una energía positiva saliendo de él, y no se resistió.

"¿Adónde vamos?", preguntó.

"Joven guerrero", dijo el hombre. "Es hora de que te recuperes".

Thor sintió que era arrastrado sin saber cuánto tiempo, entrando y saliendo de la conciencia, mientras avanzaban. El sol oscureció más, hasta que finalmente, el suelo debajo de él, para su sorpresa, se convirtió en una hierba suave y exuberante.

Se oyó el sonido del gorgoteo de agua de un manantial, y Thor abrió los ojos completamente, para su deleite total, para ver que estaban en un oasis en el desierto. En un gran perímetro, tal vez de unos noventa metros, había un círculo de exuberante césped y palmeras y frutas que jamás había visto. En su

centro había un lago azul cristal, y Thor fue tropezando hacia él, hundiéndose en sus rodillas con sus hermanos y cayendo de bruces en el borde del agua.

Todos bebieron y bebieron, y con cada sorbo, Thor sintió que volvía su fuerza vital.

Cuando bebió hasta saciarse, rodó sobre su espalda, el agua enfriaba la parte posterior de su cuello. Miró al cielo, las palmeras meciéndose por encima de él, dando sombra y se preguntó si había llegado al paraíso.

"¿Quiénes son ustedes?", preguntó Thor una vez más, mientras el hombre sonreía.

"Los hemos estado observando desde hace mucho tiempo, valiente guerrero", dijo. "Y hemos decidido que no vamos a dejarlos morir".

CAPÍTULO DIEZ

Andrónico paseaba triunfalmente por la ciudad saqueada de Silesia, deleitándose con su victoria. Tirados a ambos lados de él, estaban los cientos de cadáveres del ejército de MacGil, de soldados de Silesia, apilados en montones donde habían perecido. En medio de estos, estaban miles más de silesios cautivos, atados unos a otros en largas filas, siendo azotados y conducidos por toda la ciudad. Estaba el omnipresente sonido de martillos golpeando estacas, y por todos lados, veía enormes cruces siendo levantadas, lo suficiente para sostener a incluso los más grandes guerreros de Silesia. Se estaban preparando para crucificar a los líderes.

Ya varios soldados gritaban, mientras las estacas pasaban a través de sus muñecas y tobillos, clavándolos a las cruces. Ya muchos habían muerto. Aquellos que sobrevivieron gritaban y gemían. Andrónico sonreía. Esta siempre era su parte favorita: disfrutar con el sufrimiento de aquellos que aplastó y hacerles sentir el agujón del largo brazo del Gran Andrónico.

Algunos captores aprendieron la lección rápidamente; a otros les tomó más tiempo. Los silesios eran gente orgullosa, testaruda, y habían sorprendido a Andrónico, aguantando mucho más tiempo que otros pueblos que había sometido. Por eso, él los admiraba; sin embargo, también por eso tendría que hacerles pagar.

Eran un pueblo que no parecía querer ser destruido. Sin importar cuánto los esclavizara, cuánto los torturara, ninguno de ellos juraría lealtad hacia él. Desde su ardid, desde aquella promesa inicial, falsa, habían permanecido silenciosos, incluso frente a la tortura y la muerte. Pero todos tenían un punto débil, y él encontraría una manera de destruirlos, sin importar qué, o cuánto tiempo tomara.

Mientras cabalgaba a través de la ciudad, hubo una fría tormenta de invierno, Andrónico respiró profundo, finalmente satisfecho, finalmente habiendo conquistado todo el Anillo. Todo el Imperio. Finalmente, no había un lugar en el mundo que no hubiera tocado su pie. Finalmente, era el amo supremo del universo.

Andrónico pasó por filas de mujeres y niños, encadenados unos a otros, siendo conducidos a los nuevos campos que se erigían alrededor de ellos. Ya se estaban preparando para trabajar en la reconstrucción de los escombros de la ciudad, dando forma a la ciudad de un modo nuevo. El modo de Andrónico.

Docenas de esclavos ya estaban trabajando, erigiendo el emblema del Reino de Andrónico, un león con un pájaro en su boca. Y otro grupo estaba trabajando duro en erigir una estatua de Andrónico. Sería una estatua alta y ancha, justo en el centro de la plaza de la ciudad, de quince metros en su base y de treinta metros de alto. Estaría bañada en oro cuando la terminaran; sería un recordatorio para todos de a quién servían ahora.

Andrónico se regodeaba al ver a un prisionero tras otro siendo llevado delante de él; a tantos oficiales de Silesia, a tantos MacGil. Averiguaría quién era quién, uno a la vez, y él mismo los torturaría. En todos los costados, la ciudad estaba en llamas, incendiaban las viviendas restantes, quemando el resto de la ciudad. Todo lo que existió alguna vez, fue destruido y reemplazado con lo nuevo.

El más acuciante y último asunto sería su descenso hacia la parte baja de la ciudad, para tratar personalmente con esa chica MacGil. Gwendolyn. Su pueblo ya había desalojado a casi todos los silesios de la parte baja, los habían llevado en cautiverio; solo había que encontrar a esa chica Gwendolyn, que estaba bien escondida. Sus hombres habían identificado dónde estaba ella, oculta dentro de un castillo en la pared, y en cuestión de horas, la encontrarían y se le llevarían a él. Esta vez, ella no escaparía. Esta vez, haría un espectáculo público de ella, se aseguraría de que todos los hombres la violaran, y que todo el mundo lo viera. Y luego, cuando terminara con ella, él mismo la mataría.

Andrónico sonrió y respiró profundo ante ese pensamiento.

Su caballo marchaba hacia la puerta exterior, hacia el paraje abierto del Cañón, el descenso hacia la parte baja de Silesia estaba a unos cuantos metros. Se fue acercando más para encontrar a Gwendolyn, para que su victoria fuera completa. Este era uno de los grandes momentos de su vida, y torturarla era todo lo que necesitaba para completarlo.

*

Los ojos de Kendrick, pesados por el agotamiento, las lesiones y la pérdida de sangre, luchaban por abrirse. Sintió que unas sogas fuertes ataban sus brazos firmemente a su espalda, torciendo sus hombros hasta el punto de agonía. Sintió que lo arrastraban, que lo agarraban por la parte posterior del cabello, y mientras avanzaba, sintió cada dolor en su cuerpo por la batalla.

Kendrick había matado a muchos soldados del Imperio, pero había sufrido

innumerables patadas y puñetazos y codazos en todo su cuerpo; una espada le cortó un brazo y un muslo, y tenía verdugones en la cara y cabeza. Se cabello colgaba sobre su cara, enmarañado con sangre — no estaba seguro de quién era. Uno de sus ojos estaba hinchado y medio cerrado, y le costaba trabajo ver. Pero lo hizo. Y deseaba no haberlo hecho.

A su alrededor vio a sus compañeros, miembros del ejército de MacGil, muertos. Los miembros de Los Plateados, gente con la que había crecido, con la que había luchado a través de innumerables batallas, estaban muertos. Y lo que más le dolía, lo que le hizo cerrar los ojos e intentar quitar todo de su vista, era a los cientos de miembros de La Legión. Muertos. Habían muerto en su primer pico de gloria, eran muchachos, llevados antes de su tiempo.

Ante ese panorama, Kendrick deseaba haber muerto con ellos. Era una maldición que hubiera quedado vivo.

Mientras Kendrick era conducido, uno de los incontables prisioneros que era arrastrado al otro lado del patio, vio los incendios, a las mujeres siendo atacadas. Incluso los niños estaban atados. Los soldados del Imperio estaban por todas partes, y la ciudad había sido incendiada completamente. Ya empezaban a reconstruirla como una ciudad de esclavos, como otro monumento a las conquistas del Gran Andrónico. Los amos de los esclavos ya estaban azotando a los prisioneros, poniéndolos a trabajar en los montones de escombros. Los chasquidos de los latigazos llenaban la ciudad.

Patearon a Kendrick por detrás, y fue empujado hacia adelante con los demás. Quería simplemente cerrar los ojos y morir. Pero vio a otro prisionero colapsar, a pocos metros de distancia, y tan pronto como cayó al suelo, un soldado del Imperio levantó una espada y le atravesó el corazón. El prisionero estaba demasiado cansado — o ya no le importaba lo suficiente — para gritar, y se enfrentó a la muerte en silencio, era otro cadáver anónimo.

Kendrick quería morir. Pero estaba decidido a no hacerlo. Ese no era su credo. Era un luchador hasta el final, y viviría, sin importar el modo.

Kendrick fue conducido a una enorme cruz, junto con varios otros, yendo de la conciencia a la inconsciencia. Sintió que lo levantaban y abrió los ojos para ver a los soldados del Imperio levantándolo por lo alto, sosteniéndolo contra una cruz de madera torcida. Junto a él escuchó un grito terrible, y vio a un miembro de Los Plateados siendo crucificado, un soldado del Imperio clavando una estaca a través de sus muñecas y tobillos. Kendrick luchaba, queriendo ayudar a su amigo, pero él no se movía.

Kendrick miró hacia el otro lado, y se descorazonó al ver en la otra cruz,

junto a él, a uno de sus queridos camaradas. A Kolk. Crucificado hacía mucho tiempo, su cabeza colgaba, apenas aferrándose a la vida.

En la cruz al lado de Kolk, colgaba Atme. Kendrick se sintió aliviado al ver que estaba vivo y cerca de él, aunque Atme parecía como si se aferrara a la vida, su cuerpo estaba cubierto de magulladuras y heridas.

Mientras izaban a Kendrick, se preparó para el mismo destino fatal. Pero los soldados del Imperio comenzaron a discutir entre ellos. Se sintió atado a la cruz, pero podía deducir, por la manera en que los soldados discutían, que se habían quedado sin estacas. Afortunadamente para él, no podían clavar una estaca a través de la piel.

En cambio, ataron sus sogas más apretadas, mientras lo dirigían a la cruz. Todavía era terriblemente doloroso, ya que sentía que todas sus extremidades se estiraban, a punto de reventar.

Kendrick cerró los ojos y pensó en todo lo que amaba en la vida. Pensó en aquellos cercanos a él. Rezó en silencio para que se hubieran salvado. Sobre todo, movió la cabeza mientras cerraba sus ojos con fuerza y oró por su hermana menor. Gwendolyn.

Por favor, Dios, rezó él. De todos nosotros, déjala vivir a ella.

*

Gwendolyn caminaba de un lado al otro por su poca iluminada habitación, yendo a la ventana por millonésima vez ese día y viendo el caos que había en la parte baja de Silesia. Desde su lugar oculto podía mirar hacia abajo a la plaza inferior y ser testigo de la devastación causada por los soldados del Imperio. Ellos iban descendiendo, como cabras por el lado del acantilado, cientos de ellos, aterrorizando a su gente. Ya quedaba poca gente, la mayoría ya iban atados juntos, como cautivos y eran llevados por el Imperio a la parte superior de la ciudad.

Todo lo que quedaba en las calles vacías era el eco de sus gritos, resonando en las paredes del Cañón, llevados por el viento fuerte. El Imperio había llegado hasta aquí, y eso solo podría significar una cosa: Que la posición final de Kendrick había fracasado. No quedaba nadie para luchar contra Andrónico. Esto era lo que parecía una derrota. La derrota que habían conocido, era inevitable.

Gwendolyn observó a las tropas del Imperio sondeando la parte baja de la ciudad, y sabía que la estaban buscando. Ella estaba en un lugar secreto en el

castillo secreto, construido en los acantilados, pero sabía que era sólo cuestión de tiempo para que la encontraran. Hasta que la regresaran allá, a los brazos de Andrónico. Gwen se estremeció ante la idea.

Gwen sabía que Argon no estaría aquí para salvarla, que no se metería en los asuntos humanos por segunda vez — ni su amuleto sería capaz de salvarla nuevamente. Ella sabía que había llegado el momento. Thor se había ido de su lado, muy lejos, a una tierra que no conocía y ya no le quedaba nadie que pudiera ayudarla. Ahora, ella se estaría enfrentando sola a la muerte.

Gwen observó a un grupo del Imperio dirigiéndose hacia ella, y sabía que tenía menos tiempo del que pensaba.

Al mirar hacia afuera, Gwen sentía pena, no por sí misma, sino por toda la gente a la que había defraudado. Cerró los ojos y derramó una lágrima, mientras reflexionaba en las tragedias que debían haber pasado. Kendrick, Godfrey, Srog, Brom, Kolk, Atme y los demás, todos estaban allí arriba, probablemente muertos a esta hora. Le dejó un dolor en el pecho.

Ella pensó en Thor y se sintió descorazonada. Ella lo amaba más de lo que pudo expresar alguna vez, y no podía imaginar la vida sin él. Una parte de ella no quería vivir sin él. Tampoco podía imaginar la vida siendo esclava de Andrónico, como su juguete. Creía que si iba a morir, era mejor morir con dignidad.

Gwen tomó a una decisión.

Ella se volvió y gritó a la asistente que estaba parada junto a su puerta.

"Tráeme a Illepra — ¡ahora!", dijo

"Sí, mi señora", dijo y salió corriendo de la habitación. Ella escuchó sus pasos resonando a lo lejos.

Gwen caminaba y caminaba, su corazón latía aceleradamente en su pecho, y en un momento, se abrió la puerta y entró Illepra, sosteniendo su canasta en sus brazos.

"Mi señora, ¡me alegra verla de pie y caminando! El color ha regresado a sus mejillas. Se está curando bien".

"Temo que demasiado bien", respondió Gwendolyn.

"¿Mi señora?".

"Necesito un frasco especial", dijo Gwen. "Es un frasco que nadie desearía tomar. Pero que algunos deben tomar cuando ninguna otra hierba es suficiente".

Illepra la miró atentamente, y sus ojos perspicaces se abrieron de par en par.

Ella meneó lentamente la cabeza.

"Está pidiendo veneno", dijo.

Gwen asintió con la cabeza.

"El frasco de elección para reyes y reinas", dijo ella.

Illepra meneó la cabeza vigorosamente.

"No lo haré, mi señora. Practico las artes curativas, e hice una promesa".

Gwendolyn estaba decidida.

"¡Yo soy tu reina y te lo *ordeno!*", dijo con firmeza.

Illepra la miró, sin moverse, y Gwendolyn dio un paso adelante y agarró sus manos.

"Te lo ruego", añadió. "Dame el frasco".

Gwendolyn sintió lágrimas corriendo por sus mejillas.

"Los hombres de Andrónico vendrán por mí", añadió. "¿Te imaginas mi vida con ellos? Todos y todo lo que conocemos y amamos ya murieron. No quiero vivir así".

Illepra la miró largamente, en silencio, y después, finalmente bajó la barbilla, cayó una lágrima por su mejilla y metió la mano en su cesta, más allá de todas las hierbas y buscó hasta extraer un solo frasco pequeño con un líquido negro. Ella lo sostuvo cerca de la luz.

"Blackroot", dijo ella. "Beba esto, y morirá. Tenga cuidado, mi señora. No lo toque con los labios, a menos que quiera que sea la última vez que sorba algo".

Illepra le dio la espalda y salió corriendo de la habitación, cerrando con fuerza la puerta, detrás de ella.

Gwendolyn la vio marcharse, después levantó el frasco, examinando su líquido en la luz. Vio cómo se movía el negro líquido viscoso, mientras volteaba el frasco en forma de reloj de arena. Era siniestro y hermoso. Gwen recordó sus libros de historia, todas las historias que había leído de reyes y reinas tomándolo. Ella nunca había imaginado sostener uno en su mano.

"Es la bebida de los reyes y de las reinas", dijo una voz.

El corazón de Gwendolyn se aceleró, mientras reconocía la voz.

Ella giró para ver Argon allí, parado detrás de ella, con sus ojos brillantes. Parecía ver a través de ella, entrar en sus pensamientos más oscuros. Se sentía avergonzada y escondió inmediatamente el frasco en su bolsillo.

Ella bajó su cabeza y se ruborizó.

"Me salvaste la vida", dijo. "En el campo de batalla. No sé cómo darte las gracias".

Él permaneció inexpresivo.

"Aunque aparentemente, por el frasco que estás sosteniendo, pronto estarás muerta", respondió fríamente, con desaprobación en su voz. "¿Entonces fue en vano?".

Gwendolyn se ruborizó, sintiéndose culpable.

"Nunca es nada en vano", dijo ella. "En esta vida, o en la próxima, tengo una gran deuda contigo".

"La deuda que tienes conmigo es vivir", respondió.

Gwen frunció el ceño.

"Todavía no entiendo", dijo. "¿Cómo lo hiciste? Pensé que nunca intervenías en los asuntos humanos. Que los brujos estaban prohibidos".

"Tienes razón", dijo él, caminando lentamente hacia la ventana del extremo. Se veía cansado, mientras caminaba. "Lo que hice está prohibido. Rompí la promesa sagrada de un hechicero. Fue la primera y única vez que he hecho algo así, la primera y única vez en mil años que he interferido en los asuntos humanos. He violado nuestro código, y por eso tengo que pagar un precio muy caro. Lo que hice agotó mis poderes, y voy a tener que dormir mucho tiempo. No me verás otra vez por mucho tiempo. Al menos no en la forma anterior".

Gwendolyn se sentía vencida por la emoción.

"Lamento que lo hayas hecho por salvarme", dijo ella. "Y me conmueve que hayas hecho eso por mí, de todos los reyes y reinas que has conocido".

"Eres diferente a todos ellos", dijo él. "Tienes un corazón más grande. Eres más pura. Más valiente. Eres noble. Eres una líder. Y así es cómo sé que no vas a beber de ese frasco que traes en tu bolsillo".

Gwen se sonrojó.

"¿Me dejarías a merced de Andrónico, entonces?", preguntó ella, indignada.

"Incluso en la muerte, debes ser un ejemplo", dijo él. "No se trata de si mueres o no. Sino de *cómo* mueres. Eso es lo que permanece para los demás".

"¿Cómo puedo vivir después de lo que me hizo?", preguntó ella, dolida. "¿Aunque no haya pasado nada más?".

"Puedes vivir tan fácilmente como cualquier otra persona", dijo él. "No tienes que avergonzarte por lo que te pasó. Vergüenza es ser demasiado cobarde para continuar viviendo. No darte cuenta de que *lo que te pasó*, no eres tú. *Lo que pasó* no es lo mismo que quien eres tú. Tu cuerpo y tu espíritu y alma son distintos de los acontecimientos que te ocurren en este mundo. Ahora estás viendo al mundo a través de una lente física, muy estrecha. Pero el mundo no es sólo físico — es también espiritual. Ver las cosas físicamente es

la forma más baja de todas.

"¿Crees que entraste en este mundo solo de manera física? También fuiste concebida espiritualmente. Es el más alto nivel en el que vivimos todos. Y es por ello que los acontecimientos físicos del cuerpo no significan nada. Ellos no tocan, y no pueden alcanzar nuestro espíritu, nuestra esencia. Sería lo mismo si te raspas un codo, o pierdes un dedo. Tú, Gwendolyn, no has cambiado".

Ella enrojeció, avergonzada. Ella sabía que era verdad lo que él decía, pero era difícil aceptarlo en este momento. Ella se encontraba a la defensiva.

"No soy cobarde", dijo ella, agrupando sus puños.

"Sé que no", dijo él. "Y también sé que pagas tus deudas".

"¿Deudas?" preguntó, confundida.

"¿No recuerdas, ese día, cuando me rogaste que salvara la vida de Thor? Te dije que no estaba destinado a ser, sin embargo, insististe, dijiste que darías cualquier cosa. Te dije que pagarías una deuda, que tendrías una muerte pequeña. Ahora ya has pagado esa deuda. Esa fue tu pequeña muerte. Una pequeña muerte del espíritu. Pero no del cuerpo. Y no del alma".

Gwen recordaba todo, y oír sus palabras le servía de consuelo. Le dio sentido a los horrores que había sufrido. Por lo menos, ahora todo tenía sentido.

"Debes estar agradecida", continuó diciendo Argon. "Todavía estás viva. Tienes salud. Tienes al hijo de Thor dentro de ti. ¿Sacrificarías al niño para suicidarte? ¿Sólo por cobardía? ¿Eres tan egoísta?"

"No soy egoísta", dijo desafiante, sabiendo que él tenía razón.

"Ahora, desde tu posición, parece ante tu mirada, que el futuro sólo te traerá más dolor, más tristeza", dijo Argon. "Crees que has sufrido una humillación de la que nunca te podrás recuperar. Pero tu visión es limitada; ves el tiempo desde sólo una perspectiva, y ahora es muy estrecha. Es la visión de todos los que han pasado por el sufrimiento. Y es un lente distorsionado. El futuro te sorprenderá; puede ser brillante, más brillante de lo que habías imaginado. Y lo que te pasó hoy, se desvanecerá en tu mente, se desvanecerá tanto que ni siquiera lo recordarás, como si nunca hubiese ocurrido. La vida no es sólo una vida: son muchas vidas. Y tus nuevas vidas alejarán cualquier dolor y lamento que haya habido en las anteriores. Cuando tenemos tragedias en la vida, quedamos atrapados, es como quedarse atascado en el fango. Cuando estamos en el fango creemos que nunca podremos salir de allí. Pero ésas son grandes lecciones de vida: depende de nosotros apartarnos

del fango. No sólo una vez, sino una y otra vez. Este es tu momento para salir adelante. Para mostrarle a la vida que eres más grande que tus miedos. A menos que tengas demasiado miedo".

"No tengo miedo", respondió, con determinación.

Argon sonrió, era la primera vez que lo había visto sonreír.

"No es a mí a quien debes convencer", dijo. "Sino a ti misma".

Gwen se volvió y empezó a caminar lentamente hacia la ventana, respirando profundamente, sintiéndose mejor. Sentía que tal vez todo lo que él dijo era cierto. Pero todavía había una cosa que le inquietaba.

"¿Qué pasa con Thor?" preguntó ella. "Después de lo que me ha pasado, Thor ya no va a amarme. Me va a menospreciar ante sus ojos".

"¿Tan mala opinión tienes de Thorgrin?", preguntó Argon. "Él podría amarte aún más".

Gwen no había tomado eso en cuenta.

"Tal vez", dijo ella, "pero en su interior, puede sentir de forma diferente. No quiero poner esa carga sobre él. No quiero que sienta que *tiene* que estar conmigo. Quiero que él *desee* estar conmigo".

Argon movió lentamente la cabeza.

"Subestimas enormemente a nuestro amigo Thor", dijo. "Su amor por ti es igual al que siente por sí mismo".

Gwendolyn bajó su rostro y sintió una lágrima rodando por sus mejillas. Al decir esas palabras, sintió que eran verdaderas.

"¿Y ahora qué?", preguntó ella. "No puedo quedarme aquí. Seré capturada. ¿Me rindo simplemente?".

Argon suspiró.

"Tienes cultura", dijo. "¿Recuerdas lo que las mujeres hacían en tiempos antiguos si eran atacadas? ¿A dónde iban?".

"¿Adónde iban?", preguntó, perpleja. Al decirlo, ella se dio cuenta y empezó a recordar.

"La Torre del Refugio", dijo Argon.

En cuanto lo dijo, ella comenzó a recordar.

"En el extremo sur del Anillo", dijo ella, recordando. "Un lugar donde las mujeres van a sanar. Un monasterio. Hacen una promesa de silencio. Algunas regresan a la sociedad, otras, no".

"Es un lugar sagrado", agregó Argon, "un lugar donde no puedes ser tocada por nadie. Ni siquiera por Andrónico. Tómame un tiempo para sanar, para reflexionar. Y luego toma una decisión. Es mejor ir allí y alejarte del mundo,

que morir".

Mientras Gwendolyn lo pensaba, ella miró por la ventana y vio a las tropas de Andrónico acercándose. Poco a poco fue recordando las historias que había leído acerca de La Torre del Refugio, el lugar a donde las mujeres huían en los tiempos antiguos, para reagruparse y curarse ellas mismas. Mientras más pensaba en ello, más le parecía lo correcto por hacer. Su pueblo no la necesitaba ahora. Lo que necesitaban era que ella sobreviviera.

"Pero, ¿qué pasaría si...?", Gwen se volvió para hablar con Argon, pero ya se había ido.

Ella buscó en la habitación, desconcertada. Pero no lo veía por ningún lado.

Gwen sabía que era sólo cuestión de minutos. Ella sacó el frasco y lo examinó una vez más, luchando consigo misma.

De repente, llegó a una decisión. Argon tenía razón: ella era más fuerte que eso. Nunca cedería a la cobardía. *Nunca*.

Gwen estiró la mano y lanzó el frasco, rompiéndolo en la pared. El líquido quedó pegado en la pared con un silbido y luego goteó lentamente, como alquitrán.

"¡Steffen!". Gwen llamó, corriendo hacia la puerta.

En un momento llegó Steffen, corriendo hacia la habitación, mirándola con pánico en sus ojos.

"Los túneles secretos de los que me hablaste. ¿Los conoces?".

"Sí, mi señora", dijo rápidamente. "Srog me enseñó. Él ordenó que me quedara a su lado, y que si alguna vez los necesitaba, que le mostrara el camino".

"Muéstrame dónde están, ahora", dijo ella.

Los ojos de él se encendieron de emoción.

Pero mi señora, ¿a dónde irá?".

"Cruzaré el Anillo, al sur, a La Torre del Refugio".

"Mi señora, debo acompañarla. No es un viaje que deba hacer sola".

Ella meneó la cabeza, ansiosa, oyendo los pasos de los soldados afuera de las puertas.

"Eres un verdadero amigo", dijo, "pero va a ser un viaje peligroso y no te pondré en peligro".

Él movió la cabeza, inflexible.

"No voy a mostrarle el camino, a menos que me permita acompañarla. Mi honor me lo prohíbe".

Gwendolyn escuchó los pasos lejanos de los hombres acercándose, y sabía que no tenía otra opción. Y ella estaba, como siempre, agradecida por la lealtad de Steffen.

"Está bien", dijo ella, "vámonos".

Steffen se dio vuelta y salió rápidamente de la habitación y ella lo siguió un pasillo tras otro, serpenteando, hasta que llegaron a una puerta escondida al final del pasillo, camuflada en la piedra. Steffen la abrió, y ella se arrodilló a su lado y se asomó.

Era un túnel oscuro, frío y húmedo, con insectos arrastrándose dentro; ella sintió un escalofrío a través de ella, por la corriente. Intercambiaron una mirada de preocupación, y ella tragó saliva ante la idea. Pero no tenía otra elección. Era esto, o la muerte.

Mientras los pasos de los soldados se escuchaban cada vez más fuertes, los dos se apresuraron a entrar y comenzaron el largo y duro camino arrastrándose hacia la libertad.

CAPÍTULO ONCE

Thor abrió los ojos y sintió una alegría y paz como no había tenido en mucho tiempo. Se sentía descansado, rejuvenecido, y estaba acostado de espalda sobre el suave y lujoso pasto, mientras la brisa fresca acariciaba su rostro. Se sentó y miró alrededor, preguntándose si esto era un sueño.

La luz temprana de la mañana se esparcía por el desierto, iluminando el oasis en el que Thor estaba. Lentamente, recordó todo. Su sueño, a su madre, haber visto a Argon, y después haber despertado y encontrado a ese hombre, el habitante del desierto, que los trajo aquí. Había estado perdiendo y recuperando la conciencia, e inmediatamente miró alrededor, asegurándose de que los otros estuvieran con él.

Él suspiró aliviado al ver que sí estaban. Todos estaban cómodamente acostados sobre la hierba, cerca del borde del lago, durmiendo contentos y con la mejor apariencia que había visto en ellos en mucho tiempo. Alrededor de ellos había palmeras, cargadas de frutas, balanceándose ligeramente con la fresca brisa de la mañana.

Thor se dio cuenta que habían sido salvados por estos habitantes del desierto, y se dio vuelta y los buscó para darles las gracias. Los vio sentados al lado de las aguas, extendiendo sus manos, con los ojos cerrados, cantando algún tipo de ritual. Su imagen se reflejaba en las aguas tranquilas, y era una hermosa vista. El suave sonido de sus cánticos se elevaba y era llevado por el aire, haciendo que el lugar se sintiera aún más surrealista.

Más allá del perímetro del oasis, en todas direcciones, había desierto. Un desierto amarillo, extendiéndose hasta el infinito, cruelmente, hasta la orilla del horizonte. Era demasiado temprano para que el calor se propagara, pero Thor sabía que sería pronto.

"Ya despertó", dijo una voz.

Thor se volvió y vio a uno de los habitantes del desierto, quien lo había salvado, junto a él, mirándolo con ojos amables y compasivos.

"Durmió un sueño largo e intermitente".

Thor se devanó los sesos, tratando de recordar. Thor miró a su alrededor y vio a sus hermanos, entusiastas.

"Tengo una gran deuda con usted", dijo Thor. "Todos la tenemos. Nos salvaron la vida".

El hombre negó con la cabeza.

"No nos deben nada", dijo. "La deuda es nuestra".

Thor miró, confundido.

"Verá", dijo el hombre, "nuestra leyenda habla de usted. Habla de este día. Del día en que pasaría por aquí. Le hemos estado esperando durante generaciones, esperando este momento para ayudarlo en su viaje. Su búsqueda no es solo para usted — es la que nos va a liberar a todos nosotros, incluso aquí, en el Imperio".

"¿Esperándome?". Thor le preguntó, confundido. "No lo entiendo. Debe haberme confundido con otra persona".

Pero ellos negaron con la cabeza.

Los demás se reunieron alrededor, y Thor sentía que Krohn rozaba su pierna, y se agachó y le acarició la cabeza.

"¿Dónde estamos?", preguntó O'Connor.

"Están en lo más profundo de el Gran Desierto", respondió el hombre, mientras su gente finalmente se levantó y se unió a ellos. "Justo en el centro. Ningún ser humano había logrado llegar hasta aquí. Los que vivimos aquí conocemos este oasis. El desierto es un lugar implacable. Son afortunados de estar vivos".

"Se los advertí", dijo Indra, sacudiendo su cabeza.

"Estamos en una misión", respondió Reece.

"Por la Espada robada", intervino O'Connor.

"Nos dijeron que está siendo llevada a Neversink", agregó Elden.

Los habitantes del desierto se volvieron y se miraron entre ellos, con los ojos bien abiertos por la sorpresa.

"Como las profecías anunciadas", dijo su líder, girando y mirando a Thor.

"¿Pueden llevarnos allí?", preguntó Thor.

"Por supuesto", respondió el líder. "Debemos hacerlo. Es nuestra obligación. Síguenos de cerca. Y lleven todas las frutas que puedan llevar", dijo, mientras todos bajaban sus capuchas, levantaron sus bastones y empezaron a caminar", será su única fuente de vida".

Thor y los demás se volvieron y examinaron los gruesos frutos amarillos colgando de las palmeras y cada uno recogió tantos como podían llevar, entonces se volvieron y se apresuraron para alcanzar a los habitantes del desierto, quienes caminaban sorprendentemente rápido, que ya se ocultaban en la niebla de la mañana.

Mientras todos cayeron en línea, Thor marchaba junto a sus hermanos rápidamente para ir a su paso, Thor levantó uno de los frutos amarillos por

curiosidad y lo mordió. Al hacerlo, explotó su agua, agua que chorreó por su rostro, su barbilla, su garganta y se derramó hacia el suelo del desierto. Él intentó atrapar lo más que pudo en su mano, molesto por haberla tirado.

"Debes ser más cuidadoso", dijo Indra. "Las frutas de agua son delicadas. Están llenas de agua principalmente y sólo tienen un poco de piel. En su interior no hay sólo agua — es un agua especial, que te da energía. Más energía que la comida".

Thor bebió el agua, que era dulce y sintió una explosión de energía. También sabía un poco agria. Miró la fruta con un nuevo respeto.

"Debes morderlas lentamente y con cuidado", agregó Indra. "Ya desperdiciaste una".

Thor se inclinó y puso el resto de la fruta en el hocico de Krohn, permitiéndole lamerla. Bebió con avidez, deseoso de tomar más.

Thor y los demás caminaron cerca de los habitantes del desierto mientras ellos zigzagueaban, siguiendo una especie de camino inescrutable que Thor no podría descifrar. Mientras caminaban, el sol subió más e hizo más calor, y Thor sentía que respiraba con dificultad. No ayudaba el hecho de que de vez en cuando soplaba una nube de polvo; Thor levantó sus manos a los ojos, tratando de sacar la arena. Los habitantes del desierto sólo bajaban sus largas capuchas y parecían inmunes a esas distracciones.

Cuando Thor tenía sed, mordía otro fruto de agua, poco a poco esta vez, y estaba tan agradecido por el líquido, que compartía con Krohn. Alrededor de él, sus hermanos estaban haciendo lo mismo. A diferencia de su primera travesía del desierto, esta fruta le daba energía para seguir adelante. Al principio, cuando las había reunido, había resentido el peso adicional —pero ahora estaba contento de tenerlas. En realidad temía lo ligero que se volvía a medida que comía más y más de ellas.

"¡Oigan, más frutas!", gritó O'Connor.

Thor se dio vuelta y vio, a su lado, una sola palmera meciéndose en medio del desierto, llena con frutas rojas colgando. O'Connor se dirigió hacia ella, cuando de repente, un habitante del desierto lo agarró bruscamente de la camisa y lo jaló hacia atrás.

Thor y los demás intercambiaron miradas de asombro, no comprendiendo.

"¡Suéltame!", gritó O'Connor.

Pero entonces, de repente, la tierra se abrió debajo de un árbol, en un enorme socavón, tragándose el árbol y todo a su alrededor.

O'Connor se quedó allí, mirando, con los ojos bien abiertos; si hubiera

dado un paso más, estaría muerto.

"El desierto está lleno de seductoras", dijo el habitante del desierto a O'Connor. "Como dije, síganlos de cerca".

Ellos continuaron caminando, O'Connor perturbado, todos ellos con un nuevo respeto por este lugar, siguiendo el rastro de los habitantes del desierto tan de cerca como podían.

Caminaron y caminaron, en silencio, cada vez más y más profundamente en el desierto, hasta que sus piernas y pies estaban cansados. Parecía cada vez más y más como una peregrinación.

Las horas pasaron, y Thor necesitaba un descanso de la monotonía; caminó sin prisa y se acercó al líder de los habitantes del desierto.

"¿Por qué viven aquí?", preguntó Thor.

"Como tú, queremos ser libres. Libres del largo alcance de Andrónico. Nuestra libertad es más querida para nosotros que donde vivimos".

Parecía ser un tema recurrente que Thor escuchaba en todo el Imperio.

"Si puede derrotar a Andrónico, no solo se liberarían ustedes, sino a todos nosotros", añadió.

"Pero este desierto parece un lugar hostil e implacable", dijo Thor.

El hombre sonrió.

"El Imperio está lleno de lugares hostiles e implacables", contestó. "También está lleno de lugares de belleza inimaginable, abundancia y prosperidad. Ciudades en el océano. Ciudades hechas de oro. Extensiones de verdes, de tierras de labrantío, hasta donde alcanzaba la vista. Cascadas que no tienen fondo. Ríos llenos de peces. Estos son los lugares que Andrónico ha reclamado. Sin embargo, algún día pueden ser nuestros de nuevo".

Caminaron y caminaron, los pies de Thor palpitaban, hasta el crepúsculo del segundo sol. Sus frutos de agua ya se habían terminado hacía mucho tiempo, y Thor no sabía si podría aguantar más. En cuanto iba a hablar, adelante, en las ondulantes olas de calor, vio el contorno de algo. Pestañeó varias veces, preguntándose si era otro espejismo. Pero cuando se acercaron, se dio cuenta de que no lo era.

"Neversink", dijo Indra.

El corazón de Thor se aceleró, aliviado.

"Sí", dijo el líder, "el Lago limita con el desierto. Es donde termina un terreno y empieza otro".

Rejuvenecidos, marcharon hasta que la arena gradualmente dio paso al césped, hasta que llegaron al borde del desierto, el césped era cada vez más

grueso y más verde. Allí, tal vez a unas cien yardas de distancia, rodeado de césped, estaba Neversink. Por un lado estaba enmarcado por un bosque alto y por el otro, por colinas verdes.

"Aquí es donde los dejaremos", dijo el líder de los habitantes del desierto, deteniéndose y estando frente a Thor.

"No sé cómo vamos a pagarles alguna vez", dijo Thor.

"Encuentre su Espada", respondió. "Derrote a Andrónico. Eso es pago suficiente".

Él se inclinó hacia adelante y abrazó a Thor, y Thor le abrazó también.

"Recuérdenos", dijo el hombre.

Con eso, los habitantes del desierto se dieron vuelta, cubrieron sus rostros con sus capuchas y se dirigieron hacia el desierto. Thor y los demás los vieron marcharse; no habían andado mucho, cuando una tormenta del desierto levantó arena, envolviéndolos, haciéndolos desaparecer.

Thor y los demás intercambiaron una mirada de asombro, luego todos se dieron vuelta y observaron el lago sin fondo ante ellos. Neversink. Era más grande de lo que Thor había imaginado, parecía extenderse por muchos kilómetros en cada dirección. Brillaba una luz azul y Thor podía sentir una intensa energía saliendo de él. No parecía un lago normal.

Thor miró a todos lados buscando alguna señal de la Espada, de los ladrones. Estaba en guardia, igual que los demás, sujetando las empuñaduras de sus espadas, preparándose para una confrontación. Si habían vencido aquí a los ladrones, ellos podrían llegar en cualquier momento.

Pero aunque Thor observó las costas, no podía ver nada, no había evidencia de que estaban aquí. Sólo rezó para que no hubieran llegado demasiado tarde.

"Tal vez llegamos demasiado tarde", dijo O'Connor. "Tal vez ya blandieron la Espada y se fueron".

"O tal vez no han llegado todavía", dijo Reece.

"Si vinieron y arrojaron la Espada, será imposible que podamos revisar las aguas", dijo Elden.

"Si la Espada está allí", dijo Indra, "entonces se ha hundido en las entrañas del mundo. Su única esperanza es si han llegado aquí antes que ellos y puedan detenerlos antes de que la arrojen".

"Debemos averiguar si estuvieron aquí", dijo Thor. "Si estuvieron aquí, dejaron un rastro. Debemos encontrarlo. Debemos saber con certeza lo que pasó. Revisemos el litoral".

Al unísono, todos partieron, caminando a lo largo de la blanca y arenosa costa del lago, revisando el litoral buscando cualquier pista, alguna señal de alteración. Thor se quitó sus botas y caminó descalzo en el césped, después a lo largo de la arena, sumergiendo los pies en las aguas heladas; se sentía bien, lo refrescaba, especialmente bajo la sombra de los árboles altísimos. Los otros hicieron lo mismo.

Caminaron durante horas, cerca de la orilla del lago, con sus aguas brillantes, cuando Reece gritó: "¡Aquí!".

Todos se dieron vuelta con entusiasmo y siguieron a Reece mientras señalaba las huellas en la arena; eran las huellas de un gran grupo de personas. Todos estaban allí parados, analizándolas.

"Vinieron del bosque", dijo Reece.

"Eso significa que nos ganaron en llegar aquí", dijo Elden.

El corazón de Thor entristeció al ver el rastro de huellas en la arena. Eso no auguraba nada bueno.

Todos siguieron las huellas a lo largo de las blancas arenas, siguiendo los contornos del lago. De repente, abruptamente, terminaban.

Todos se quedaron allí parados, rascándose la cabeza, mirando hacia la arena, luego a las aguas.

"El agua es más oscura aquí", dijo Reece.

"Esta debe ser la parte más profunda del lago", dijo O'Connor.

"Lo es", dijo Indra, avanzando, mirando el agua. "Si fueran a lanzar la Espada en cualquier lugar, sería aquí".

Thor tragó saliva. Ella tenía razón. ¿La Espada podría estar perdida para siempre?

"¿Pero por qué acaban allí sus pasos?", preguntó Thor.

Todos miraron hacia las aguas tranquilas, sorprendidos. El único sonido que había era el del viento soplando en el agua, mientras todos observaban. Thor tenía un mal presentimiento.

"¿Entonces hemos llegado hasta aquí", preguntó O'Connor, "para encontrar una Espada que se perdió para siempre?".

Observaron las aguas, pero eran impenetrables.

"Si está allí, es imposible recuperarla", dijo Elden.

"¿Y ahora qué?", preguntó Reece. "¿Regresaremos al Anillo como fracasados?".

Indra se volteó de espaldas a ellos y anduvo por el borde del bosque.

"No estoy tan segura", dijo ella finalmente.

Todos se volvieron y la miraron; ella estaba arrodillada, examinando las ramas.

"¿Ven esos árboles?", dijo. "Miren las ramas. Sus ángulos. Parece que tal vez alguien se retiró de este lugar, y regresó al bosque".

Thor se volvió con los demás y siguieron a Indra, alejándose del lago, hacia los pinos altísimos. Todos habían aprendido a no dudar de ella, y le siguieron sin cuestionarla, mientras los conducía hacia el bosque. Mientras seguían avanzando, Thor comenzó a verlo también; al principio era débil, pero luego apareció a la vista. Había un camino sutil, una serie de ramas rotas. Un patrón. Empezaba a parecer como un rastro. Ella había tenido razón.

El rastro seguía hacia el bosque, y después se abría, de regreso a las playas de arena en una parte diferente del lago. Esta parte de la costa estaba escondida, cubierta de ramas de pino oscuras, largas, y pesadas, haciendo curva sobre ella. Thor tuvo que mirar de cerca para ver que había algo en la arena, oculto en la sombra.

Cuando se acercaron, Thor se detuvo de repente y quedó congelado, al igual que los demás, sorprendidos ante lo que había ante ellos.

Allí, yaciendo en la arena, en el borde del lago, estaban los cadáveres de los ladrones que habían robado la Espada del Anillo. Todo el grupo, todos yacían en la arena, muertos.

Brotaba sangre de sus cuerpos hacia la arena, aún húmeda, manchándola de rojo, y en medio de ellos, estaban también los cadáveres de varias docenas de soldados del Imperio, todos muertos.

Thor y los demás se quedaron allí parados, desconcertados, tratando de entender lo que veían. Claramente, había ocurrido un gran conflicto aquí. Pero, ¿por qué? ¿Cómo? ¿Y qué había sucedido con la Espada? No había rastro de ella por ningún lado. ¿Los ladrones habían arrojado la Espada al agua antes de que fueran asesinados? ¿Ningún soldado del Imperio había sobrevivido y huido con la Espada después del conflicto?

"Parece que todos ellos se mataron entre sí", dijo Elden.

Todos comenzaron a caminar lentamente entre la carnicería, tratando de entender.

"No", dijo Indra, finalmente, arrodillándose y examinando las marcas en sus cuerpos. "Fueron atacados. Todos ellos. Por alguien más".

"¿Fueron atacados?", preguntó Elden. "¿Por qué?".

Indra corrió su mano en el pecho de uno de los soldados, y luego miró hacia arriba, ominosamente:

"Los dragones".

CAPÍTULO DOCE

Godfrey abrió lentamente sus ojos, con la cabeza punzante. Sentía más dolor de lo que recordaba, sentía su cuerpo como si cargara el peso de la tierra. Todos los músculos le dolían y punzaban, y mientras yacía allí, de frente en el césped, lentamente examinó sus extremidades, tratando de mover cada una de ellas. Sentía como si tuviera rigidez cadavérica.

Él sacudió su cabeza e intentó recordar. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado?

Godfrey se asomó y vio, no muy lejos de él, la cara de un cadáver mirándolo, con los ojos bien abiertos, como si lo viera directamente a él. Él abrió los ojos con un sobresalto, se reclinó, y miró alrededor: había cientos de cadáveres tirados en el campo de batalla a su alrededor. Giró su cuello y vio la misma escena en todas direcciones.

Entonces se acordó. La batalla contra Andrónico. Al principio, la victoria; después, la derrota. La matanza.

Godfrey se sorprendió de estar vivo. No pudo evitar sentirse orgulloso de sí mismo por haber tenido el valor para luchar junto con su hermano Kendrick y los demás. No tenía sus habilidades, pero irónicamente, quizás eso fue lo que lo había salvado. Se había lanzado torpemente en el fragor de la batalla y, vergonzosamente, descubrió que tampoco tenía la agilidad de ellos — al ir a la carga, Godfrey se había resbalado con la sangre de un soldado, y se había deslizado antes de que pudiera empuñar su espada. Él recordó haber estado acostado boca abajo en el suelo, tratando de levantarse, pero fue pisoteado por soldados y caballos.

Godfrey recordó haber recibido una fuerte patada de un caballo, en la cabeza, lo que debe haberlo derribado. Después de eso, todo se había oscurecido.

Godfrey levantó la mano hacia su costado, y sintió un enorme verdugón donde el caballo le había dado una patada. Estaba avergonzado de haber sido derribado por un caballo y no con su espada en lo alto, por otro caballero. Pero por lo menos, a diferencia de los demás a su alrededor, eso había salvado su vida.

Era la mañana siguiente y un rocío frío soplaba del Cañón, Godfrey se estremeció, al darse cuenta que había estado desmayado toda la noche. Se sentó en medio de un mar de cadáveres, una escena dura, en la primera luz de

la mañana. A lo lejos vio a las tropas de Andrónico, patrullando. Se oyó el ruido distintivo de una espada en el aire y atravesando la carne; Godfrey estiró el cuello para ver a un soldado del Imperio, a unos cuarenta y cinco metros de distancia, caminando de un cuerpo a otro, levantando su espada y hundiéndola en cada cadáver para asegurarse de que estaba muerto. Era metódico, yendo de cadáver en cadáver — y se dirigía hacia la dirección de Godfrey.

Godfrey tragó saliva, con los ojos bien abiertos, al darse cuenta de que se había librado de la muerte una vez — pero no estaba a punto de escapar de ella otra vez. Tenía que pensar rápido, o terminaría *realmente* muerto.

Lo que faltaba a Godfrey en habilidades de lucha, lo compensaba con ingenio. Él no tenía la formación de sus hermanos, pero tenía una habilidad única para sobrevivir. Al crecer, siempre había encontrado una manera de salir de todo, y ahora más que nunca, era hora de sacar esas habilidades.

Godfrey rápidamente exploró los cadáveres a su alrededor y vio a un soldado del Imperio muerto, como de su tamaño y altura. Miró sobre su hombro, asegurándose de que el soldado de patrullaje no lo estuviera mirando, entonces se arrastró hacia adelante sobre sus manos y las rodillas hasta el cadáver. Rápidamente lo despojó de toda su armadura, moviéndose lo más discretamente que pudo, rogando no ser detectado.

Godfrey se quitó su propia armadura, su cuerpo estaba helado al exponerse al aire de invierno y se vistió con la armadura del enemigo, de la cabeza a los pies, incluso tomando el cinturón, que tenía una espada corta y un puñal en ella, luego agarró el escudo. Incluso se estiró y tomó el casco, que por suerte, ocultaba la mitad de su rostro en forma semicircular. Se las arregló para hacer todo esto tan rápido como pudo, comprobando encima de su hombro cada pocos segundos para ver si el otro soldado del Imperio se estaba acercando. Por suerte, mientras se acercaba, no estaba mirando hacia esa dirección.

Godfrey rápidamente se dio vuelta y se acostó sobre su espalda, sosteniendo el escudo del soldado del Imperio por encima de él para que la cresta — un león con un pájaro en la boca — fuera claramente visible. Cerró los ojos, fingiendo dormir. Y oró.

El soldado patrullando se le acercó y se detuvo. Godfrey, con los ojos cerrados, rezaba para que lo creyera. Él sabía que el próximo segundo definiría si vivía o no. Si escuchaba el sonido del acero surcando el aire, sabía que sería asesinado, que descubrió su táctica. Pero si sentía que el soldado le empujaba de alguna otra manera, sabía que su trampa había funcionado.

Godfrey esperó lo que pareció una eternidad, mientras el soldado estaba cerca de él, debatiendo.

Finalmente, sintió la punta de una bota, empujándolo en el hombro.

Interiormente, Godfrey suspiró con alivio; exteriormente fingió ser despertado, abriendo los ojos, parpadeando lentamente, fingiendo estar desorientado.

"Estás vivo", dijo el soldado del Imperio. "Bien. ¿Estás herido? ¿Puedes caminar?".

Godfrey se sentó lentamente, y no fue demasiado difícil fingir dolor, puesto que ese era real; levantó la mano y sintió el verdugón en su cara, y permitió que el soldado del Imperio lo ayudara a levantarse. Sus piernas estaban rígidas, como el resto de su cuerpo, pero podía caminar.

"Lo siento, señor, no vi sus rayas", dijo el soldado temeroso, poniéndose en posición de firmes, de repente.

Godfrey miró hacia atrás, por la sorpresa, sin comprender. Entonces se dio cuenta: el uniforme que robó. El soldado al que se lo quitó debió haber sido un oficial.

Godfrey inmediatamente fingió serlo, por temor a ser descubierto.

"Lo perdonaré esta vez", dijo, "pero la próxima vez se dirigirá a su superior apropiadamente. ¿Entendido?", dijo Godfrey, usando el tono más áspero y autoritario que pudo.

"¡Sí, señor!", respondió el soldado.

Godfrey se quedó allí parado, mirando, y tuvo que pensar rápidamente. Sabía que tenía que seguir desempeñando bien el papel; un movimiento en falso y sería descubierto.

"¿Le conseguimos a una enfermera, señor?", preguntó el soldado.

"No, no la necesito. Soy un oficial, no lo olvide. Sufrimos heridas leves".

"Sí, señor", dijo el soldado.

La rapidez mental de Godfrey. No podía irse, así, sin más. Sería demasiado arriesgado. ¿Qué pasaría si algo que hiciera revelara su engaño?

"Allí estás", dijo una voz.

Godfrey se volvió para ver acercarse a varios oficiales del Imperio. Con el casco de su visera hacia abajo, no debieron haberlo reconocido.

"Reunión de oficiales", dijo una voz.

El grupo de oficiales del Imperio se acercaron, y uno puso una mano en su espalda y lo condujo junto con los demás.

Godfrey se encontró caminando con el grupo de oficiales del Imperio,

abriéndose paso a través del campo de cadáveres, hacia la puerta exterior de Silesia, al campamento de Andrónico. Tenía miedo de ver sobre su hombro, para saber si ese soldado lo estaba vigilando, dándole una segunda mirada, preguntándose si había cometido un error. En cambio, duplicó su ritmo y se fue con esos hombres, maravillándose de este extraño giro del destino. Se preguntaba cuánto tiempo podría seguir con esto. Una parte de él quería girar y huir — pero si lo hacía, sabía que nunca lo lograría. Además, ¿hacia dónde correría? La ciudad entera fue esclavizada. Parecía no haber ningún lugar seguro en ningún lado.

Pronto pasaron a través de la puerta exterior, lejos de Silesia, y al hacerlo, ante ellos apareció la enorme extensión del ejército de un millón de hombres de Andrónico, acampados en carpas. Godfrey tragó saliva, sorprendido ante lo que veía. Fue llevado más y más profundo detrás de las líneas enemigas, mezclándose con los demás, y mientras se dirigía hacia el corazón del campo de Andrónico, nadie parecía mirar dos veces.

Él había sobrevivido. Había engañado a todos. Mantenía el ardid.

Pero, ¿cuánto tiempo podría seguir así?

CAPÍTULO TRECE

Erec cabalgaba con Brandt y docenas de hombres del Duque; todos ellos salían de las puertas de Savaria, la verja levadiza se cerró detrás de ellos; la ciudad quedaba asegurada solamente por los pocos soldados restantes que montaban guardia. Todos iban por el sendero hacia el Este, cientos de ellos, levantando polvo con un gran ruido, mientras comenzaban el viaje por el Barranco Oriental

Cabalgaban al unísono, un grupo de valientes, decididos, montando a caballo por sus vidas, a la luz del amanecer. Todos sabían lo que estaba en juego, y estaban totalmente dispuestos a lanzarse a lo imposible: intentar, con unos cientos de hombres defender su tierra contra un ejército de un millón de hombres de Andrónico. Erec sabía que posiblemente cabalgaban hacia sus muertes. Pero para eso habían nacido y sido criados: para arriesgar sus vidas, todos los días, para proteger y defender a los que dejaban atrás. En opinión de Erec, era un privilegio. Era para lo que él — para lo que todos ellos — habían vivido sus vidas: el valor.

Erec estaba agradecido de que iban a enfrentar al enemigo de frente, en vez de esperar con ansiedad, dentro de sus propias puertas, a que se acercara el enemigo. No sabía si iban a vivir o a morir, y en cierta forma, eso no importaba. Lo más importante es que tenían la oportunidad de conocer al enemigo con honor, con valor y en un choque de gloria.

Erec tenía un sentido de seguridad esta vez, sabiendo que Alistair estaba a salvo en Savaria, detrás de las puertas del Duque, segura en el castillo, a cientos de kilómetros detrás del frente. Él podía arrojarse a la batalla con tranquilidad, sabiendo que no tendría que preocuparse por ella.

Cablgaron y cablgaron, el único sonido que había era el de los cascos de los caballos; las omnipresentes nubes de polvo en la cara de Erec, en su pelo, en su nariz, hasta que el primer sol brilló en lo alto del cielo. Erec se perdió, como hacía a menudo, en la gran cacofonía de los cientos de pezuñas de los caballos, de espuelas tintineando en los oídos, de espadas sonando en sus vainas. Era un sonido al que había estado acostumbrado desde su juventud. Se sentía como en casa.

Mientras los soles crecían en el cielo y las piernas de Erec comenzaban a dolerle, el sendero se elevó y alcanzaron la cima de la Colina Oriental; hicieron una pausa, y desde este sitio estratégico con vista privilegiada,

podieron mirar hacia abajo, a la campiña oriental que se extendía por debajo.

Cuando todos llegaron a una parada, el Duque y Brandt al lado de Erec, señalaron.

"¡Allí!", dijo Erec.

Ante ellos había una enorme cordillera, extendiéndose al extremo norte y al sur hasta donde alcanzaba la vista. Creaba una barrera natural, bloqueando el Este del Oeste y solo había una manera de atravesar: un barranco estrecho, un trozo de división, lo suficientemente grande como para caber tal vez seis hombres uno al lado del otro, y tal vez de noventa metros de profundidad, en medio de la cordillera. Era la única manera en que aquellos que se acercaban desde el Oeste pudieran llegar a Savaria sin escalar la montaña escarpada. Era un pasaje para los viajeros. Y un cuello de botella, para los soldados. Era la forma más rápida y más directa de viajar, para un ejército — es decir, si un ejército no tenía nada que temer. Un ejército cauteloso, en medio de un conflicto con un enemigo fuerte, no lo intentaría; pero para un gran ejército, sin nada que temer, era posible. Era el lugar perfecto para una emboscada.

No podían ver más allá de la cordillera y no tenían idea de lo cerca que estaba el ejército de Andrónico — o si incluso viajaban por ese camino.

Erec se sentía animado; habían vencido a Andrónico aquí. Ahora tenían una oportunidad de pelear.

"¡AVANCEN!", gritó Erec.

Al unisono, los hombres del Duque gritaron y patearon a sus caballos, y todos ellos se fueron galopando por la colina, cubriendo terreno rápidamente.

Pronto llegaron a la base de la barranca.

"¿Y ahora qué?", preguntó el Duque, respirando con dificultad, mientras todos estaban sentados en sus caballos.

"Debemos dividir a nuestros hombres", respondió Erec. "La mitad de un lado y la mitad del otro lado. Después debemos dividir estos grupos otra vez, la mitad tomará las posiciones altas en la cima de la montaña y la otra mitad por debajo. Los que estén arriba, pueden crear una avalancha cuando les demos la señal. Entonces, cuando la lucha esté en su apogeo, pueden unirse a nosotros aquí abajo".

El Duque asintió con la cabeza.

"También debemos poner arqueros en el camino", añadió. "Cada seis metros en cada elevación, para cubrir todos los ángulos".

Erec asintió con la cabeza.

"Y lanzas y picos abajo", intervino Brandt, "para crear un muro de sangre".

El Duque gritaba las órdenes y al hacerlo, sus hombres se dispersaron con una gran ovación, galopando y tomando posiciones arriba y abajo de la cara de la montaña, a lo largo del borde del barranco, y abajo, en el borde.

Erec desmontó y aprovechó la oportunidad, antes de la tormenta, para caminar dentro del barranco vacío, Brandt y el Duque se unieron a él. Erec caminó lentamente, mirando sus muros, sintiendo su roca, examinándola. Estaba más oscuro allí dentro, y sus pasos resonaban. Estiró el cuello, miró a cientos de metros de altura y vio a sus hombres empezando a tomar posiciones. Era una caída escarpada desde aquí, e incluso la caída de la roca más pequeña desde esa altura, sería mortal.

Ante Erec estaba el túnel largo y estrecho, formado por el barranco, y a lo lejos, la luz del sol brillaba desde el otro extremo, tal vez a noventa metros de distancia. Ahora, todo estaba inquietantemente tranquilo; Erec no veía ninguna señal de los hombres de Andrónico. Se preguntaba cómo un lugar podía ser tan tranquilo cuando pronto estaría lleno de sangre.

Al parecer, Brandt y el Duque, a su lado, sentían lo mismo.

"Tal vez ellos no vengan por este camino", dijo Brandt, su voz resonaba en el silencio.

"Tal vez tomen otro camino", añadió el Duque.

Pero Erec se quedó allí parado, con las manos en la cadera, sintiendo el olor de la batalla en el aire, un olor que había conocido desde su infancia. Los vellos de sus brazos se erizaron un poco, como lo hacían siempre, antes de un conflicto. Tenía un sexto sentido para la batalla, desde que era niño.

Movió lentamente la cabeza.

"No", dijo, "si hay una cosa de la que pueden estar seguros, es de que la guerra viene por este camino".

CAPÍTULO CATORCE

Rómulo estaba parado en una loma alta al norte de Neversink, mirando el horizonte en un ataque de furia. Siendo comandante de todas las fuerzas del Imperio en ausencia de Andrónico, general número dos solamente de Andrónico, Rómulo era conocido por no soportar a los tontos. Era solo un poco más bajo que Andrónico, pero casi el doble de ancho, con un rostro regordete, una amplia mandíbula y hombros tan grandes que su cuello casi desaparecían. Tenía los labios gruesos, bárbaros, ojos negros centelleantes, orejas grandes y cuernos más pequeños que los de Andrónico. No llevaba un collar de cabezas reducidas como Andrónico. No era necesario. Cuando enfrentaba a sus enemigos, les partía la cabeza con sus manos y era sabido que los mantenía en el aire y miraba a los ojos del cadáver el tiempo suficiente para memorizar cada cara. Así mantenía los rostros de sus enemigos en su mente, y nunca olvidó ni una sola. Tenía en su mente un amplio catálogo de todas las caras de los hombres que había matado, y a veces, en medio de la noche, se quedaba despierto durante horas imaginando los contornos de su rostro y sonreía ampliamente. Tenía una buena sensación en su interior y a veces le ayudaba a dormir.

Pero Rómulo no era de dormir mucho. Vivía para la batalla, para emboscar a sus enemigos en medio de la noche, en su propio territorio, y era famoso, merecidamente, por ser al menos tan feroz como Andrónico. La mayoría de la gente lo conocía por ser aún más brutal. Y eso era lo que molestaba a Rómulo: él era mejor que Andrónico, él lo sabía en su corazón. Igual que la gente. No había una sola persona en el Imperio al que le respondía — excepto a Andrónico. Y si no fuera por Andrónico, sería el líder del Imperio.

Rómulo odiaba ser el número dos. Él lo había soportado sólo porque había estado esperando el tiempo oportuno, porque el tiempo nunca había sido el adecuado para dar el golpe. Andrónico era demasiado paranoico y tenía muchos espías, demasiados controles para salvarse de sus propios hombres.

Pero ahora que Andrónico había dejado el Imperio para invadir el Anillo, Rómulo vio la oportunidad. Al menos por ahora, Rómulo, era el gobernante de facto del Imperio en casa; todas las fuerzas le respondían a él mientras Andrónico estaba librando su guerra tonta, siguiendo su obsesión de dominar el Anillo. Había sido un error estúpido, y Rómulo estaba decidido a hacerle pagar caro por ello.

Rómulo sonrió ampliamente: estaba preparando su golpe de estado, y cuando regresara Andrónico, tendría su cabeza en un plato. En primer lugar, haría que Andrónico se arrodillara ante él, que reconociera su superioridad. Que reconociera ante todo el Imperio, que Rómulo era el más feroz de los dos.

Pero, por ahora, Rómulo tenía asuntos más urgentes en su mente. Esa estúpida Espada, la antigua Espada del Destino que había sido una espina clavada para el Imperio durante siglos, que había estado tan cerca de su alcance. Él había enviado a un contingente de hombres a matar a los ladrones del Anillo, antes de que pudieran lanzarla al lago. Pero todo había salido terriblemente mal. Sus hombres les habían atrapado a tiempo, pero habían sido emboscados por los dragones. No había nada que Rómulo hubiera podido hacer, mas que quedarse allí, a lo lejos, y observar cómo las horribles bestias se llevaban su tesoro, la Espada, agitando sus alas, volando por lo alto en el horizonte, con la Espada brillando en sus garras.

Mientras Rómulo estaba allí parado, furioso, aún en su lugar, vio volar a los dragones, más y más al norte, con sus chillidos victoriosos en el aire. Cientos de hombres estaban parados detrás de él con la respiración contenida, sabiendo que no debían pronunciar ni una palabra hasta que él estuviera listo para moverse.

Cuando vio el último del rebaño de dragones desaparecer en el horizonte, Rómulo respiró profundamente. Seguirlos sería una marcha larga y difícil, profundamente en La Tierra de los Dragones, y perdería a muchos hombres frente a estas bestias. Podría perderlos a todos. Habían pasado siglos desde que el Imperio se había atrevido a enfrentarse a los dragones.

Sin embargo, no tuvo más remedio. Esa Espada era lo que necesitaba para establecer su legitimidad, para que todo el Imperio viera que él, Rómulo, era el único gran líder; era lo que necesitaba para expulsar a Andrónico. Con ella en la mano, podía exponer las razones de que él, y no Andrónico, era el elegido; sin embargo, no teniéndola, temía que su pueblo no lo apoyaría. Sólo tenía una oportunidad para expulsar a Andrónico, y no podía correr ningún riesgo.

“¡ANDANDO!”, gritó Rómulo, y al hacerlo, sus hombres empezaron a seguirlo, al unísono, sin rechistar, en el largo viaje hacia el norte a la Tierra de los Dragones.

El canto comenzó, la sinfonía de las armaduras, de las armas, repiqueteando al bajar por la montaña, mientras marchaban al unísono. Rómulo observó el horizonte mientras cabalgaba, viendo el último vestigio de

los dragones en el cielo. Él encontraría esa Espada. O todos sus hombres morirían en el intento.

CAPÍTULO QUINCE

Thor estaba parado al lado de las brillantes aguas de Neversink, los demás estaban a su lado, mirando a los cadáveres, y le hizo pensar. Dragones. Todos estos hombres, asesinados por los dragones. La Espada robada fue llevada muy lejos. Por un lado se sintió aliviado de que no se perdió en el lago; sin embargo también sintió un profundo miedo al saber a dónde se fue. Estaba perdida, sólo que de una manera diferente. Los dragones eran una fuerza indomable, y vivían muy lejos. ¿Cómo podrían quitársela a ellos? ¿Había fallado su misión aquí? Una parte de él no pudo evitar sentirse como si así fuera.

Sin embargo, al mismo tiempo, Thor sabía que no tenían elección. Estaban en una misión, y habían prometido cumplirla. No había que retractarse, su honor lo impedía. Tendrían que hacer lo necesario para rastrear la Espada y llevarla a casa.

"¿Y ahora qué?", preguntó Reece, finalmente, en nombre de todos ellos, quienes estaban allí parados, en silencio.

Thor se dirigió a su viejo amigo.

"No hay más remedio", respondió Thor. "Iremos tras la Espada".

"¿A la Tierra de los Dragones?", preguntó O'Connor, nervioso.

Thor asintió con la cabeza.

"Estás loco", dijo Indra.

Todos voltearon a verla.

"Cruzar el desierto fue una locura. Pero esto — lo que propones — es una sentencia de muerte garantizada. ¿Por qué no se lanzan desde un acantilado y acaban con esto? La Tierra de los Dragones es una tierra de ceniza y fuego. Una tierra de muerte. Nunca lograrán llegar. Y si lo logran, ¿qué van a hacer? ¿Enfrentarse a un nido entero de dragones? Uno de ellos los incinerará en un abrir y cerrar de ojos. ¿Realmente creen que pueden entrar allí y quitarles su más preciado tesoro? Los dragones son avariciosos con su tesoro, y ellos no se irán con ella sin morir".

Thor suspiró.

"Tal vez estés diciendo la verdad", reconoció él. "No discutiré contigo. Pero no importa. Estamos en una misión. Hemos hecho una promesa y debemos cumplirla, sin importar a donde nos lleve eso. No es cosa de vida o muerte. Sino de valor".

Indra meneó la cabeza una y otra vez.

"Tengo un límite para soportar su locura. Vine con ustedes mientras seguían su tonto mapa; incluso los seguí a través del desierto. Pero eso es todo. Valoro mi vida. Lo siento. No me arriesgaría a ir a una muerte segura".

Thor asintió con la cabeza.

"Entiendo", dijo. "No te retendremos".

Elden miró a Indra, y Thor pudo detectar una tristeza cruzar su cara.

"¿Te vas, entonces?" preguntó. "¿Eso es todo?"

Ella asintió, y Thor pudo detectar la misma tristeza en sus ojos.

"No tienen que hacer esto", dijo ella. "No tienen que suicidarse".

"Tenemos que hacer esto", respondió Elden. "Es lo que hacemos".

Ella lo miró larga y duramente y finalmente, dijo:

"Entiendo".

Indra se adelantó, extendió una mano y tocó la mejilla de Elden, luego sorprendió a todos por inclinarse y besar a Elden.

Puso la mano en la mejilla de él, luego lentamente la retiró, se dio vuelta y se alejó. En unos minutos desapareció en el bosque, lejos del alcance de la vista. Nunca miró hacia atrás.

Elden parecía destrozado y nervioso por la vergüenza.

Thor y los otros miraron hacia otro lado, dándole su privacidad. Todos habían perdido algo en este viaje; todos entendían.

Cada uno de ellos se quedó allí parado, perdido en sus pensamientos; la gravedad del paso final de su viaje pesaba sobre ellos.

La Tierra de los Dragones, pensó Thor.

Se preguntaba si alguna vez podrían llegar a ella. Y si podrían salir vivos.

*

Thor, Reece, O'Connor, Elden y Conven — ya solo quedaban ellos cinco — marcharon con Krohn a su lado. Habiendo muerto Conval y ya sin Indra, todos sintieron su ausencia, y Thor no pudo evitar sentir que su grupo se iba reduciendo. Había tenido un ominoso agujero en su estómago desde que habían salido de Neversink, sólo ellos cinco, desde que se separaron de Indra; ella era la chica más audaz que había conocido, y sin embargo, incluso ella tenía miedo de ir por este camino. Eso no auguraba nada bueno.

Como Indra les había dicho, ellos se habían dirigido hacia el norte, siguiendo un sendero agreste a través de las colinas; habían estado marchando

durante horas, dirigiéndose al norte, las colinas bajando y subiendo en filas cada vez más grandes de falsas cimas. Cada vez que llegaban a la parte superior de otra, Thor estaba seguro de que no habría ninguna cima más; sin embargo, siempre había otra en el horizonte. Siguieron así, subiendo y bajando durante horas; todos ellos respirando con dificultad, agotados.

En este punto, Thor no estaba seguro si estaban siguiendo el camino correcto. Todo lo que tenían para seguir era ver alguna carcasa ocasional a un costado del camino. El camino estaba esparcido, de vez en cuando, de esqueletos, Thor no sabía si eran de personas o de animales, y cada uno le hacía sentir un agujero en el estómago. Cuanto más lejos iban, más esqueletos encontraban, y la sensación de mal augurio se hacía mayor. Con cada paso que daba, Thor se sentía más seguro de que iban hacia sus muertes.

Había una gran tristeza en todos ellos. Conven estaba perturbado por el dolor, vuelto loco, Thor nunca lo había visto así. Sus ojos estaban enrojecidos de llorar, y mientras sus lágrimas finalmente habían parado, ahora fueron reemplazados con una silenciosa sensación de devastación. Parecía un hombre destrozado por el dolor; se veía trastornado. Thor sintió miedo cuando lo miró a los ojos: Conven ya no parecía estar con ellos.

Elden se sentía abatido también, desde que se había ido Indra. Era obvio que tenía sentimientos por ella, más de lo que había demostrado, y caminaba con las mandíbulas apretadas, con el ceño fruncido. Él también parecía estar en otro mundo. Eso dejaba a Reece y a O'Connor, caminando a ambos lados de Thor, agarrando las empuñaduras de sus espadas, nerviosos. Sus interminables caminatas les habían afectado también, sus ojos estaban hundidos en sus cabezas por el miedo constante y el agotamiento, y no parecían ser los mismos chicos que habían empezado esta búsqueda. Todos se veían envejecidos. Thor se preguntaba si se veía tan cansado como ellos.

Con cada paso que daban, las rodillas de Thor temblaban, no podía evitar preguntarse si este viaje nunca terminaría, si había sido un error aventurarse, para empezar.

La Tierra de los Dragones. Apenas podía creer la locura de los cinco, en su estado, marchando para enfrentarse a un ejército de dragones, atreverse, de alguna manera, a arrebatarse la Espada de sus manos. Era una misión que ni siquiera un ejército bien equipado podría aspirar a lograr. Cómo lo lograrían, no tenía idea. Sin embargo, su honor exigía que lo lograra. Si vivía o no, en su mente, eso no era lo que importaba. No volvería como un fracasado. Y no volvería siendo un cobarde. Una lección que Argon le había enseñado una vez,

resonó en su mente, como un mantra: a veces es más difícil retirarse que seguir adelante. *A veces, la única salida es ATRAVESANDO.*

Lo que le daba consuelo a Thor, era pensar en Gwen. Sintió el anillo de su madre, en el interior de su camisa, y subió la mano y se aseguró de que aún estuviera allí. Pensaba constantemente en Gwen, más y más en estos días, y eso le hacía seguir. Quería estar lejos de este lugar horrible, de todas estas horribles criaturas y monstruos y soldados y esclavos, de estar de vuelta en el Anillo, de regresar a su lado. Ahora parecía, cada vez más, como un sueño lejano, como una fantasía que nunca había sido real, para empezar. Apenas podía imaginar volver a un mundo de paz, de estar junto con Gwen, riendo, despreocupado, acostado en un campo de flores, y mirando al cielo. Parecía otra vida.

Todos ascendieron otra cima, ésta era más escarpada que las demás, jadeando, mientras llegaban hasta arriba, escalando casi empinados, mientras el pasto se convertía en rocas. Se había convertido más en un ejercicio de escalada que caminata, y mientras más alto iban, más fuertes eran las rachas de viento y el aire más frío. Cuando llegaron a la parte superior de ésta, Thor rezó para que fuera el ascenso final; no sabía cómo podrían subir y bajar una vez más.

Llegaron a la cima y todos se detuvieron, desconcertados por el panorama que tenían delante de ellos. Habían llegado a la cumbre, y la vista ante ellos era asombrosa. El terreno descendía abruptamente por debajo de ellos, en un ángulo agudo, bajando en picada cientos de metros. Y allí abajo, se extendía un paisaje totalmente nuevo. Ya no había hierba a la vista — ni rocas ni montañas ni colinas ni árboles. En cambio, el paisaje era total y sorprendentemente, blanco. Brillaba extremadamente. Parecía un desierto, o playa, compuesto por pequeñas rocas blancas de grava, la luz era tan brillante que Thor tuvo que entrecerrar los ojos. Parecía extenderse hasta el fin del mundo.

La única variedad en este paisaje infinito eran enormes agujeros en la tierra, que se esparcían cada treinta metros, más o menos. Enormes agujeros negros marcaban el paisaje.

Thor se dirigió a los demás, perplejos, y todos tenían miradas de sorpresa. Nadie sabía qué pensar de eso.

Thor se arrodilló, agarró algunos de los finos guijarros blancos con la palma de su mano, los sintió y observó cómo se desmoronaban en sus dedos. Teniendo una corazonada, los levantó a la altura de su boca y los tocó con la

punta de su lengua.

Era como sospechaba.

"Es sal", dijo Thor. "Todo es sal".

Todos miraron hacia el paisaje debajo de ellos con un nuevo sentido de respeto y de maravilla.

"Eso es lo que dijo Indra", dijo Reece. "Los campos de sal están en el camino hacia La Tierra de los Dragones".

"Pero se extiende inmensamente", dijo O'Connor, contemplando. "Es como un desierto. Si entramos allí, ¿cómo podremos atravesar? Es vasto. Y estamos agotados. Y no hay ningún refugio".

"¿Y qué hay de todos esos agujeros?", preguntó Reece.

"Yo, por mi parte, no estoy de humor para entrar en otro desierto", dijo Elden.

"¿Qué otra opción tenemos?", preguntó Thor. "No hay vuelta atrás".

Thor cerró los ojos y escuchó la voz de Argon.

A veces la única salida es atravesando.

Thor sentía lo mismo que los demás, pero sabía que tenía que ser fuerte. Seguro de sí mismo. Por todos ellos.

Thor miró hacia el precipicio y sabía que no serían capaces de descender con el sedimento fino. No tendrían más remedio que bajar. Era una bajada inclinada, y aunque eventualmente curvado, mientras estaba allí parado, tuvo que admitir que no estaba dispuesto a dar el primer paso. Él podía ver las expresiones en las caras de los demás, y se dio cuenta de que también estaban renuentes a hacerlo. Era tan escarpado, era casi como caminar por el borde de un precipicio.

Conven dio un paso adelante y sin dudar, repentinamente saltó por el borde. Thor no lo podía creer: lo hizo sin emoción alguna y sin vacilación, como si fuera un suicida.

Conven ni siquiera gritó mientras caía en picado por el costado del acantilado de sal. Sus pies y espalda se restregaron contra el sedimento fino, como la arena, levantando una enorme nube blanca de polvo y haciendo que Thor lo perdiera de vista. La nube de polvo continuó todo el camino hasta la montaña, cientos de metros, hasta que finalmente el acantilado empezó a curvar y finalmente, Conven resbaló hasta detenerse.

Hubo unos momentos de silencio, mientras Thor y los demás se veían unos a otros, perplejos, esperando a que la enorme nube de polvo se evaporara, para ver si Conven había sobrevivido.

Mientras Thor se asomaba entre el polvo, de repente, hubo movimiento. Conven se detuvo, se desempolvó y empezó a marchar, dándole la espalda a ellos, como si nada hubiera pasado.

Thor tragó saliva. Temía por Conven; parecía trastornado.

A Thor no le gustaban las alturas, y vaciló mientras miraba hacia abajo.

Thor estiró la mano y levantó a Krohn, lloriqueando y lo sostuvo en sus brazos.

"Creo que es ahora o nunca, viejo amigo", dijo Reece.

Thor asintió con la cabeza, pero ninguno de ellos se movió.

"¿Recuerdas cuando te zambulliste en el mar rojo?". Reece le recordó y luego rió. "Estaba lleno de monstruos".

Thor sonrió al recordar; parecía que había ocurrido mucho tiempo atrás.

"Fue una manera de empezar Los Cien", contestó Thor.

Al unísono, de repente, todos avanzaron y saltaron la cornisa.

Todos gritaron mientras se lanzaban por el aire; Thor sintió el viento corriendo a su alrededor, empujando hacia arriba sus mejillas, sintiendo como si se desplomara al centro de la tierra.

Finalmente, Thor sintió que sus pies y luego su espalda, hacían contacto con la fina arena de sal, mientras el acantilado comenzaba a curvar gradualmente hacia el exterior. Afortunadamente, llevaba ropa gruesa, de lo contrario, estaba seguro de que su piel se habría quemado. Sintió un roce contra todo su cuerpo, y llegó a ser más intenso mientras gradualmente la montaña curvaba hacia fuera.

Thor sintió caer de cabeza, mientras la montaña curvaba más y más; él empezó a toser al ser atrapado en una enorme nube de sal, tenía sal en sus ojos y en el cabello y en la boca. Por un momento sintió que no podía respirar.

Finalmente, Thor rodó hasta detenerse, perturbado y raspado, pero ileso. Alrededor de él, los demás rodaron hasta detenerse también, no muy lejos. Todos ellos quedaron allí, en una enorme nube de polvo blanco, y tardó varios segundos despejarse lo suficiente para que Thor se diera cuenta de que todos estaban vivos e ilesos, incluyendo a Krohn.

Poco a poco, todos comenzaron a desempolvarse a sí mismos y se pusieron de pie. Thor se frotó la cabeza al caer con los demás. Él se volvió y miró hacia arriba y quedó sorprendido: era increíblemente alto.

Se dieron vuelta y comenzaron la larga marcha a través de los campos de sal, tratando de alcanzar a Conven, que ya iba más adelante y sin mirar atrás.

*

Caminaron a través del paisaje monótono, más al norte, abriéndose paso en zigzag entre los enormes agujeros. Pasaron más y más esqueletos, esparcidos al azar, y Thor no pudo evitar preguntarse cómo era que todos esos animales — o personas — habían muerto. Se preguntaba qué los había matado — y cuándo. La mayoría de los huesos se veían viejos, pero algunos parecían frescos. Eso no lo hizo sentir cómodo. No pudo evitar pensar que todos estaban caminando hacia una gran trampa.

Thor miró a uno de los enormes agujeros en el suelo y caminó hasta su orilla. Se detuvo y miró.

Los demás se reunieron alrededor y todos se inclinaron y miraron hacia abajo y vieron sólo oscuridad.

"¿Qué pasa?", preguntó O'Connor.

Al pronunciar las palabras, se hizo eco y resonaron.

"Parece una especie de túnel", dijo Reece.

"Tal vez son las minas de sal de las que habló Indra", dijo Thor.

"¿Pero quién explotaría una mina en este lugar?"

Thor se volvió y observó el paisaje y se dio cuenta de que en algún momento, cierta industria debía haber estado aquí, hizo trizas la tierra, y después la abandonó. Estos agujeros eran todo lo que quedaba.

Ellos continuaron su viaje, marchando por el interminable paisaje. Mientras los soles crecieron mucho y Thor tenía hambre y sed y cansancio, se preguntó, una vez más, donde podrían refugiarse en este lugar. Obviamente, no podían descansar en uno de los agujeros, que parecían descender hacia pozos sin fondo, y él dudaba que podrían dormir en el suelo salino, preguntándose qué criaturas podrían andar por aquí en la noche.

Antes de que pudiera terminar el pensamiento, Thor oyó de pronto un extraño sonido silbante y sintió un vacío en el estómago mientras se volvía y veía, acercándose a ellos a lo lejos, a un grupo de criaturas extrañas. Eran tal vez unas diez, y cuando se acercaron, su apariencia se volvió más clara: parecían caimanes en miniatura. Alternativamente se deslizaban sobre sus estómagos, luego se levantaban sobre sus patas delanteras, a veces arrastrándose y a veces deslizándose. Tenían lenguas largas, tan largas como sus cuerpos, y a cada pocos metros su piel acorazada explotaba, como un pez globo, sobresaliendo las puntas afiladas en el extremo, después se retraían. Tenían cuatro ojos, y todo era de color blanco, camuflándolos perfectamente

con el suelo salino; con excepción de sus ojos, que eran púrpura brillante, resplandeciente.

"¿Qué diablos es eso?", preguntó O'Connor.

Krohn gruñó, el pelo se le levantó sobre su espalda, mientras todos los chicos se detuvieron — todos excepto Conven, quien seguía caminando con indiferencia hacia ellos, como si no tuviera ningún temor en el mundo.

"Conven, yo que tú, no haría eso", dijo Thor.

Pero Conven seguía marchando. Con indiferencia, sacó su espada, con el ruido del corte en el aire, y salió a encontrarse con la criatura más cercana, quien se dirigía hacia él.

Conven levantó su espada — pero antes de que pudiera bajarla, la criatura más cercana a él repentinamente miró hacia arriba, abrió su boca y alargó su mandíbula, revelando varias filas de colmillos.

"¡Conven, cuidado!", gritó Reece.

La criatura estiró su cuello, abrió sus fauces y roció un líquido desde el fondo de su garganta; voló por el aire y roció los ojos de Conven.

Conven gritó, agarrando sus ojos mientras tiraba su espada y tropezaba.

"¡No puedo ver!", gritó.

Las criaturas se acercaron, y Thor tragó saliva, dándose cuenta de que tenían una batalla en sus manos.

Viendo lo que le había pasado a Conven, Thor sabía que tenían que actuar con rapidez o de lo contrario cegarían a todos.

"¡Levanten sus escudos!", gritó Thor.

Agarró su escudo, y los demás también, todos se agacharon y se cubrieron los rostros. Las criaturas se inclinaron de nuevo y les siseó, y el líquido cayó contra el metal, no atinando a los ojos de ellos. Thor podía oír el ácido venenoso royendo el metal del escudo.

Cuando se detuvo el rocío, todos bajaron sus escudos y fueron hacia adelante. Thor blandió su espada hacia abajo hacia el más cercano, cortando su cabeza, mientras que Elden levantó por lo alto su hacha y la bajó hacia el que estaba delante de él, cortando su cabeza; Reece dirigió su lanza a la cabeza de otro, y O'Connor tomó su arco y le disparó a uno, justo en su garganta abierta.

Pero tan pronto como mataron a los primeros cuatro, aparecieron otros cuatro, lanzándose hacia adelante y rociando veneno en sus ojos. Todos levantaron rápidamente sus escudos, luego volvió a atacar.

Pero estas criaturas eran inteligentes; esta vez, se retiraron, yendo hacia

atrás, mientras que Thor y los demás atacaban hacia el vacío. Krohn saltó hacia adelante, gruñendo, y las criaturas lo rociaron. Sin embargo, Krohn fue demasiado rápido, sorteando el veneno, agachándose, después saltando alto y abalanzándose, sujetando la mandíbula de una de las gargantas de la criatura con sus colmillos, gruñendo mientras mataba a la criatura retorciéndose en el lugar.

Otra criatura saltó hacia Krohn, cuya espalda estaba expuesta y lo mordió en la pierna trasera; Krohn chilló, y Thor saltó hacia adelante y lo cortó — pero la criatura fue demasiado rápida y se retiró antes de que Thor pudiera atraparlo. Krohn, enfurecido, se volvió y se abalanzó sobre varias criaturas más, matando a tres más — pero no fue lo suficientemente rápido como para evitar la cola de otra criatura, que lo azotó con fuerza en la parte posterior de la otra pierna, haciéndole chillar y rodar varias veces, llorando y cojeando. Thor se dio cuenta de que las colas de estas criaturas tenían agujones.

Finalmente, el efecto deslumbrante del rocío parecía desaparecer en Conven, y él, parpadeando las lágrimas de sus ojos, se inclinó y agarró su espada y corrió hacia las criaturas restantes. Levantó el escudo, bloqueando el rocío de varios de ellos y yendo al ataque con locura.

Pero eran demasiado rápidas para él, todas se alejaron del corte de su espada salvaje. Habían aprendido demasiado rápido.

Thor se dio cuenta de que tenían una intensa batalla en sus manos. No sabía cómo matarían al grupo restante.

Fue entonces cuando escuchó el ruido. Fue un tremendo siseo, y cuando miró hacia el horizonte, el corazón de Thor se hizo pedazos al ver a cientos más de esas criaturas aparecer, todas zigzagueando. Thor de repente se dio cuenta de por qué había tantos esqueletos en el terreno: estas cosas deben haber matado todo a su paso.

Conven fue al lado de ellos, y los cinco se enfrentaron con las criaturas, manteniéndose firmes, preparándose para la destrucción.

"¿Y ahora qué?", preguntó O'Connor.

Antes de que pudiera responder, llegó un gran trueno de debajo de la tierra, cada vez más y más fuerte, hasta que sacudió la tierra debajo de ellos, haciendo tropezar a todos. Al hacerse más intenso, de repente, todas las criaturas ante ellos se dieron vuelta y reptaron en dirección contraria, serpenteando como si fueran una sola, en una gran cacofonía de siseos. En unos momentos, desaparecieron de la vista.

"¿Un terremoto?", preguntó Reece.

Thor se sintió aliviado de que las criaturas se hubieran ido, pero tenía un mal presentimiento en cuanto a lo que las podría haber ahuyentado. Todos se miraron entre ellos, desconcertados.

Hubo un gran grito, tan fuerte que casi le rompe los tímpanos a Thor, y junto a él apareció, de uno de los agujeros, una bestia que Thor jamás había visto. Parecía una serpiente monstruosa, su cuerpo medía quince metros de ancho y diez veces eso de largo. De color blanco, tenía una cabeza plana, aberturas por ojos, y su cara estaba carcomida por filas y filas de dientes afilados. Rugió y gritó cuando se levantó del suelo, tan alto que bloqueó el cielo. Entonces se encorvó hacia abajo, abriendo sus fauces increíblemente amplias y cayendo en picado al suelo, mientras atrapaba y devoraba docenas de esas criaturas. Las criaturas siseaban y gritaban mientras la bestia los levantaba en el aire, colgándolos de sus fauces, retorciéndose y masticándolos. Su sangre púrpura goteaba por su boca y por su cuerpo.

La serpiente debe haber comido una docena de ellos a la vez, y Thor podía ver el contorno de sus cuerpos retorciéndose dentro, mientras se deslizaban por la garganta de la serpiente.

Thor miró hacia arriba con verdadero temor, al darse cuenta de que probablemente habría sido mejor enfrentar a esos cientos de criaturas que a ese enorme monstruo solo.

La serpiente torció su horrible cara, se volvió y puso su mirada en Thor y los demás, mientras abría su garganta y chillaba.

Fue cayendo en picado hacia abajo, tapando los dos soles, abriendo su boca y bajando para tragarlos a todos a la vez. Bajó increíblemente rápido, y Thor se dio cuenta de que en momentos, todos estarían muertos.

Thor sintió un tremendo calor subir por todo su cuerpo, y se quedó en su lugar, levantó una mano, cerró los ojos y dejó que la energía fluyera a través de él. Recordó las palabras de Argon.

No luches contra la naturaleza. No te resistas ante nada. Permite que sea lo que es. No trates de controlarlo. Conviértete en uno con él. Hazlo como él lo haría.

Las palabras de Argon resonaron en la mente de Thor, y finalmente, sintió como si estuviera obteniendo algún control sobre sus poderes. Él notó que cada vez que estaba realmente contra la pared, cuando no tenía más remedio que usar sus poderes o morir, estos volvían a él.

Thor levantó su mano por lo alto, tratando de mantener la calma y sentir la naturaleza de la criatura; era una naturaleza intensa, monstruosa, decidida a

matarlos a todos. Thor no trató de resistirla. En cambio, sentía su energía transformarse con la criatura, y mientras mantenía su mano arriba, de repente, una esfera de luz salió de la palma de su mano, elevándose en el aire, mientras un chorro de luz blanca salía de él hacia la cara de la criatura.

La luz llegó a la criatura y logró mantenerla a raya, deteniéndola a pocos metros de ellos, quedando paralizada en el aire antes de que se los tragara. Thor sintió que todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo, y no sabía cuánto más podría sostenerlo.

Conven gritó y fue hacia adelante, saltando en la boca de la criatura, levantando su espada y apuñalándolo en la boca. La criatura gritó.

Los otros hicieron lo mismo, Reece lo golpeó en la nariz con su lanza, Elden le cortó la mejilla con su hacha, y O'Connor disparó flecha tras flecha en sus ojos. La criatura parecía más molesta que lastimada, y no estaba ni siquiera cerca de morir.

Los brazos de Thor temblaban, cuando sintió que su control de la bestia se veía menguado rápidamente. Finalmente, Thor sentía que perdía el control; su poder no era lo suficientemente fuerte, y no podía aguantar más tiempo.

La luz cesó de la palma de la mano de Thor y la bestia retrocedió inmediatamente, levantando su cabeza por lo alto. Conven todavía estaba allí parado, dentro de su boca, golpeando su espada en el paladar de su boca y cuando la bestia se levantó por lo alto y trató de tragárselo, lo único que mantuvo vivo a Conven fue que empujó la espada verticalmente en el paladar. Mientras la serpiente atenazaba, intentando aplastar a Conven, la espada comenzó a doblarse.

Conven finalmente tenía una mirada de temor, mientras colgaba por lo alto, entre las filas de dientes de la bestia, su espada se doblaba ante sus ojos y la boca de la bestia que se cerraba.

Thor estaba agotado por su esfuerzo, sin embargo, se obligó a sí mismo a intentarlo de nuevo; de alguna manera, convocó a una última parte de sí mismo, basándose en las reservas de energía que tenía. No sabía si él podría haberlo hecho por sí mismo — pero ver a su amigo en peligro sacó otra ráfaga de energía en él.

Thor gritó y levantó la palma de su otra mano y surgió otra luz, una luz amarilla. Mientras la bestia rompía la espada en su boca, la luz le pegó, y Thor utilizó su poder para obligar a la bestia a abrir totalmente sus mandíbulas. Mientras se seguían abriendo, Conven, salvado de la muerte, salió de la boca de la bestia y cayó en picado por el aire, aterrizando en el piso del

suelo salino con un ruido sordo.

La bestia, enfurecida por la pérdida de una comida, levantó su cuello y chilló, entonces se volvió y se dirigió hacia Thor. Cayó en picado, hacia él, era evidente que quería aplastarlo.

Thor cerró sus ojos y levantó ambas manos, convocando a su última gota de fuerza. Esta vez, una luz azul salió disparada, cubriendo todo el cuerpo de la bestia. Thor levantó sus palmas más y más arriba, y al hacerlo, levantó la bestia por lo alto, más y más arriba, hasta que todo su cuerpo salió del agujero. Se extendió a toda su longitud, cientos de metros de largo y estaba cubierto de una secreción viscosa que probablemente nunca había visto la luz del día. Se movió furiosamente en el aire, como un gusano sacado de debajo de su roca.

Con un último esfuerzo, Thor estiró sus manos hacia adelante, dirigiendo su energía con todas sus fuerzas; como lo hizo la bestia, chillando, salió volando por el aire y se estrelló hacia los costados, cayendo en el suelo. Hizo un ruido espantoso mientras se retorció en su espalda, hasta que finalmente dejó de moverse.

Estaba muerto.

Thor cayó de rodillas, derrumbándose por el esfuerzo. Sus poderes fueron más fuertes que nunca, pero, al mismo tiempo, no tenía la resistencia para mantenerlos.

De repente, surgió un temblor alrededor de ellos, el mismo temblor que habían oído cuando la bestia había surgido de su agujero. Alrededor de ellos, hasta donde alcanzaba la vista, el suelo comenzó a temblar. Se volvieron e intercambiaron una mirada de pánico y se dieron cuenta de que los monstruos estaban a punto de emerger de cada agujero del paisaje.

Miles de ellos.

"¿Se van a quedar allí parados todo el día?", dijo una voz que Thor reconoció.

Thor se volvió y miró, con inmenso alivio, a Indra. Ella iba galopando hacia ellos en una bestia naranja que parecía un camello, pero era más alta y más amplia, con una cabeza ancha y plana. Ella dirigía, con una soga, a cinco de ellas, levantando polvo conforme se acercaban.

"¡SUBAN! ¡AHORA!", gritó.

Sin dudarle, Thor y los demás montaron a los animales, Thor sujetó a Krohn con él. Todos se fueron, juntos, al galope, corriendo por el campo de sal, apenas evitando los agujeros.

Mientras avanzaban, uno por uno, miles de monstruos surgieron de los agujeros, chillando, elevándose en el aire, dirigiéndose hacia ellos. Pero las criaturas que montaban eran rápidas — más rápidas que cualquier caballo que Thor hubiera montado, tan rápidos, que apenas podía respirar mientras cabalgaban. Y claramente habían sido entrenados para navegar este terreno para evitar esos agujeros, a esos monstruos, y lo hacían hábilmente. Mientras cabalgaban, Thor se sujetaba con fuerza por su vida; los monstruos se precipitaban alrededor de ellos y fallaban por poco cada vez, los animales que eran más rápidos que ellos, zigzagueaban para evitar los golpes.

Ellos apenas esquivaron golpe tras golpe, monstruo tras monstruo, mientras avanzaban, llevándolos más y más lejos de los campos de sal.

Cuando finalmente libraron el perímetro, dejando a los monstruos detrás de ellos, Indra se volvió y sonrió.

"¿Realmente creyeron que dejaría a un puñado de tontos como ustedes morir en mi patio trasero?"

CAPÍTULO DIECISÉIS

Sarka estaba sentada en su cabaña, con las piernas cruzadas, la espalda contra la pared, en su humilde sala de estar y observó a Gareth. Con cara de sueño, ella lo había estado vigilando toda la noche, mientras él sostenía la daga en la garganta de su hermana. Ella había estado esperando su oportunidad. Sabía que en algún momento se rendiría ante la debilidad y dormiría. Sin embargo, ella no lo haría.

Sarka adoraba a su hermana más que nada, y sentía náuseas de estar ahí sentada, indefensa, y ver a esa excusa de rey irrumpir en su casa y retener a su hermanita como rehén. Había sido uno de los peores sentimientos de su vida, y se sentó allí, decidida, sin importar si él era rey o no. Ella no se escondería por miedo ni sería sumisa como su padre; ella sería valiente y arriesgaría su vida para salvar a su hermana.

Su padre, un zoquete que nunca había sido muy inteligente y que siempre había sido muy duro con ella, siempre había insistido en que él sabía cuál era la manera correcta y ella no. Él le había regañado antes, después de que Gareth había tomado a su hermana como rehén, advirtiéndole que mejor no hiciera algo imprudente. Había argumentado que si ella hacía algo indebido, su hermana podría morir — y ella también. Además, su padre había argumentado que era un sacrilegio levantar una mano contra el rey — fuera corrupto o no.

Sarka, como de costumbre, ignoró la lógica de su padre y sus amenazas. Él se había equivocado muchas veces en su vida, y aunque era una campesina, aún tenía su orgullo y no iba a quedarse sentada sin hacer nada, esperando que Gareth se decidiera. Después de todo, esperar también era arriesgado — Gareth podría romper su palabra y matar a su hermana. Podría ser una oportunidad que su padre estaba dispuesto a correr, su tonto padre que siempre había confiado en todo el mundo; pero no era un riesgo que ella iba a tomar. Él había tomado a su hermana como rehén con la cuchilla, y pagaría por eso. Ella no le daría la oportunidad de tomar una decisión.

La primera luz del amanecer se deslizó a través de la ventana, y al hacerlo, Sarka pudo ver claramente que los ojos de Gareth estaban cerrados, que la daga que ella había estado observando toda la noche, se estaba deslizando. Ella sostuvo secretamente la soga de cáñamo que había tomado de los establos de su padre a mitad de la noche, sólo lo suficiente para hacer el truco. Ella era

joven, y tal vez no tan fuerte como ese hombre, y tal vez ingenua para creer que podía derribar a un rey, a un hombre que había evadido toda clase de tentativas de asesinato — aún así, estaba decidida. Y ella tendría el elemento sorpresa a su favor.

Sarka se sentó ahí, su corazón latía aceleradamente en su pecho y sabía que su momento había llegado. Era ahora o nunca.

"¡Chist!", le silbó a su hermana.

No hubo ninguna respuesta.

"¡Chist!", silbó otra vez.

Larka finalmente abrió los ojos y la miró. Había temor y terror en ellos, mientras estaba allí sentada, en el regazo de Gareth.

Sarka le hizo una señal para que mantuviera la calma y no se moviera. Lentamente sostuvo la soga e hizo un gesto de lo que estaba a punto de hacer. Confiaba en que ella había entendido. Su hermanita lloró, las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero ella asintió lentamente, pareciendo comprender.

Había llegado el momento.

Sarka se puso de pie de un salto, sus extremidades estaban más tiesas de lo que había imaginado, no eran tan rápidas como le hubiera gustado, y sintió como si se estuviera moviendo en cámara lenta mientras caminaba por la cabaña, sosteniendo la soga frente a ella. Avanzó rápidamente, y corrió al otro lado de la cabaña; su hermana entendió la señal y saltó hacia adelante, fuera de los brazos de Gareth.

Los ojos de Gareth se abrieron de par en par, asustado, pero antes de que pudiera estirar la mano y agarrarla, Sarka ya estaba encima de él, sin darle tiempo para reaccionar. Pateó el puñal de su mano floja, y éste salió volando a través del piso de la cabaña; Gareth giró para agarrarlo, ella bajó la soga sobre él, atándolo firmemente alrededor de la parte superior de su cuerpo, una y otra vez, amarrándolo con fuerza.

Gareth luchaba y se retorció, su peso era demasiado para ella, pero logró resistir, la cuerda de cáñamo grueso se clavaba en sus manos, mientras ella le inmovilizaba, de frente. Sus piernas se doblaron debajo de ella, y era lo único que podía hacer para sostenerlo en su lugar.

"¡Ayúdenme!", gritó Sarka.

Su madre y su padre llegaron corriendo, se pararon junto a ella, su padre mirando hacia abajo con los ojos bien abiertos de miedo, sacudiendo la cabeza.

"¿Qué hiciste?", le preguntó. "¡Sabes que no debes poner una mano sobre el

rey!".

"¡Cállate y ayúdame!", gritó ella.

Sin embargo, su padre se quedó allí parado, con las manos sobre sus caderas, sacudiendo la cabeza, encogiéndose de miedo ante la autoridad, como lo había hecho siempre.

"No puedo poner una mano en el rey. Tampoco deberías hacerlo tú".

Sarka se sonrojó de rabia, pero afortunadamente Larka fue corriendo y la ayudó, agarrando el otro extremo de la soga y ayudando a asegurarla. Sarka inmediatamente hizo un nudo apretado, ató los brazos de Gareth detrás de su espalda. Entonces tomó otro pedazo de soga y se la entregó a su hermana, quien la pasó alrededor de los tobillos de Gareth e hizo un nudo que ningún hombre podría deshacer. Él gimió y se quejó y comenzó a maldecirlos, y ella estiró la mano y ató otro trozo de soga en su boca, amortiguando su ruido.

Las dos se reclinaron hacia atrás, jadeando, inspeccionando su obra: Gareth estaba asegurado.

Sarka estaba emocionada. Había tenido éxito. Aquí estaba Gareth, su rey, atado por su mano, bajo *su* control. Y su hermana estaba libre — y segura. Estaba eufórica.

Su hermana se dio la vuelta y la abrazó, llorando, y Sarka también la abrazó, meciéndola, no quería soltarla.

"Estaba tan asustada", dijo Larka, una y otra vez.

"Ahora estás bien", dijo Sarka.

Sarka se inclinó hacia adelante, puso una rodilla en la espalda de Gareth y frunció el ceño. Ella tomó la daga del suelo y la levantó. Había llegado el momento de que pagara, y ella estaba decidida a acabar con él para siempre.

"Usted se atrevió a sostener una daga sobre mi hermana", le dijo ella. "Ahora verá lo que se siente", dijo ella, poniendo la cuchilla en la parte posterior de su cuello. Gareth gruñó, sus gritos eran apagados por la soga.

Sarka levantó su mano para acabar con él, cuando de repente sintió una fuerte y fornida mano agarrar su muñeca; se volvió y su padre estaba allí parado, con el ceño fruncido.

"Eres una niña tonta", dijo. "El ex rey vale mucho más vivo que muerto. Puedo pedir un rescate por él, al ejército de Andrónico. Pagarían un gran precio por él. El dinero que gane puede proporcionarnos vestidos y alimentos durante años. Casi arruinan un futuro glorioso para todos nosotros".

El corazón de Sarka se aceleró de rabia.

"No sabes lo que estás diciendo", dijo. "Andrónico no pagará nada por él.

O lo matarán o lo liberarán. Ahora lo tenemos. Ésta es nuestra oportunidad. Debemos matarlo antes de que cause más estragos".

Pero su padre la jaló con fuerza, tan fuerte que le quitó el puñal de su mano y la jaló de los pies.

"Eres demasiado joven para entender los asuntos de los hombres", le increpó.

Entonces su padre se agachó, sujetó a Gareth de las sogas y lo jaló de los pies. Miró a Gareth de arriba a abajo, como si fuera un artículo a la venta.

"Se venderá a un precio considerable", dijo.

"¡No, papá!". Sarka gritó, con rabia, al verlos cruzar la cabaña, sacando a Gareth por la puerta. "¡No lo dejen ir!".

Sarka corrió hacia la puerta y vio salir a su padre, llevando a Gareth con orgullo hasta el grupo de soldados más cercano del Imperio, patrullando.

Todos los soldados se detuvieron ante lo que veían, después se dieron vuelta y miraron a Gareth de arriba a abajo.

"He atrapado al ex rey MacGil", anunció su padre con orgullo. "Denme cien dinares de oro, y es suyo".

Los soldados se volvieron y se miraron unos a otros y luego sonrieron. Finalmente, el soldado líder dio un paso adelante, sacó su espada, agarró a Gareth, lo jaló acercándolo y lo inspeccionó. Satisfecho, se volvió y lo arrojó a los demás, atrapándolo.

El soldado se volvió y sonrió al padre de ella.

"¿Por qué no mejor te pago con un puñado de acero?", dijo el hombre.

Antes de que su padre pudiera reaccionar, el hombre dio un paso adelante y hundió su espada en su corazón.

"¡Papá, no!", las chicas gritaron horrorizadas mientras veían el rostro de su padre contorsionarse en estado de shock, y después brotó sangre de su pecho mientras él se ponía de rodillas.

"Pero gracias por el regalo", agregó el soldado. "No puedo esperar a decirle a Andrónico a quién acabo de atrapar".

CAPÍTULO DIECISIETE

Godfrey, vestido con la armadura mal ajustada del enemigo, caminaba torpemente, sintiéndose llamativo, tratando de parecer natural. Se dio cuenta, demasiado tarde, que el cadáver que había desnudado era de su misma altura, pero más delgado que él; se maldecía a sí mismo por haber bebido demasiadas cervezas en su vida, mientras sentía su vientre abultado contra la armadura. Sólo esperaba que no lo delatara.

Fuera de eso, Godfrey se miró a sí mismo y a los demás y estaba sorprendido de lo mucho que parecía ser un soldado del Imperio. Especialmente con su placa frontal hacia abajo, ni él podía notar la diferencia entre él y uno de los hombres de Andrónico. También las armas en su cinturón eran de buena calidad, una espada larga y corta, una daga, una lanza corta y un mayal, todo en negro y amarillo brillante, con las marcas del Imperio. Mientras marchaba, al principio se preparó para ser descubierto; pero cuanto más avanzaban, se dio cuenta de que nadie miraba dos veces — y comenzó a relajarse. Estaba sudando por dentro, a pesar del frío, y no sabía adónde iba, pero al menos todavía estaba vivo y su treta estaba saliendo bien.

En todo caso, los soldados veían a Godfrey con una señal de respeto, varios de ellos se ponían en posición de firmes cuando pasaba y veían las rayas de su oficial. Al avanzar, no podía evitar sentirse más y más envanecido, y en realidad empezó a saborear la idea de ser respetado. Empezó a entusiasmarse y a sentirse como si fuera un oficial. Desempeñar ese papel era divertido, y nunca le tomó mucho esfuerzo a Gareth entrar en ese personaje. No era un buen guerrero, pero siempre había sido un gran actor; las múltiples tabernas le habían enseñado bien. De hecho, él siempre había deseado haber sido el hijo de un actor en vez del hijo de un rey.

"Señor", dijo un soldado, acercándose rápidamente a él, "ahora que se ha ganado el asedio, todos los oficiales serán embarcados. Los carros ya se están cargando en este momento, y me han ordenado reunir a los oficiales restantes. Por aquí, señor".

Godfrey tragó saliva detrás de su cubierta facial, al darse cuenta de que no tenía elección más que seguirles la corriente o de otro modo se delataría. Se volvió y marchó con el soldado, abriéndose paso en el campo atestado, miles de soldados se apiñaban en todas direcciones, preguntándose a cada paso qué hacer.

Godfrey se encontró con que era llevado a la parte trasera de un carruaje militar, abierto en la parte posterior, jalado por varios caballos. En la parte de atrás estaban sentados docenas de oficiales, todos empujándose y bromeando entre ellos, de muy buen humor. Godfrey titubeó cuando el soldado le hizo la señal de que abordara. Mientras estaba ahí parado, lentamente cesaron las bromas y todas las miradas se dirigieron hacia él. Él sabía que si no hacía un movimiento pronto, podría ser descubierto.

Se volvió hacia el soldado.

"¿Y a dónde va exactamente este carruaje?", le preguntó el soldado.

"Nos llevará a casa", finalmente, dijo uno de los oficiales. "De regreso a las embarcaciones y de vuelta al imperio. Finalmente terminamos con este estercolero de caballo".

Godfrey tragó saliva. No podía subir a ese carruaje, no podía permitirse ser llevado al mar, al Imperio. La sola idea le hacía sentir un agujero en el estómago. Tenía que pensar rápido.

Mientras estaba ahí parado, paralizado de pánico, un oficial se inclinó con la palma de la mano abierta, sujetó el antebrazo de Godfrey y lo jaló con fuerza, alzándolo tres pasos a la parte posterior del carruaje. El oficial sonrió de nuevo y le dio una palmada en la espalda.

La puerta trasera del carro se cerró detrás de él, y se escuchó el sonido de un caballo siendo azotado y pronto estaban en camino, el carruaje se movía y sacudía por el sendero de tierra.

Conforme Godfrey era llevado, empezó a entrar en pánico; todo había sucedido tan rápido, apenas sabía lo que estaba sucediendo. Se sentó en el borde del carruaje, sudando, mirando a los otros soldados, que parecían ignorarlo, pasándose una bota de vino, bebiendo largo y con ganas y riendo entre ellos. Alrededor de él, el campamento del Imperio pasaba volando.

Godfrey tuvo que pensar rápido. Tenía que salir de este carruaje. Le estaba llevando más y más lejos de Silesia, con cada sacudida.

Pasaron a dos soldados del Imperio arrastrando a un prisionero de Silesia y a Godfrey se le ocurrió un plan. Era arriesgado, pero no tenía otra opción. Era ahora o nunca.

Godfrey de repente se levantó, saltó del carruaje en movimiento, cayó en el lodo junto a él, rodó y se puso de pie de un salto. El carruaje se detuvo, todos los oficiales miraban y Godfrey se apresuró a los dos soldados y, con su voz más autoritaria, les gritó, lo suficientemente alto para que los demás escucharan:

"¿Y adónde creen que están llevando a ese esclavo?", gritó.

Detrás de él pudo sentir la mirada de todos los oficiales clavados en su espalda. Sabía que más le valía actuar bien, de lo contrario estaba su cabeza en riesgo.

Los dos soldados del Imperio se volvieron y lo miraron, perplejos.

"Tenemos órdenes de llevarlo al molino del esclavo, señor", dijeron.

"¡Tonterías!", gritó Godfrey. "Ese no es un esclavo cualquiera. ¡Yo mismo atrapé a éste! Es un oficial de Silesia. ¿No se dan cuenta por sus marcas?".

Los dos soldados vieron al prisionero, confundidos.

"¿Qué marcas?".

Godfrey avanzó, agarró al prisionero con fuerza, lo giró y señaló una pequeña mancha en la espalda.

Entonces, antes de que los soldados lo pudieran examinar de cerca, Godfrey estiró la mano y golpeó a los soldados en la cara.

"¿No les enseñaron nada en el entrenamiento?", gritó. "Este esclavo debía ser llevado a Silesia, para ser interrogado. ¿Tengo que hacer todo yo mismo?".

Godfrey sentía las miradas de los oficiales detrás de él, en el carro y rezó para que esto funcionara. Se volvió hacia ellos, perentoriamente y agitó su mano, y con una voz molesta, dijo:

"Sigan sin mí. Tomaré el siguiente. Debo regresar a mi prisionero a donde debe estar y rectificar los errores de estos soldados ignorantes, o si no, me costará la cabeza".

Godfrey no esperó una respuesta: en su lugar se volvió, tomó a los dos soldados por los brazos, junto con el esclavo y los llevó a todos, marchando firmemente hacia las puertas de Silesia.

El corazón de Godfrey latía con fuerza en su pecho mientras dio los primeros pasos, esperando y rezando para que hubiera actuado bien y que los oficiales no lo persiguieran. También esperaba que los dos soldados no pelearan con él, que fueran tontos y estuvieran lo suficientemente intimidados para obedecerlo.

Por favor, Dios, oró. Que esto funcione.

Esta fue la última prueba de su capacidad de actuar, la máxima que había hecho en su vida.

Después de lo que le pareció una eternidad, para enorme alivio de Godfrey, escuchó el sonido del carro yéndose. Los oficiales reanudaron sus risas, y las ruedas comenzaron a desaparecer.

Y los dos soldados ante él ni siquiera miraron hacia atrás.

"Lo siento, señor", dijo un soldado. "Yo no sabía".

Godfrey sonrió interiormente para sí mismo, acelerando su paso, y después empujándolos con más fuerza.

"Por supuesto que no", dijo. "Es por ello que eres un soldado — y yo soy oficial".

*

Godfrey marchó con los dos soldados del Imperio y su prisionero hacia las puertas de Silesia, entre miles de soldados del Imperio, algunos de los cuales voltearon a verlos, pero la mayoría estaban distraídos. La ciudad estaba principalmente hecha escombros, y cuando Godfrey volvió a entrar y echó un vistazo en ella por primera vez, se sintió descorazonado. Alrededor de él, por primera vez, vio la devastación, la opresión de su pueblo. La magnitud de su derrota hizo mella. Por todas partes había humeantes llamas, la ciudad en ruinas, esclavos atados juntos y siendo azotados mientras pasaban entre los escombros.

Godfrey vio las cruces, a lo alto, y estaba horrorizado de ver a Kendrick, allá en la cruz, junto a Atme, Brom, Kolk, Srog y varios otros. Se sintió asqueado. Quiso ir corriendo a su lado, para liberarlos enseguida. Pero ahora no era el momento.

Lo más urgente en la mente de Godfrey era deshacerse de estos dos soldados que acompañaba, especialmente antes de que se dieran cuenta de que algo no estaba bien. Tenía que terminar de actuar su rol, y mientras caminaba, se le ocurrió un plan.

"¿Adónde vamos, señor?", preguntó uno de los soldados.

"¡No hagas preguntas!", espetó Godfrey. "¡Sólo contestarás a tu superior cuando se te hable!".

"Sí, señor. Lo siento, señor. "

"Sólo síganme y cierren la boca", agregó Godfrey. "Vamos a entregar a este esclavo exactamente donde debe de estar".

Mientras pasaban, los esclavos de Silesia miraron a Godfrey con temor, y Godfrey se dio cuenta de que estaba actuando muy bien su papel, especialmente cuando los soldados del Imperio alrededor de ellos continuaron poniéndose en posición de firmes. Se irguió más, caminó más recto, sumergiéndose realmente en el papel. Parpadeó, y por un momento casi se olvidó de que no era un oficial del Imperio.

Godfrey se dio cuenta de que esto era lo único que había necesitado toda su vida: un buen traje de armadura y el papel de un oficial. Tal vez si su padre se lo hubiera dado, habría evitado ir las tabernas.

Lugar al cual, irónicamente, era a donde se dirigía ahora. Godfrey serpenteó por los callejones traseros de Silesia, que había memorizado en un par de días y guió al grupo hacia la taberna que frecuentaba con Akorth y Fulton. Si conocía bien a esos dos — y los conocía como si fueran sus hermanos — habrían encontrado una manera de evitar el conflicto y sobrevivir. Probablemente se habrían escondido en las esquinas, ocultado en botes de basura, habrían hecho todo lo que tenían que hacer para lograrlo, y si los conocía bien, habrían encontrado, de alguna manera, su camino para volver allí, a la taberna, atiborrándose de cerveza y restándole importancia a todo eso, como si la guerra nunca hubiese ocurrido. Según la experiencia de Godfrey, incluso en las ciudades completamente incendiadas, los soldados dejaban intactas las tabernas. Después de todo, los soldados conquistadores también querían un trago. Generalmente era la primera cosa que querían y les afectaba destruir las tabernas.

Actuando bien su papel, Godfrey dio un paso adelante, ante los soldados y abrió la puerta de la taberna de una patada apresuradamente, con la placa frontal hacia abajo, y sintiendo un golpe de autoridad. Se estaba perdiendo en el papel, y realmente empezaba a sentirse oficial del Imperio, irrumpiendo en un bar ilegal en la ciudad conquistada.

Godfrey entró, y tal como sospechaba, encontró el lugar repleto de sobrevivientes de Silesia, holgazanes que habían encontrado una manera de sobrevivir. El grupo desaliñado estaba encorvado sobre la barra, que, como sospechaba Godfrey, los conquistadores habían dejado sin tocar. Este lugar estaba un poco menos atiborrado de gente de lo que había estado antes de la guerra, pero no mucho. Que Godfrey se hubiera ido de allí y se hubiera unido al ejército, evidentemente no había sido un ejemplo para ninguno de ellos. Estas personas eran quienes eran. Godfrey no los culpaba: sentía que sus rodillas se debilitaban con el olor de la cerveza fuerte y quería una cerveza más que nunca en su vida.

Cuando Godfrey y su grupo irrumpieron en el salón, hubo un gran silencio, todos giraron y lo miraron con miedo, encogiéndose. Se apresuraron a quitarse de su camino conforme Godfrey marchaba hacia adelante con los otros, directamente a la barra. EL corazón de Godfrey sintió alivio cuando vio lo que estaba buscando. Allí estaban Akorth, demasiado gordo y Fulton, alto y flaco,

ambos encorvados sobre la barra, de espaldas a ellos.

Voltearon ante la conmoción, y sus ojos se abrieron de par en par con miedo, cuando Godfrey se acercó.

Godfrey sonrió para sí mismo. Claramente no tenían ni idea que era su viejo amigo.

"¡Deténganse aquí!". Godfrey ordenó a los soldados del Imperio, tan alto y autoritario como pudo, y ambos se detuvieron y se pusieron en posición de firmes, sosteniendo al esclavo.

"Estos dos hombres son guardianes del esclavo", dijo Godfrey a los soldados del Imperio, señalando a Akorth y a Fulton.

Akorth y Fulton lo miraron, confundidos.

"¿Guardias?", preguntó Akorth. "¿Nosotros?".

"¿Señor?", preguntó uno de los soldados. "No entiendo".

"No tienes que entender". Godfrey gritó al soldado. "Liberen al esclavo y entenderán".

Los dos soldados del Imperio intercambiaron una mirada de confusión y dudaron. El corazón de Godfrey latió aceleradamente mientras esperaba que no se dieran cuenta de que algo andaba mal.

Pero, finalmente, cada uno siguió las órdenes; buscaron en sus bolsillos, extrajeron sus llaves y empezaron a liberar al esclavo.

Cuando lo hicieron, Godfrey se volvió repentinamente hacia Akorth y Fulton, quienes lo miraron con asombro, y rápidamente levantó su visor. Al hacerlo, sus ojos se abrieron de par en par, asombrados.

Godfrey movió silenciosamente sus ojos, diciéndoles qué hacer. Afortunadamente, eran rápidos para entender.

Akorth y Fulton inmediatamente agarraron sus tarros de la barra y dieron un paso adelante y los rompieron sobre las cabezas de los soldados del Imperio. Los soldados se desplomaron en el suelo, y al hacerlo, todos los otros clientes silesianos se unieron, pateándolos hasta que finalmente dejaron de retorcerse.

Godfrey se quitó el casco, y todos los otros clientes reconocieron quién era. Soltaron una ovación.

"¡Malnacido!", dijo Akorth.

"Eres más astuto de lo que pensé", agregó Fulton.

"Hay muchas maneras de ganar una guerra", sonrió Godfrey.

"Pero no lo entiendo", dijo Akorth, mirando a los soldados. "¿Por qué los trajiste aquí?".

"Pensé que estos dos eran de tu tamaño", dijo Godfrey.

Volvieron a verlo, desconcertados.

"Quítenle su armadura", dijo Godfrey. "Necesito que me ayuden. Y ustedes dos, vengan conmigo."

CAPÍTULO DIECIOCHO

Thor montó el animal tipo camello, Krohn en su regazo y Reece, O'Connor, Conven, Elden e Indra cabalgando a su lado, todos ellos dirigiéndose a la vasta extensión de los campos de sal, levantando nubes de polvo blanco, como lo habían hecho durante horas. Impulsados por la adrenalina y el miedo de esos monstruos, ninguno de ellos había pensado en disminuir la velocidad mientras galopaban durante horas, zigzagueando dentro y fuera del peligro, evadiendo por poco agujero tras agujero mientras un monstruo tras otro surgían para capturarlos. Por suerte, los animales que montaban estaban bien entrenados y eran lo suficientemente rápidos para salvar sus vidas. Thor miró a Indra con agradecimiento una vez más; ellos no habrían sobrevivido si ella no hubiera aparecido cuando lo hizo.

Habían pasado horas desde que habían pasado el último hoyo en el suelo del desierto, y aún así ninguno de ellos había disminuido el paso, impulsados por el miedo. Pero ahora el segundo sol estaba empezando ocultarse, no había habido ninguna señal de peligro durante horas, y finalmente, más adelante, vieron la primera estructura en el horizonte, la primera forma en este paisaje vacío que rompía la monotonía de la nada.

Todos se detuvieron y se quedaron ahí sentados en sus animales, respirando con dificultad, mirando fijamente.

"¿Qué es?", preguntó O'Connor.

"Es un pueblo", respondió Indra.

"Pero, ¿quién podría vivir aquí?", preguntó Elden.

Indra sonrió.

"Yo", dijo ella.

Todos se volvieron y la miraron, sorprendidos.

"Ya no, por supuesto", dijo ella. "Pero es donde yo crecí".

Thor la miró con asombro, era una pequeña ciudad en el horizonte, en medio de la nada.

"Les extendería una invitación formal a todos ustedes", dijo ella, "pero no tengo una pluma y pergamino".

Indra gritó y pateó a su animal, y cabalgó hacia adelante. Todos patearon también a sus animales y corrieron para alcanzarla.

Al acercarse, apareció a la vista la ciudad de Indra. Thor estaba emocionado de encontrar una ciudad real en este paisaje desolado, y su mente

corría imaginando cómo sería la ciudad, quién vivía ahí, cómo era su gente. También se preguntaba cómo podían sobrevivir aquí, en medio de la nada.

Esa pregunta fue contestada cuando todos se acercaron a la muralla, y Thor lo vio por sí mismo: el pueblo estaba abandonado. Era un pequeño pueblo, que estaba formado por solamente una docena de pequeñas casas de campo, todas construidas con una sustancia blanca y dura, que parecía sal seca, y la mayoría estaban en mal estado y derrumbándose. No había un alma en el pueblo.

Sopló un viento solitario, haciendo que grandes espinos pasaran dando volteretas, y todos aminoraron el paso mientras seguían a Indra; Thor buscaba alguna señal de vida.

"No hay nadie aquí", dijo Elden, finalmente.

"Hubo gente antes", dijo Indra. "Vinieron los del Imperio y nos llevaron a todos, como esclavos. Juré nunca volver. Este lugar era bastante malo, incluso cuando éramos libres. Era terriblemente aburrido, otro pequeño pueblo asfixiante, en la orilla del Imperio. Era la vida más aburrida y monótona que puedan imaginar. De alguna manera, el Imperio nos hizo un favor al sacarnos de aquí. Vivir aquí era aún peor que ser un esclavo".

Thor se sorprendió por la franqueza de Indra y por su fuerza. Ella describía las cosas como las veía y nunca medía las palabras.

"Lo único bueno de este lugar", dijo Indra, mientras todos siguieron cabalgando en sus animales, "es que estas paredes alejan a los insectos durante la noche y aminora el viento. Por la noche, el viento puede ser muy fuerte. Y las viviendas daban sombra arriba. Fuera de eso, en este lugar no hay nada que redimir".

"Pero no lo entiendo", dijo Elden, mientras continuaban avanzando; las puertas colgaban torcidas de sus bisagras, había artículos dejados en las calles, evidenciando que era gente que se había ido a toda prisa. "¿Por qué estaba este pueblo aquí, para empezar? Es decir, estamos en medio de la nada. ¿Qué justificación tendría vivir aquí?"

"Allí", dijo ella, gesticulando con su barbilla.

Todos se dieron vuelta y miraron y al lado de la ciudad, había varias docenas de pequeñas cuevas. Había grandes rocas que se elevaban del piso, en la que había enormes agujeros que desaparecían adentro, en algún lugar. Las cornisas eran blancas, y parecía como si hubieran estado cubiertos por años de sal.

"Son minas de sal", explicó Indra, apeándose de su animal y llevándolo de

las riendas.

Todos hicieron lo mismo y desmontaron. Thor dejó que Krohn bajara suavemente y luego estiró sus piernas doloridas. Después de tantas horas, se sentía bien volver a estar de pie.

"La gente se mudó aquí por la misma razón que se mudan en todas partes", agregó Indra, mientras caminaba. "Por el dinero. Hubo un auge de sal, cuando yo era más joven. La gente vino y trabajó en las minas hasta que se les cayeron las uñas. Usaron picos, palas, cinceles, cualquier cosa que pudieran tener en sus manos. Aquí era donde estaban las mejores sales. Hicieron más dinero del que puedan imaginar".

Ella meneó la cabeza.

"Cuando se agotaron las minas y la sal fue más barata, la vida se volvió más y más difícil. La mayoría de la gente se mudó. Mi familia no. "Mi padre, dijo ella, sacudiendo su cabeza", fue testarudo hasta el final. Él siguió insistiendo en que regresarían los buenos tiempos aquí, que las cosas serían como antes. Se negó a ver la realidad ante él. Se negó a irse. Yo estaba a punto de huir. Hasta que el Imperio llegó".

Indra caminaba hacia adelante y pateó un recipiente vacío, enviándolo al paisaje.

"Es irónico que me encuentre aquí otra vez. También es el único pueblo entre las montañas y La Tierra de los Dragones. Me dije a mí misma que nunca pondría un pie aquí, otra vez. "Pero aquí estoy".

Ellos la siguieron mientras ataba a su animal a un poste, cada uno de ellos aseguró el suyo. Thor se acercó a ella.

"Nos salvaste la vida", dijo Thor, mientras los demás se reunían alrededor. "Tenemos una gran deuda contigo".

"Y no es la primera vez", añadió Reece.

"Encontraremos alguna forma", dijo O'Connor.

Indra meneó la cabeza.

"No me deben nada", dijo. "Después de todo, me salvaron del aburrimiento. ¿Qué podría estar haciendo allí? Pensando en algún lugar a donde ir, en otra cosa que hacer. He sido esclava tanto tiempo, que ya no recuerdo cómo vivir la vida. Por lo menos ustedes son interesantes. Son bastante imprudentes para ser divertidos. Incluso con esa búsqueda estúpida suya".

Elden dio un paso adelante y bajó la cabeza, con timidez. Thor pudo verlo ruborizarse.

"Al menos yo", le dijo suavemente, "estoy muy feliz de que hayas

regresado".

Ella lo miró y sonrió, y por primera vez Thor pudo ver al niño dentro de él. Era discordante, con su enorme estructura muscular.

Indra sonrió y luego se dio vuelta.

"Tú tampoco estás mal", dijo ella.

Indra repentinamente se pavoneó por el pequeño patio en el centro de la ciudad, pareciendo nerviosa y rápidamente cambió el tema.

"El segundo sol se pondrá pronto", dijo. "Estará muy oscuro aquí. Ayúdenme a reunir madera y leche. El sol se pone rápido aquí, así que síganme".

Le siguieron por el otro lado de la ciudad y de regreso al desierto, que en este lado de la muralla de la ciudad, estaba salpicada de extrañas plantas parecidas al cactus, cada una de aproximadamente tres metros de altura, de todos colores.

"¿Qué son?", preguntó O'Connor.

"Qurum", dijo ella. "La madera dentro del qurum está seca, perfecta para la combustión". Ella se acercó a uno mientras la seguían. "Si pueden pasar las espinas. ¿Me prestas tu hacha?", le preguntó a Elden.

Elden se acercó sin vacilar y, demasiado orgulloso para dejar que ella lo hiciera y queriendo lucirse, levantó su hacha y cortó un lado del qurum, cortando todas las espinas de una vez y haciendo que un costado quedara al ras y plano. Se veía la madera marrón oscura en el interior — pero también empezó a caer un líquido blanco al suelo.

Indra meneó la cabeza.

"Eres demasiado impaciente", dijo ella. "Ya lo arruinaste".

"¿Por qué?", preguntó él. "Corté sus espinas, como dijiste".

Ella meneó la cabeza.

"Lo cortaste profundamente. ¿Ves ese líquido? Esa es la leche qurum. Eso es lo que queremos. Ahora ya no sirve. Cuando cortes las espinas, corta solo lo necesario".

El qurum lentamente dejó de filtrarse, después, ante sus ojos se marchitó, cayendo al suelo.

Ella caminó hacia otra, a pocos metros de distancia, y esta vez ella arrebató el hacha de la mano de Elden, la levantó por lo alto y cortó en rodajas un lado de un qurum. Lo hizo con puntería perfecta, cortando sólo las espinas, y esta vez el qurum no se marchitó.

Después, Indra circundó con habilidad el qurum, cortando las espinas en

los cuatro lados, luego cortó su base, que la separaba de la tierra. Devolvió a Elden su hacha, después se inclinó y levantó el qurum. Parecía un tronco grande.

"Tu daga", dijo ella, extendiendo la mano.

Thor dio un paso adelante y colocó un puñal en la mano de ella, y ella lo levantó e hizo un pequeño agujero en él; al hacerlo comenzaron a salir burbujas de una leche blanca.

"Tu casco, rápido", dijo ella.

Tomó el casco de O'Connor y lo puso al revés y recogió toda la leche que salió. Pronto tuvo un tazón grande lleno de leche.

"¿Se puedes beber?". Thor preguntó, examinarlo.

Ella asintió.

"Es dulce", respondió. "Y satisface. Es una comida completa con sólo beber unos sorbos. También tiene cualidades. Te relaja. Te pone un poco alterado, si tomas demasiado. Es como beber vino. Te sentirás bien", dijo ella, sonriendo. "Lo llamamos suero de la verdad. Porque generalmente cuando la gente lo bebe, dice lo que está en su mente. Voluntaria o involuntariamente".

Ella se volvió y le entregó a Elden el qurum.

"Es pesado", dijo ella. "Puedes llevártelo".

"Esto no es pesado", dijo. "Puedo llevar más de estos".

Ella sonrió.

"Bueno, entonces a trabajar. Necesitamos unos diez de ellos para pasar la noche".

Los chicos se dispersaron, yendo cada uno a otro qurum y usando sus espadas y dagas para quitar las espinas y traer los leños.

Mientras Thor trabajaba en el suyo, miró a Conven junto a él y vio lo rojos que estaban sus ojos; podía notarse lo desconsolado que estaba. Conven apenas había dicho una palabra desde que su hermano había muerto y sus acciones parecían desesperadas e imprudentes, y Thor temía por su estado mental.

Thor se acercó a él, aparentemente para ayudarlo con su qurum, pero en realidad para ver si le podía ayudar en algo.

Thor se quedó allí parado un rato, raspando las espinas del otro lado del qurum de Conven; Conven apenas parecía darse cuenta, o no le importaba. Después de pasado algún tiempo, Thor preguntó: "¿Estás bien?"

Conven asintió con la cabeza, no mirando a Thor, mientras continuaba cortando el qurum.

Thor aclaró su garganta. Se preguntó qué podría decir para que se sintiera mejor.

"Yo también quería a Conval, como a un hermano", dijo Thor.

Conven seguía cortando, sin reacción alguna.

Thor intentó de nuevo.

"Lamento que se haya muerto", dijo Thor. "No puedo imaginar el sufrimiento que estás pasando. Sólo quiero que sepas que estoy aquí. Todos estamos aquí para ti".

Conven continuó mirando hacia abajo, negándose a ver a Thor a los ojos. Él seguía cortando, y por un rato, Thor pensó que no respondería. Finalmente, habló, con una voz tranquila, áspera:

"Le agradabas".

Thor miró Conven, sorprendido, y Conven finalmente levantó su mirada, de color rojo fuego y se le quedó viendo a los ojos.

"Fuiste una de las pocas personas que él admiraba", agregó Conven.

Thor meneó la cabeza.

"Siento que lo defraudé", dijo Thor. "Nunca debí haber confiado en mis tres hermanos. De otra manera, tal vez estaría vivo hoy".

Conven meneó la cabeza.

"No lo defraudaste", dijo él. "Sí lo hice".

Thor no comprendía lo que quiso decir con eso. Conven subió la mano y jugó con su daga, viéndola brillar en la última luz del sol.

"Pero no importa", añadió Conven. "Porque pronto voy a reunirme con él, de todas maneras".

Thor lo miró con preocupación; iba a decir algo, cuando Conven repentinamente se volvió y se fue rápidamente, yendo hacia otro qurum.

Thor pensó que no debía presionarlo más; claramente, Conven quería estar solo.

Thor se volvió y se dirigió a otro qurum, uno amarillo y levantó su espada para cortarlo, como había hecho con los otros — cuando de repente, se escuchó la voz de Indra:

"¡ÉSE NO!", gritó ella, llena de pánico.

Todos los demás se detuvieron y miraron a Thor, y él se volvió, con la espada en el aire y miró a Indra. Ella fue corriendo hacia él y jaló su muñeca hacia atrás, mirándolo con miedo.

"No toques los amarillos", dijo ella, mirándolo a él y luego al qurum con preocupación.

"¿Por qué no?" preguntó él.

"Es venenoso", dijo ella. "Si se corta, rocía un líquido. La persona que lo corte morirá en dos segundos".

Thor se dio vuelta y vio al qurum amarillo inocentemente delante de él y tragó saliva. ¿Alguna vez cesarían los peligros en este Imperio?

*

Thor se sentó con los otros alrededor de la hoguera arrasadora, las llamas moviéndose por doquier mientras las frías ráfagas se desplazaban velozmente en la noche del desierto. Thor estaba agradecido por el calor. Indra había estado en lo cierto: el desierto se volvió extrañamente frío por la noche, y el viento era mucho más fuerte. Pensó que era exagerado traer todos esos leños, pero ahora se daba cuenta de que era necesario. La fogata ardiente era lo único que les mantenía calientes del frío glacial en este desierto.

Todo el grupo se sentó arrimado a las llamas, con los codos descansando sobre sus rodillas, cada uno sosteniendo un pequeño tazón de leche qurum en sus regazos. Thor había tomado su primer sorbo hacía unos minutos, y se le había subido directamente a la cabeza. La espesa leche no sólo llenó su estómago, satisfaciendo todos sus antojos inmediatamente, sino que también lo hizo sentir relajado. Incluso ebrio. Era como si hubiera bebido una bota entera de vino. Sentía calor y luz, y su cuerpo entero se sintió aliviado. Sin embargo, también era una sensación diferente al vino: a diferencia de estar borracho, él también, curiosamente, sentía claridad y presencia de ánimo. Era una sensación extraña tanto de sentirse relajado, apartado, como de estar presente.

Thor podría decir por los ojos vidriosos de todos los demás que sentían lo mismo. Todos se reclinaron un poco, relajados, mirando las llamas. Thor dejó que Krohn bebiera de su tazón, y desde entonces, Krohn se acostó a su lado, descansando su cabeza en su regazo, sin moverse tanto como lo hacía normalmente. Sus ojos también estaban abiertos, mirando al fuego.

Elden se sentó al lado de Indra, cerca uno del otro, sus piernas casi se tocaban, y Thor pudo ver que Indra empezaba a sentirse más relajada a su lado. Viéndolos desde aquí, los dos ya parecían ser novios, como si se acoplaran a la perfección. Thor se preguntaba si todos regresarían al Anillo y si fuera así, si Indra iría con ellos, y si ella y Elden acabarían juntos. Esperaba que lo hicieran.

Sólo Conven parecía nervioso. Él se abstuvo de tomar el líquido. En vez de

eso, se sentó ahí, con la mandíbula apretada, mirando las llamas con una intensidad que asustaba a Thor. Parecía como si estuviera perdido en otro mundo, un mundo de dolor profundo. Thor se preguntaba si alguna vez regresaría con ellos, si sería el mismo Conven de antes. Los demás también lo notaron, y Thor atrapó a Reece mirándolo con preocupación. Intercambiaron una mirada, pero ninguno de ellos sabía qué hacer o decir para hacer sentir mejor a Conven.

Indra miró a Conven, y ella estiró la mano y le entregó otro tazón a Elden y susurró algo en su oído. Elden asintió con la cabeza, se inclinó hacia adelante y le entregó el recipiente a Conven, que estaba sentado a su lado.

Pero Conven ni siquiera lo miró.

"Deberías beberlo", dijo Elden, interrumpiendo con su voz el silencio entre el crepitar de las llamas. "Mañana nos espera un día pesado. Ahora es tiempo para descansar".

Pero Conven, seguía mirando a las llamas, sacudió su cabeza secamente y Elden puso el recipiente en el suelo, claramente compadeciéndose con la pena de Conven.

Elden aclaró su garganta.

"Conven", dijo. "¿Te conté acerca de cómo me uní a la Legión? ¿Acerca de cómo salí de mi pueblo?".

Conven lentamente meneó la cabeza, todavía sin mirarlo.

Elden aclaró su garganta varias veces, después respiró hondo, ahora mirando las llamas él mismo.

"Verán, mi padre era herrero. Yo era su aprendiz. Él quería que yo siguiera sus pasos. Yo no quería. Yo quería ser un guerrero. Entrenar con la Legión. No podía imaginar una vida en mi pueblo, siendo herrero toda mi vida, a la merced de servir a los demás. Me gustaba usar el martillo y la forja, pero no era suficiente para mí. Necesitaba algo más grande.

"El problema era que mi padre tenía una gran deuda con nuestro casero. Un cierto señor Tribble. Mi padre era un hombre bueno y decente y trabajador, y siempre pagó sus deudas. Pero nuestro pueblo era pequeño y no había muchos clientes. No estábamos cerca de ningún cruce, y rara vez aparecía algún cliente. Mi padre intentó prosperar lo más que pudo. Trabajó lo más duro que pueden imaginar. Pero aún así, apenas era suficiente para pagar la comida y el alquiler. Pero el señor Tribble seguía subiendo el alquiler, cada año, de manera exorbitante y simplemente no podíamos seguir el ritmo.

"Con el tiempo, mi padre tenía una deuda cada vez mayor con el señor

Tribble. Y cuando llegó el momento de que yo dejara nuestra aldea para unirme a La Legión, no me lo permitieron. El señor Tribble le prohibió a mi padre dejarme ir. Insistió en que continuara trabajando como su aprendiz, para pagar las deudas — o sacaría a mi padre de la casa.

"Mi padre estaba furioso. Me dijo que no fuera — él quería que yo fuera feliz por encima de todo. Pero no pude. Él me necesitaba. Y yo sabía que era mi lugar. Así que me quedé, para ayudarlo a pagar al señor Tribble, quien ya era dueño de casi toda la aldea y era más rico de lo que pueden imaginar. Eso fue lo que impidió que me uniera".

Elden se quedó callado, mirando las llamas.

"Pero no lo entiendo", dijo Conven, reaccionando finalmente y volviéndose hacia Elden. "Sí te uniste. ¿Qué pasó?"

Elden miró durante mucho tiempo a las llamas, aclaró su garganta y finalmente continuó.

"Un día, el señor Tribble fue a nuestra casa. No bastaba con exprimarnos hasta el último centavo, con intereses. No fue suficiente que me prohibierairme e unirme a la Legión. No era suficiente con que mi padre no hiciera otra cosa que trabajar para pagar su alquiler. Un día, decidió que quería más. Decidió que quería apoderarse de nuestra casa y hacerla una taberna. Él apareció un día y nos anunció que teníamos que empacar y salir a primera hora de la mañana. A la calle. No le importaba a dónde iríamos. Eso fue todo. Dio vuelta y se marchó.

"Mi padre se desplomó delante de mí. Él lloró y lloró, como un hombre destrozado. Y ese fue el momento que cambió mi vida. No podía soportar ver a mi padre así. Ya no podía soportar la injusticia de todo eso.

"Salí de la casa, monté nuestro caballo y perseguí al señor Tribble. Lo alcancé en el camino, en las afueras de la ciudad, y me enfrenté a él. Lo bajé de su carruaje, y mi objetivo era hacerlo entrar en razón. Hacerle entender. No hacerle daño. Pero cuando lo bajé, tomó una daga y me cortó la mejilla. Me dejó esta cicatriz", dijo Elden, señalando la cicatriz que estaba debajo de su ojo, las llamas contra el resplandor del fuego. Thor siempre se había preguntado por qué tenía esa cicatriz, pero nunca lo había cuestionado.

Elden aclaró su garganta.

"El señor Tribble levantó su puñal y lo dirigió hacia mi corazón. Aunque yo estaba desarmado y no lo había golpeado. Mis defensas se activaron. Alejé su mano de mí, y al hacerlo, terminó él mismo apuñalándose el estómago. Nunca olvidaré su expresión mientras me miraba a los ojos, muriendo, rumbo al

inframundo. Lo tuve en mis brazos por aproximadamente un minuto hasta que se desplomó a mis pies. Fue el primer hombre a quien yo había matado".

Elden suspiró, frunciendo el ceño, y parecía revivirlo mientras hablaba.

"Ocurrió que la policía había estado patrullando, y me vieron sosteniendo al señor Tribble, con el cuchillo en el estómago, mientras moría. Sonaron sus cuernos y se dirigieron hacia mí. Si me atrapaban, sabía que viviría para siempre en el calabozo".

"¿Qué hiciste?", preguntó. Conven, reaccionando finalmente y enfrascándose en la historia.

"No esperé", dijo Elden. "No podía. No importaba lo que dijera, ellos supondrían que yo era culpable. Así que subí a mi caballo y seguí cabalgando y jamás regresé. Cabalgué hasta la siguiente aldea y sucedió que fue la vez en que iban a hacer la Selección. Me quedé parado con los otros chicos, y yo era treinta centímetros más alto que todos ellos y me aseguré de ser seleccionado. Gracias a Dios me eligieron. Me salvó la vida. Si alguna vez regresara a mi ciudad natal, probablemente sería arrestado".

Hubo un largo silencio cuando Elden terminó de hablar y todos miraban a las llamas.

"¿Y qué fue de tu padre?", preguntó Conven.

Elden meneó la cabeza.

"No sé. No he vuelto a verlo".

Elden suspiró.

"No sé por qué les cuento esta historia", añadió.

Indra sonrió.

"Se lo advertí a todos. Es la leche del qurum. Acelera la sangre y hace que la gente hable de sus pensamientos más profundos.

Todos se volvieron y observaron nuevamente las llamas crepitando en la noche, mientras se hacía un silencio entre ellos. Conven no necesariamente parecía más feliz que antes, pero escuchar la historia parecía ayudarlo a salir de su tristeza.

"Todos sentimos tu pérdida", le dijo Reece a Conven. "Pero tú no eres el único que ha perdido. Cada uno de nosotros, hemos perdido a alguien querido. Yo...", le dijo, luego bajó la cabeza, haciendo una pausa como si estuviera debatiendo. "Bueno...yo... Nunca le dije esto a nadie, pero perdí a mi querida prima".

"¿A tu prima?", preguntó Thor.

Lentamente, Reece asintió, mirando tristemente a las llamas.

"Mi padre, el rey MacGil, era el mayor de tres hermanos. Su hermano menor, el Lord MacGil, vive con sus cuatro hijos en las Islas Superiores. Las Islas Superiores son parte del Anillo, pero están separadas por El Tartuvio. No están lejos, tal vez a ochenta kilómetros de la costa. ¿Han estado ahí?"

Los demás sacudieron la cabeza. Thor vagamente recordó haber oído de las Islas Superiores una vez, cuando era niño.

"Es un lugar agreste y desolado", continuó diciendo Reece. "Con mares tempestuosos. Con más lluvia que sol y siempre con un viento azotador. Encaramado en el borde de los acantilados, es un terreno hermoso, pero no para los débiles de corazón. Dicen que las Islas Superiores crían a un tipo diferente de hombres. Y allí es donde viven los otros MacGil.

"Cuando era más joven, fuimos a visitarlos. Muchas veces. Mi padre y sus hermanos solían ser unidos. Tan unidos como podían ser los hermanos. Y yo era unido a mis primos. El Lord MacGil tenía tres niños y una niña. La chica, Stara, es de mi edad. Ella es la chica más hermosa y noble que hayan conocido. Por dentro y por fuera. Cuando era más joven, fuimos criados tan unidos como si fuéramos hermano y hermana".

Reece suspiró, mirando a las llamas, pareciendo abrumado por el relato.

"En cierto momento", continuó diciendo Reece, "mi padre y su hermano tuvieron una pelea. Dicen que al parecer, su hermano se volvió ambicioso. Era el próximo en línea para el trono, después de todo, y tenía nuevos consejeros susurrándole al oído. Empezó a tramar un plan para expulsar a mi padre. O al menos, eso es lo que los espías de mi padre le dijeron.

"Los fuimos visitando cada vez menos y menos y en nuestra última visita, el ambiente ya estaba tenso. Me sentí descorazonado. Porque verán, nunca le dije a nadie, pero estaba enamorado de Stara. Y ella estaba enamorada de mí. Nos habíamos prometido que cuando creciéramos, nos casaríamos. Y cada año que la veía, renovábamos esa promesa, y nuestro mutuo amor nunca decayó.

Reece respiró hondo.

"Una noche, en el castillo de Lord MacGil, mientras que él era el anfitrión, su hijo mayor murió. Y es entonces cuando todo cambió.

"¿Cómo?", preguntó Thor.

"Todos estábamos en una fiesta y sirvieron una copa de vino para el Lord MacGil y su hijo mayor la bebió, en lugar de él. Se desplomó, muriendo en el acto. El vino estaba envenenado y era para Lord MacGil. Dado el clima político, Lord MacGil supuso que su hermano mayor estaba involucrado en eso. Nos hizo salir, y después de esa noche, jamás le volvió a hablar a mi

padre — y le prohibió a su familia hablar con nosotros.

"Todos salimos apresuradamente, en la oscuridad de la noche y nunca regresamos a las Islas Superiores, y nunca volví a ver a mis primos. Tampoco fueron a visitarnos".

Reece suspiró.

"La ironía es que yo estaba cerca de mi primo cuando falleció; era como un hermano mayor para mí. Y en cuanto a Stara... Todavía veo su cara cada noche. Quiero volver a hablar con ella. Decirle que no tuvimos nada que ver con eso. Pero sé que nunca podré hacerlo. Esa fue la razón por la que nunca he mirado a ninguna otra chica desde entonces. No fue hasta que conocí a Selese que, por primera vez, fui capaz de ver la cara de otra mujer, en su lugar".

Todos guardaron un gran silencio mientras el viento azotaba a través del desierto, avivando las llamas. Thor miró a sus hermanos y se dio cuenta de que cada uno era un mar de desesperación callada. No era el único; tampoco Conven. Todos eran muy jóvenes, pero todos sufrían de alguna manera, todos ya estaban abrumados por la vida. Algunos, se dio cuenta él, eran mejores para ocultarlo que los otros.

Thor quería reflexionar más sobre eso, pero sus ojos comenzaron a cerrarse y los dejó hacerlo. Mañana, después de todo, sería la etapa más dura de su búsqueda y, quizás, su último día.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Gwendolyn montó al lado de Steffen, los dos solos en la sinuosa senda forestal, cabalgando, como habían hecho durante horas, a través del denso bosque. Mientras proseguían en su interminable viaje, aminorando el paso de los caballos hasta un trote, pasaron bajo imponentes árboles con ramas retorcidas, curvando en arcos enredados sobre sus cabezas, tapando el cielo. Era un paisaje surrealista y Gwendolyn se sentía como si estuviera cabalgando en un cuento de hadas. O en la pesadilla de alguien.

Lo único que iluminaba el bosque era la más tenue de la luz del sol, en algún lugar a la distancia. El Bosque del Sur. Era un bosque en tinieblas, un lugar que ella había temido cuando era niña. Se decía que era denso, que había ladrones y sinvergüenzas, que era un lugar donde incluso los caballeros honorables temían entrar — mucho menos una mujer prácticamente sola. Sin embargo, al menos, ella se seguía recordando a sí misma, había escapado de Silesia, por lo menos estaba viva.

"¿Mi señora?", preguntó Steffen, por tercera vez.

Ella miró a Steffen, saliendo de su ensoñación. Estaba muy agradecida por su presencia. Él era como una roca para ella, la persona que quedaba en quien podía confiar en que siempre estaría a su lado.

"Mi señora, ¿se encuentra bien?", preguntó.

Ella asintió, vagamente consciente de que él había estado intentando hablarle.

Gwen estaba sorprendida de que ya habían llegado así de lejos. Ella cerró los ojos y recordó su salida del castillo, recordó a Steffen llevándola a través de los túneles secretos. Se arrastraron quién sabe cuánto tiempo, agazapados por lo bajo, quitando arañas a su paso, con la espalda doliéndole a morir. La oscuridad del túnel parecía interminable, y en muchos momentos estaba segura de que Steffen había elegido el camino equivocado.

Finalmente, el túnel había ascendido, torciendo más y más arriba, y cuando habían llegado a la cima, ella se sorprendió al verlos pasar sobre la tierra y la hierba. Surgieron para encontrarse en algún pasto florido, a kilómetros de distancia de Silesia. Steffen lo había logrado. Los dos estaban lejos de cualquier lugar, no había tropas del Imperio a la vista. Gwen había estado agradecida por la luz del sol y agradecida por el aire frío y fresco en su cara.

Al surgir, Steffen había silbado y por detrás de una cueva aparecieron dos

hermosos caballos relucientes.

"Son propiedad de Srog", Steffen había explicado, mientras cada uno montaba a su semental. "Esa fue una escotilla de escape, hecha para el rey y la reina, en caso de emergencia. Srog me instruyó para usar los caballos. Nadie más puede utilizarlos ahora; somos los únicos que salimos".

Para entonces habían galopado hacia el sur durante muchos kilómetros, hacia La Torre del Refugio, en algún lugar del otro lado del Anillo, los dos solos, a través de las llanuras. Cabalgaron y cabalgaron, mientras que el día se convirtió en noche y la noche en día, apenas tomando un descanso. Se quedaron en un terreno aislado, cabalgando en lugares donde sabían que no podía estar el Imperio de Andrónico. Cruzaron casi todo el Anillo, evitando las grandes ciudades y pueblos, atravesando las llanuras hasta que finalmente, pocas horas antes, entraron en el gran Bosque del Sur.

Ahora, agotados, había disminuido su cabalgar a trote. Finalmente se sentían lo suficientemente lejos de Silesia, del alcance de Andrónico, para ir más despacio. También se sintieron extremadamente prudentes en este bosque y querían ir más despacio y estar alertas.

Al pasar, los dos examinaron el bosque retorcido, mirando con recelo su entorno, en guardia. El bosque era demasiado denso para poder ver, y Gwen sintió que se erizó el cabello de su nuca. Se imaginaba a todo tipo de criaturas, mirándola. Las aves invernales graznaban conforme ellos pasaban y Gwen tenía un presentimiento cada vez peor. Se preguntaba si había sido un error intentar esto.

Pero Gwen se dio cuenta de que debería estar agradecida de que había escapado viva, había llegado hasta aquí, y Steffen estaba con ella. Ahora estaban cerca de La Torre del Refugio, y sólo tuvieron que seguir el curso. Aun así, estos últimos pocos kilómetros fueron los más duros. Con cada paso que daba, tenía una creciente sensación de peligro. Ella había estado en muchos bosques en su vida, y éste no le parecía seguro. Había una razón por la que las tropas del Imperio no habían entrado allí, y alguna razón por la que ninguno de los hombres del rey había ido allí. Era demasiado denso, demasiado susceptible a una emboscada. Todo el mundo lo bordeaba, incluso si eso significaba agregar días de viaje. Pero ella no: ella no podía permitirse hacer eso. Era más la ruta directa a La Torre del Refugio y la mejor para evitar ser detectados por el Imperio.

"Mi señora, no tiene que hacer esto", dijo Steffen.

Gwen le miró sin comprender, perdida en sus pensamientos.

"¿Hacer qué?" preguntó.

"Ir a La Torre del Refugio", dijo. "Alejarse del mundo. Hay gente que la quiere. Silesia ya no es segura, pero hay otros lugares donde puede ocultarse, otros lugares donde puede esperar hasta que se vayan los hombres de Andrónico. Pero la Torre... eso es para siempre. Quienes entran nunca salen. Es una torre de monjas, condenadas al silencio".

Gwen se encogió de hombros. Sintió que su vida estaba acabada de todos modos, que la mejor parte de ella había sido robada por Andrónico y McCloud.

"Si es esta prisión u otra", respondió ella, "es sólo una cuestión de elección. Todos vivimos en nuestras propias mazmorras privadas".

Guardaron silencio mientras los dos caminaban y Gwen podía sentir que Steffen quería rebatirla; pero él se quedó callado por respeto.

Gwen creyó escuchar que se rompía una ramita, y al mismo tiempo, Steffen repentinamente extendió una mano, deteniéndola y parando él mismo.

"¿Qué es?" preguntó ella.

"Shhh", dijo Steffen, mirando a todos lados, escuchando.

Gwen sentía su corazón latiendo aceleradamente, cuando escuchó otra rama romperse.

Ella se volvió lentamente y se paralizó mientras un nutrido grupo de malhechores se acercaban, era más de una docena de ellos. Surgieron desde todos los lados del bosque, cada uno pareciendo más desesperado que el siguiente. Vestían harapos, tenían las uñas y las caras cubiertas de mugre, estaban sin afeitar y les faltaban dientes, eran hombres de veintitantos años, todos equipados con armas primitivas en sus cinturones. Eran delgados, tenían una mirada desesperada en sus ojos oscuros y desalmados, y Gwen pudo ver que todos ellos significaban peligro.

"Ése me parece un atuendo real", le dijo uno al otro. Su acento era vulgar y ronco, el acento del sur y el tono de su voz hizo sentir un escalofrío a Gwendolyn.

"Claro que sí", respondió otro. "¿Qué tenemos aquí? ¿Es una especie de dama?".

"Juro que reconozco esa cara", dijo otro. "Parece una MacGil".

"No puede ser", dijo otro. "Los MacGil están todos muertos. A menos que ésta sea un cadáver".

"Es el cadáver más bonito que he visto".

El grupo de rufianes irrumpió en carcajadas vulgares y la ansiedad de

Gwen se agudizó cuando se acercaron más.

"Te estoy diciendo que sí es", insistió uno de ellos. "No todos están muertos. Es la hija. La chica".

Todos la observaron con mayor seriedad.

"No puede ser", dijo uno de ellos. "Ella está en Silesia".

"Tal vez se escapó", dijo otro.

Gwen se sentía cada vez más incómoda mientras la escudriñaban. Ella deseaba no llevar el manto real que Srog le había dado, ni las joyas reales, ni los anillos en sus dedos, ni las pulseras ni los collares. Se dio cuenta de que debía ser un blanco ambulante para estas personas.

"Si se acercan más, se van a arrepentir de haberlo hecho", les advirtió Steffen que estaba junto a ella, con su fría voz inflexible.

El grupo irrumpió en carcajadas.

"¿Qué tenemos aquí? Un enano jorobado encargándose de cuidar a la señora, ¿es así?"

"¿Qué ocurrió, se quedaron sin guardias normales?"

Más risas.

"Vaya, vaya, usted debe ser muy difícil si confía en que este hombrecito le hará algún bien", dijo otro, moviendo su cabeza.

"No se los advertiré otra vez", amenazó Steffen, con una voz muy seria.

Varios de ellos sacaron las dagas de sus cinturas.

"Puedes empezar por quitarte toda la ropa", le dijo uno de ellos a Gwendolyn.

Gwen vaciló, con miedo en sus ojos, mirando de Steffen a ellos, sin saber qué hacer.

"Hazlo ahora o lo haré por ti", dijo uno de ellos.

"Sí, hazlo rápido, para que podamos terminar con esto y pasar un buen rato contigo".

Todos, riendo, se acercaron más, y finalmente, Steffen entró en acción.

Con la velocidad del rayo, tan rápido que sorprendió incluso a Gwendolyn, Steffen estiró la mano hacia atrás, extrajo su arco corto y lanzó cuatro flechas, perforando a cuatro de ellos por la garganta, con una puntería perfecta, matándolos en el acto.

Gwen no dudó. Ella buscó en su arnés, agarró el mayal que había guardado allí, lo hizo balancear por encima de la cabeza, y vio cómo volaba la cadena por el aire y la bola metálica de pinchos caía en la cara de un malhechor que se acercó.

Se incrustó en su ojo y gritó y se desplomó en el suelo.

Antes de que pudiera volver a hacerla girar, Gwen sintió unas manos ásperas en la espalda, que la jalaban hacia atrás de su caballo, volando por el aire y cayendo en el suelo, quedando sin aliento. Dos ladrones más, se le abalanzaron, quitándole sus joyas, y jalando su manto. Ella se resistió, pero fue inútil.

Steffen cabalgó a su lado y saltó por el aire, aterrizando en uno, derribándolo al suelo, rodando con él. Sin embargo, el otro ladrón continuó manteniendo inmobilizada a Gwendolyn, con fuerza; agarró su brazo, lo torció alrededor de su espalda, le dio vuelta y la empujó de bruces al suelo. Él se agachó, sujetó sus bragas y comenzó a bajarlas.

"Voy a hacer mía a tu chica", dijo.

La soltó momentáneamente para agarrar sus bragas, y Gwendolyn, aprovechó la oportunidad: puso la mano en su cintura, agarró una pequeña daga de plata que Godfrey le había dado años atrás y se dio la vuelta y la sumió en la garganta de su atacante.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras la sangre goteaba en el suelo. Ella la sumió más profundamente, sintiendo ira a través de ella, sintiendo que tomaba venganza, no sólo contra este hombre, sino contra McCloud, Andrónico, Gareth — contra todos los hombres que le habían hecho daño.

"No, no lo harás", respondió Gwen.

Mientras se desplomaba, muerto, Gwen retiró su daga, la limpió en su ropa, y la volvió a poner en su cintura, sin ningún remordimiento. Se preguntó si ya no sentía remordimientos, o se había endurecido —o las dos cosas. Esperaba que no fuera así.

Gwen vio a Steffen luchando con un ladrón, rodando una y otra vez, y se preparó para ir corriendo a ayudarlo.

Pero cuando iba a ponerse sobre sus manos y rodillas, de repente sintió que la pateaban en un lado de la sien con la de punta de metal de una bota. Ella gritó y cayó de espaldas, todo su mundo le dolía, giraba, veía estrellas.

La última cosa que vio, antes de que su mundo se volviera negro, era el rostro más feo que jamás había visto, sonriendo mientras él levantaba la palma de su mano por lo alto y la dejaba caer en la mejilla de ella.

CAPÍTULO VEINTE

Kendrick estaba ahí colgado, en lo alto de la cruz, sintiendo que le extraían su fuerza vital, mientras el segundo sol subía más en el cielo. Sus muñecas y tobillos estaban hinchados de estar atado con sogas gruesas a la madera, el dolor era insoportable por el estiramiento de sus extremidades, por estar allí colgado hora tras hora. Él había mantenido la cabeza colgando hacia abajo y trataba de ya no mirar hacia arriba, para no ver más destrucción; pero escuchó gemidos y no pudo contenerse. Miró a su alrededor y vio a todos sus amigos colgando en las cruces al lado de él. Srog estaba en un lado, Atme en el otro lado, junto a él estaban Brom y Kolk y muchos otros caballeros a los que Kendrick apreciaba mucho. Por lo menos, se dijo a sí mismo, todavía estaban vivos, o aferrándose a la vida. No estaban muertos, como los montones de cadáveres que estaban abajo.

Kendrick había intentado hablar con ellos, pero habían estado demasiado débiles o deshidratados para responder. Todos parecían más muertos que vivos.

Kendrick oyó el chasquido de los látigos y se asomó para ver el estado de devastación en la que esta amada ciudad se había convertido: los supervivientes que quedaron fueron esclavizados, al mando de los capataces del Imperio, azotados, forzados a cargar grandes rocas, moviendo una pila tras otra mientras limpiaban los escombros. Silesia se había transformado rápidamente en una ciudad de esclavos ocupada; una estatua de Andrónico ya estaba elevándose al cielo, el emblema del Imperio — un león con un pájaro en el hocico — ya estaba alojado por encima de las puertas de la ciudad, y la bandera del Imperio estaba encima de eso. Todos los rastros de la independencia que esta ciudad había tenido alguna vez, habían desaparecido. Ahora estaba subsumida, era completamente parte del Imperio.

Hubo una conmoción y Kendrick, lamiendo sus labios agrietados, giró la cabeza para ver a un grupo de soldados del Imperio abriéndose camino a través de la multitud; detrás de ellos, se sorprendió al ver que no era otro que el mismo Andrónico, mucho más alto que los demás. Los soldados delante de él tenían encadenado a un hombre que Kendrick, después de varios momentos, reconoció. Era su medio hermano.

Gareth.

Los ojos de Kendrick se abrieron de par en par y miró dos veces,

preguntándose si estaba viendo visiones. No era así. Allí, de carne y hueso, estaba Gareth, demacrado, dejándose crecer la barba, con aspecto desaliñado. Era llevado por los soldados del Imperio, las cadenas hacían ruido al caminar arrastrando los pies.

Se detuvieron ante Kendrick. La multitud guardó silencio mientras Andrónico se acercaba al lado de Gareth y le ponía una enorme mano alrededor de su cuello delgado, cubriéndolo completamente, con sus largas uñas raspando la garganta de Gareth.

Andrónico sonreía.

"Identifica quién es quién entre estos prisioneros", dijo Andrónico. "Y te perdonaremos la vida".

Todos miraron a Kendrick y los demás en las cruces.

"Lo haré con mucho gusto", dijo Gareth. "Voy a identificar a todos y mucho más. No siento amor por ninguno de ellos; tu enemigo es también mi enemigo".

Andrónico le sonrió a Gareth.

"Eres insolente", dijo. "Y de sangre fría, incluso con tu propia familia. Eres un hombre de los que me gustan. Me agradas. Libérenlo", dijo Andrónico a sus guardias, y ellos se apresuraron y desencadenaron a Gareth.

Gareth se quitó los grilletes, se pavoneó hacia adelante y caminó hacia Kendrick, apuntando con un dedo largo y delgado a su cara.

"Éste es Kendrick", dijo. "Mi ex hermano. O hermanastro. En realidad, es un bastardo. Es el jefe de Los Plateados. "Es un hombre importante", dijo, luego se volvió y señaló hacia otro lugar. "Y ese hombre que está junto a él, es Kolk, el jefe de La Legión; y el de ahí es Brom, jefe del ejército; y allí está Atme, otro héroe de Los Plateados".

Gareth siguió y siguió, diciendo todos los nombres, y con cada uno que pronunciaba, Kendrick sentía un ardor en el estómago. Mataría a Gareth por esto, si tuviera la oportunidad.

Finalmente, Gareth terminó. Regresó al lado de Andrónico, con una sonrisa de satisfacción en su cara.

Andrónico sonrió, un profundo ronroneo salió procedente de algún lugar en su garganta, y puso otra mano sobre el hombro de Gareth.

"Lo has hecho bien", dijo Andrónico. "Serás recompensado".

Gareth se quedó allí parado, hinchado como pavo real.

"¿Qué posición me darás? Ten en cuenta que yo soy el rey, después de todo. Podrías nombrarme Rey del Anillo. Eso sería lo adecuado".

Andrónico rió a carcajadas, de buena gana.

"Voy a recompensarte con la posición de esclavo. Serás el rey de los paleadores de estiércol".

La cara de Gareth fue de horror.

"¡Pero dijiste que me recompensarías!".

"Eso es una recompensa", dijo Andrónico. "No te mataré".

Gareth, con pánico en sus ojos, de repente se volvió y salió corriendo del grupo; su cuerpo delgado le ayudó, y pudo huir zigzagueando entre la multitud.

"¡VAYAN POR ÉL!", gritó Andrónico a sus soldados, quienes estaban sorprendidos.

Sus hombres fueron tras él, pero en pocos minutos Gareth encontró un pequeño agujero en la pared de piedra y se metió allí. Era sólo lo suficientemente delgado para meterse, en una especie de pasaje oculto, y aunque los soldados del Imperio alcanzaron el muro, no cabían dentro.

"¡Si lo pierden, morirán!", gritó Andrónico.

Los soldados se fueron corriendo por el largo camino alrededor de la pared.

Andrónico, con la cara roja, dirigió su atención a Kendrick y a los demás. Él dio un paso adelante y los miró con detenimiento.

Después de una espera interminable, se acercó a Kolk.

"Vamos a empezar con él", ordenó Andrónico. "Solamente vamos a matar a uno cada día". Sonrió. "Me gusta prolongar mi placer".

Andrónico bajó la mano, tomó una lanza de la mano de uno de sus asistentes, luego caminó hacia delante y de repente perforó a Kolk, justo en el corazón.

"¡NO!". Kendrick gritó, mientras observaba la boca de Kolk chorreando sangre. Kolk gritó de dolor, y finalmente bajó la cabeza, muerto.

Andrónico, dejando la lanza atravesada en él, giró hacia sus hombres, mientras todos comenzaban a irse.

"Mañana vamos a elegir a otro", dijo.

Kendrick luchaba con todas sus fuerzas, pero no podía aflojar sus sogas. Estiró la mano hacia atrás y gritó a los cielos, jurando venganza por Kolk, por su pueblo, por todos ellos. Algún día, de alguna manera, mataría a Andrónico.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Thor despertó al amanecer, entrecerrando los ojos contra la luz abrasadora del primer sol de la mañana, una enorme bola cegadora en el horizonte, sin nada en el paisaje para protegerlo. Levantó sus manos a sus ojos y se sentó lentamente.

El desierto estaba fresco todavía en la mañana, el calor aumentaba a cada segundo; a su alrededor estaban sus hermanos de armas, dormidos cerca de los rescoldos del fuego agonizante. Krohn estaba acostado con la cabeza en su regazo, profundamente dormido.

Estaban todos, excepto uno. Thor notó que Conven no estaba; se dio vuelta rápidamente y miró alrededor de él y finalmente lo vio, a unos seis metros de distancia de los demás, sentado con las piernas cruzadas, de espaldas hacia ellos, mirando el sol mientras se elevaba en el horizonte.

Alarmado, Thor corrió hacia él. Mientras caminaba, vio que miraba directamente al sol, con los ojos inyectados de sangre. Aún se veía desolado, como si no estuviera completamente allí con ellos. Veía hacia el horizonte con la mirada perdida, y Thor se preguntó cuán profundo era su dolor.

"¿Conven?", preguntó.

Después de varios segundos, finalmente, de modo inexpresivo, giró para ver a Thor.

"Es hora de irnos", dijo Thor.

Conven se levantó lentamente, sin decir una palabra, y caminó hacia su bestia, atada a un poste. Thor se volvió y lo siguió, y los demás también empezaron a levantarse, mirando, sorprendidos.

Conven no era la misma persona que Thor conoció alguna vez, y sin quererlo, empezó a preguntarse si Conven se convertiría en un estorbo para ellos. No entendía lo que Conven estaba pasando. Era impredecible. Y no sabía cómo reaccionaría en un momento de peligro — o si pondría en peligro a todos.

Pero no tenía otra opción. Todos montaron sus animales, despidiéndose apresuradamente de este pueblo solitario, y se fueron antes de que el sol saliera, necesitando hacer tiempo antes de que todos ellos se quemaran con el calor del día.

Los seis montaron sus bestias hasta un camino a través del paisaje de sal, siguiendo a Indra. Thor se alegró de deshacerse de ese lugar, y él podía entender la ansiedad de Indra al regresar a su ciudad natal. Él tampoco querría ser atrapado allí.

Thor estaba todavía un poco mareado por la bebida de la noche anterior, y trató de recuperarse. Esa leche qurum era poderosa, y le costó trabajo recordar exactamente cuándo se quedó dormido.

"¿Cuánto falta para llegar a la Tierra de los Dragones?", le preguntó Reece a Indra.

"Ni siquiera hemos entrado en el túnel todavía", dijo ella.

"¿El túnel?", preguntó O'Connor.

"La única manera de llegar a La Tierra de los Dragones es a través del Gran Túnel. Conecta los Páramos de Sal con las Montañas de Fuego. Lo llamamos el Túnel de la Muerte. Nunca supe que alguien entrara y saliera del otro lado". Ella suspiró. "Pero éste es el camino que elegiste. Sabías que no sería fácil".

Siguieron cabalgando en silencio y Thor sentía la intranquilidad entre ellos mientras se dirigían a través de interminables extensiones de sal, mientras el sol se elevaba cada vez más. Parecía como si fueran rumbo a sus muertes.

Después de horas de la nada absoluta, en el horizonte surgió ante ellos una sola montaña enorme. En su base estaba la boca de un gran túnel, de noventa metros de diámetro, un enorme agujero en la oscuridad.

Cuando se acercaron, sus animales comenzaron a pisar fuerte y a resistirse, y Thor podía sentir lo inquietos que estaban.

Indra desmontó en la boca del túnel, y los otros hicieron lo mismo.

"¿Qué hacemos con los animales?", preguntó Elden, acercándose a su lado.

Ella meneó la cabeza.

"Ninguna bestia entrará a este túnel", contestó ella. "Ellos saben el motivo".

Ella se quedó allí, sujetando las riendas y mirando tristemente a su animal. Se inclinó con su enorme cabeza, gimió y frotó su nariz contra su cuello.

Ella soltó la soga y le dio una palmada a la bestia en la parte posterior, y se giró y huyó, al igual que las otras bestias.

Thor se dio vuelta con los otros y los vieron partir, levantando una nube de polvo blanco, mientras desaparecían en el horizonte. Él tragó saliva. Ahora estaban solos.

Thor se dio vuelta y quedó frente a la entrada del túnel, mirando en la

oscuridad. Él sabía que tal vez no saldrían de ahí.

Indra sacó una daga y dio un paso adelante a la pared de la cueva y cortó trozos grandes de roca amarilla. Ella sostuvo una contra la pared y la estrelló con la empuñadura de su daga, y reveló un núcleo blanco brillante. Entregó una roca a cada uno de los hombres.

Thor la sostuvo en su mano, sorprendido por su peso, era una roca amarilla áspera, con un núcleo brillante.

Indra dio el primer paso hacia la cueva, y al hacerlo, Thor se sorprendió al ver que la roca emitía un resplandor. Rezumaba la luz de varias velas.

"Sostengan la suya por lo alto y el túnel no estará tan oscuro", dijo Indra.

"¿Cuánto tiempo duran?", preguntó O'Connor, mientras todos comenzaron a entrar en la cueva.

"No sé", dijo Indra. "Nadie las ha utilizado el suficiente tiempo para decirlo".

*

El túnel tenue resonaba con los ruidos extraños de los animales e insectos, el agitar de las alas, los gritos y los ruidos de arrullos de las criaturas ocultas resonaban en todas las direcciones. Caminaron y caminaron, sosteniendo sus rocas resplandecientes ante ellos. Thor escuchó que algo crujía bajo sus pies y cuando bajó la roca, lanzó una luz sobre millones de insectos arrastrándose bajo sus pies, crujendo bajo sus botas. De vez en cuando los sacudía, cuando intentaban trepar por su pierna.

Krohn, junto a él, les gruñó y se inclinó y se precipitó a uno o intentó atraparlo entre sus patas.

Gracias a Dios por las rocas brillantes, pensó Thor, sin ellas sería como caminar en absoluta oscuridad y Thor estaba agradecido con Indra, como siempre, mientras las rocas iluminaban su camino. Aún así, más allá de su radio de pocos metros, era difícil ver, y Thor sólo podría preguntarse lo que merodeaba en las esquinas de este lugar. No pudo evitar sentir que estaban siendo observados, como si las criaturas, donde sea que se encontraran, estuvieran esperando el momento oportuno. Una parte de él estaba contento de que no podía verlo.

Caminaron y caminaron, todos respirando con dificultad por el esfuerzo, pero sobre todo por la ansiedad. Thor sentía las piernas cansadas, y se preguntaba cuándo acabaría esto.

Hubo una repentina agitación de alas, y sintió que algo cepillaba su cara.
"¡Globas!", gritó Indra. "¡Al suelo!".

La cueva se iluminó súbitamente con miles de pequeñas criaturas brillando en la oscuridad; parecían murciélagos, pero eran más grandes, y sus cabezas brillaban totalmente en blanco. Había miles de ellos, batiendo sus alas en una gran cacofonía y descendiendo hacia ellos.

Antes de que Thor incluso pudiera tratar de evadirlas, sintió que rasguñaban sus mejillas, y gritó de dolor. Sacó su espada y las acuchilló frenéticamente en todas las direcciones, y los demás se unieron a él. Algunos de los murciélagos cayeron, pero más y más arañaban su cara y su cuello y las manos, y Thor finalmente se rindió y siguió a Indra: al igual que ella, se agachó y se hizo ovillo, abrazando sus rodillas, con su cara en el suelo. Los otros le siguieron, agachándose al lado de él.

Thor sintió un millón de garras arañando la cota de malla en su espalda, en la parte posterior de su cabello y en el cuello y en los brazos — pero se agachó, como lo hizo Indra y oró. Por un momento, sintió como si fuera a ser rasguñado hasta morir.

Hubo un estruendo súbito resonando en las paredes, y de repente, los animales se fueron volando, la bandada chirriaba y se iba volando.

Después de varios minutos, el agitar de sus alas finalmente se desvaneció, el horrible aleteo dejó las orejas de Thor, y pudo escucharse pensando otra vez. Se oyó a sí mismo jadeando con fuerza, al igual que los demás, todos en estado de pánico. Poco a poco, todos se pararon, agradecidos de estar vivos.

Pero el clamor volvió a elevarse, y Thor sintió un hoyo en el estómago, mientras el sonido le hizo sentir un escalofrío en la espalda; era un rugido profundo, sombrío, como el de un león.

"¿Qué fue eso?", preguntó Reece.

"No tengo idea", dijo Indra.

"Sea lo que sea, no parece feliz", dijo O'Connor.

El rugido volvió, más fuerte y más cerca esta vez, ahora sonando más como el rugido de un león. Todos mantuvieron sus armas delante de ellos, sudando de miedo. Thor sintió la sangre goteando de los arañazos, en su cuello y en su cabeza, y se quedó allí parado, era horrible esperar, mirar en la oscuridad y no ver nada.

Thor sintió temblar el suelo debajo de ellos, y no pudo esperar más. Estiró la mano hacia atrás, colocó su piedra brillante en su honda y la lanzó lo más lejos que pudo. Salió volando por el aire, enviando un resplandor de luz,

iluminando el túnel. Después de unos cuarenta y cincuenta metros, finalmente, iluminó lo que se aproximaba.

Thor deseó que no hubiera sido así.

Allí parada estaba una bestia enorme, parecida a un león, pero tres veces más alta y ancha, con un tronco que colgaba como el de un elefante, pero con colmillos en cada lado de él, y un cuerno en su frente. Estaba cubierto de piel amarilla, y estaba parado en dos patas, dos enormes patas musculosas, con dos garras en vez de dedos. Se reclinó, levantando sus enormes bíceps, su cuerpo musculoso, ondulante y rugió de nuevo, levantando su tronco y enseñando sus colmillos.

"¡Un Incitador de la Cueva!". Indra susurró con temor.

"Supongo que no es amigable", dijo O'Connor.

Indra meneó la cabeza.

"No mucho", contestó.

El Incitador de la Cueva rugió de nuevo, después, repentinamente fue al ataque, sonando como si fuera una manada de elefantes.

Todos quedaron paralizados de miedo, preguntándose qué hacer, cuando de repente, Conven se abalanzó y fue a atacar a la bestia. Conven fue corriendo hacia él, como si quisiera morir.

Cuando Conven levantó su espada, el Incitador de la Cueva, moviéndose con una velocidad engañosa, extendió los brazos y lo golpeó con fuerza, haciéndolo volar por la cueva y estrellándolo en la pared. Conven cayó, débil, al suelo de la cueva.

La bestia corrió hacia él y levantó una garra para acabar con él, y Thor entró en acción. Él sabía que no había tiempo para llegar a Conven, pero pensó rápidamente; dio un paso adelante, levantó su espada y la tiró. Voló dando un sinfín de volteretas, cruzando la cueva y alojándose en el brazo del monstruo.

El Incitador de la Cueva gritó, luego giró y fijó su mirada en Thor. Fue a la carga y saltó en el aire hacia Thor, dirigiéndose hacia su garganta.

Mientras la bestia iba hacia él, Thor levantó una palma, convocando a su energía. Brotó una luz amarilla de la palma de la mano de Thor, y fue capaz de detener a la bestia en el aire, justo delante de él. Pero Thor no era lo suficientemente fuerte para impedir que lo golpeará. Estiró el brazo y lo golpeó en un costado de su cuerpo, haciendo volar a Thor por la cueva y estrellándose contra la otra pared.

Krohn se dirigió a la bestia y hundió sus colmillos en sus pies; el Incitador

de la Cueva aulló, después elevó a Krohn por lo alto en el aire y abrió su boca para comérselo.

O'Connor apuntó y disparó varias flechas a la boca abierta de la bestia, haciendo que soltara a Krohn; Elden levantó su hacha, cargada hacia adelante y cortó una de las garras de la bestia. La bestia gritó de rabia, recogió a O'Connor con una mano, lo apretó y lo levantó por lo alto. O'Connor se quedó ahí, con las piernas temblando, con cara de muerto.

Reece tomó su mayal, lo giró por lo alto e impactó la cabeza de la bestia, haciéndole soltar a O'Connor. La bestia gritó y fijó su mirada en Reece. Abrió sus amplias mandíbulas, sus colmillos sobresalían y los bajó hacia Reece. Thor pudo ver que Reece estaba a punto de morir.

Thor sacudió el tremendo dolor de cabeza que sentía y se concentró. Tuvo *que convocar a su poder*. Él deseó volverse más fuerte de lo que era. Él vio la cara de Argon; vio el rostro de su madre; después vio a Gwendolyn. Sintió que su energía corría a través de su cuerpo, apoyándolo.

Thor estaba parado, levantó ambas manos y deseó que esto funcionara.

Una luz azul irradió de las palmas de su mano a lo largo de la cueva, y golpeó a la bestia en el pecho. La bestia se detuvo y gritó. Thor levantó sus brazos, y al hacerlo, se sorprendió al ver que estaba logrando levantar a la bestia en el aire.

La bestia gritó, agitando sus brazos y patas en el aire. Pero estaba arriba del suelo, y no había nada que pudiera hacer.

Thor, con una última ráfaga de esfuerzo, giró sus brazos — y al hacerlo, la bestia giró en el aire. Thor estiró sus brazos hacia atrás y los lanzó hacia adelante, y la bestia salió volando como un meteoro a través de la cueva, aullando, con un sinfín de volteretas, hasta que finalmente chocó contra un muro y se derrumbó. Una roca llegó rodando y cayó encima, aplastándolo.

Todo estaba en silencio. Estaba muerto.

Los demás se volvieron y vieron a Thor, con una nueva mirada de respeto y de asombro.

Thor se desplomó de rodillas, débil por el esfuerzo. Se estaba haciendo más fuerte, podía sentirlo. También podía controlarlo más. Pero aún no tenía la energía que necesitaba. Ese encuentro lo había agotado. Si ahora aparecía otra bestia, estaría indefenso. Tenía que ser más fuerte.

Reece y O'Connor se acercaron, y cada uno levantó a Thor y rodearon sus brazos sobre sus hombros y lo sostuvieron entre ellos mientras caminaban. Todos ellos heridos, agujoneados, caminaron cojeando mientras el grupo

continuaba lentamente a través de la cueva, en la oscuridad y hacia cualquier peligro que existiera adelante.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Era una noche negra y fría, y Kendrick estaba colgado en la cruz, perdiendo y recuperando la conciencia, plagado de pesadillas. Él vio a su padre, el rey MacGil, rodeado de una luz blanca, sonriéndole; vio a su hermana, Gwendolyn, siendo llevada a rastras; vio a su hermano pequeño, Reece, en una pequeña barca a la deriva hacia el mar. Y vio la Corte del Rey ardiendo en llamas.

Kendrick abrió sus ojos lentamente, haciendo muecas por el dolor y el agotamiento. Estaba desorientado y no podía decir si estaba dormido o despierto. Pestañeó y vislumbró ante él, iluminado por antorchas esporádicas, el patio interior de Silesia, lo que una vez fue una brillante y orgullosa ciudad, ahora era un montón de escombros, llena de cadáveres; sus ciudadanos convertidos en esclavos. Como la mayoría de la gente estaba dormida, la actividad no era tan acelerada como lo había sido durante el día, sin embargo, Kendrick todavía oía el sonido distante de su gente siendo azotada por los hombres de Andrónico, algunos de ellos eran obligados a trabajar muy noche.

Los soldados ocupantes estaban sentados alrededor del patio en pequeños círculos alrededor de fogatas que enfatizaban la noche; se inclinaron, frotaron sus manos, compartieron vino y rieron unos con otros mientras trataban de entrar en calor. Llevaban costosas pieles, pieles que habían robado a los silesios; mientras Kendrick estaba allí colgado en la cruz, preparándose para otra fría ráfaga de viento, se dio cuenta de que solamente llevaba una camisa clara y un pantalón. Él, como los demás, había sido despojado de su mejor armadura y pieles, dejado para morir congelado, si el dolor no lo hacía primero. Sus dientes castañeteaban y sus manos estaban moradas — pero ya nada de eso importaba. Estaría muerto pronto.

Kendrick reunió suficiente energía para girar y vio a su lado la figura rígida de Kolk, convertido en cadáver, con los ojos abiertos en su dolor de muerte, su cuerpo aún traspasado por la lanza. Eso irritaba a Kendrick. Fue vergonzoso, el acto de un enemigo sin honor. Deberían de haber tenido la decencia de bajar su cuerpo y darle un entierro apropiado. En cambio, dejaron colgado allí a este gran guerrero, como si fuera un criminal común, para que todos lo vieran. Kendrick sabía que él sería el siguiente, mañana, pero no le importaba eso; lo que le importaba eran sus otros amigos que estaban allí, especialmente Atme, quien estaba colgado a pocos metros de distancia y que

estaba indefenso para hacer algo al respecto. Kendrick los vio, pero con la tenue luz no podría saber si estaban vivos o muertos.

Kendrick cerró los ojos, tratando de concentrarse en hacer que el dolor desapareciera. El dolor no cesaba. A veces subía y bajaba, para que olvidara por unos momentos cuánto le dolían sus extremidades. Pero sobre todo era intenso y constante. Había tenido pequeños episodios de sueño, sin embargo, incluso dormido sentía dolor. Cuando cerró los ojos, intentó tratar de dormir otra vez, para no ver los horrores del mundo, adormecer el dolor, aunque fuera sólo por un rato.

Cuando cerró los ojos, la mente de Kendrick se llenó de imágenes. Él se vio como un niño, con su mejor amigo Atme, los dos entrenando en la Legión; se vio con una chica que había amado, ya no recordaba su nombre, en un bote de remos, cuando era más joven; vio su primera batalla, su primera victoria, su propia sorpresa en sus habilidades; se vio sentado alrededor de una mesa con su padre, el rey MacGil, con Gwendolyn, Godfrey, Reece e incluso Gareth, todos jóvenes, todos felices. Él vio la Corte del Rey brillando, majestuosa, inexpugnable.

Y entonces Kendrick vio a su padre, de pie ante él, rodeado de una luz blanca. Su padre extendió una mano. Se veía joven y saludable, un guerrero audaz y valiente, como Kendrick le había recordado. Él sonrió.

"Hijo mío", dijo con orgullo.

Las palabras llenaron el corazón de Kendrick de calidez. Kendrick, siempre había querido, más que nada, ser considerado hijo de MacGil.

"Tú eres mi primogénito", dijo. "Mi hijo verdadero".

Kendrick extendió el brazo para tocar la mano de su padre, pero sus dedos estaban fuera de su alcance.

"Pronto estaremos juntos", dijo MacGil. "Pero tu momento no ha llegado aún. Debes luchar. Eres un guerrero. No te rindas. *Nunca* te rindas. Pelea. ¡Pelea por mí!".

Kendrick sintió una mano en su muñeca, y al principio pensó que era de MacGil.

Pero entonces abrió los ojos y miró hacia abajo y vio que efectivamente había una mano en su muñeca. Se sorprendió al ver a una mujer joven, hermosa, allí parada, tal vez de unos veinte años, poniendo una mano suave en su muñeca. Parecía estar revisando el pulso de Kendrick, cerrando los ojos, como si estuviera escuchando. Entonces ella abrió los ojos y lo miró. Tenía los ojos más hermosos que había visto en su vida. En forma de almendra, eran

de un tono avellana claro y complementaban su cara. Su piel era morena clara, el color de la raza del Imperio.

Se dio cuenta que era una mujer del Imperio. Se preguntó qué estaba haciendo. ¿Andrónico la había enviado? ¿Estaba a punto de matarlo? Por su sonrisa y su toque amable, no podía imaginar que lo fuera. ¿Pero qué estaba ella haciendo aquí, de pie junto a él, sosteniendo su muñeca? Se preguntó si todavía estaba soñando.

"Estás viva", dijo él, pareciendo sorprendido. Tenía la voz más dulce que había oído; le dolía escuchar esa voz otra vez. Él quería que ella siguiera hablando y que nunca se detuviera.

"¿Quién eres?", trató de preguntar, pero las palabras salían revueltas, su voz quebrada, la garganta seca.

"Sandara", respondió.

Ella lo miró con esperanza, como si estuviera feliz de verlo vivo. Ella subió su mano donde sostenía un manto negro de piel. Se las arregló para trepar en la cruz y colgarla sobre sus hombros que temblaban. Era la piel más suave, más lujosa que había sentido, y nunca había valorado tanto alguna ropa. De inmediato se sintió abrigado en sus hombros y pecho.

"¿Por qué me estás ayudando?", preguntó.

"Curar a los enfermos es mi vocación", dijo ella.

"Pero tú trabajas para el Imperio", dijo él.

Ella lo miró con recelo.

"Así es", dijo ella. "Pero no por la noche. No ven todo lo que hago. No me gusta ver a alguien enfermo. Sean o no del Imperio. Independientemente de si su piel es del mismo color que la mía".

Kendrick miró hacia abajo a donde estaba ella, su corazón se derretía de gratitud y aprecio. Ella extrajo una bota llena de líquido, lo subió a sus labios y él bebió con avidez al sentir el agua en su boca. Bebió y bebió, como un hombre cruzando un desierto, que no había visto agua en mucho tiempo. Se dio cuenta de cuán deshidratado estaba.

Finalmente, ella la retiró.

"No bebas demasiado a la vez", dijo ella, "tu cuerpo debe acostumbrarse".

Luego sacó otra pequeña bolsa, la puso en su boca, y degustó un vino dulce. Era el vino más fuerte que había bebido, y se le subió directamente a la cabeza. Se sentía más ligero, estremecido, y su dolor aminoró.

"No es el mejor remedio", dijo ella, "pero por ahora servirá para aliviar tu dolor".

"No sé cómo darte las gracias", dijo él, sintiéndose renovado por primera vez en varios días. Habiendo disminuido el dolor, fue finalmente capaz de pensar con claridad. "Tengo una gran deuda contigo".

Ella miró hacia el suelo, con tristeza.

"Me temo que no vivirás para pagar esa deuda", dijo. "Escuché que el Gran Andrónico hará que te ejecuten mañana".

Kendrick sintió un hoyo en el estómago, pero sintió que era verdad.

"¿Entonces por qué molestarte en ayudarme?", preguntó él.

"Todos merecen recibir ayuda", contestó ella. "Cada momento de la vida es valioso".

Ella lo miró, sus ojos estaban llenos de lágrimas y él se conmovió al ver lo mucho que se preocupaba por él, que era un extraño. Sintió una conexión tan fuerte con ella que no podía expresar, y deseaba más que nada estar libre de esta cruz, para abrazarla. Se sentía triste al pensar que, dentro de pocas horas, no estaría vivo para ver su cara otra vez.

"Tu bondad significa mucho para mí", dijo él. "No podrías saberlo por los trapos que traigo, pero fui una persona muy importante", dijo él. "Es una pena que no me conozcas por quien soy".

Ella le sonrió.

"No me importa quién seas", dijo. "Ahora eres una persona muy importante para mí".

Kendrick la miró y estaba sorprendido.

"¿Por qué me elegiste a *mí* para ayudarme?", preguntó. "Me diste tu única capa de piel".

Ella se sonrojó en la noche. Ella miró hacia abajo y no respondió.

"No sé", contestó ella.

"¿Qué te harían los hombres de Andrónico si te atraparan curando al enemigo?".

Sandara giró y miró con recelo sobre su hombro; afortunadamente, los soldados del Imperio estaban distraídos, acurrucados alrededor de las fogatas, sin prestarle atención.

"Me matarían", respondió ella.

El corazón de Kendrick se hinchó.

"Si logro liberarme de aquí, te buscaré. Te compensaré".

"No hay nada que pagar", dijo ella.

Se dio vuelta para irse. Kendrick no soportaba verla partir; tenía que pensar en algo rápido para retenerla, y espetó lo primero que se le vino a la

mente.

"¿Estás casado?", preguntó.

Ella lo miró, luego miró hacia abajo, y aun en la tenue luz, pudo sentir que se sonrojaba.

Kendrick odiaba ser tan directo, tan falto de tacto. Pero sabía que éstos podrían ser sus últimos momentos en la tierra, y no tenía tiempo para etiquetas. Él *tenía* que saberlo.

"No estoy casada, mi Lord", contestó finalmente. Ella lo miró significativamente. "Pero incluso si fueras un hombre libre, alguien como yo tendría prohibido casarse con alguien de ustedes. Resultaría en la muerte".

"No me importan las normas ni las sanciones", dijo Kendrick. "Mi señora, si alguna vez quedo libre de aquí, te encontraré. No vayas lejos. Quédate en el Anillo".

Ella bajó su cabeza.

"Tengo que ir a donde me ordene el Gran Andrónico", dijo.

De repente ella giró y se marchó apresuradamente, de regreso a la oscuridad.

Kendrick la vio marcharse hasta que desapareció, y luego cerró los ojos, viendo su cara, sus ojos, el color de su piel, la curva de sus labios.

Sandara. Sandara. Sandara.

Repitió su nombre una y otra vez en su mente, como un mantra. Eso le dio una razón para sobrevivir.

Sobreviviría, ya lo había decidido. Sin importar nada, él sobreviviría.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando Thor pensó que el viaje a través del Gran Túnel nunca terminaría, todos ellos, agotados y cansados, salieron a la luz sombría del día. Ellos entrecerraron los ojos a la luz, levantando sus manos a sus ojos, incluso en contra de las espesas nubes grises. Se habían acostumbrado tanto a la oscuridad que esto era como salir a la luz de los soles.

Thor estaba emocionado de estar libre de esa cueva. Ellos habían estado marchando todo el día y toda la noche, a través de una interminable cacofonía de ruidos, hostigados desde ese monstruo por pequeños animales contra los que lucharon todo el camino hasta la salida. Cuando salieron por el otro extremo, parecía como si hubieran salido hacia la libertad.

Una ráfaga de viento fría golpeó sus rostros, y Thor se reclinó y respiró profundo, sintiéndose como una rata saliendo de un agujero. Mientras sus ojos se ajustaban a la luz, pestañeó varias veces, asombrado por lo que vio ante él.

La cueva los había dejado salir hacia un camino serpenteante, blanco brillante, que conducía hacia una alta cordillera. Hasta donde alcanzaba la vista había cumbres de la montaña, pareciendo extenderse hasta los confines de la tierra, muchos de ellos con la cima roja. En la distancia, Thor vio una gran ráfaga de lava dispararse en el aire, vio una nube de ceniza negra elevarse, y sabía que la senda llegaba lejos, más allá de la parte superior de las cadenas montañosas.

"Las Montañas de Fuego", dijo Indra. "El famoso camino a La Tierra de los Dragones. Dicen que es un camino tallado de huesos.

Thor miró hacia abajo y sintió la textura inusual de la senda bajo sus pies, de color blanco brillante, y al examinarla, se dio cuenta de que ella tenía razón: el camino estaba hecho, sin duda, de una colección de huesos moldeados juntos, llegando tan lejos como alcanzaba la vista.

"¿Los huesos de quién?", preguntó O'Connor.

Todos intercambiaron una mirada nerviosa y Krohn, que estaba al lado de ellos, chilló.

Lentamente, continuaron marchando, siguiendo el camino, serpenteando más y más arriba, hasta la cordillera. Thor miró hacia arriba y vio que el camino serpenteaba hasta llegar increíblemente alto, y se preguntó cómo harían para llegar allí. Ya estaban exhaustos. Pero no tenían elección. Este era el camino hacia la Tierra de los Dragones, y debían seguir el sendero hasta donde los

llevara.

"¡Aquí!", gritó O'Connor.

O'Connor corrió hacia algo brillante al costado del camino y se agachó y recogió una pequeña moneda de oro.

"¿Qué es?", preguntó Elden, acercándose a su lado.

"¡Aquí también hay algo!", dijo Reece, corriendo a recoger una daga de oro adornada, dejada al costado del camino.

"Yo no tocaría eso si fuera ustedes", les advirtió Indra.

Él se volvió y la miró.

"Los dragones codician su tesoro", dijo, "y lo protegen celosamente. Éste es el botín de quienes han tratado de meterse en su camino. Todos han muerto. Estos son sus huesos, y éste es su tesoro. Los trofeos de los dragones. Es su manera de jactarse: ellos son muy seguros, pueden dejar tesoros esparcidos en cualquier lugar. También es una advertencia".

Thor se volvió y miró hacia arriba, a la senda de la montaña, y hasta donde pudo ver, brillaba con el tesoro: joyas invaluables y monedas, así como armas, escudos y armaduras esparcidos por el camino.

"¡Podemos tomar lo que vemos aquí y llevarlo a casa y ser ricos por el resto de nuestras vidas!", comentó Elden.

Indra meneó la cabeza.

"Regresar es la parte más difícil", dijo Indra.

"El tesoro que queremos es el más valioso de todos y el que más necesitamos", dijo Thor. "La Espada del Destino. No debemos distraernos. Con mucho gusto intercambiaría todo esto por eso".

"Aún así, podemos tomar todo lo que podamos cargar", dijo O'Connor.

"Yo sería cuidadosa con eso", dijo Indra. "Incitarán a los dragones".

Thor analizó el tesoro, debatiendo qué hacer.

"Tome cada uno de ustedes solamente unos pocos artículos que valoren mas", dijo Thor. "No queremos estancarnos. Dejen el resto donde está. Nuestras vidas y nuestra misión son más importantes que la riqueza. Y estos son los objetos de los hombres asesinados, de todos modos. Gran parte de esto está embrujado".

Continuaron su camino y mientras caminaban, recogieron varias piezas del tesoro, los examinaron y algunas veces se quedaron con ellas y otras veces los descartaron. Thor sentía que cada vez que encontraba una pieza que le encantaba, unos pocos metros más adelante encontraba otra que era aún más valiosa y la intercambiaba por esa. La que valoraba más, era una preciosa

honda, con su empuñadura de marfil tallada, su bolsa forrada de oro y un saco de oro lanza piedras para acompañarlo. La guardó firmemente en su cintura. Thor también encontró un puñal que le gustó mucho, con empuñadura de oro adornada, tallada con imágenes y en un idioma que no entendía. Brillaba, la cuchilla era tan afilada que cortó su dedo al tocarlo. Lo guardó también y encontró un guante de oro brillante, con rubíes, y al ponerlo sobre una mano, pudo sentir su poder. Decidió usarlo.

La única otra cosa que tomó fue un collar. En cuanto lo vio, pensó en Gwendolyn. Tenía una cadena de oro fino y un corazón de oro brillante, repletos de diamantes y rubíes. Lo metió en lo más profundo de su bolsillo, con su anillo, y prometió vivir lo suficiente para dárselo a ella.

Los demás también encontraron tesoros valiosos. O'Connor encontró un arco dorado y un carcaj de flechas con puntas de oro que puso sobre su hombro, dejando el que llevaba. Reece encontró un escudo hecho de platino que brillaba más que el sol, y lo puso sobre su espalda. Elden encontró una nueva hacha, con una manija de cuero, y una cuchilla de doble filo, hecha de platino, tan brillante que podía ver su reflejo en él. Indra encontró un anillo de oro, que metió en su bolsillo a pesar de sus propias advertencias. Sólo Conven no participó, marchando por el camino, mirando hacia el horizonte como si el mundo ya no le importara.

Krohn lloriqueó, y Thor volteó a verlo empujando una pieza de joyería con su nariz. Thor se arrodilló y vio que era un collar de animal, tal vez de un perro, lleno de rubíes y zafiros. Krohn lloriqueó otra vez, y Thor se dio cuenta de que Krohn quería usarlo.

Thor lo levantó y Krohn bajó la cabeza como si quisiera usarlo. Thor lo colocó alrededor de su cuello, y Krohn se inclinó y lo lamió.

Thor miró a Krohn y fue asombroso ver cuánto brillaba la joya, resaltando en su pelaje blanco. Hacía lucir a Krohn más majestuoso, más poderoso. Le quedaba perfectamente.

Todos continuaron caminando, más y más arriba por el sinuoso sendero de la montaña, el viento soplaba más fuerte, la elevación dificultaba la respiración. Thor pronto se encontró preguntándose si alguna vez alcanzaría la cumbre. Los picos de las montañas parecían extenderse hasta el fin del mundo.

"No veo a ningún dragón", dijo finalmente O'Connor a Indra.

"No te preocupes", respondió ella, "pronto los verás".

Hubo un estruendo bajo, distante, como un gruñido, y la tierra tembló bajo sus pies. Todos se detuvieron y escucharon. Thor reconoció de inmediato el

sonido, de cuando estuvo en Los Cien. Era el rugido de un dragón.

Hacía que todo fuera real, y Thor tragó saliva, dándose cuenta de la locura de esta misión.

Continuaron marchando, y cuando Thor estaba comenzando a sentir que ya no podía dar un paso más, que las piernas le temblaban, finalmente llegaron a la cumbre del pico más alto. Todos se quedaron allí parados, jadeando y observaron el panorama. Lo que vieron los dejó sin aliento.

Extendido por debajo de ellos estaba un amplio valle con volcanes por todas partes. Arrojan lava, llenando el aire de un color rojo brillante, lanzando un calor tan fuerte que calentaba el día helado desde aquí. Ríos de lava fluían por todas partes, y la tierra y el cielo estaban negros de cenizas y hollín.

A lo lejos, en el horizonte, rugían las llamas y el humo. Hubo un gran estruendo, en algún lugar fuera del alcance de la vista.

La guarida de los dragones. Thor pudo sentir su poder desde aquí.

El panorama que había ante ellos parecía una de las grandes maravillas del mundo. Él tenía la misma sensación de cuando vio el cañón por primera vez. Mágico, misterioso, atractivo — y peligroso.

Llegó otra ráfaga de viento, ésta lo suficientemente fuerte para hacerlos perder el equilibrio, y Thor y los demás se miraron unos a otros. También se quedaron parados en su lugar, indecisos a dar el siguiente paso.

Finalmente, Conven dio un paso adelante, bajando por el sendero, que descendía suavemente a través del vasto paisaje, serpenteando por los campos de lava, hacia la siempre distante guarida de los dragones.

Thor y los demás le siguieron, y mientras caminaban y caminaban, Thor tenía una sensación creciente de mal agüero, como si estuvieran siendo vigilados.

De repente se escuchó un ruido, un gran batir de alas, y Thor miró hacia arriba y vio a lo alto a un enorme dragón, planeando, dando vueltas en círculo. Por suerte, no parecía haberlos detectado, pero el batir de las alas era muy fuerte, Thor podía oírlo desde aquí. Las alas eran tan amplias que manchaban el cielo, y desde aquí la bestia inmensa, primordial, parecía mágica. Invencible.

Thor no podía creer cuán cerca estaban, después de todo ese tiempo, de finalmente llegar a la guarida de los dragones, el lugar donde se encontraba la Espada. Thor podía sentir la energía de la Espada desde aquí. Estaba emocionado al sentir que finalmente estaba aquí, a su alcance. Su corazón se

aceleró.

Thor también sentía una tremenda energía vibrando por dentro, y sabía que estaba en un lugar muy poderoso, tanto física como espiritualmente. Nunca había experimentado algo así antes, y se sintió abrumado por la sensación. Sabía que se avecinaba una batalla tremenda para ellos. Y sabía que la batalla sería más espiritual que física.

Todos los chicos miraron hacia arriba con asombro, mientras el dragón volaba.

"¿Y cómo vamos a luchar contra eso?", preguntó O'Connor. "¿Creen que nuestras armas sirvan de algo?".

"Sin mencionar sus llamas", dijo Indra. "Los incinerará en pocos minutos".

"Debemos tener fe", dijo Thor. "Estamos en la misión más grande que nosotros mismos".

Continuaron caminando y al hacerlo, de repente, un pequeño volcán al lado de ellos, hizo erupción, arrojando lava en el aire. Lanzó una corriente de chispas y lava alrededor de ellos, apenas esquivándolos, mientras corrían fuera del camino.

Cuanto más adentro iban, más de estos pequeños volcanes hacían erupción, y la lava se hizo más intensa; tenían que esquivarla cada pocos metros. Todavía tenían una buena distancia que recorrer para llegar al extremo de los campos.

Mientras caminaban, todos ellos estaban cada vez más nerviosos; de repente todos se detuvieron al escuchar un horrible gruñido detrás de ellos. El ruido parecía el del rugido de un tigre, pero con fuego en su garganta. Hizo que a Thor se le pusieran los pelos de punta.

Thor se volvió lentamente, al igual que los demás, y estaba horrorizado ante lo que vio; un pequeño volcán hizo erupción, lanzando lava al aire, y mientras ésta caía al suelo, tomó la forma de una criatura grande, de dos veces el tamaño de un gorila, hecho totalmente de fuego derretido. Mientras la criatura reclinaba su cabeza y rugía, movía sus brazos y enviaba fuego y lava volando por todos lados. Una pequeña mata de pelo quemó el brazo de Thor al pasar junto a él, haciéndole gritar de dolor.

Todos se tiraron al suelo cuando las llamas y pequeños trozos y pedazos de lava salían volando por todos lados.

"¡Mi escudo!", gritó Reece.

Reece corrió hacia adelante antes que los demás, con su escudo de platino nuevo, y mientras lo sujetaba frente a ellos, todos se cubrieron detrás de él; el

escudo se extendió mágicamente, haciéndose lo suficientemente grande para que todos se resguardaran.

Trozos de lava rebotaban de él, sonando como si fuera granizo, silbando, abollando el escudo, lanzando hacia arriba un olor acre a azufre y humo.

El monstruo, enfurecido, rugió otra vez, y el suelo silbó mientras se dirigía hacia ellos.

Conven salió por detrás de la seguridad del escudo, levantó una espada a lo alto y se dirigió hacia la bestia; mientras se acercaba imprudentemente, metió la espada directamente a través de la barriga del monstruo. Pero el monstruo se quedó allí parado, sin inmutarse y Conven miró hacia abajo, horrorizado al ver que la espada se derretía en sus manos, doblándose y cayendo al suelo.

O'Connor se quedó parado y le disparó flechas doradas con su nuevo arco; pero las flechas, al acercarse a la bestia también se derritieron, cayendo todas como llama a la tierra.

Elden saltó y lanzó su hacha, que fue dando un sinfín de volteretas hacia la criatura, ardiente, poniéndose negra, y cayendo en el otro lado, derretida.

Thor colocó una bola dorada en su honda, estiró la mano hacia atrás y la lanzó — pero la criatura simplemente levantó la palma de la mano y atrapó la bola dorada en el aire, y el oro se derritió convirtiéndose en un charco, a sus pies.

La bestia retiró su mano y golpeó a Conven en la cara. Conven tropezó y cayó al suelo, gritando, agarrando su cara ya que el golpe le dejó una quemadura en un costado de la mandíbula. Después, la bestia levantó un puño para bajarlo en el cuello expuesto de Conven, y Thor sabía que la bestia lo quemaría vivo.

Thor dio un paso adelante, extendió su mano y cerró los ojos. Sintió la naturaleza ardiente de esta bestia. En lugar de combatirla, trató de convertirse en uno con ella. Y entonces, hizo acopio de su voluntad para que su mano enviara hielo.

Thor abrió los ojos para ver un río de hielo salir volando, irradiando, cubriendo a la bestia antes de que pudiera atacar a Conven. La bestia aulló mientras, poco a poco, el hielo se extendía sobre él y lo dejaba congelado en donde estaba.

Entonces, finalmente, la bestia se hizo pedazos y se derritió en un charco de agua a sus pies.

Los demás voltearon a ver a Thor con una mirada de agradecimiento y alivio, y Thor, agotado, se derrumbó sobre sus rodillas, con el brazo ardiendo

del dolor de la quemadura y consumido por el uso de la magia. Se dio cuenta de que lentamente iba logrando controlarla. Pero también sintió que estaba teniendo un costo mayor para él. Todavía no era capaz de controlar su resistencia, y sintió como si le hubieran quitado toda.

Reece y O'Connor se acercaron y lo levantaron, ayudando a llevarlo mientras continuaban su viaje.

Siguieron adelante, apresurándose a través de los campos de lava serpenteantes, siguiendo el camino de huesos, tratando de estar lo más lejos posible de la lava como fuera posible. El olor a azufre en el aire fue más fuerte, así como las oscuras nubes de ceniza, el trueno perpetuo, las explosiones de fuego. Thor sabía que en algún momento, esos sonidos ya no eran de los volcanes: ahora, mientras se acercaban, también estaba el sonido de la respiración de los dragones.

Mientras el sendero ascendía y descendía, serpenteaba dentro y fuera de los campos de lava, finalmente los llevó a una loma, a un lugar donde la tierra caía ante ellos y Thor vio algo que sabía que se quedaría con él por el resto de sus días — aunque a muchos de ellos los había dejado.

Delante de ellos había un gran mar de fuego y lava, chispeante, burbujeante, imposible de cruzar. Más allá había una tierra de arena negra y azufre, una enorme cueva dentro de un antiguo precipicio. Y llenando el cielo, agitando sus alas, gritando, rugiendo, estaban cientos de dragones, oscureciendo el cielo. Todos sacaban llamas de sus bocas, llenos de furia, con sed de sangre. Varias docenas más estaban dentro de la cueva, vigilando la entrada.

"Es La Guarida de los Dragones", dijo Indra.

La habían encontrado. Y en algún lugar, dentro de esa cueva, estaba la Espada del Destino.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Godfrey caminaba rápidamente a través de la noche, recorriendo las calles traseras de Silesia, con Akorth y Fulton junto a él. Mientras veía a sus compatriotas, tuvo que mirar dos veces para darse cuenta de que eran sus amigos: los uniformes del Imperio que llevaban eran tan convincentes, especialmente con las placas frontales hacia abajo, que engañaron incluso a él, su amigo de toda la vida.

Mientras marchaban hacia lo desconocido, Godfrey estaba orgulloso de sí mismo y también un poco sorprendido: no tenía idea de que su plan, que fue improvisando y evolucionando conforme avanzaba, tendría la mitad del éxito que había logrado. Él pensó que junto con Akorth y Fulton, eran los héroes más improbables, los únicos miembros del ejército de Silesia que seguían aún en pie, escurriéndose en la noche, sólo ellos tres, disfrazados con esos ridículos uniformes, para oponerse a un ejército de millones de Andrónico. Era tan absurdo que si Godfrey lo estuviera mirando a lo lejos, se habría reído.

Pero esto era real y él estaba allí, y la vida y la muerte estaban en juego — y Godfrey no se reía. Tampoco sus amigos. Todos marcharon rígidamente, aterrorizados conforme pasaban por los campos de los soldados del Imperio patrullando por todas partes, arrimados cerca de las fogatas, con sus espaldas contra el viento, intentando entrar en calor. Los tres caminaron con su pecho hacia fuera, tratando de pavonearse, de actuar como si pertenecieran y estuvieran en una misión de gran importancia.

Con cada nuevo paso que daba, el corazón de Godfrey se aceleraba por el miedo a ser descubierto. Estaba aterrado de que alguien notara el tamaño incompatible de su uniforme o de sus rayas torcidas o del rumbo que estaban siguiendo, o que se detuvieran a preguntar adónde iban los tres a esta hora de la noche. Aceleró su ritmo, igual que sus amigos, y pudo sentir que estaban tan nerviosos como él.

Akorth y Fulton también apestaban a cerveza, lo que lo ponía nervioso; se preguntaba si un típico soldado del Imperio bebía tanto como estos dos, y si eso podría delatarlos. Estaba seguro de que la cerveza que habían bebido les estaba ayudando a calmar sus nervios, pero Godfrey no había tomado ninguna cerveza y eso le hacía sentir envidia. Aun así, estaba feliz de tener su compañía, y sabía que los necesitaría si tenía alguna posibilidad de hacer lo

que iba a intentar.

Godfrey serpenteó las calles, decidido a salvar a su hermano Kendrick. Lo había visto junto con los otros en las cruces horas antes, y le había roto su corazón. Godfrey siempre había tenido una debilidad por Kendrick, él único caballero que no había sido condescendiente con él, que no le había hecho sentir que era inferior a ellos. Después de detectarlo, Godfrey había formulado un plan y había esperado la hora propicia junto con Akorth y Fulton hasta caer la noche, para hacer su movimiento. Finalmente, había llegado el momento.

"Esto nunca va a funcionar, ¿lo sabes?". Akorth dijo, eructando cerveza junto a él, dando tumbos, un poco fuera de balance.

"Esta es probablemente la cosa más tonta que he hecho", dijo Fulton. "Aunque tengo que admitir que me siento casi como un héroe. "Se siente muy bien, tengo que reconocerlo", dijo él, sonriendo, mostrando la falta de dientes.

"*Casi* es la palabra clave", dijo Akorth. "Sólo eres un ebrio idiota y torpe, con el uniforme del enemigo, igual que yo. Eso no te hace un héroe. Sólo te hace valiente. Lo que también significa estúpido. Todos deberíamos estar en la taberna, cerca de una fogata y con una cerveza caliente. En cambio, aquí estamos, congelando nuestros traseros por nada".

"¡Cállense los dos!", dijo Godfrey.

Ellos aminoraron su paso a un trote, mientras el grupo de soldados del Imperio pasaban delante de ellos. Los soldados los miraron de arriba a abajo con cautela y Godfrey rezó para que ellos no notaran nada fuera de lugar — ni lo vieran temblando.

Dieron vuelta a una esquina y antes de que lo hicieran, Godfrey vio a los soldados dar marcha atrás y mirar sobre sus hombros, dudando. Pero entonces, finalmente siguieron caminando. Godfrey dio un suspiro de alivio. Había estado cerca. Tal vez tenían cosas más importantes que hacer; tal vez estaban inseguros; o tal vez tenían demasiado frío.

"Escuchen los dos", susurró Godfrey duramente. "Dejen de discutir. Tienen razón: es imprudente. Y no sé qué rayos estoy haciendo. Pero sé cómo sobrevivir. Y ustedes también. Así que dejen de hablar y síganme y hagan lo que les diga. Si no, entonces den la vuelta y regresen a casa ahora. Podrían seguir vivos hoy. Pero, ¿creen que seguiremos vivos dentro de un mes?".

Los dos se miraron uno al otro, luego guardaron silencio y continuaron caminando al lado de Godfrey.

Atravesaron por una plaza de escombros y destrozó a Godfrey ver la destrucción alrededor de él, ver a toda esa gente atada unos con otros,

esclavizados, ver todos los cadáveres. Se dio cuenta de lo afortunado que era al no estar ahí tirado con los demás.

Entraron en el patio y la ansiedad de Godfrey aumentó. Había más soldados aquí, repartidos en pequeños grupos, arrimados cerca de las fogatas. Pero, en el otro extremo, en las sombras, vio el motivo por el que había venido: una fila de cruces, en las que estaban atados los soldados más importantes — incluyendo a Godfrey.

"Mantengan la cabeza baja al caminar, pero no demasiado bajo", Godfrey le susurró a los demás conforme caminaban por el patio, más allá de las filas de soldados. "Actúen con naturalidad, como si pertenecieran aquí. Síganme".

Asintieron nerviosamente.

Godfrey duplicó su ritmo, tratando de impedir caminar demasiado rápido, demasiado notoriamente, mientras se dirigían a la fila de cruces y a Kendrick.

Kendrick estaba allí colgado, encorvado sobre su cruz, gimiendo, con los ojos cerrados. Parecía más muerto que vivo.

Godfrey le silbó.

"¡Kendrick!".

Godfrey silbó varias veces, preguntándose si estaba muerto, hasta que finalmente, Kendrick levantó su barbilla y abrió ligeramente los ojos. Sus ojos parpadearon varias veces.

Kendrick lo miró confundido, y después Godfrey se dio cuenta: dado su uniforme, Kendrick pensó que era un soldado del Imperio.

Godfrey levantó su placa frontal, mostrándose a sí mismo.

Los ojos de Kendrick se abrieron de par en par por la sorpresa.

"Hemos venido a cortarte las sogas", dijo Godfrey. ¿Entiendes?

Kendrick asintió rápidamente, y Godfrey escaló la cruz, sacó su daga, estiró la mano detrás de él y cortó las sogas que ataban sus tobillos, luego sus muñecas.

"¡Hagan lo mismo con los demás!", le dijo Godfrey a Akorth y a Fulton, y entraron en acción, siguiendo su ejemplo y cortando las sogas de los otros soldados.

Cuando Godfrey cortó la soga final, Kendrick de repente se derrumbó de la cruz, aterrizando sobre Godfrey, derribándolo con él. Brom, Srog y Atme se derrumbaron sobre Akorth y Fulton, todos ellos dando tumbos hasta el suelo.

Godfrey no esperaba eso, ni había anticipado que Kendrick estuviera tan pesado. Kendrick estaba encima de él, gimiendo, como un muñeco de trapo y Godfrey se levantó, lo arrastraron a sus pies y puso un brazo sobre su hombro,

su corazón latía aceleradamente por la emoción y temor de que escaparan antes de que fueran descubiertos.

"¿Estás bien?", preguntó Godfrey.

Kendrick asintió con la cabeza.

"No te preocupes por mí", dijo Kendrick. "Salva a los otros".

Akorth y Fulton arrastraron a Brom, Srog y Atme, y mientras Godfrey se preparaba para cortar a más hombres, de repente, se escuchó una voz.

"¡Hola, allí estás!".

Godfrey dio vuelta y se sintió descorazonado al ver a un grupo de soldados del Imperio, al otro lado del patio, corriendo hacia ellos.

"¿Qué significa esto? ¿Quién ordenó cortar a estos prisioneros?", preguntaron ellos.

"¡CORRAN!", gritó Godfrey.

Godfrey, Akorth y Fulton comenzaron a correr, arrastrando a Kendrick, Brom, Srog y Atme.

"¡Por aquí!", dijo una voz.

Mientras Godfrey corría, volteó a ver, arrodillada al lado de la pared de piedra, a una hermosa mujer de piel morena, de la raza del Imperio. Ella hizo un gesto frenético hacia él para que la siguiera y entrara en un pequeño pasadizo secreto escondido en la piedra. Godfrey vaciló, preguntándose si no debería confiar en ella — pero entonces escuchó los gritos de los soldados detrás de él y sabía que no tenía elección.

Godfrey condujo a los demás hacia la mujer, todos ellos agachándose en el pasadizo secreto en las sombras de la pared de piedra. Cuando todos entraron corriendo, ella cerró rápidamente la rejilla metálica detrás de ellos.

Se encontraron dentro de una habitación pequeña, oscura, oculta detrás de la pared, y Godfrey se arrodilló al lado de la mujer y observó, conteniendo la respiración, cómo el grupo de soldados pasaba corriendo, dirigiéndose hacia el patio, buscándolos. No habían visto a dónde se fueron. Había funcionado.

"¿Quién eres tú?", preguntó Godfrey, más agradecido que nunca.

"Sandara", respondió. "Y eres muy afortunado de estar vivo".

CAPÍTULO VEINTICINCO

Thor despertó en cuanto la primera luz salió en el horizonte, lanzando un extraño brillo de color rojo sobre los campos de ceniza, sobre el valle de los volcanes que hacían erupción alrededor de ellos. Había sido una de las noches más terribles de su vida. Todos habían decidido instalarse, esperar la noche hasta el amanecer, cuando los dragones dejaban su guarida.

Toda la noche, los sueños de Thor habían sido interrumpidos por los ruidos de explosión de los volcanes, por ráfagas de fuego, por el calor abrasador de corrientes de lava alrededor de ellos. Más de una vez había despertado por sueños en los que estaba durmiendo sobre el borde de uno de los soles, solamente para ver un flujo de lava llegando hacia él y teniendo que rodar fuera del camino.

Era difícil respirar aquí, también, las nubes eran más gruesas, había cenizas en todas partes; casi no podía respirar cuando ellos despertaron, con ceniza en sus oídos y ojos y nariz, en las mejillas, en sus manos. Miró las caras de sus compañeros y vio que ellos también estaban manchados por las cenizas. Podría decir que ninguno de los otros había descansado; todos parecían no haber dormido y estar nerviosos.

Surgió otro rugido distante, la tierra temblaba y los ruidos terribles de los dragones comenzaron otra vez. La primera luz inició con un coro de gritos, una gran cacofonía dividiendo el aire. Mientras todos se dieron vuelta y miraron por encima de la colina, vieron en el horizonte a un dragón tras otro elevándose en el aire, aleteando fuera de la cueva y del acantilado, con sus largas garras colgando mientras batían sus alas, volando más y más alto, chillando y arqueando sus cuellos. Las criaturas estaban a cientos de metros de distancia, eran de color negro, verde, púrpura y escarlata, cubiertas de escamas antiguas. Volaron cerca unas de las otras, después alejándose, abriéndose paso en zigzag constantemente en un patrón complejo.

Uno tras otro saltaron del acantilado, despegando al unísono, como un ejército. A lo lejos, una criatura bajó en picado y escupió, llenando el cielo de llamas, y Thor al principio se preguntó hacia qué cosa bajaba en picado.

Entonces Thor lo vio. Se sorprendió al ver, en el horizonte a un contingente del ejército de Andrónico, liderado por Rómulo. Allí, al otro lado del mar de lava, marchaban cientos de hombres, con los escudos en alto, hacia la Guarida de los Dragones. Los dragones los habían visto.

Se escucharon horribles gritos mientras los dragones se dirigían hacia ellos y arrojaban chorros de fuego, quemando sus escudos. Los escudos se derritieron y los soldados, gritando, ardieron en llamas; ellos entraron en pánico y corrieron unos hacia otros, haciendo que los otros se incendiaran. Era un caos.

El resto del ejército de Rómulo continuó avanzando y las filas traseras fueron hacia adelante y arrojaron lanzas hacia los dragones que volaban por lo bajo. Pero las lanzas solamente rebotaban en las gruesas escamas.

Más dragones bajaron en picado, agarrando a los soldados con sus garras y volando con ellos, en lo alto del cielo, jugando con ellos, dejándolos caer, gritando, después bajando en picado y atrapándolos. Lo hicieron una y otra vez, hasta que finalmente, cuando se cansaron del juego, llevaron volando a los soldados sobre los volcanes y los dejaron caer. Los hombres gritaban al volar por el aire y estaban envueltos en llamas.

Los hombres de Rómulo estaban siendo masacrados. Finalmente, se dieron vuelta y huyeron. Pero los dragones no los dejaban ir. Los persiguieron, haciendo llover fuego sobre ellos, incinerando casi a todos.

"Ahora es nuestra oportunidad", dijo Thor, dirigiéndose a los demás. "Todos los dragones han huido de la guarida. Están preocupados. Debemos conseguir rápidamente la Espada, antes de que regresen".

"Pero, ¿cómo?, preguntó Reece. "No podemos cruzar el mar de lava".

Thor sabía que tenían razón. No podrían cruzar el mar. Aunque tuvieran un barco, se derretiría en segundos.

Thor cerró los ojos, necesitaba sacar su poder ahora, más que nunca. Se permitió a sí mismo sentir el poder de este lugar. De hacerse uno con él.

Al hacerlo, sintió una energía muy distinta. La energía de un dragón. Lo hizo abrir sus ojos, perplejo, mientras una corriente recorría su cuerpo, desde la punta de sus dedos hasta los pies. Sintió un cosquilleo, una sensación pulsante en las puntas de sus dedos, y cuando abrió los ojos, vio a un dragón solitario que seguía en la cueva. Era más pequeño que los demás, morado oscuro, con enormes ojos rojos y brillantes.

Se dio vuelta y miró a Thor. Thor presintió su nombre: Mycoples. Era hembra. Sintió que ella le hablaba directamente a él.

Con un chillido, Mycoples de repente se levantó en el aire, volando hacia ellos.

"¡Quedó un dragón!", gritó Indra. "¡Viene hacia nosotros! Estamos acabados".

"No, no lo estamos", respondió Thor, con calma. "No intenten dañarla".

Los demás escuchaban, Reece bajó su lanza y O'Connor su arco.

Thor sintió la tremenda energía del dragón pasando a través de él, y sintió un nuevo poder, irradiando a través de su cuerpo. Levantó sus manos hacia el cielo y volteó sus palmas hacia arriba. Sintió que Mycoples iba hacia ellos y que lo invocaba. La sintió *queriendo* venir, como si lo hubiera estado esperando. Sintió una conexión más fuerte con esta bestia que lo que tenía que hacer en su vida.

Mycoples chilló mientras se acercaba. Todos los amigos de Thor se prepararon con miedo, mientras caía en picado, pero Thor no. Él sabía que no podría escupir fuego, sabía que no iba a atacar. Él la conocía mejor a ella que a él mismo.

Mycoples bajó lentamente hasta el suelo, moviendo sus grandes alas, aterrizando justo ante Thor. La tierra tembló al hacerlo.

Mycoples se volvió y miró a Thor; su lengua larga escupiendo, luego retrayéndose. Sus enternecedores y brillantes ojos rojos se encontraron con los suyos, y sintió como si estuviera encontrándose con una persona de otra vida.

Mycoples dio vuelta y apartó la mirada, con orgullo. Se sentó allí, como esperando.

"Sígueme", dijo Thor a los demás.

Thor saltó en la parte trasera de Mycoples, sin miedo, como si fuera la cosa más natural del mundo. Los demás se miraron unos a otros, estupefactos. Se quedaron allí parados, demasiado paralizados por el asombro para moverse.

Entonces, de uno en uno, todos le siguieron, saltando sobre la parte trasera de Mycoples detrás de él, e Indra llevaba a Krohn.

Después de que todos se subieron, Thor se inclinó hacia adelante y acarició el cuello del dragón. Sus escalas eran gruesas, suaves, y la sensación le electrificó. Él se inclinó hacia adelante y le susurró al oído.

"Vieja amiga", dijo, "llévanos a tu casa".

Mycoples dio una sacudida y saltó en el aire.

Se disparó hacia arriba, y Thor se sujetó con todas sus fuerzas, al igual que los demás; ellos gritaban y se agarraron con fuerza por sus vidas. Mycoples finalmente se niveló, batiendo sus enormes alas mientras los hacía volar por el mar de lava. Estaban completamente a su merced; si ella decidía soltarlos, todos estarían muertos en un instante. Sin embargo, Thor nunca había confiado más en alguien o en algo en su vida.

Desde aquí arriba, cuando miraban hacia abajo, Thor tuvo la vista más

increíble de la Tierra de los Dragones, extendida por debajo de ellos. Era solitaria, angustiada y tan hermosa que quitaba el aliento. Sin duda era una tierra de fuego y poder, iluminada por el sol rojo intenso de la primera luz.

Cuando se acercaban a la guarida, Thor acarició su cuello y Mycoples bajó hacia la boca de la cueva, dejándolos en la entrada. Todos desmontaron.

"Espéranos", Thor le susurró a Mycoples antes de que se fuera. Ella ronroneaba, parpadeando lentamente y agitando sus alas una vez, como si entendiera.

Thor giró junto con los demás, y todos corrieron hacia la cueva. No había mucho tiempo antes de que los demás dragones volvieran, y cada segundo contaba.

Thor estaba asombrado. La cueva estaba llena de montículos de tesoro, torres de monedas de oro, joyas, cofres de tesoros, armas — todas las formas de oro y tesoros que pudieran encontrar. Era como un interminable túnel de tesoros, la luz brillaba con todo, y al pasar Thor tuvo que resistir el impulso de detenerse y examinar, de estirar la mano para tomar algunas cosas.

Thor corrió y corrió, sintiendo la energía de la Espada del Destino que estaba más adelante, atrayéndolos.

Finalmente, respirando con dificultad, dieron vuelta en una curva y allí, al final de la cueva, justo en el centro, estaba ella sobre un pedestal especial.

La Espada del Destino.

Todos se detuvieron en seco, jadeando, todos mirando, con los ojos abiertos de para en par, maravillados. Todos estaban demasiado estupefactos para decir una palabra.

"¿Y ahora qué?", preguntó O'Connor.

"Si nadie puede blandirla", preguntó Elden, "¿cómo podremos llevarla de regreso? Los ladrones necesitaron una docena de hombres para cargarla".

"La leyenda cuenta que solamente un MacGil, un verdadero MacGil puede blandirla", dijo Thor. "Hay un MacGil entre nosotros".

Todos se dieron vuelta y miraron a Reece.

Pero Reece se quedó allí y sacudió su cabeza.

"No soy el primogénito", dijo. "No puedo ser rey. No puedo ser El Elegido. Solamente soy un MacGil más".

"Aún así, eres un MacGil", instó Thor. "Tienes que intentarlo".

Se escucharon los rugidos lejanos de los dragones, sacudiendo la cueva. Ellos estaban empezando a volver.

"Date prisa", dijo O'Connor. "No tenemos mucho tiempo".

Reece avanzó rápidamente, corrió hacia la Espada, levantó las dos manos y con todas sus fuerzas, intentó izarla.

Él gruñó y gimió por el esfuerzo — pero no pasó nada. No se movió.

"No tenemos nada que perder", dijo Indra. "¿Por qué no lo intentamos todos?".

Thor miró por encima de su hombro, mirando la boca de la cueva, mientras los demás corrieron hacia adelante, guiados por Elden.

De uno en uno, Elden, luego O'Connor, después Conven intentaron izarla. Incluso Indra lo intentó.

Pero no se movía.

Lo intentaron todos juntos.

Aun así, no se movió.

"¡Ven, ayúdanos!", gritó Elden.

Thor corrió hacia adelante, y al acercarse a la Espada, ocurrió la cosa más extraña: todos los demás se alejaron, como si la energía los rechazara. Abrieron un amplio círculo para Thor.

Thor dio un paso adelante, puso una mano sobre ella, y sintió una acometida de energía a través de él, como nunca había experimentado. Parecía como si estuviera agarrando el sol. Como si supiera lo que significaba estar vivo por primera vez.

Una intensa energía recorrió su brazo y hombro y todo su ser, mientras Thor se inclinaba de nuevo y de repente izó la Espada, fácilmente, por encima de él.

Todos los demás lo miraron con asombro y admiración. Una intensa luz dorada brilló sobre él, más brillante que el tesoro, iluminando la cueva, envolviéndolos a todos. Al unísono, todos sus amigos se arrodillaron ante él.

No entendía lo que estaba sucediendo. Fue todo muy surrealista.

Aquí estaba él, sosteniendo la Espada del Destino, la espada que sólo un MacGil, sólo El Elegido, podría esgrimir.

¿Quién era él?

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Erec estaba parado en la base de la quebrada, solo ante el ejército del Duque, de pie, mirando el estrecho túnel de oscuridad, esperando. Se quedó allí parado, con las manos en sus caderas, mostrando una sensación de calma para todos los que tenían sus ojos puestos en él; sin embargo, en el fondo, se sentía ansioso. Su sexto sentido le decía que los hombres de Andrónico estaban cerca. No podía quedarse sentado en su caballo a esperar. Tenía que estar de pie, en el suelo, al frente, ante los demás. Ése era él.

Erec había repasado en su mente las posiciones de sus hombres en incontables ocasiones, había ensayado su estrategia, había intentado pensar en todos los escenarios, en todo lo que podría salir mal. Se sentía seguro, preparado. Todos los hombres del Duque habían estado en posición, esperando por horas, todos confiando en él.

Pero había pasado mucho tiempo. ¿Podría estar equivocado? Fugaces pensamientos de duda pasaron por su mente. ¿Qué sucedería si ejército de Andrónico no pasaba por allí? ¿Qué pasaría si fueran más cautelosos de lo que tenía pensado y eludían el barranco? ¿Qué pasaba si atacaban Savaria, que estaba sin protección, ahora? ¿Y si, por primera vez en su vida militar, había calculado mal? Todas las vidas de estas personas dependían de él. Y también la de Alistair.

Erec se dijo a sí mismo que tenía que dejar de dudar y confiar en sus instintos. Había hecho su elección y necesitaba llegar hasta el final. Aunque nunca había conocido a Andrónico ni a sus comandantes, sentía como si ya los conociera. Siempre anticipaba los pensamientos de los otros comandantes, siempre había tenido un talento para ponerse en los zapatos de ellos. Y conocía la topografía del Anillo mejor que nadie — especialmente que cualquier invasor.

Lo cual era irónico, teniendo en cuenta que Erec era forastero de origen. Él había crecido en las Islas del Sur y había llegado para el entrenamiento con los MacGil, siendo un niño. Tal vez porque se sintió extranjero desde el principio, había considerado su deber no dar por sentado el Anillo, como quienes habían crecido aquí, sino memorizar cada rincón y grieta, cada contorno, cada montaña, valle y barranco. Especialmente desde una perspectiva militar. Él sabía cómo avanzaban los hombres, sabía dónde descansaban, y sabía a donde se retiraban. Había estudiado todas las historias,

todas las grandes batallas. Él sabía cómo fueron ganadas las batallas y cómo se perdieron.

Y todo lo que había conocido le decía que este barranco era por donde los hombres de Andrónico pasarían.

Mientras más tiempo pasaba, los soles se elevaban más en el cielo, los hombres del Duque se volvían más impacientes y comenzaban a perder la disciplina; Erec podía comenzar a oír cómo se retorcían, cómo tosían, estornudaban y cómo arrastraban las patas los caballos. Él sabía que el tiempo se acababa.

Fue entonces cuando empezó. Comenzó con el más leve temblor, que apenas podía sentir en las plantas de sus pies. Él sabía que se acercaban.

Erec dio la vuelta y montó su caballo, al lado del Duque y Brandt, por delante de todos los hombres. Todas las miradas estaban sobre él.

"Ya vienen", dijo Erec al Duque, mirando hacia la quebrada.

"No escucho nada", respondió el Duque.

"Ni yo", dijo Brent. "¿Estás seguro?"

Erec asintió con la cabeza, mirando al frente.

"¡PREPÁRENSE!". Erec gritó a los hombres. "¡A SUS POSICIONES!".

Los hombres se movían a toda prisa, poniéndose en sus posiciones finales, mientras Erec estaba allí parado, dominando la situación con orgullo, justo al centro del barranco, con varias docenas de guerreros rodeándolo. Su grupo sería suficiente para incitar al enemigo, para darles la seguridad para avanzar hacia la barranca. Si era un buen comandante, iría hacia adelante, sería una presa fácil. Si era un gran comandante, él vacilaría, percibiría el peligro y se retiraría.

Según la experiencia de Erec, no había muchos estupendos comandantes. El poderío y una senda de victorias generalmente envalentonaban a los comandantes, los dejaba siendo imprudentes y los llevaba a un error de cálculo. Incluso los estupendos comandantes eran presa de la arrogancia, de la trampa del ímpetu. Erec sabía que una vez que traes la victoria en la sangre, es difícil imaginar la derrota.

Eso era con lo que contaba Erec: en este punto, los hombres de Andrónico serían incapaces de pensar en otra cosa que no fuera la victoria.

Erec sintió un temblor distinto, que la tierra se movía, las piedras a su alrededor se desplazaban, las pequeñas rocas comenzaban a deslizarse por la cara del acantilado. Erec vio el pánico en los ojos de los hombres del Duque cuando, a lo lejos, en el otro extremo del barranco, el ejército de Andrónico

surgía a la vista.

Al principio, pudieron atisbar a unos cien hombres. Pero conforme iban acercándose, miles más aparecían a la vista. El ejército era tan grande como el mar, y como Erec había anticipado, todos se dirigían hacia el barranco. Por supuesto que lo harían. Con un ejército de ese tamaño, ¿qué podría detenerlos? ¿Para qué molestarse en escalar acantilados con todos esos hombres? La simple escalada les haría perder muchos días. Un ejército de ese tamaño no tenía nada que temer, y el barranco era la ruta más directa.

Erec se mantuvo firme, aunque una parte de él quería girar y huir, cuando los cientos de soldados de Andrónico cabalgaban orgullosamente en sus caballos hacia el barranco. Ahora lo vieron, y no vacilaron.

Un soldado iba al frente de ellos, se detuvo, levantó un puño e hizo una señal a los demás para pararse detrás de él. Por su apariencia, era su comandante, un enorme guerrero con cuernos que sobresalían de su cabeza y una mueca que le hacía saber a Erec que había estado en demasiadas batallas.

Los soldados detrás de él se detuvieron de inmediato, mientras su comandante, que estaba como a unos cuarenta y cinco metros de distancia de Erec, hizo una mueca. De repente miró, sospechosamente, alrededor de él, examinando los contornos del barranco, mirando directamente hacia las paredes, asomándose a la cima. Erec solamente rezaba para que sus soldados estuvieran bien escondidos allí arriba, como lo había ordenado, y que ninguno de ellos se asomara. Él sabía que todos estaban a la espera de su comando.

El comandante miraba en todas direcciones, como si presintiera que algo andaba mal. Él era un mejor comandante de lo que Erec había esperado, e hizo una pausa demasiado larga.

El corazón de Erec se aceleró, preguntándose si haría que sus hombres se dieran vuelta. Si lo hacía, la estrategia habría fallado.

Finalmente, el comandante fijó su mirada hacia Erec. Bajó la mano y galopó, yendo directamente hacia él. Interiormente, Erec sonrió. Como había predicho, este comandante había sido arrogante.

Detrás de él, los soldados del Imperio soltaron un gran grito, dirigiéndose directamente hacia él, acortando la brecha.

"¡MANTENGAN SUS POSICIONES!", Erec ordenó a sus hombres, mientras todos sus caballos saltaban nerviosamente.

El Imperio se acercó más, tal vez unos treinta y cinco metros.

"¡ESPEREN!", gritó Erec otra vez.

Cuando llegaron a unos dieciocho metros, Erec gritó:

"¡CUERNOS!".

Los cuernos sonaban arriba y abajo de la ladera de la montaña, y al unísono, todos sus hombres aparecieron en la parte superior del acantilado y comenzaron a empujar rocas sobre el borde del barranco. Docenas comenzaron rodando hacia abajo del acantilado, aplastando y matando a una multitud de soldados del Imperio.

Pero sucedió algo que Erec no había esperado: el barranco se redujo demasiado hacia la parte inferior, y las enormes rocas se atascaron a tres metros del suelo. Eso evitó a algunos de los hombres del Imperio una muerte instantánea y también dejó suficiente espacio para que los soldados del Imperio continuaran yendo a la carga, agachándose por debajo. Había ralentizado a los hombres de Andrónico, pero no los había detenido.

Ahora tenían una batalla en sus manos.

Erec estiró la mano hacia atrás y arrojó su lanza y en el momento justo, sus hombres liberaron sus lanzas; salieron volando a su alrededor, empalando a la andanada de soldados, derribando a varios de ellos de sus caballos. Pero más y más soldados del Imperio seguían llegando, en una secuencia interminable y Erec sacó su espada y se dirigió hacia el Duque, Brandt y varios otros a su lado.

Cerrando la brecha, Erec sacó su espada y se dirigió al grueso de los soldados. Erec era más fuerte y más rápido que cualquier guerrero, y el primero en ir a la carga fue su comandante. Él fue hacia Erec descaradamente, con una espada sostenida por lo alto; Erec hábilmente levantó su escudo, bloqueó el golpe y empujó su espada en el estómago del hombre con el mismo movimiento.

Sin dudarle, Erec cortó la cabeza de su comandante, y rodó hasta el suelo debajo de ellos.

Aún así, los hombres del Imperio seguían llegando.

Junto a él, Brandt levantó su lanza y mató a dos soldados del Imperio, mientras que el Duque blandía su mayal encadenado, derribando a dos hombres de sus caballos. Los hombres restantes del Duque se unieron a ellos, los mejores hombres del frente, todos corriendo para ayudar.

Pero todavía aparecieron más hombres del Imperio, abarrotando el barranco. Erec sabía que no podrían contenerlos por mucho tiempo. Necesitaban bajar esas rocas y bloquear la entrada.

"¡FLECHAS!", gritó Erec.

En el momento justo, las flechas cayeron sobre los hombres, procedentes de

la parte superior del barranco y derribaron a la siguiente ronda de soldados del Imperio.

Y a la siguiente.

Y a la siguiente.

Los cadáveres se amontonaban, y se volvió más difícil para el Imperio pasar a través de los hombres — pero aún así, el Imperio seguía acercándose.

Erec oyó repentinamente un gruñido y vio a una manada de lobos salvajes que los soldados del Imperio soltaron. La manada apareció en el barranco, sobre el grupo de cadáveres y saltó en el aire.

"¡LOBOS!", gritó Erec a los demás.

Los lobos alojaron sus colmillos en las patas de sus caballos, haciéndoles perder el equilibrio y saltar y desplomarse y tirar a los hombres del Duque al suelo. Al lado de Erec, su amigo Brandt cayó al suelo, y luego rodó rápidamente fuera del camino, mientras el caballo del Duque desfallecía, estando a punto de aplastarlo. Alrededor de ellos, caían los soldados, y de inmediato tuvieron mucho que hacer, con los lobos gruñendo.

Todos, a excepción de Erec. Él montaba a su compañero de confianza: Warkfin, un verdadero caballo de batalla, y Warkfin no cayó presa de los lobos como lo hicieron los otros caballos. En cambio, Warkfin se reclinó cuando los lobos se acercaron, tranquilos y sin miedo y giró y pateó a los lobos uno a la vez, aplastando a sus costillas. Cuando los lobos bajaron, Warkfin, salió en estampida, matándolos.

Sin embargo, más lobos y hombres llegaron por el estrecho espacio entre la roca atorada y el suelo, y Erec sabía que debía hacerse algo. Tenían que hacer caer esa roca, bloquear el camino del Imperio. Era demasiado estrecho y estaba muy congestionado para que cupiera allí un caballo; tenía que hacerse a pie. Erec sabía que solamente había una manera de hacer que eso sucediera.

Como no iba a dejar a otros una misión arriesgada, Erec desmontó de Warkfin y se preparó para lanzarse él mismo, solo, en el barranco e intentar lo imposible. En el segundo en que sus pies tocaron el suelo, un lobo gruñendo se abalanzó hacia él y saltó hacia su garganta; pero los instintos de Erec estaban bien afilados y se hizo a un lado, sacó su espada y mató a la bestia en el aire.

Erec entonces estiró la mano y sacó un arma que necesitaba del arnés de Warkfin: su martillo de guerra. Levantándola con las dos manos, se dirigió al centro de la batalla, en el barranco. Pero no antes de girar el martillo y aplastar a un lobo que estaba a punto de abalanzarse sobre la espalda expuesta de su amigo Brandt.

Erec se dirigió hacia los soldados del Imperio, yendo hacia la roca. Ampliamente superados en número, Erec giró violentamente. Derribó soldados de izquierda a derecha, aunque pagó el precio, recibiendo innumerables golpes menores y heridas. La estrechez del barranco trabajó a su favor, evitando que fuera totalmente rodeado por demasiados hombres a la vez.

Aún así, fue muy difícil. Erec luchó con todas sus fuerzas, pero llegaron demasiados hombres y lo estaban haciendo retroceder. La roca estaba muy lejos, y la marea de la batalla fue cambiando. Erec se encontró perdiendo fuerzas y sabía que, en minutos estaría completamente agotado.

*

Alistair caminaba de un lado al otro por los pasillos del castillo del Duque, tenía el estómago revuelto, diciéndole que algo andaba mal. Apenas podía estar en pie sabiendo que Erec estaba allá, luchando por todos ellos. Escondarse detrás de la seguridad de un muro del castillo, no era su estilo. Ella se había quedado ahí, solamente porque se lo había prometido a Erec, sólo porque él lo había decidido así. Pero ella no podía aguantar más.

Presintió que él estaba en gran peligro. Que la necesitaba. Tenía que hacer algo. Después de todo, Alistair no era una mujer cualquiera, no era solamente una esposa. Ella era hija de un rey y esposa de un noble guerrero. El orgullo y la lealtad corrían por sus venas, y nada cambiaría quién era.

Decidida, Alistair cruzó la sala y salió de la habitación, hacia el pasillo del castillo.

"¡Mi señora!", se escuchó la voz del asistente, sorprendido. "¿Adónde va? Se supone que debe permanecer en la seguridad de estas puertas. ¡Me han ordenado cuidarla!", dijo el soldado, nervioso, marchando rápidamente junto a ella al final del pasillo, tratando de mantener el paso.

Ella lo ignoró, continuando pavoneándose con paso firme.

"¡El Duque me cortaría la cabeza si supiera que la dejé salir!", pretextó el soldado. "¡Debo protegerla de una invasión!".

Pero Alistair caminó más rápido, abriendo la puerta de un golpe al final de otro corredor más. Finalmente, se volvió hacia él.

"No necesito tu protección", dijo ella con firmeza. "Ni la de nadie".

Luego se volvió y se apresuró hacia otro corredor, bajando la larga escalera de caracol, de piedra, de dos en dos, hasta que finalmente salió

corriendo hacia el patio, el soldado yendo rápidamente tras ella.

Alistair corrió hacia su caballo, lo montó y le dio una buena patada. Se marchó al galope, corriendo por el patio de Savaria, a través de la puerta abierta arqueada, ante las miradas de sorpresa de los guardias restantes. Parecía que no sabían cómo reaccionar, debatiendo entre cerrar las puertas, pero no estaban seguros.

Alistair no les dio tiempo para decidir: ella atravesó las puertas y fue hacia campo abierto. Cabalgó sola, a través del paisaje vacío, galopando hacia algún lugar en el horizonte, hacia algún lugar donde se encontraba Erec.

Ella no se detendría ante nada hasta que lo encontrara — y haría lo que pudiera para salvar su vida.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Kendrick se sentó acurrucado contra una pared, escondido dentro del pasaje debajo de Silesia; Godfrey, Akorth, Fulton, Brom, Atme, Srog y Sandara estaban con él. Los ocho habían estado encerrados allí toda la noche, escondiéndose de la gran cantidad de fuerzas del Imperio que los buscaban. Toda la noche Kendrick escuchaba los pasos apurados de soldados luchando, ansioso por encontrarlos. Pero estaban muy bien escondidos, gracias a Sandara.

Todos habían pasado la noche recuperándose, Kendrick durmiendo por primera vez, estirando sus extremidades cansadas, igual que los demás. Sandara les había dado agua y vino y había aplicado varias pomadas para ayudarlos a curar sus heridas. Aunque dolorido y rígido, Kendrick comenzaba a sentirse el mismo de siempre. Era surrealista estar aquí, volver a sentirse vivo. Estaba seguro de que nunca volvería a bajar vivo de esa cruz.

Kendrick miró a su hermano Godfrey con un nuevo respeto. Se desplomó contra la pared, Akorth y Fulton junto a él, tres personas en el mundo que Kendrick nunca hubiera imaginado que ayudarían en su rescate. Kendrick sabía que Godfrey no tenía las habilidades marciales de un guerrero — pero tenía que admirarlo por lo que había hecho: tener astucia y habilidades de supervivencia supremas. Finalmente, de todos ellos, Godfrey era el único que había logrado sobrevivir y liberarlos. Él también tenía un gran corazón. Disfrazado de soldado enemigo, Godfrey pudo haber huido; en cambio, arriesgó la muerte al regresar a buscarlos a todos. Eso hizo ver mejor a Godfrey ante los ojos de Kendrick; ahora pensaba en él como un guerrero, como cualquiera de sus compatriotas de Los Plateados. Y le debía la vida.

"Tengo que darte las gracias", dijo Kendrick, inclinándose sobre Godfrey.

Godfrey miró hacia arriba, sorprendido.

"Tú eres mi hermano", dijo Godfrey. "No tienes nada que agradecerme. Además, no hemos hecho gran cosa".

"Te equivocas", dijo Kendrick. "Hiciste algo tremendo. Mostraste valor y coraje. La mayoría de los hombres en tu posición habrían dado la vuelta y se habrían ido corriendo. Pero regresaste por nosotros".

Godfrey se encogió de hombros.

"Toda mi vida eludí mis deberes", dijo. "Era lo menos que podía hacer".

"La parte más difícil de todo esto no era tomar otro trago", intervino

Akorth, sonriendo.

"Esta cosa de ser héroe es difícil", dijo Fulton. "Si viniera con algunas cerveza, sería más tolerable".

Kendrick no pudo evitar sonreír.

"No te preocupes", dijo Brom, inclinándose. "Si salimos con vida de aquí, haré que tengan una taberna entera con su nombre, sólo para ustedes".

"Eres optimista", dijo Akorth. "Estamos completamente rodeados. Hay miles de tropas allí. No tenemos a dónde ir. ¿Cómo sobreviviremos a esto?".

"No es así", respondió Fulton, sacudiendo la cabeza. "Vamos a consumirnos en este túnel, como un montón de ratas y moriremos aquí".

"O es eso", dijo Akorth, "o nos rendimos".

Kendrick se levantó, agitado, habiendo enfrentado esos mismos pensamientos toda la noche.

Kendrick miró a Sandara, que estaba sentada contra la pared, viendo hacia abajo, tranquila. Era aún más hermosa en la tenue luz de esta cueva, bajo el parpadeo de la antorcha, que cuando la había visto mientras estaba arriba de la cruz. Su corazón latía más rápido al mirarla.

"Nos ayudaste mucho", le dijo a ella. "Arriesgaste tu vida por el enemigo".

"No eres mi enemigo", dijo ella. "Yo sirvo a Andrónico por obligación, no por voluntad".

"Aún así, te arriesgaste a morir", dijo Kendrick. Por todos nosotros.

Sandara bajó la mirada.

"Hice lo que cualquiera hubiera hecho", dijo.

Kendrick sintió que su corazón tenía sentimientos por ella, sentía una atracción más fuerte por ella como nunca había sentido en su vida. Se preguntó si ella sentía también algo por él.

"Si salimos de aquí", le dijo él a ella. "Encontraré una forma de recompensarte".

Ella meneó lentamente la cabeza.

"No, mi Lord", dijo ella. "Ya lo hiciste. Me has permitido tomar medidas, para finalmente huir del ejército de Andrónico. Debería haber hecho eso hace mucho tiempo. Podría morir con el resto de ustedes. "Pero al menos ahora voy a morir como una mujer libre y no como una esclava".

"¿Por qué hablar tanto de la muerte?", dijo Atme. "Yo no sé los demás, pero no pienso morir en este día".

"Ni yo", intervino Kendrick.

"Ni yo", dijeron Srog y Brom.

"Yo tampoco quiero morir", dijo Fulton, levantando una mano en señal de estar de acuerdo. "Después de todo, no he tomado suficiente cerveza. No estoy listo para ir al cielo todavía".

"¿El *cielo*?" Akorth se rió. "¿No estás siendo presuntuoso?"

Fulton enrojeció.

"Bueno, si me voy al infierno, tú me acompañarás", respondió.

"Estoy construyendo mi propio camino al infierno", respondió Akorth.

"¿Por qué no pavimentamos nuestro camino juntos?", preguntó Kendrick.

Todos se volvieron hacia él, al notar la seriedad en su voz, guardando silencio.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Godfrey.

"Quiero decir que yo, por mi parte, no planeo quedarme aquí para morir como un perro. Tampoco estoy dispuesto a acabar mi vida rindiéndome para que Andrónico pueda torturarnos".

"¡Ni yo!", contestó Atme.

Kendrick, sintiéndose envalentonado, se sentó más erguido, sintiendo un nuevo poder surgiendo de él.

"¡Entonces yo digo que luchemos!", dijo Kendrick.

"¿Luchar?", preguntó Akorth, perplejo.

"Todos podríamos morir", dijo Kendrick. "Pero vamos a morir juntos. De pie. Ahora es nuestro momento, antes de que nos consumamos. Iremos allí y los sorprenderemos y mataremos a tantos soldados del Imperio como podamos. ¡Y pase lo que pase, saldremos hacia un ataque final de valor!".

Los demás ovacionaron, dando saltos, sacando cada uno sus armas.

Sandara se quedó parada y asintió solemnemente a Kendrick. Ella se acercó a él, puso sus manos en su frente, se inclinó y lo besó.

"Que los dioses estén a tu favor", dijo ella, "en esta vida y en la próxima".

Ella cruzó la habitación, destrabó los pernos y abrió la puerta de la cámara secreta para ellos.

Kendrick guió a los demás cuando salieron de la cámara. Emergieron del agujero negro hacia la luz brillante de la mañana, saliendo en el patio de Silesia; Kendrick entrecerró los ojos contra el sol. Había ante ellos un grupo numeroso de soldados del Imperio desprevenidos, y todos se dirigieron a ellos con un gran grito de guerra; antes de que los soldados pudieran averiguar lo que estaba sucediendo, ya habían matado a todos. Rápidamente hubo una docena de muertos.

Cientos de cautivos de Silesia estaban parados cerca y observaban, atados

unos con otros. Kendrick tuvo una idea.

"¡LIBEREN A NUESTROS HERMANOS!", gritó Kendrick.

El grupo de hombres corrió hacia ellos y cortó sus sogas, liberando a uno tras otro.

Los hombres se soltaron con un grito y corrieron y tomaron las armas de los soldados caídos y de los cadáveres en el campo de batalla. El grupo aumentaba a cada segundo, cada persona liberaba a otra. Pronto llegaron a formar a un centenar de hombres.

El campamento principal de los soldados del Imperio, al otro lado del patio, comenzaban a darse cuenta de lo que estaba sucediendo, y empezaron a darse vuelta con el sonido de los gritos. Claramente, ellos no se esperaban esto. Allí estaban, conmocionados.

"¡A LA CARGA!", gritó Kendrick.

Cientos de silesios, al mando de Kendrick, soltaron un gran grito, corriendo por el patio con las armas por lo alto y la venganza en sus ojos. Srog, Brom, Atme, Godfrey, Akorth y Fulton corrieron al lado de ellos, a través del patio, hacia el grupo de soldados del Imperio que estaban a lo lejos, quienes se volvieron y se dirigieron hacia ellos.

Kendrick sabía que no tenían posibilidad de ganar. Pero ya no le importaba. De eso se trataba. Del honor. De la gloria. Del valor. Tenía fuego en las venas, y estaba dispuesto a librar la batalla de su vida.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Thor, blandiendo la Espada del Destino en una mano, se sujetaba con fuerza con la otra de la parte posterior del cuello del dragón, mientras se elevaban por el aire, huyendo de la guarida de los dragones. Montando con él en la parte posterior de Mycoples estaban Reece, O'Connor, Elden, Conven e Indra, sosteniendo a Krohn, todos ellos cargados con las nuevas armas que habían encontrado. Y Thor llevaba la mejor arma de todas.

Thor controlaba a Mycoples, se inclinaba hacia abajo y le susurraba al oído, y ella estaba escuchando. Thor sintió como si la hubiera conocido toda su vida, y también sintió dentro de él una extraordinaria habilidad para controlarla. Se sentía en cierta forma como si el animal y él fueran uno solo.

Mientras volaban, un millón de pensamientos pasaron por la mente de Thor. Habían pasado tantas cosas tan rápido, que apenas podía procesar todo. Aquí estaba él, volando en la espalda de un dragón, que apenas podía entender. Parecía surrealista. ¿Cómo tenía el poder para invocarla? ¿Para controlarla? ¿Era porque Thor tenía algún poder especial? ¿O porque tenía alguna conexión especial con esta bestia? ¿O ambas cosas?

Y lo más importante: ¿quién era él? ¿Cómo fue capaz de empuñar la Espada del Destino? La había sujetado por desesperación, sin esperar, por supuesto, ser capaz de levantarla. Pero desde que lo hizo, no podía soltarla. La energía de ella brotaba a chorros a través de él, como si fuera un río. La leyenda decía que sólo un MacGil podría blandirla. ¿Eso significaba que él, Thor, era un MacGil? ¿Cómo era posible? ¿La leyenda estaba equivocada?

Eso también significaba que él era El Elegido. ¿Pero elegido para qué, exactamente? ¿Cómo podría él, un simple pastor de los alrededores del Anillo, ser El Elegido? ¿Él, un simple muchacho? Se preguntaba si había habido un error.

Mientras Thor reflexionaba acerca de lo lejos que habían venido, acerca de todo lo que habían hecho para cruzar el Imperio, tuvo una sensación de victoria indescriptible por haber llegado hasta aquí, por haber encontrado la Espada, por haberla obtenido, y regresar con ella. Él no podía comprenderlo. En el momento cuando todo parecía más oscuro, de alguna manera, habían prevalecido.

La única salida es a travesar.

Thor miró hacia abajo mientras volaban, el paisaje era hermoso desde aquí.

Debajo había ríos de lava, volcanes, arrojando fuego y cenizas en el aire. Cuando estaban allí abajo, había sido amenazador; ahora, desde arriba, era pintoresco, como una enorme pintura que se revelaba debajo de ellos. Volaron a través de nubes que iban y venían. Mientras más lejos iban, más nubes de ceniza y azufre daban paso al cielo abierto y claras volutas de nubes.

Volaban tan rápido, que casi dejaba a Thor sin aliento. Se dirigieron hacia el este, a casa, y Thor sólo esperaba que pudieran volver al Anillo a tiempo para salvar a su gente. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió pensar en Gwen. Realmente *pensar en ella*. Imaginar realmente estar con ella otra vez. Él había tenido miedo de pensar en eso antes, ya que había pensado que sus posibilidades de regresar eran imposibles. Pero ahora, por primera vez, sentía que realmente podría suceder. Y se permitió creerlo otra vez.

De repente llegó un rugido lejano de algún lugar detrás de ellos y el corazón de Thor se aceleró cuando se dio vuelta para ver a un ejército de dragones, elevándose en el aire, persiguiéndolos. Había docenas de ellos, negros y rojos y verdes, arrojando fuego, chillando. Estaban furiosos. Thor no sabía si era porque habían tomado la Espada del Destino, o porque les habían robado su tesoro, o porque Mycoples los había traicionado. Fuera lo que fuera, parecían estar decididos a vengarse.

"¡Más rápido!". Thor gritó al oído de Mycoples. Batía sus alas con más fuerza y sintió que se abalanzaba hacia adelante.

El terreno cambió por debajo de ellos cuando volaron más y más rápido, el paisaje se hizo borroso. Dejaron la tierra de los dragones, volaron sobre las cimas de la montaña, sobre la senda de huesos, sobre el Gran Túnel. Los campos de sal aparecieron abajo, de un blanco brillante; estos pasaron pronto y cruzaron por las verdes colinas ondulantes. Después por pantanos, montañas, cordilleras, lagos...

Y siguieron y siguieron y Thor sintió como si estuviera observando todo su viaje, toda su vida, que pasaban por debajo de ellos.

Finalmente llegaron a la selva donde habían llegado primero al Imperio, había una enorme masa de verde abajo, en la orilla del mar Tartuvio. Thor miró hacia abajo y vio las olas estrellándose en la orilla. El aire estaba caliente aquí.

"¡Nuestro barco se ha ido!". O'Connor gritó detrás de él, y Thor miró hacia abajo a las orillas vacías y se dio cuenta de que tenía razón.

"¡No necesitamos eso ahora!", gritó Thor.

Hubo otro rugido y Thor se volvió para ver que los dragones se estaban

acercando. Les escupían fuego y aunque no les llegaba, Thor tenía un creciente sentido de urgencia.

"¡Más rápido!". Thor le susurró a Mycoples.

El dragón agitó sus alas más rápido, lanzándolos hacia adelante otra vez. Thor podía sentir que ella respiraba con dificultad, ejerciendo toda la energía que tenía, y esperaba no estarla conduciendo demasiado duro. Abajo de ellos estaba el Tartuvio, una vasta extensión de amarillo y azul. Pasó rápidamente, Thor fue capaz de detectar la espuma blanca de las olas, el aire volviéndose húmedo, mientras pasaban, volaron sobre una flota de barcos del Imperio, salpicando el océano con sus enormes velas. Thor vio a los hombres, pequeños desde aquí, como hormigas y vio cómo todos dejaron sus remos y miraron hacia arriba con asombro, mientras el dragón pasaba volando. Sin duda, estos soldados iban rumbo al Anillo a causar estragos.

"¡ABAJO!", ordenó Thor.

Mycoples bajó en picado, hacia el grupo de barcos, y cuando se acercaron, Thor susurró: "¡FUEGO!".

Mycoples sopló sobre las velas, un flujo constante de fuego procedente de su boca, y al hacerlo, un barco tras otro se iluminó mientras las velas se incendiaban. Los enormes barcos de madera estallaron en bolas de fuego, y Thor pudo ver que todos los hombres saltaban del barco, salpicando en el agua.

Mycoples ascendió y continuó hacia el Este, hacia el Anillo.

Thor miró hacia atrás y vio que la maniobra les había costado algo de su valioso liderato: los dragones detrás de ellos estaban incluso más cerca. Las columnas de humo negro de las velas habían oscurecido un poco su camino, pero Thor sabía que eso no iba a durar.

"¡MÁS RÁPIDO!", ordenó Thor.

Ellos se inclinaron hacia adelante, la humedad en el aire los azotaba mientras volaban dentro y fuera de las nubes. Iban tan rápido que Thor casi no podía respirar.

Finalmente, en el horizonte, Thor vio las orillas del Anillo. Vio la franja de playa y más allá de eso, el bosque y la enorme extensión del paraje del Cañón. Su corazón se aceleró al volver a ver a su patria.

Hubo un súbito estruendo y Thor sintió el calor detrás de ellos y se volvió para ver a los dragones aún más cerca, escupiendo fuego, las llamas estaban tan cerca que casi tocaban la cola de Mycoples. Vio las enormes y grotescas caras de los otros dragones, demasiado cerca. Podía oler su olor a azufre

desde aquí.

Mycoples, a pesar de sus mejores esfuerzos, no tenía la energía para ir más rápido. Thor sabía que en pocos segundos, si no iban más rápido, todos morirían.

"Por favor, Mycoples", susurró Thor, "hazlo por mí. Solamente un poco más rápido. Una última ráfaga de velocidad".

Thor sintió que Mycoples avanzaba dando sacudidas, una última vez, con todas sus fuerzas, llevándolos rápidamente a través de la recta final del Tartuvio, a través de la arena, el bosque y luego, a través del enorme Cañón.

Thor miró hacia abajo al Cañón desde esta perspectiva, y lo dejó sin aliento. Apareció como un enorme abismo en la tierra, llegando al fondo del mundo, más amplio de lo que podía imaginar, como si separara a dos mundos. Sus remolinos de bruma brillaban en diferentes colores, y Thor podía sentir su energía mágica mientras volaban sobre ella.

Mientras el Cañón pasaba rápidamente por debajo de ellos y cuando finalmente llegaron a su borde cruzando el umbral del Anillo, Thor sintió la Espada del Destino vibrar en su mano. La sostuvo por lo alto, y al hacerlo, repentinamente sintió una pared invisible que se cerraba detrás de ellos.

El Escudo, se dio cuenta él. La Espada había sido devuelta y el Escudo fue activado otra vez.

Thor volteó y detrás de ellos, estaba el ejército de los dragones, muy cerca, arrojando otro chorro de fuego. Thor se preparó a sí mismo, al darse cuenta que estaban a punto de ser envueltos en llamas.

Pero en cuanto cruzaron el Anillo y se activó el Escudo, las llamas golpearon en el muro invisible, a pocos metros detrás de ellos y se detuvieron en el aire. También los dragones, de repente, se detuvieron abruptamente, chillando al estrellarse en el Escudo invisible en el borde del cañón. Se detuvieron a mitad del aire, gritando de dolor, rebotando.

Enfurecidos, dieron vueltas y vueltas en círculo, echando llamas al Escudo. Pero las llamas simplemente caían rodando, y los dragones no podían acercarse. Rugieron frustrados, pero no podían entrar.

Thor y los demás ovacionaron. Por primera vez desde que había comenzado toda esta saga, desde que él y los demás habían empezado su búsqueda, se sentía seguro. Estaban en casa.

Thor estiró la mano y sonrió mientras acariciaba el cuello de Mycoples.

"Lo has hecho bien, amiga mía", dijo él.

Mycoples le ronroneó, estirando su cuello hacia atrás y levantando sus alas.

Thor sabía que ella entendía.

Todo comenzó a procesarse en la mente turbulenta de Thor. Estaban en casa. Estaban a salvo. El Escudo fue activado otra vez.

Ahora, era el momento de encontrar a Gwendolyn.

*

Había parecido una eternidad desde que Thor había estado en el Anillo. Al no tener noticia alguna desde su partida, se preguntaba qué había pasado en su ausencia. Con el escudo desactivado todo este tiempo, temía lo que podría pasar. Se preguntaba si Gwendolyn aún estaba en la Corte del Rey. ¿La Corte del Rey estaba a salvo de los ataques? ¿Gareth seguía gobernando, y Gwendolyn estaba a salvo de él?

Sabiendo cuánto tiempo había estado desactivado el Escudo y viendo todas aquellas flotas de barcos del Imperio en el mar, Thor supuso lo peor. Temía que Andrónico hubiera invadido. Y si lo había hecho, supuso que el primer lugar al que atacaría sería la Corte del Rey. Thor sólo esperaba que Gwendolyn siguiera a salvo adentro.

Thor había dirigido a Mycoples a través de la zona rural conocida del Anillo, dirigiéndose hacia la Corte del Rey. Mientras volaban, valoró su paisaje desde una perspectiva totalmente nueva. Se dio cuenta de muchos puntos de referencia conocidos y se sintió muy feliz de estar en casa. Rezó para que nunca tuviera que volver a salir de sus fronteras.

Cuando pasaron sobre una colina, la Corte del Rey apareció a la vista. Thor había estado anticipando verla, con emoción. Pero al verla, se sintió descorazonado.

Lo que antes fue la gloriosa Corte del Rey, el lugar más mágico e inexpugnable del mundo, ahora era sólo un casco, una cáscara vacía y, quemada de escombros, completamente arrasada. Sus paredes permanecían intactas, aunque incluso éstas eran secciones chamuscadas y desmoronadas. Sus puertas fueron arrancadas y las estatuas y banderas de los MacGil habían sido derribadas. En su lugar, el corazón de Thor se hizo pedazos al ver que estaba una enorme estatua de Andrónico. Y la bandera del Imperio.

Mientras se acercaban, Thor se dio cuenta de que no había soldados MacGil ni ciudadanos. Solamente soldados del Imperio, por todas partes. Era evidente que la Corte del Rey había sido incendiada y ahora era una ciudad ocupada.

Thor se quedó sin palabras. La Corte del Rey. El bastión de la resistencia de todo el Anillo. Destruído. ¿Qué auguraba eso para el resto del Anillo? Thor no quería reconocerlo, pero era evidente que eso sólo podría significar una cosa: habían sido derrotados en su ausencia. Y que lo más seguro era que Gwendolyn y los demás habían sido capturados. O peor aún, que estaban muertos.

Thor conocía la reputación de salvajismo de Andrónico, y se sintió destrozado al pensar que algo le hubiera pasado a Gwen. Él cerró los ojos y trató de sacar esa idea de su mente; pero una parte de él ya tenía un mal presentimiento. ¿Gwen había muerto en el ataque a la Corte del Rey? ¿Estaba allí en alguna parte? Y si no, si Andrónico había causado tanta destrucción en la Corte del Rey, ¿qué otra parte del Anillo podría estar a salvo?

Thor le susurró a Mycoples y ella bajó en picado para echarle un vistazo. Thor la dirigió al campamento de los soldados del Imperio, ocupando la ciudad. Al descender, cientos de hombres de Andrónico invadiendo la entrada de la puerta del rey, giraron y miraron hacia arriba. Al ver al dragón, sus caras se congelaron de miedo.

Se dieron vuelta e intentaron huir, pero no tenían a dónde ir. Mycoples escupió fuego, y en pocos momentos, cientos de ellos yacían muertos.

Fue una pequeña reivindicación para Thor. Al menos había matado a estos hombres que se habían atrevido a ocupar esta ciudad sagrada. Pero lo más importante era buscar a Gwendolyn viva e ilesa.

Ellos descendieron y circundaron la ciudad una y otra vez. Pero no había ninguna señal de seres humanos. Parecía como si todos los que habían estado aquí, estaban muertos o desaparecidos. Thor quería aterrizar e ir a buscarla, pero sabía que era inútil hasta que encontrara alguna señal de vida.

Mientras daban vueltas y vueltas, Thor se sentía cada vez más desesperado. Él no sabía dónde podría estar Gwen. Empezó a preguntarse si tal vez Gwen había huido de la Corte del Rey en algún momento y quería saber a dónde pudo haber ido.

Hubo un chillido repentino, a lo alto, y Thor volteó y vio a su viejo amigo Estopheles, chirreando, dando vueltas por encima de ellos. Ella batió sus alas y chilló desesperadamente y parecía estar tratando de darle un mensaje a Thor.

Thor cerró los ojos y escuchó; parecía como si estuviera instándolos a seguirla hacia algún lugar. Estopheles se dio vuelta y se fue volando, y Thor le dijo a Mycoples que lo siguiera.

Volaron sobre el campo, hacia el norte, y Thor se preguntó hacia donde los

guiaba Estopheles.

"¿Adónde vamos?", gritó Reece, detrás de él. "La Corte del Rey está destruida. Mis hermanos y hermana están allí. ¡Hay que salvarlos!".

"No", dijo Thor. La Corte del Rey ya no existe. Estopheles nos conduce a otro lugar. Yo creo que nos lleva hacia ellos. Debemos seguirla".

Volaron y volaron, rumbo al norte, a lo largo del borde del cañón. Como el clima recrudecía y perdían a Estopheles dentro y fuera de la niebla del cañón, Thor estaba empezando a preguntarse si se dirigían en la dirección correcta — cuando finalmente llegaron.

Allí, encaramada en el borde del cañón, estaba una ciudad enorme, roja.

Silesia.

Thor había visto pinturas de ella cuando era niño, pero nunca lo había visto en persona. Lo que vio le quitó el aliento. Era mágica, cubierta por los remolinos de la bruma del cañón, con sus dos ciudades, una en el borde del cañón y otra construida dentro del cañón mismo. Parecía como si estuviera en la orilla del mundo.

Lo más sorprendente era que fue invadida por el ejército de Andrónico. Debe haber habido un millón de soldados abajo, cubriendo el suelo como langostas, acampados hasta donde alcanzaba la vista y llenando la ciudad entera. Era diferente a todo lo que Thor había visto en su vida.

Esta ciudad, a diferencia de la Corte del Rey, no había sido completamente destruida; ni estaba vacía de seres humanos, como la Corte del Rey. En vez de eso, abajo, Thor vio a cientos de personas de MacGil y silesios, vivos, atados unos a otros, esclavos de Andrónico.

También vio, al mirar cuidadosamente, algo que le dio esperanza: había un pequeño grupo de soldados, atacando a un gran grupo de soldados del Imperio. Ellos eran ampliamente superados en número, chocando con un vasto ejército de soldados del Imperio entrando por las puertas. Estaban luchando valientemente y dominando la situación por ahora — pero minutos después vio que eran superados en número y en fuerza.

Mientras volaban más cerca, Thor miró hacia abajo y vio a Kendrick al mando del grupo. Su corazón se aceleró.

"¡BAJA!", gritó Thor.

Mycoples bajó en picado, tan cerca que casi roza la cabeza de Kendrick con sus garras. Entonces ella estiró su cuello, abrió la boca y escupió fuego contra los soldados del Imperio, una y otra y otra vez.

Cientos de soldados del Imperio se incendiaron, gritando, desplomándose

hasta morir.

Mycoples siguió volando, elevándose sobre las puertas de la ciudad, y luego bajando en picado y escupiendo fuego sobre los miles de soldados del Imperio acampando afuera. Thor atravesó enormes franjas entre la multitud, destruyendo regimientos enteros en cuestión de segundos.

Los soldados del Imperio que no fueron asesinados, voltearon llenos de pánico y huyeron, corriendo por las colinas. Todo el ejército empezó a correr, como una manada de gacelas emigrando, más y más lejos de Silesia. Muchos se aplastaron entre ellos en el caos.

Thor dio vuelta en círculo, y Mycoples voló sobre Silesia y bajó en picado y aterrizó en el centro del patio.

Aterrizaron ante los rostros desconcertados de Kendrick y los demás, todos ellos en pánico al ver a un dragón. Su pánico se convirtió en alivio al darse cuenta de que el dragón no iba a hacerles daño. Y luego, finalmente, se transformó en emoción y gratitud, cuando todos vieron que eran Thor y los demás, habiendo regresado del Imperio, apeándose de su espalda.

Thor había desmontado del dragón y blandía la Espada del Destino. La subió por lo alto y una luz brillaba en ella. Al hacerlo, los rostros de todos aquellos que estaban alrededor de él, quedaron congelados de asombro.

Todavía había cientos de soldados del Imperio en el interior del patio, y Mycoples ronroneó y Thor intuyó que quería atacar.

"No", le dijo Thor. "Tengo esto".

Thor avanzó hacia adelante a pie, levantando la Espada del Destino por lo alto y corrió solo, para enfrentar a los cientos de soldados del Imperio restante.

Al ir al ataque, blandiendo la Espada, se sentía más diferente que nunca en su vida. Era como si la Espada fuera parte de él, como si lo levantara en la batalla, haciendo que cada paso que daba fuera más ligero y más rápido. No sentía estar blandiendo la Espada: sentía como si la Espada lo estuviera manejando a él.

Thor había encontrado al enemigo y esgrimió la Espada, y al hacerlo, una luz mágica brilló en ella. La Espada parecía estirarse de su mano y mató a una docena de hombres de un solo golpe. Él levantó la Espada una y otra vez, yendo a la carga contra el grueso del ejército, esgrimiéndola implacablemente.

En pocos minutos, había matado a todos los hombres. Cientos de ellos, todos cadáveres, estaban muertos a sus pies. Y ni siquiera estaba cansado: por el contrario, la Espada le llenaba de energía.

Thor se dio vuelta y caminó de regreso hacia su gente que estaba de pie en el patio, estupefactos, contemplando la escena en estado de shock.

Estaban allí parados, con la boca abierta, mientras se acercaba a ellos, caminando solo, sosteniendo la Espada a su lado. Kendrick, Brom, Atme, Srog, Godfrey y los otros, docenas de miembros de Los Plateados, todos famosos guerreros — todos lo miraban con asombro.

Thor se quedó allí con orgullo, y sostuvo la Espada por lo alto, arriba de su cabeza, en la victoria.

Al unísono, todos los hombres levantaron sus espadas con una gran ovación:

"¡THORGRIN!", gritaron.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Erec dirigiéndose hacia el grueso de los soldados en el barranco, atiborrados hombro con hombro, balanceando su martillo de guerra y girándolo hacia los lados para bloquear golpes, peleando con diez hombres a la vez, con cada onza de sus habilidades, con cada entrenamiento que había recibido. Estaba más que agotado, pero no se rendiría. Sólo necesitaba ganar unos metros más, para cortar su camino a través de esta multitud, para alcanzar la roca atravesada. Si tan sólo pudiera derribarla, podría sellar el barranco y evitar que sus hombres se enfrentaran a la marea del Imperio. Sin eso, nunca podrían ganar.

Erec luchó con todas sus fuerzas, rodando y girando, agachándose, saltando, pateando, dando codazos e incluso cabezazos. Él recibió muchos puñetazos, golpes y patadas y codazos, escudos estrellándose contra él, espadas acuchillando y rebotando en su armadura. Estaba perdiendo vigor mientras luchaba, sin perder de vista la roca. Luchó por cada centímetro.

A pocos metros de distancia, Erec estaba atascado. Simplemente estaba demasiado agotado para contraatacar a la marea de hombres, y sintió que estaba a punto de perder terreno.

Por favor, Dios. Estoy dispuesto a morir en este día. Solamente déjame llegar primero a la roca. Dame una última ráfaga de fuerza.

Erec convocó a todos los años de formación que había tenido. Pensó en el Rey MacGil, y su corazón ardía con un deseo de venganza. No sólo por él. Sino por los MacGil. Por todo el Anillo.

Erec dio un gran grito de batalla y convocó a una fuerza final de algún lugar profundo dentro de él, de un lugar que no conocía. Él rugió y corrió hacia adelante, derribando a dos hombres a la vez y abriéndose camino por los últimos metros que quedaban para llegar a la roca.

Al alcanzarla, Erec levantó el martillo a dos manos por lo alto y la hizo caer justo en el centro de la roca.

Hubo un gran crujido cuando la roca comenzó a partirse.

Erec lo hizo una y otra vez, y finalmente, la roca se partió en dos. La rompió una última vez, y la roca cayó dando volteretas en una gran pila de escombros y polvo, llenando el barranco y cortándolo completamente. La marea de los soldados del Imperio se detuvo. Finalmente, el barranco fue bloqueado.

Detrás de Erec, hubo una gran ovación de victoria de parte de sus hombres, que habían presenciado la escena.

Pero Erec de repente sintió un terrible dolor en la espalda. Era la sensación del acero perforando su carne.

Erec cayó de rodillas, en agonía. Se volvió para ver que todavía quedaba un soldado del Imperio en este lado de los escombros. Se había escondido en las esquinas y Erec no lo había visto.

Hubo un grito, y Brandt se abalanzó y apuñaló al atacante de Erec en el corazón, asesinandolo y evitando que Erec sufriera más lesiones.

Aun así, Erec sentía brotar la sangre caliente y sentía que la fuerza vital le estaba abandonando.

"¡Erec!". Brandt clamó, preocupado.

Brandt se agachó, agarró a Erec y lo levantó, poniendo un brazo sobre su hombro, mientras varios de los soldados del Duque se abalanzaban para ayudarlo. Todos sacaron arrastrando a Erec del barranco; Erec sentía dolor con cada paso que daba.

Erec estaba ahí, con la boca sangrando, respirando con dificultad, mientras lo recostaban. Le dolía moverse. Sintió que su cuerpo se enfriaba cada vez más y sabía que no faltaba mucho para morir.

Llegó un caballo y mientras Erec miraba hacia arriba, podría jurar haber visto a Alistair, desmontando y corriendo. Se preguntaba si estaba viendo cosas. ¿Alistair? ¿Cómo podría ella estar aquí?

Se arrodilló al lado de Erec y lo sostuvo en sus brazos. Erec podía sentir su amor por él mientras ella lloraba, las lágrimas caían sobre su cara.

Ella sostuvo su rostro en sus manos, se agachó y lo besó en la frente.

"Mi Lord", dijo ella, con tristeza.

Mientras Erec sentía que el mundo se hacía más ligero, más blanco, lo último que vio fue a Alistair, mirándolo con ojos atentos, compasivos. Él la vio levantar las palmas de sus manos, y vio una intensa luz azul, irradiando de ella. Era la luz más intensa que jamás había visto, y notó que ella cerraba los ojos y ponía sus manos en su herida.

Al hacerlo, sintió que todo su cuerpo se llenaba de luz y calor. Sintió que sus heridas cicatrizaban dentro de él, sintió que era resucitado de la muerte.

Todos los soldados miraron a Alistair mientras la intensa luz se hacía más y más brillante, encapsulando a los dos en una esfera de luz mágica.

Erec, sintiéndose más fuerte a cada segundo, miró a los ojos místicos de Alistair y se perdió en ellos. Mientras sentía que caía en un sueño curativo,

tuvo suficiente energía para pensar en una última cosa:
¿Quién era ella?

CAPÍTULO TREINTA

Gwendolyn abrió los ojos lentamente, con la cabeza palpitante por la roncha en su sien, donde había sido golpeada por los ladrones. Ella miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba sentada en el suelo del bosque, atada a un árbol con sogas gruesas. Ella las meneó, pero no cedían. Sentado frente a ella, tal vez a tres metros de distancia, estaba Steffen, atado a un árbol también.

Ella oyó risas apagadas viniendo de algún lugar y se dio vuelta y vio a un grupo de una docena de ladrones apiñados cerca de una pequeña hoguera en el bosque, asando una especie de animal pequeño, tal vez un conejo. Metían comida en sus bocas y masticaban con la boca abierta, pasándola con vino y riéndose. Reían muy fuerte, dándose codazos entre ellos, y era evidente que eran personas vulgares.

"Mi señora", susurró Steffen con urgencia. "¿Se encuentra bien?"

Ella asintió lentamente, orientándose.

"Lamento haberla decepcionado", dijo él, mirando al suelo avergonzado.

"Luchaste con valentía", dijo ella. "Nos superaban en número".

"Tengo un plan", dijo él. "Seguirles el juego".

De repente, los ladrones miraron hacia ellos.

"¿Qué tenemos aquí?", gritó uno de ellos. "¡La reina y el enano están despiertos! ¡Buenos días, bella durmiente!"

Un coro de risas ordinarias estalló, y el grupo se puso de pie de un salto y comenzaron a caminar hacia ellos. Gwen pudo ver las dagas abiertamente en sus cinturones, mientras que algunos sostuvieron sus puñales en sus dientes, sacando trozos de comida y escupiéndolos en el suelo del bosque.

Uno de ellos se acercó a ella y pateó con fuerza a Gwen en la pantorrilla, mientras otro pateaba a Steffen en sus costillas.

"Pueden hablar todo lo que quieran", dijo uno de ellos, usando el acento ordinario del sur del Anillo. "Pero no irán a ninguna parte. Verán, terminaremos esta comida, y al terminar de beber nuestro vino, tendremos el placer de torturar a cada uno de ustedes. Pero primero vamos a tener una larga noche de placer contigo, mi lady", dijo uno de ellos, retrocediendo y quitándose su sombrero con una reverencia exagerada, haciendo reír a todos.

"Yo primero", dijo uno.

"No, tú no", dijo otro. "Tú tuviste primero a la de la última vez. Ésta es

mía".

Dos de ellos se empujaron uno al otro, después maldijeron, luchando entre ellos hasta caer al suelo; finalmente, uno golpeó al otro, derribándolo y se quedó allí. Era un hombracho enorme, ordinario, con una gran barriga y una cabeza calva, y lamió sus labios mientras miraba a Gwendolyn.

"Voy a disfrutarte", le dijo.

"Pueden hacer lo que quieran con nosotros", gritó Steffen, de repente. "Pero ése sería el peor error de sus vidas".

Todos se volvieron hacia él, luego estallaron en carcajadas.

"¿Y eso por qué, hombrecito?", preguntó uno de ellos. "¿Vas a hacer algo al respecto?".

"No se trata de lo que voy a hacer", dijo Steffen. "Sino de lo que van a perder".

Los ladrones se miraron unos a otros con sus caras de estúpidos, ordinarios, con los labios colgantes abiertos, perplejos.

"¿A perder?", preguntó uno de ellos.

"Verán", dijo Steffen, "Gwendolyn no es sólo una princesa. Es una reina. De todo el reino occidental del Anillo. Tiene bastantes riquezas a su disposición para convertirlos a todos ustedes en reyes, por el resto de sus vidas".

Los ladrones se miraron unos a otros, y luego se volvieron y miraron a Gwendolyn con un nuevo respeto. Parecían no estar seguros.

"¿Y cómo va a obtener ella ese oro?", preguntó uno. "¿Lo va a mover de los árboles?".

Todos empezaron a reír.

Steffen aclaró su garganta, sin inmutarse.

"Vamos rumbo a La Torre del Refugio", dijo Steffen. "Estoy seguro que la conocen. No está lejos de aquí. Los asistentes de la reina estarán esperando para recibirnos. Allí tienen cofres de oro. Más que suficiente para comprar su rescate y mucho más. Es decir, *si* nadie la toca. Si llegamos allí heridos de cualquier manera, o si no llegamos, les aseguro, que no tendrán nada. Ustedes eligen. Llévannos a la Torre y serán hombres ricos — o hágannos daño y permanecerán en este bosque como ladrones y pobres por el resto de sus días".

Todos los ladrones se vieron unos a otros con una nueva expresión. Al principio era de incertidumbre; pero luego se transformó en avaricia.

"Está mintiendo", dijo uno.

¿Y si no es así?", contestó otro. "¿Qué si el enano tiene razón?".

"Necesito ese tipo de oro", dijo uno.

"Yo también", dijo otro.

"Olvida el oro", gritó el hombre robusto. "No necesito más oro. Lo que quiero es hacerla mía. Es la cosa más bonita que he visto en mucho tiempo. Tal vez en toda la vida".

Empezó a caminar hacia Gwendolyn, quitándose su cinturón — cuando uno de los ladrones, sin afeitarse, con el pelo largo, repentinamente sacó un puñal y se acercó a escondidas detrás de él y lo sostuvo en su garganta.

"No toques a la chica", advirtió, mientras el hombre calvo se quedó quieto por temor a la cuchilla. "Recibiremos el oro".

El hombre grande, sometido a la autoridad de él, tragó saliva y dio un paso atrás.

El líder con el pelo largo se volvió y puso la punta de su puñal en Steffen.

"Por tu bien, más vale que tus palabras sean verdad. Si no, yo mismo te cortaré el tesoro y lo daré de comer a los osos".

*

Gwendolyn y Steffen marcharon uno al lado del otro, con las muñecas atadas con una soga, guiados por el grupo de la docena de ladrones, tambaleándose hacia adelante, al acercarse a La Torre del Refugio. Todos surgieron de los bosques y entraron al claro alrededor de la torre. La torre era imaculada, antigua y misteriosa, construida de piedra negra brillante. Era estrecha, tal vez de sólo treinta metros de diámetro y se elevaba cientos de metros de altura hacia el cielo, una estructura mágica en medio del desierto.

Gwen sentía la energía que emitía. Era evidente que éste era un lugar sagrado.

La torre fue construida con una sola puerta negra arqueada, sin marcas y sin manija.

Los ladrones los pincharon hacia el claro y cerca de la puerta, hasta que finalmente el dirigente los detuvo, a unos dieciocho metros de distancia.

"No nos acercaremos más", le dijo a Steffen, "hasta que su gente salga ahora — con el oro. Tienes un minuto. De lo contrario, la mataremos. Y a ti también".

Steffen tragó saliva, luego miró a Gwendolyn. Ella asintió, comprendiendo.

"Llamaré a mis asistentes", dijo ella a los ladrones.

Gwen recordó lo que Argon le había contado acerca de cómo invocar a los guardianes de la torre. Ella se reclinó y gritó.

"¡Guardianes de la Torre!", gritó ella. "¡He venido a entrar en sus paredes!".

Gwendolyn esperó en silencio, esperando, rezando para que Argon tuviera razón. Si no, estaría muerta.

Mientras pasaba el tiempo, el corazón de Gwen latía con fuerza en su pecho. Tenía miedo de que todo esto hubiera sido en balde, que le cortaran el cuello en cualquier momento.

De repente, para su inmenso alivio, la puerta se abrió.

Siete caballeros salieron caminando, usando una armadura negra, brillante, de pies a cabeza, con sus rostros oscurecidos por las placas frontales, con narices largas y puntiagudas. Los siete caminaron en silencio, en perfecta formación, uno al lado del otro. Llevaban guantes cubiertos de zafiros, la única variación en su armadura negra, y se detuvieron juntos y los enfrentaron, en posición de firmes.

Los ladrones se miraron unos a otros, perplejos.

"¿Qué demonios es esto?", preguntó uno.

"¡Oh, Guardianes de la Llama!", gritó Gwendolyn, recordando todo lo que Argon le había enseñado. "Estoy aquí para dedicarme dentro de estas paredes".

Estas fueron las palabras sagradas que Argon le había enseñado a pronunciar, las palabras que le daría una entrada en La Torre del Refugio. Argon le había hablado de estos hombres que montaban guardia: los siete caballeros. Los Guardianes de la Llama. Eran siete caballeros mágicos, que, según la leyenda, habían cuidado la torre durante siglos, preparados para alejar a todos los enemigos que se atrevían a violarla. Cuando Gwen recitó esas palabras, de inmediato se convirtió en una habitante de la Torre. Y eso hizo que los Siete Caballeros juraran protegerla.

Cuando Gwen terminó de pronunciar las palabras, al unísono, los caballeros silenciosamente avanzaron hacia adelante, marchando hacia los ladrones.

"¡Retrocedan!", dijo un ladrón, con su voz temblando.

Los ladrones se pusieron cada vez más nerviosos, desplazándose, jalando las sogas de Gwen y de Steffen. Uno de ellos levantó una daga y puso la cuchilla cerca de la garganta de Gwen.

Los caballeros seguían acercándose.

"¡Si se acercan más, la chica se muere!", gritó un ladrón. Pero su voz temblaba de miedo.

Cuando se acercaron los caballeros, levantaron sus viseras de la cara.

Lo que vieron infundió temor en el corazón de los ladrones. Incluso Gwendolyn tenía miedo.

Porque detrás de las viseras no había nada. No tenían rostros. Ni cuerpos. Nada.

Los caballeros mágicos se lanzaron hacia adelante, levantando sus espadas como el destello de un relámpago y atacaron a los ladrones. Gwen parpadeó.

Cuando abrió los ojos, todo lo que quedó a su alrededor eran los cadáveres de los ladrones, sangrando, a sus pies.

Gwen sintió que liberaban sus manos, y se volvió para darse cuenta de que los caballeros habían cortado sus sogas y también las de Steffen. Los caballeros se pusieron en posición de firmes, esperando a su lado, como si fuera a darles una orden.

Gwen sabía que le estaban esperando. Y ella sabía que era hora de irse.

Ella se volvió y miró a Steffen y vio hacia atrás, todavía conmocionada.

"Supongo que aquí es donde nos despedimos", dijo ella, girando y examinando la puerta abierta de la Torre, con una sensación de inquietud. Se sentía tan definitivo. Como si nunca fuera a salir.

"Creo que así es, mi señora", dijo él tristemente.

Steffen tomó una de sus manos y besó su dorso, inclinando la cabeza.

"¿Y qué será de ti?" preguntó ella.

"No se preocupe, mi señora", dijo él, dando vuelta hacia el denso bosque. "Mi deber aquí está cumplido. Usted ha llegado a salvo. Sobreviviré. Siempre lo he hecho. Pero sepa esto: La esperaré. Si alguna vez sale de este lugar, la esperaré para estar a su servicio una vez más, el resto de mis días".

Gwen vio cómo desaparecía en el bosque. Luego se dio vuelta y caminó hacia la puerta abierta de la torre. Los caballeros se quedaron detrás de ella, acompañándola, y en unos momentos estaba adentro; la puerta se cerró detrás de ella. Lo definitivo de ello hizo eco en cada hueso que tenía. Ella no pudo evitar sentirse como si hubiera sido sepultada para siempre.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Thor recorrió rápidamente la parte baja de la ciudad de Silesia, acompañado de los MacGil — Kendrick, Reece y Godfrey, los tres hermanos unidos otra vez — y por Srog, Brom, Atme y varios otros soldados. Él sostenía la Espada del Destino a su lado, y el pequeño grupo de hombres se alineó junto a él, mientras lo llevaban hacia el escondite de su madre, la ex reina.

Kendrick le había hablado a Thor acerca de los hechos que habían sucedido desde que se había ido, y Thor repetía todo en su mente. La invasión de Andrónico; la destrucción de la Corte del Rey; el asedio de Silesia. Gwen convertida en reina... La única cosa que Kendrick no le había dicho todavía era la única pregunta que más quería que le respondieran: ¿qué le había sucedido a Gwendolyn?

Cuando Thor le preguntó a Kendrick y a Godfrey, cada uno había bajado su mirada y la apartaban. No se lo dirían. Cuando él había preguntado el motivo, no se lo dijeron. Y cuando preguntó donde estaba ella, lo único que dijeron fue que la última vez que la habían visto, había estado escondida en la parte baja de la ciudad, y que se rumoraba que había escapado. ¿A dónde? No lo sabían. Dijeron que la ex reina lo sabía y Thor había insistido en que lo condujeran hacia ella de inmediato.

El hecho de que no le contestaran, le hizo sentir a Thor una opresión en el pecho. Por sus expresiones, sintió que algo malo le había ocurrido a ella, y que tenía que saber lo que era. Se sintió abrumado por la culpa, por no haber estado aquí, a su lado, cuando ocurrió todo eso. Sólo necesitaba, desesperadamente, saber que estaba viva, sana y salva. Sólo entonces podría estar tranquilo.

Recorrieron la parte inferior del castillo, plagado de los cadáveres de los soldados del Imperio que habían sido sacrificados por los silesios liberados después de que Thor había repelido a los invasores. Subieron corriendo las escaleras del palacio y caminaron por los pasillos; Kendrick y Srog lideraban el camino, hasta que llegaron a la cámara de la reina. Todos se detuvieron ante la puerta, ahora custodiada por soldados de Silesia e hicieron una pausa mientras los soldados abrían paso, después se dirigieron hacia adentro.

La reina estaba parada en la ventana, vestida toda de negro, con la mirada triste; Thor nunca la había visto tan envejecida. Lentamente se volvió y los

enfrentó, inexpresiva, seria.

Mientras Thor la analizaba, quedó perplejo. Aquí estaba, blandiendo la Espada del Destino. ¿Eso significaba que él, Thor, era un MacGil? ¿Eso significaba que la mujer delante de él era su madre?

Pensar en ello le hizo sentir un escalofrío. Él sabía cuánto lo odiaba. ¿El motivo estaba relacionado con su linaje?

Los ojos de la reina se fijaron inmediatamente en la Espada en las manos de Thor, y se abrieron de par en par, de asombro.

"Necesito respuestas", dijo Thor, firme, a toda prisa. "Necesito ver a Gwendolyn enseguida. ¿Dónde está? ¿Está a salvo? ¿Qué era todo ese misterio que la rodeaba?"

La reina se volvió y miró a los demás parados junto a Thor y luego aclaró su garganta.

"Todos ustedes, déjenos", dijo ella.

La comitiva salió de la habitación, con excepción de Kendrick, Reece y Godfrey, que intercambiaron una mirada de confusión.

"¿Qué es lo que tienes que decirle a Thor que no puedes decirlo delante de tus tres hijos?", preguntó Godfrey.

La reina meneó la cabeza.

"No es de tu incumbencia", dijo con firmeza. "Déjenos ahora".

Lentamente, los tres se volvieron y salieron, cerrando la puerta detrás de ellos.

Thor y la reina quedaron a solas, una frente al otro. El corazón de Thor se aceleró aún más cuando se paró frente a ella, preguntándose qué terrible calamidad le podía haber acontecido a Gwen.

Thor no pudo aguantar más: corrió hacia ella y gritó, "¡Contésteme! ¿Dónde está ella? ¿Está viva?"

La reina asintió sombríamente.

"Está viva, sí".

Su corazón se llenó de alivio. Eso era todo lo que necesitaba saber.

"¿Dónde está?", dijo presionando.

"Lejos de aquí", respondió ella. "Ella ha huido a La Torre del Refugio. En la parte más lejana al sur del Anillo".

Thor, la miró, perplejo.

"¿A La Torre del Refugio?", preguntó.

"Es un lugar para aquellos que tienen que recuperarse de una calamidad. Para aquellos que deciden hacer un juramento y alejarse de este mundo".

Thor dio un paso adelante y agarró la muñeca de la reina, lleno de frustración.

"¡No más adivinanzas! ¡Dígame!", gritó él, resonando su voz en las paredes.

La reina bajó los ojos, y Thor pudo ver que estaban húmedos. Respiraba profundamente.

"Gwendolyn fue atacada", dijo tajantemente. "Violada. Por los hombres de Andrónico".

Al escuchar sus palabras, Thor aflojó su sujeción, abrió la boca ampliamente, en estado de shock, su respiración se detuvo en su pecho. Se quedó allí, y todo su cuerpo se enfrió. Apenas podía respirar.

"No es la Gwendolyn que alguna vez conociste", dijo ella. "Ella está amargada. Endurecida del espíritu y del alma. Ella vive. Pero su espíritu no".

Thor se quedó ahí parado, su mente llena de preguntas, mareado por las noticias. Él quería apuñalarse con su espada en su corazón, abrumado por la culpa de no estar allí para salvarla.

"Ella languidece por ti", dijo la reina. "Pero cree que por lo que le pasó, ya no te importará".

Thor enrojeció.

"Eso es absurdo", dijo él. "Claro que sí. Ella me importa mucho. Incluso más. ¿Por qué cambiaría eso mis sentimientos por ella? ¿Qué clase de hombre cree usted que soy?".

"Eso le dije a ella", dijo la reina. "Pero no lo creyó".

Thor meneó la cabeza.

"Mi amor por ella es tan fuerte como siempre. Aun más fuerte".

"Pero no estuviste aquí para decirle eso con tus propias palabras, ¿o sí?", preguntó la reina. "Así que se ha ido. Para entrar en la Torre".

"¡Entonces voy a encontrarla!", dijo Thor, preparándose para salir.

"Ella no te escuchará", dijo la reina. "Aquellos que entran en la Torre nunca salen. Me temo que perdiste a Gwendolyn".

"Nunca se pierde *nada*", dijo Thor. "Usted es una mujer derrotada. Una viuda. Una pesimista. Yo soy joven y fuerte. Mi amor por ella la traerá de regreso".

La reina sonrió irónicamente.

"Y tú eres un optimista", respondió ella. "E ingenuo. No entiendes la perspectiva de una mujer".

"No hace falta", dijo Thor. "Conozco a Gwendolyn. Sé quién soy. Y yo sé lo que tenemos. Nosotros podemos sobreponernos a todo esto. Esto no

significa nada".

Thor no quiso oír más tonterías de esta mujer amargada; se volvió y se preparó para salir de la habitación — cuando de repente algo se le ocurrió, y giró para enfrentarse a la reina.

"¿Por qué no quiere que esté con Gwendolyn?", dijo presionando.

Al principio, ella lo miró sin comprender, pero después alejó la mirada.

Thor avanzó hacia adelante, necesitaba enterarse. Sabía que le había estado ocultando algo.

"La Espada", dijo presionando, tocándola y vibrando en la palma de su mano. "La leyenda sostiene que sólo un MacGil puede blandirla".

Ella se negó a mirarlo, y él sintió que se estaba acercando a la verdad.

"¿Es eso?". ¿Es por eso que no quiere que me acerque a ella? ¿Soy un MacGil? ¿Mi padre era el rey MacGil? ¿Gwendolyn es mi hermana?".

La reina lo miró directamente y después, finalmente se dio vuelta.

Thor dio un paso adelante, desesperado.

"¡CONTÉSTEME!", gritó él, girando, con tantas emociones mezcladas.

La reina miró lentamente hacia arriba, en silencio.

"¿El rey MacGil es mi padre?". Thor repitió lentamente, desesperado por saber.

Ella lo miró fijamente, con sus ojos fríos y huecos.

"No", dijo finalmente, inexpresiva.

Thor se congeló, lo atrapó desprevenido. No esperaba esa respuesta. Estaba profundamente aliviado de saber que no era familiar de Gwendolyn, cosa que había temido desde que él había sido capaz de empuñar la Espada. Sintió que, finalmente, se estaba enterando de la verdad.

"¿Entonces quién es?", preguntó presionando.

Ella alejó la mirada.

"Él es mi padre, quienquiera que sea. Tengo derecho a saber. Por favor. Dígame", suplicó suavemente, agotado.

Me miró larga y duramente y finalmente, pronunció una palabra que hizo temblar las rodillas de Thor y cambió su vida para siempre:

“Andrónico”.

¡YA DISPONIBLE!



UN RITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS)

Libro #7 de El Anillo del Hechicero - (The Sorcerer's Anillo)

En UN RITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS) - (Libro #7 de El Anillo del Hechicero - The Sorcerer's Ring), Thor debate con su legado, luchando para asimilar quién es su padre, si revela su secreto y qué medidas debe tomar. De vuelta a casa en el Anillo, con Mycoples a su lado y la Espada del Destino en la mano, Thor está decidido a vengarse del ejército de Andrónico y liberar a su patria — y finalmente proponerle matrimonio a Gwendolyn. Pero se da cuenta de que hay fuerzas aún mayores que la de él, que podrían interponerse en su camino.

Gwendolyn regresa y se esfuerza por convertirse en la gobernante elegida, usando su sabiduría para unir las fuerzas dispares y expulsar a Andrónico para siempre. Reunida con Thor y sus hermanos, ella está agradecida por la pausa en la violencia y por la oportunidad de celebrar su libertad. Pero las cosas cambian rápidamente — demasiado rápido — y antes de darse cuenta, su vida se torna de cabeza otra vez. Su hermana mayor, Luanda, en una gran rivalidad con ella, está decidida a arrebatar el poder, mientras que el hermano del rey MacGil llega con su propio ejército para hacerse del control del trono. Con espías y asesinos por todos lados, Gwendolyn, asediada, aprende que ser reina no es tan seguro como ella pensaba.

El amor de Reece por Selese finalmente tiene la oportunidad de prosperar, pero al mismo tiempo, aparece su viejo amor, y se encuentra indeciso. Pero los tiempos de inactividad pronto son superados por la batalla y Reece, Elden, O'Connor, Conven, Kendrick, Erec e incluso Godfrey deben enfrentar y superar juntos las adversidades, para sobrevivir. Sus batallas los llevarán a

todos los rincones del Anillo, que se convierte en una carrera contra el tiempo para derrocar a Andrónico y salvarse de la total destrucción. Igual de poderosas, fuerzas inesperadas luchan por el control del Anillo; Gwen se da cuenta de que ella debe hacer todo lo necesario para encontrar a Argon y traerlo de vuelta.

En un giro final impactante, Thor se entera que aunque sus poderes son supremos, también tiene una debilidad oculta — una que sólo puede traer consigo su caída final.

¿Thor y los demás liberarán el Anillo y derrotarán a Andrónico? ¿Gwendolyn será la reina que todos necesitan que sea? ¿Qué será de la Espada del Destino, de Erec, Kendrick, Reece y Godfrey? ¿Y cuál es el secreto que esconde Alistair?

Con su sofisticada construcción del mundo y caracterización, UNA CARGA DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y maquinaciones políticas, de llegar a la mayoría de edad, de corazones rotos, de decepción, ambición y traición. Es una historia de honor y valor, de suerte y destino, de hechicería. Es una fantasía que nos lleva a un mundo que nunca olvidaremos, y que gustará a personas de todas las edades y géneros.



UN RITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS)

Libro #7 de El Anillo del Hechicero - (The Sorcerer's Anillo)

¡Descargue los libros de Morgan Rice ahora!





[¡Escuche](#) la saga de EL LIBRO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING) ¡en formato de audio libro!

Ya disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Libros de Morgan Rice

EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING)

- LA SENDA DE LOS HÉROES (A QUEST OF HEROES) [Libro # 1]
- LA MARCHA DE LOS REYES (A MARCH OF KINGS) [Libro #2]
- EL DESTINO DE LOS DRAGONES (A FATE OF DRAGONS) [Libro #3]
- UN GRITO DE HONOR (A CRY OF HONOR) [Libro #4]
- UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) [Libro #5]
- UNA CARGA DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) [Libro # 6]
- UN RITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS) [Libro #7]
- UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (A GRANT OF ARMS) [Libro #8]
- UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS) [Libro #9]
- UN MAR DE ESCUDOS (A SEA OF SHIELDS) [Libro #10]
- UN REINADO DE HIERRO (A REIGN OF STEEL) [Libro #11]
- UNA TIERRA DE FUEGO (A LAND OF FIRE) [Libro #12]
- EL DECRETO DE LAS REINAS (A RULE OF QUEENS) [Libro #13]

LA TRILOGIA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY)

- ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS - (SLAVERUNNERS) - [Libro #1]
- ARENADOS (ARENA TWO) - [Libro #2]

DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS)

- TRANSFORMACIÓN (TURNED) - [Libro #1]
- AMORES (LOVED) [Libro #2]
- TRAICIÓN (BETRAYED) [Libro #3]
- DESTINADO (DESTINED) [Libro #4]
- DESEO (DESIRED) [Libro #5]
- PROMETIDO (BETROTHED) [Libro #6]
- PROMESA (VOWED) [Libro #7]
- ENCUENTRO (FOUND) [Libro #8]
- RESURRECCIÓN (RESURRECTED) [Libro #9]
- ANSIAS (CRAVED) [Libro #10]
- DESTINO (FATED) [Libro #11]

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice es la escritora del bestseller # 1, DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS), una saga que comprende once libros (y siguen llegando); la saga del bestseller #1 TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY), thriller pos apocalíptico que comprende dos libros (y siguen llegando); y la saga de la fantasía épica, el bestseller #1, EL ANILLO DEL HECHICERO, (THE SORCERER'S RING) que comprende trece libros (y contando).

Los libros de Morgan están disponibles en audio y edición impresa y las traducciones de los libros están disponibles en alemán, francés, italiano, español, portugués, japonés, chino, sueco, holandés, turco, húngaro, checo y eslovaco (próximamente en otros idiomas).

[TRANSFORMACIÓN](#) - (Libro #1 de Diario de un Vampiro) y [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) - (Libro #1 del Anillo del Hechicero) están disponibles para ser descargados en Amazon!

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite www.morganricebooks.com para unirse a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar una aplicación gratuita, obtener las últimas noticias exclusivas, conectarse a Facebook y Twitter y mantenerse en contacto.